5





APUNTES BIOGRAFICOS

DE LA SEÑORITA

DOÑA CAROLINA CORONADO.

> Cante la que mostrar la erguida frente
> Pueda serenamente
> Sin mancilla á la luz clara del cielo;
> Cante la que á este mundo
> De maldades fecundo
> Venga con su bondad á dar consuelo.
>
> C. Coronado.

Hay en la vida de los pueblos épocas propicias para la poesía. A medida que las naciones adelantan en edad, la poesía se recoge en la imaginacion de algunos genios, que como cisnes estraños y de paso atraviesan cantando sobre una multitud que en su mayor parte no los comprende. Estos siglos prosáicos no son, como pudiera creerse, los mas funestos al arte; ellos, al contrario, engrandecen al poeta poniéndole á prueba y obligándole á proteger las cuerdas de su lira contra el choque de los intereses materiales. Cuanto mas prosa haya colectivamente en los espíritus, mas poesía puede haber en algunas cabezas. Porque la prosa domine hasta el punto de invadir el lugar de la poesía; porque los versos no estén en boga; porque la armonía haya hecho alianza con los discursos, no debe darse por sentado que sean imposibles los poetas.

La poesía es un ministerio, un sacerdocio, un destino social y casi divino que no puede dejar de ejercerse con mas ó menos fortuna y fervor, con mas ó menos fé y entusiasmo. Cantar las maravillas de la creacion, espresar las afecciones nobles y generosas, los sentimientos virtuosos, los hechos heróicos; solemnizar las altas revelaciones del culto, hacer resonar en las edades esa voz solemne de Dios, de la cual son depositarios los labios del poeta, ser el eco de todas las doctrinas de vida y revelacion del porvenir, tal es la alta mision del vate.

En nuestra época, prosáica por escelencia, á mas de lucharse con todas las contrariedades que son consiguientes á la dominacion del sentimiento materialista en la sociedad, es condicion precisa constituirse en poeta y prosista infatigable, cultivar todos los géneros de literatura, producir volúmenes sobre volúmenes, no dejar, por decirlo así, respirar al público, para distinguirse de tantos como á sí propios se llaman poetas en la época mas antipoética posible, porque la celebridad es actualmente las mas veces la recompensa del autor mas fecundo, no del mas escelente. Así es que no podrá citarse un siglo que haya producido tantas obras literarias como ha visto aparecer el nuestro, y apenas alguno que otro genio del pasado podria vanagloriarse de haber escrito tanto como el último de los rimadores modernos.

Pero en medio de la indiferencia de la sociedad por la poesía, del aluvion de volúmenes que arroja la prensa, de que la prosa ahoga los sonidos poéticos, aun hay almas privilegiadas en las cuales hallan eco los acentos del poeta, atravesando por la vocinglería de los versificadores del dia; aun hay personas que acogen con interés los destellos del genio, aunque aparezcan sin la garantía de un nombre y con la inesperiencia de la juventud; todavía el verdadero talento puede dar á luz un libro de poesías con otra esperanza que la de verle sumergirse en el insondable mar de publicaciones sin importancia.

Y es que hay un género de poesía que vive inmutable en medio de las vicisitudes políticas, porque existe entre el alma y Dios, porque no es el sonsonete de la rima ni la disposicion métrica de las palabras, ni la descripcion pueril de un objeto, sinò armonías del corazon con la naturaleza, inspiraciones poéticas y filosóficas, revelaciones íntimas, fantasías profundas, desahogos del corazon, melodías perpétuas del pensamiento con el alma, acordes, en fin, del cielo con la tierra.

A este género pertenecen los cantos que el público conoce, de una de las poquísimas poetisas que por su genio y su inspiracion han llegado á hacerse un lugar tan distinguido como justo en la literatura española contemporánea. La popularidad de que goza en la península y en América el nombre de la señorita Coronado, nos ha movido á trazar una ligera noticia biográfica que no podrá menos de ser leida con interés por cuantos hayan tenido ocasion de admirar las escelentes producciones de la señorita Coronado.

Nueve leguas al Oeste de la capital de Estremadura, que tiene su asiento en las márgenes del Guadiana, en una de las villas mas agradables del pais por su alegre y despejado cielo, y á cien pasos de distancia de la casa de Almendralejo en que vió la luz primera el malogrado Espronceda, nació en 1823 la señorita doña Carolina Coronado de D. Nicolás Coronado y doña María Antonia Romero. Allí se deslizaron dulcemente los primeros años de la graciosa niña, destinada á ser mas tarde orgullo de su patria.

Las vicisitudes políticas vinieron á turbar el reposo que gozaba la familia Coronado; y cuando nuestra poetisa contaba cuatro años, hubo de trasladarse aquella á Badajoz, porque su abuelo, despues de haber ejercido cargos distinguidos, murió como otros muchos servidores del Estado, víctima del encono de los partidos, y su padre fué perseguido y encerrado en un calabozo por sus antecedentes políticos. Lo que sufria cada dia para abrazarle con su madre, las crueles tribulaciones de entonces, el haber morado mas en el campo que las poblaciones, y la vida retirada que ha hecho siempre, han debido contribuir de consuno á formar el carácter melancólico, pero dulce, sencillo y afable de la señorita Coronado. A los nueve años ya se ocupaba en aprender dócilmente las labores propias de su sexo al lado de su madre; recibia una educacion la mas brillante que el pais permitia, y se distinguia de todas sus compañeras de la misma edad por su perfeccion en el bordado, el dibujo y la música, mientras que por las noches satisfacia á hurtadillas su vehemente aficion por la lectura, especialmente por la de nuestros poetas, hácia las cuales sentia una inclinacion irresistible. El estudio de estos modelos despertaba en su imaginacion el deseo de traducir al lenguaje poético lo que sentia en su alma, y la familiarizó con la versificacion, para la cual reunia las mas brillantes cualidades; de este modo, sola, aislada en un pueblo sin recursos artísticos ni literarios, completó en poco tiempo su educacion, dedicándose principalmente á la lectura de la *poesía*, la *historia*, la *geografía* y la *literatura*.

Lo primero que escribió cuando aun no tenia diez años, fué una lamentacion con motivo de la muerte de una alondra, que enterró al pie de una encina: el papel en que trazó con lapiz aquellas frases sirvió de mortaja al pájaro. Catorce años contaba cuando creó los primeros versos en una carta que dirigia á una amiga suya, y que terminaba de este modo:

Yo me siento violenta y comprimida
como el niño que hablar quiere y no sabe;
una cosa en mi alma está escondida...
vivo abrumada por su peso grave...
Un concierto suave
escucho en mis sentidos,
cual si dentro de mí hubiera sonidos.

Estos versos pintan perfectamente el tesoro de poesía é inspiracion que animaba á la señorita Coronado desde tierna edad; no se resolvió sin embargo á dar pública espansion á sus pensamientos hasta un año despues, en que apareció su nombre al pie de la bellísima composicion titulada *La Palma*, digna por cierto de Herrera, que la valió un elogio del Sr. Donoso Cortés, en el periódico de Madrid que se titulaba *El Piloto*, y la siguiente poesía de su paisano Espronceda, el cual solia decir que la composicion á *La Palma* era *la música de la inocencia.*

Á CAROLINA CORONADO DESPUES DE LEIDA SU COMPOSICION

A la Palma.

Dicen que tienes trece primaveras
Y eres portento de hermosura ya,
Y que en tus grandes ojos reverberas
La lumbre de los astros inmortal.

—

Juro á tus plantas que insensato he sido
De placer en placer corriendo en pos,
Cuando en el mismo valle hemos nacido,
Niña gentil, para adorarnos, dos.

—

Torrentes brota de armonía el alma;
Huyamos á los bosques á cantar;
Dénos la sombra tu inocente *palma*,
Y reposo tu virgen *soledad.*

Mas ¡ay perdona! Virginal capullo,
Cierra tu cáliz á mi loco amor:
Que nacimos de un aura al mismo arrullo,
Para ser, yo el insecto; tú, la flor.

Ardia la guerra civil con todos sus horrores por el año de 1838, y la señorita Coronado emprendió con entusiasmo el bordado de una bandera que debia servir á un batallon nuevamente creado para defender el trono de Isabel II. La diputacion provincial de Badajoz la pasó con este motivo un oficio, que entre otras frases que hacian justicia á las virtudes de la señorita Coronado, y al esmero, delicadeza y gusto de su penoso trabajo, contenia las siguientes líneas: «No le es dado á la diputacion recompensarle, porque sabe que el mayor premio para V. será el que los valientes á quienes sirve de guia recuerden al regresar á sus hogares cubiertos de laureles, la mano delicada que bordó el emblema por cuya defensa derramaron su sangre.» A este oficio acompañaba una sortija de brillantes, que llevaba en el reverso el nombre de la corporacion.

Es ciertamente bien difícil de comprender cómo de esta manera misteriosa y clandestina, por decirlo así, pudo formarse una coleccion de poesías como la que, precedida de una introduccion por el señor Hartzenbusch, apareció en Madrid en 1843; pero este hecho se esplica sabiendo que para la señorita Coronado no ofrece dificultades la versificacion de memoria; hállalas sí estraordinarias para escribir en prosa, por la tenacidad con que se la agrupan los consonantes, y lo que la desconcierta es el trabajo que tiene que emplear para descartarse de ellos.

La señorita Coronado, cuyo nombre habia figurado ya en 1843 en todos los periódicos literarios de alguna valía de Madrid y de las provincias, al pie de escelentes composiciones que eran reproducidas con elogio en los de la Isla de Cuba y Estados-Unidos, fué sucesivamente admitida en el Instituto Español, cuando esta corporacion tenia algo de literaria, y en casi todos los Liceos de España, inclusos los de Madrid y la Habana.

Pero, como dice Mr. Gustavo Déville en el artículo relativo á las poetisas publicado en la *Revista de Madrid*, «cuando su animoso empeño iba á recibir la debida recompensa, en el momento en que debia empezar la vida real para ella, y en que los obstáculos con que habia tenido que luchar su noble vocacion quedaban vencidos por los esfuerzos de su voluntad perseverante, se repitió por la prensa la noticia de su muerte.» Esto era al comenzar el año 1844, y los periódicos vistieron luto por una pérdida tan sensible para las letras: tales demostraciones de simpatía, y los versos que se imprimieron á su memoria, fueron á sorprenderla en su casa de campo, donde vivia una gran parte del año; mas afortunadamente, como añade el citado Déville, la voz de la jóven poetisa se hizo oir desde el fondo de la tumba para probar á su pais que lo que bajaba á ella eran los despojos de su laborioso aprendizaje, pero que sobrevivia su alma, rica de fuerza, de gracia y de inmortalidad. El sentimiento manifestado por su supuesta pérdida la hizo concebir la idea de escribir un libro titulado: *Dos muertes en media vida*, qué debe ser su obra póstuma.

Las continuas vigilias literarias, los estudios incesantes, una laboriosidad en fin estraordinaria, debian arruinar su salud, y en 1847 se vió atacada de un mal grave: teniendo entonces que trasladarse á Andalucía, visitó á Cádiz, en cuya ciudad permaneció algun tiempo, despidiéndose con una bellísima inspiracion *Al mar*, que reprodujeron todos los periódicos de la Península y de América.

A una enfermedad nerviosa que la dejó baldada y la obligó á buscar su curacion en unas aguas próximas á Madrid, debió tambien la corte el tener en su seno á la distinguida poetisa que nos ocupa: el Liceo artístico y literario la dedicó una sesion, donde fué premiada con una corona de laurel y oro, en cuyas cintas se leian su nombre y el del Liceo, y en el mismo leyó su lindísima composicion: *Se va mi sombra, pero yo me quedo.* En la sesion régia que este celebró despues para obsequiar á SS. MM. se representó *El cuadro de la Esperanza*, una de sus obras dramáticas, en cuyo género ha escrito ademas un drama histórico titulado *Alfonso IV de Leon*, y dos, inéditos aun, cuyos títulos son *Petrarca* y *El Divino Figueroa.*

Su vida en provincia es tan sencilla como sus versos: pásala rodeada de flores y pájaros, y distribuye habitualmente las horas entre las labores de su sexo, el cuidado y educacion de sus hermanos y los trabajos literarios. Sufre con frecuencia fiebres mas ó menos fuertes; pero aun en medio de sus padecimientos trabaja mentalmente, porque

el mal, que se la fija en el corazon, la deja siempre libre y despejada la cabeza.

¿Hay quien desee visitar el gabinete de la cantora del Gevora, quien quiera echar una mirada por los objetos mas notables que la rodean? Hé aquí pues la listá de ellos para satisfaccion de su curiosidad: un cuadro del *divino Morales* que representa en actitud de escribir á Santa Teresa de Jesus, con cuyo hermoso rostro tiene marcada semejanza el de nuestra escritora, por una coincidencia tan rara como notable; dos coronas por bajo; dos tórtolas en un ángulo, que la arrullan mientras escribe; algunas flores sobre su mesa que se renuevan todos los dias, y exhalan continuamente su perfume.

¿Necesitamos engolfarnos ahora en el exámen de unas poesías tan conocidas y tan justamente apreciadas por su originalidad, por su espontaneidad y por su belleza, cómo las de la señorita Coronado? No ciertamente, porque sus escritos están juzgados, y nosotros no podríamos añadir nada al fallo del público y de los hombres entendidos. Hemos dicho al principio de estos renglones que pertenecen á un género que no perece nunca, porque tienen su orígen en los sentimientos generosos del corazon, en la admiracion de las riquezas de la naturaleza, porque son impresiones del poeta causadas por la *soledad*, por un acceso de *melancolía*, por la contemplacion de las *nubes*, por la *palma*, que *alza gallarda su elevada frente*, por el dolor de *una despedida*, por las brisas del *otoño*, por la *luna*, que la trae á la memoria el recuerdo de pasadas dichas, por el brillo de una *estrella* que luce en el firmamento, por una *gota de rocío* que riega la flor en la aurora, por un *pájaro perdido*, por la vuelta de las *golondrinas*, esas encantadoras mensajeras de la primavera, por recuerdos del techo paterno, de los lugares en que hemos dejado alguna cosa de nuestra infancia, por memoria de los primeros latidos del corazon, por el canto del ruiseñor, por la mariposa de cuerpo dorado y alas de gasa, que muere en la corola de la rosa recien abierta. Si alguna vez alza el tono de sus acentos y canta *La fe cristiana*, ó se lamenta de la suerte de *Mérida*, *la que opulenta fué grande y señora*, ó se indigna hablando del desenfreno de *El marido verdugo*, ó hace resonar su lira con el brio y energía de Espronceda, al elevar su voz á la Reina en una oda de la cual no conoce el público mas que algunas estrofas, pronto recobran sus versos el carácter de dulce melancolía, de candor y de ternura que les presta su principal encanto, su gracia, su donaire, y que conmueven, interesan y deleitan de tal modo, que apenas puede el crítico reparar en tal cual incorreccion ó desaliño, imposible de evitar en composiciones hechas la mayor parte de memoria.

Despues de publicado el tomo de poesías de que dejamos hecha mencion, ha dado á luz de diez á doce mil versos en varios periódicos de Madrid, de las provincias, del estrangero y de América: esta coleccion de composiciones, cada una mas fácil, mas espontánea, mas bella y mas sentida que la anterior, ha ido marcando los adelantos de la escritora sin que la correccion de la forma haya despojado á los versos de una de las cualidades que la distinguen desde luego, y que es tanto mas apreciable cuanto que es bien rara en estos tiempos; de su carácter propio y especial; de la dulzura, la gracia y la modestia que les son peculiares; cuando recuerda la pérdida de una persona amada que halló en el mar su sepultura, lo hace con una reserva delicada que interesa y encanta; cuando la exalta la melancolía y no ve mas que lo presente, sin esperanza y sin porvenir, busca consuelo en el recuerdo de dichas y de alegrías desvanecidas; cuando llegan á su oido las *tormentas* de crisis solemnes, se esfuerza en derramar la paz y la calma, poniendo á la vista de todos el triste cuadro de escenas de muerte y destruccion que amenazan á la humanidad, y en fin, cuando sigue cultivando el género descriptivo en que tanto se distingue, no pierde el privilegio de animar la naturaleza y de darla á su voluntad una existencia ignorada.

Los escritores han pagado el debido tributo al mérito superior de la señorita Coronado, que posee cerca de mil composiciones escritas en su obsequio, entre las que se cuentan algunas italianas y francesas; á una de las españolas, debida al Sr. Rubí, acompañaba la corona que este recibió al estrenarse *La Rueda de la fortuna*.

De algunos años á esta parte se ha consagrado á la novela, con no menos fortuna que á la poesía; empezó escribiendo dos, cuyos títulos son: *Paquita*, y *La luz del Tajo*; á estos ensayos siguió otra titulada *Jarilla*, y en la actualidad concluye un trabajo del mismo género, pero de mas pretensiones; titúlase *La Esclaustrada* y es una concepcion sumamente original, en la que se hallan dibujados caracteres interesantísimos, tipos caprichosos algunos, pero pintados todos de mano maestra, escenas llenas de candor y de inocencia que cautivan al alma y entusiasman al lector. El estilo es satírico, festivo, aunque á veces la autora (que tal vez ha tenido el mayor trabajo en ocultar una historia con el velo de la fábula) deja conocer el sentimiento con que escribe: el cuadro tiene pocas sombras negras, pero sí medias tintas que le dan una entonacion admirable. Si algun lector lloron se vá enterneciendo, le distrae de pronto con alguna jocosidad, y para el que se entrega á la alegría tiene alfileres en cada palabra, que le clava sin piedad. En suma, *La Esclaustrada*, nos atrevemos á asegurarlo, es uno de esos libros destinados á producir una sensacion profunda, y á hacer época en la vida literaria de la autora.

Tambien ha publicado en el SEMANARIO la primera parte de una linda novela que lleva el título de la protagonista *La Sigea*, y un ingeniosísimo é interesante paralelo entre *Safo y Santa Teresa de Jesus*, que no es hijo de un pensamiento aislado, de un mero capricho del momento, sino que tiene por el contrario su orígen en las observaciones filosóficas y fisiológicas que la señorita Coronado ha hecho en sus estudios sobre la historia de la literatura. La observacion ha sugerido á la poetisa la idea de que hay *genios gemelos* que nacen de dos en dos. No basta que se interpongan entre ellos los siglos, ni que los separe la educacion, ni la diversidad de pueblos, climas, costumbres y religiones: *Safo y Santa Teresa de Jesus*, *Schiller y Hartzenbusch*, *Byron y Quevedo* (estos dos últimos hasta en aquella pierna torcida, que segun decia el primero «nunca le perdonaban las mujeres» y que le hizo esclamar al segundo: «como tu alma tengo la otra pata») ofrecen para la autora innumerables puntos de semejanza que ella pone de relieve con el ingenioso artificio, con la profunda filosofía, con la gracia, con el talento de que ha dado una brillante prueba.

Recopiladas desaliñadamente las principales fases de una de las existencias literarias mas laboriosas y mas brillantes de nuestra época, réstanos añadir un rasgo mas al ligero boceto que hemos ensayado para hacer el retrato de la señorita Coronado: á la alta reputacion que sin pretenderlo, y hasta sin esperarlo, ha adquirido como poetisa y como escritora, ha sabido añadir otra fama mas modesta, pero no por eso menos digna de referirse: la de caritativa, la de bienhechora. Su nombre no es desconocido para ningun infeliz, para nadie que padece cerca de ella; su celo por la educacion es tan grande, que se la vé con frecuencia en las escuelas de primera enseñanza animando y premiando á los alumnos: su cooperacion ha contribuido en gran parte al estado brillante en que se encuentra la escuela de párvulos de Badajoz, sostenida por una sociedad para mejorar la educacion del pueblo, á la cual ha prestado servicios de la mayor importancia. En resúmen, y para decirlo de una vez, en sus versos se reflejan los sentimientos, las afecciones, la posicion de la autora: sus ideas, sus rasgos de patriotismo, los escelentes artículos que ha escrito demostrando la necesidad de una union entre los dos reinos que forman nuestra península, retratan á la española entusiasta que ambiciona á toda costa la prosperidad de su pais; los arranques caritativos y generosos de su corazon ponen en evidencia la pureza de su alma, la escelencia de sus sentimientos. Dos títulos ha llegado á adquirir que la caracterizan perfectamente: los escritores la damos el nombre de *hermana*; los desgraciados la llaman su *ángel*.

Como complemento de estas noticias estampadas en el tomo XV del SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL, réstanos añadir, que de vuelta de un viaje que la señorita Coronado acaba de hacer por Francia, Inglaterra, Bélgica y Alemania, ha empezado á publicar con el título de *Un paseo desde el Tajo al Rhin descansando en el palacio de cristal*, una coleccion de cartas que contienen las impresiones recibidas al atravesar aquellos envidiables paises donde el refinamiento de la civilizacion no ha sido bastante á desterrar la poesía, esa hija del cielo que, como un ángel bienhechor, desciende sobre los hombres para hacerles llevaderos sus dolores.

La señorita Coronado que, al dar sus primeros pasos por Francia cuenta una tradicion y halla ya oportunidad para detenerse á contemplar un paisage triste pero sublime, al oscurecer de una noche sombría, ante una cruz misteriosa colocada en una abertura á cuya estremidad se chocan con furor las olas del Océano, parece mas dispuesta á consagrar su atencion á estas armonías de la naturaleza que á los adelantos de las artes y de la industria, y de ello debemos felicitarnos, teniendo en cuenta que ha de ocuparse en su viaje de los pintorescos valles de Inglaterra, el pais que, despues

de Alemania, cuenta mayor tesoro de antiguas tradiciones poéticas, conservadas fielmente á través de los siglos; de la Bélgica, con sus cantos nacionales y místicos de la edad media y sus antiguas poesías populares, y de las orillas encantadas del Rhin, llenas de ficciones populares, de castillos mágicos, de seres fantásticos, de cantos tradicionales que resuenan aun en aquellas montañas, entre las cuales se espera encontrar á los héroes de tantas leyendas, evocados por el continuo recuerdo de los habitantes.

Lo que ha aparecido de la última produccion de la eminente poetisa, hace esperar que quien ha sabido encontrar en su lira sonidos dulces y tiernos para cantar las maravillas de la naturaleza, no quedará tampoco deslucida al desarrollar á nuestra vista todo lo sublime y lo poético que durante su peregrinacion la ha impresionado.

25 de octubre.

Angel Fernandez de los Ríos.



PRÓLOGO.

A principios del siglo pasado salia en París una publicacion mensual, en cuyas columnas fué apareciendo sucesivamente por espacio de algunos años una porcion de composiciones líricas, firmadas por una señorita que las remitia desde Bretaña. Aquellas poesías, que parece no carecian de mérito, le cobraron mayor por anunciarse como obras de una dama: se escribieron versos en elogio de la Safo bretona, y no faltó quien estuviese á punto de enamorarse de ella en fé de su talento; hasta que el dia menos pensado remaneció en París un tal Monsieur Desforges-Maillard, que declaró paladinamente haber tenido la rara aprehension de disfrazarse con un pseudónimo de mujer, y por consiguiente, que la poetisa incógnita era poeta. Si la autora de esta corta coleccion de rimas juveniles, la señorita DOÑA CAROLINA CORONADO, hubiese imitado este ejemplo, no por humorada sino por modestia; si desde Estremadura hubiese enviado á Madrid sus producciones bajo el nombre de una persona de otro sexo; difícil hubiera sido á los lectores inteligentes persuadirse de que habia podido escribirlas un hombre: por lo menos al notar la dulce blandura, la pureza de espíritu, la sencillez del concepto, la brevedad de su desarrollo y la delicada y particular eleccion de asuntos que las distinguen, hubiera sido necesario atribuírselas á un hombre todavía niño, á quien nuestra imaginacion se hubiera representado ingenioso, inocente y gallardo; que apenas habria salido una ú otra vez del florido bosque ó del valle ameno donde osciló su cuna, y donde á competencia le habian arrullado las musas con los cantares dulcísimos de Francisco de la Torre, Garcilaso y Melendez. Esta imágen medio bucólica podrá ser bella: la realidad esta vez es mucho mas bella todavía.

Si á un hábil profesor le presentáran un cuadro, un busto, una estampa, una joya ó cualquier otro objeto artístico digno de estimarse por su mérito; aquel hombre no esperimentaria al pronto mas que la grata sensacion que produce el exámen de una obra bien hecha; pero si le dijesen que aquel artefacto era obra de las manos de un ciego, de un manco ó de otra persona que habia tenido que luchar con dificultades gravísimas para desempeñar una labor tan árdua; el artista ya no se contentaria con mirarla como antes por un impulso de curiosidad; la registraria con interés vivísimo; cada inconveniente superado escitaria su asombro, y quizá tal ó cual toque poco libre, tal ó cual aspereza en el mármol, tal ó cual tropiezo del buril ó la lima, que le harian adivinar el choque entre la materia rebelde y la mano perseverante y firme, le harian esclamar conmovido que si antes le agradaba la obra sin haber comprendido el secreto de su existencia, entonces que lo conocia, la admiraba y rendia al autor un homenaje mezclado de veneracion y cariño.

Para que las poesías de la señorita Coronado agraden, basta leerlas sin recomendacion ni comentario; para comprenderlas bien, para estimarlas debidamente, necesitan algunas esplicaciones.

Cualquiera de nuestros lectores que, viajando por el priorato de San Marcos de Leon hácia el año de 1833, se hubiese detenido unos dias en la villa de Almendralejo, hubiera podido conocer allí á una graciosa niña de nueve años, la cual dócilmente ocupada todo el dia en sus labores al lado de su madre, hurtaba por las noches algunas horas á su reposo, cada vez que podia haber á las manos alguno de los libros que componian la biblioteca de su casa y la de otras familias principales de la poblacion, á pesar de que buena parte de ellos solian tratar de materias las mas á propósito para ahogar el gusto de leer en cualquier entendimiento infantil, ora fuese de varon, ora de hembra. Privarse de dormir por leer cuentecillos, comedias ó novelas es cosa que todos hemos hecho; perder las horas del sueño para engolfarse en la lectura de la Historia crítica de España del abate Masdeu, y otras obras igualmente áridas y prolijas, ya es una buena prueba de aficion al estudio. Pero esta aficion escesiva, y contraria hasta cierto punto á la severidad de las costumbres estremeñas, no debia ser tolerada por una madre prudente desde el momento en que le fuese conocida; y una señorita que tiene ocho hermanos, debia tambien por su parte sacrificar su gusto á la sagrada obligacion de ayudar á su madre en los quehaceres domésticos; desquitándose solo de esta violenta privacion cuando mas adelante alguna casualidad le ponia en las manos algun poeta, en cuyo caso pugnaba por aprender de memoria el libro para poderlo devolver, segura de que ya no le haria falta, como se cuenta que hizo Juan Racine con la novela griega de Heliodoro, cuya lectura le habia prohibido su maestro. Trasladada aquella niña algunos años despues á Badajoz, y entregada á los estudios de una educacion lo mas

brillante que el pais permitia, despertóse en aquella imaginacion ardiente el deseo de pulsar la lira de Villegas y Rioja; y casi puede decirse que sin guia, sin modelos, sin papel y sin tiempo se propuso y logró hacerse poetisa. Esos pocos versos que el lector va á juzgar, han nacido ya en un rato de meditacion matutina antes de entrar la autora en sus tareas cotidianas; ya en medio de ellas, ocupadas las manos en la costura mientras el espíritu vagaba por las regiones del idealismo; ya aprovechando los instantes de silencio en una visita; ya abandonándose en un paseo solitario á la súbita inspiracion producida por la hermosura de la naturaleza. Solo quien haya probado á componer de memoria, es capaz de comprender la fuerza de atencion que requiere este penoso trabajo del entendimiento. El poeta que compone escribiendo, descansa en el papel del cuidado de conservar lo que crea, y no piensa en seguir creando; el que compone de memoria, tiene que desempeñar por sí la doble tarea de crear y retener; y como la mente humana no puede ocuparse á un tiempo en dos ejercicios, turbada la razon un tanto con ellos, la entonacion del poema no suele salir igual, ni las ideas muy íntimamente enlazadas, ni la espresion del concepto con la claridad suficiente para el lector, para el cual cada pensamiento de una obra escrita se presenta solo bajo la forma en que quedó, sin que la acompañen las otras ideas auxiliares, ó simultáneamente concebidas, que contribuyeron á engendrarlo. En aquella exaltacion de ánimo el poeta con la mas leve espresion se comprende y satisface á sí mismo: el lector que de ninguna manera se puede hallar en un caso semejante, necesita mas para comprender; el uno es el ciego que por su finísimo tacto conoce un naipe sin verlo, y el otro es el hombre que vé, pero que necesita la luz para distinguir la figura estampada en la carta.

Advertido con estas noticias podrá el lector considerar las obras de la señorita Coronado en su verdadero punto de vista; y conociendo las dificultades que ha tenido que vencer para hacerlas buenas, apreciará justamente su especial carácter así en la esencia como en la forma. En un tiempo en que tanto abundan los poetas en España, necesita cada uno, para no confundirse con los demás, aparecer con una fisonomía original y propia que no deje de ser agradable: y hé aquí precisamente las tres prendas características de la poesía de nuestra jóven autora: novedad, concision y belleza: sus versos pintan su corazon, su gusto, su edad, su estado, su posicion social y hasta la noble compostura de su semblante: sus versos son ella misma. Cuando saluda la feliz llegada de la primavera; cuando se despide del asilo de su niñez; cuando observa á un niño que busca un pájaro; cuando dirige sus palabras á las nubes, á las estrellas, á las flores, siempre los ecos de su voz llevan entre los rasgos del ingenio el encanto de la bondad, del candor y de la ternura; su tono melancólico es dulce; conmueve y no contrista, interesa y deleita. Aun cuando el aspecto de una esposa maltratada la indigna, aun cuando los despedazados restos de una ciudad antigua célebre suscitan en su pecho recuerdos dolorosos, se echa de ver en la templada vehemencia de sus quejas y en el manso correr de sus lágrimas la natural timidez y encantadora modestia de una jóven de 20 años: tan solo á la vista del árbol de Africa cuyas hojas han de tejer la corona que ella desconfia ver en sus sienes; tan solo cuando interpreta el celoso despecho de otra mujer, de otra poetisa, de la infeliz cantora de Lesbos, tan solo entonces resuena la lira de nuestra autora con acentos vigorosos y enérgicos, y se olvida un momento de todo para mostrarse esclusivamente poeta. A un hombre no se le hubiera ocurrido ó no hubiera sabido decir tan poéticamente que le asustaban las nubes amenazando tempestad; un hombre no hubiera podido escribir la composicion *á la siempreviva*, ni hubiera acertado á bosquejar la condicion agreste del *lirio*; de la boca de un hombre no hubieran podido salir los donosísimos versos *á una coqueta*; pero el poeta de mas brio adoptaria de buena gana las estrofas *á la palma*, las octavas *á la primavera anticipada* y algun otro rasgo de igual valentía. Con todo, lo repetimos, no es la valentía sino la gracia el principal distintivo de estas producciones.

Y esta gracia peculiar es tal, que triunfa de todo. Un clásico severo tal vez repararia en uno ú otro epéteto menos propio, y en algun que otro rasgo de desaliño: un erudito á la violeta desaprobará que la autora deje pendiente en una estrofa el concepto ó el sentido, y pase sin escrúpulo á la siguiente; pero además de que esta licencia está autorizada con ejemplos numerosísimos de todos nuestros poetas antiguos, y lo otro es casi inevitable en las composiciones hechas de memoria, la belleza del todo, el halago de la diccion en general, la magia secreta de los pensamientos, y para decirlo de una vez, la verdadera poesía de sentimiento que anima todas y cada una de las páginas de este cuaderno, hace que le sea imposible al lector detenerse á pensar si donde todo le seduce puede haber algo que deba descontentarle: son versos de una hermosa y les alcanza el privilegio de la hermosura. Solo es de sentir que sean tan pocos; pero bien jóven es la autora, y la favorable acogida que sin duda recibirán del público, la obligará necesariamente á multiplicar ensayos en que ganen igualmente la fama de la poetisa estremeña, la gloria de su sexo y el brillo de la literatura española.

Juan Eugenio Hartzenbusch.

A LA SOLEDAD.

Al fin hallo en tu calma
Si no el que ya perdí contento mio,
Si no entero del alma
El noble señorío,
Blando reposo á mi penar tardío.

Al fin en tu sosiego,
Amiga soledad, tan suspirado,
El encendido fuego
De un pecho enamorado
Resplandece mas dulce y mas templado.

Y al fin si con mi llanto
Quiero aplacar ¡ay triste! los enojos
Del íntimo quebranto,
No me dará sonrojos
El contínuo mirar de tantos ojos.

Dánme, sí, tierno alivio
La soledad del campo y su belleza,
Y va el dolor mas tibio
Su ardiente fortaleza
Convirtiendo en pacífica tristeza.

Plácenme los colores
Que al bosque dan las luces matutinas:
Alégranme las flores,
Las risueñas colinas
Y las fuentes que bullen cristalinas.

Y pláceme del monte
La grave magestad que en las llanadas
Como pardo horizonte
De nubes agolpadas,
Deja ver sus encinas agrupadas.

Allí con triste ruido
De las sonoras tórtolas, en tanto
Que posan en el nido
Bajo calado manto,
De una á otra encina se responde el canto.—

—Tal vez mis pasos guio
Por los sombrosos valles, escuchando
Al caminante rio,
Que con acento blando
Se va por los juncares lamentando.

Ya entonces descendiendo
De su altura va el sol, cansada y fria
Claridad esparciendo,
Y á poco entre armonía
Cierra sus ojos el señor del dia.

Y los mios acaso
Alguna vez, del sueño sorprendidos,
Dejaron que en su ocaso
Paráran confundidos
Afanes del espíritu y sentidos.

Si sola y retirada,
Aun me entristece mas noche sombría,
La luna con rosada
Faz, por oculta via
Sale á hacerme amorosa compañía.

Y al fin hallo en tu calma,
¡Oh soledad! si no el contento mio,
Si no entero del alma
El dulce señorío,
Blando reposo á mi penar tardío.

MELANCOLIA.

Emilio, ¡cómo apuras
Loco de risa el tiempo en la alegría!
No hay tregua á tus venturas,
Como en la pena mia
No hay tregua á la infeliz melancolía.

Anima tu contento
La primavera, y mi tristeza acrece:
Paréceme que el viento
Que aspiro se enrarece,
Y la lumbre del cielo se oscurece.

Los campos tan hermosos
A tus brillantes ojos, á los mios
Turbios, son enfadosos
Anchos espacios frios,
De objetos, de color, de luz vacíos.

Bastan del arroyuelo
A tu juego infantil las blancas chinas:
La fortuna tu anhelo
Cumple, si en las vecinas
Mieses con la escondida alondra atinas.

¡Cuánto es el alborozo
Que tu impaciente corazon regala!
El temblor de su gozo
La agitacion iguala
De la avecilla sacudiendo el ala...—

De niña, el riachuelo
Y las aves tambien me divertian,
Y cuantas por el suelo
Lindas flores se abrian,
A mi regazo fáciles venian.

Mas ya ¿dónde el hechizo
De esas llanuras para mí se encierra?
Si de verde ó pajizo
Se engalana la tierra,
Si brota el árbol, si la flor se cierra.

Un alma alborozada
Tantos encantos y mudanzas vea:
La mia desolada
De cuanto la rodea,
Solo con el silencio se recrea.

A LAS NUBES.

¡Cuán bellas sois las que sin fin vagando
En la espaciosa altura,
Inmensas nubes, pabellon formando
Al aire suspendido,
Inundais de tristura
Y de placer á un tiempo mi sentido!

¡Cuán bellas sois, bajo el azul brillante
Las zonas recorriendo,
Ya desmayando leves un instante
Entre la luz perdidas,
Ya el sol oscureciendo
Y con sù llama ardiente enrojecidas!

Y ya brillais como la blanca espuma
En las olas del viento,
Y ya fugaces como leve pluma,
Y de sombras ceñidas,
Cruzais el firmamento,
Las pardas frentes de vapor henchidas.

¡Cuán dulce brilla en su mortal desmayo
Rompido en vuestro seno
Del sol ardiente el amarillo rayo!
¡Y cuán dulce y templado
El resplandor sereno
Del astro de la noche sosegado!

Y ¡cuánto, oh nubes, vuestro errante giro
Place á mi fantasía!
Triste y callada y solitaria os miro
Flotar allá en el viento,
Y por celeste via
Melancólico vaga el pensamiento.

Y yo os adoro si con tibio anhelo
Adormís las centellas
El vivo sol en el tendido cielo;
Si en delicioso manto
Velais de las estrellas
Y la pálida luna el triste encanto.

¡Oh! yo os adoro, del espacio inmenso
Deidades vagarosas!
No cuando hirvientes desde el seno denso
En ronco torbellino
Arrojais espantosas
Vívidas llamas del furor divino.

¡Ay! que medrosa entonces se ahuyentára
La inspiracion sublime!
Ni medrosa la cítara ensalzara
Del cielo la belleza,
Cuando mi sien oprime
Nubloso manto de mortal tristeza.

Muda contemplo de pavor cercada
La turba misteriosa
Quo en pos del huracan revuela osada.
Así errante la vida
Se arrastra lastimosa
A la senda fatal do el mal se anida.—

Allá en la inmensidad os mueven guerra
Furiosos aquilones:
Así de desventuras en la tierra
Nos cerca turba insana;
Así de las pasiones
Es juguete infeliz la vida humana.

Ella varia tambien la faz ostenta,
Y brilla y se oscurece,
Y cual vosotras rápida se ahuyenta;
Y es nube que exhalada
El aire desvanece
En la corriente de la triste nada.

Mas ¡ay! vosotras revagad en tanto
Que la cítara mia
Os pueda consagrar su débil canto.
Del sol al rayo bello
Tended el ala umbría,
Y apacible volvedme su destello.

Y dadme inspiracion; yo mis cantares
Daré á vuestra hermosura.
Las que sorbeis el agua de los mares,
¡Vagad tranquilamente
Con nevada blancura
En la encendida cumbre del Oriente!—

A LA PALMA.

Alza gallarda tu elevada frente,
Hija del suelo ardiente,
Y al recio soplo de aquilon mecida,
De mil hojas dorada,
De majestad ornada,
Descuella ufana sobre el tallo erguida;

Y arrojando tu sombra allá á lo lejos,
Del sol á los reflejos,
Al árabe sediento y fatigado,
Desdeñosa levanta
Tu bendecida planta
En el desierto triste y abrasado.

Allí horroroso el simoon se ofrece,
Y tu cima enrojece
Vertiendo lumbre que la tierra inflama;
Y aparece sangriento
El sol desde su asiento
Lanzando ardiente destructora llama.

Y tú, entre nubes de encendida arena
Majestosa y serena,
O ya del recio vendabal batida,
Elevas tu cimera,
Orgullosa palmera,
Contando siglos de gloriosa vida.

No las tranquilas aguas dulcemente
Arrastran su corriente
Bajo el dorado pabellon que ostentas;
Que, siempre en el estío,
Sin fresco ni rocío,
Solo de arena y fuego te alimentas.

Tú, vírgen sacrosanta y peregrina,
De las nubes vecina,
Tú su signo le das á la victoria,
Y corona esplendente
De tus hojas luciente
Al héroe ciñes de radiante gloria;

La corona inmortal, que ciñe el hombre
Con glorioso renombre
En derredor de la altanera frente,
Porque en gigante vuelo
Arrebatado al cielo
Bebió en la sacra inspiradora fuente:

La corona inmortal, prenda sagrada
Del imbécil hollada,
Orgullo y ambicion del alma inquieta;
Escondido tesoro,
Brillante mas que el oro,
Gloria, entusiasmo y vida del poeta.

¿Que vale de los reyes la diadema
Ante el místico emblema
De la noble ambicion, genio y poesía?—
Si un hoja solamente
Ciñera yo á mi frente
Que acallara el afan del alma mia;

Si al entusiasmo que mi mente inspira
Alcanzara mi lira
Un triunfo de la gloria seductora,
¡Oh palma! hasta las nubes,
Mas allá do tú subes,
Se elevara la voz de tu cantora.

Allí en el trono que el Señor levanta
Te viera yo á mi planta;
Y de mis sienes deslumbrando el brillo,
Contemplara las hojas
Que ora te visten rojas,
Teñidas débilmente de amarillo.

¡Delirio nada mas! Nunca gloriosa
Guirnalda esplendorosa
Alegrará mis sienes lisonjera,
Ni tampoco mi acento
Perdido por el viento
Podrá elevarse á la celeste esfera.

Guarda tus ramos para el vate augusto
Premio á su lira justo,
O á ceremonias santas consagrados,
Entre el canto sonoro
De religioso coro,
En el altar del templo colocados.

Guarda tus ramos, vírgen soberana,
Bella y noble africana,
Formando airosos tu lucido manto;
Y el ave pasagera
Besando tu cimera
Te deje un eco de su dulce canto.

Alza gallarda tu cabeza al viento
En blando movimiento,
La corona agitando mal prendida;
Y despreciando el brío
Del huracan bravío,
Descuella ufana sobre el tronco erguida.

MÉRIDA.

¡Cómo en tierra postrada
Sin fuerzas yace, quebrantada llora
Y sola y olvidada
En su tristeza ahora,
La que opulenta fué, grande y señora!

¡Cómo yace abatida
Emérita infeliz, ya su cabeza
En polvo confundida,
Perdida su belleza,
Perdido el esplendor y la grandeza!

La que fué celebrada
En los cantos sin fin de sus guerreros,
Solo escucha humillada
De buhos agoreros
Los clamorosos ecos lastimeros.

¡Ay Dios, que en torno de ella
Los tristes ojos con dolor vagaron,
Y solo amarga huella
De los siglos hallaron,
Que su brillo y beldad en pos llevaron!

Allí el pasado brio
Restos de gloria en soledad revelan,
Que en ademan sombrío
Entre el escombro velan
Sombras livianas, que á su pie revuelan.

Y el arco magestoso
De Trajano, en los siglos venerado,
Allí, inmoble coloso,
El cuerpo descarnado
Y la atezada faz levanta airado.

Mas ¡ay! que ni las huellas
De los soberbios templos se salvaron,
Ni ceniza de aquellas
Torres que se ostentaron,
Y á la matrona bella coronaron.

Allá bajo la puente,
De otra edad mas feliz reliquia anciana,
Camina lentamente
Por la vereda llana
El perezoso y lánguido Guadiana.

«¡Emérita!» murmura
El onda gemidora lamentando
Su triste desventura,
Y el polvo recalando,
Y los cimientos lúgubres bañando.

Anciano compañero,
Testigo fué de sus pasadas glorias,
Arrulló lisonjero
Sus triunfos y victorias,
Y ora lamenta el fin de sus historias.

A su orilla callada
Venid vosotros, que pulsais divinos
La cítara sagrada,
Y los campos vecinos
Llenad de vuestros cantos peregrinos.

De Emérita olvidada
Cantad, poetas, con sentido acento
La suerte desdichada,
Y el fúnebre lamento
Hiera las aguas y lastime el viento.

UNA DESPEDIDA.

Escuchad mis querellas,
Recinto y flores del placer abrigo,
Imágenes tan bellas
Como ese cielo que os protege amigo.

Asilo de inocencia,
Consuelo del dolor, bosque sombrío,
Ir quiero á tu presencia,
Y tu cesped regar con llanto mio.

Y el agua de tu fuente
Beber acaso por la vez postrera,
Y respirar tu ambiente,
Besar tus flores, la gentil palmera.

Que tu dintel guarnece
De lejos saludar entre congojas,
Y á la que en torno crece
Modesta acacia de menudas hojas.

Y á los álamos graves
El postrimer adios dar afligida,
Y cantar con las aves
Tristísima cancion de despedida.

Y en tu graciosa alfombra
Reposar halagada de ilusiones
Bajo la fresca sombra
De tus frondosos sauces y llorones...

Sus hojas se estremecen,
Y errantes sombras á mi planta evocan,

Que en el viento se mecen,
Y mis cabellos con blandura tocan.

Desde aquí la pintura
Es mas bello admirar de ese tu cielo,
Los visos y frescura
De las nubes cercanas á tu suelo;

Y al través de las ramas
Mirar el sol que su lumbrera humilla,
Y cual de rojas llamas
El Occidente retocado brilla.

¿Ni qué música iguala
Al sordo vago suspirar del viento
Con que armonioso exhala
Un bello dia su postrer aliento?

¡Ah! si mi vida entera,
Mi cara soledad, recinto amado,
Consagrarte pudiera
El mundo huyendo y su falaz cuidado!

Mas ¡ay! que la alegría
De contemplaros con la luz perece
Del presuroso dia
Que á mis ansiosos ojos desparece.

Esas aves cantoras
Que de gozar la tarde fatigadas,
En tropas voladoras
Retornan gorgeando á sus moradas;

Cuando una sola estrella
Con apagada luz brille en el cielo;
Cuando la aurora bella
Ciña el espacio con purpúreo velo,

Y el nuevo y claro dia
Con sus tintas anime la pradera;
Ellas con alegría
Volverán á girar por tu ribera.

En turba bulliciosa
Los bosques poblarán... y yo entretanto
Lejana y silenciosa
Las horas contaré de mi quebranto.

¡Ay! ¡ellas tu hermosura
Gozarán y tu paz y sus amores!...
Yo gusté harta ventura
Bebí en tus fuentes y besé tus flores.

AL OTOÑO.

Presurosas huyeron
Las horas del verano caluroso:
Del álamo frondoso
Las hojas se cayeron:
Otra estacion mi vida
Cuenta en quejas inútiles perdida.

El tibio sol de octubre
La cabellera blanquecina tiende,
Y sus hebras desprende
Con que la tierra cubre,
Ya que negros vapores
No absorban sus escasos resplandores.

Si el turbio remolino
De la copiosa lluvia espacio deja
A su rubia guadeja;
Si en medio su camino
Espesa niebla fria
La luz no roba que á la tierra envia;

Ora os recuerdo triste,
Del verano risueñas alboradas,
Ora noches templadas,
Y á tí que apareciste
Tres veces en la esfera,
Luna, en la noche lúcida viajera.

¡Ay! ¡cómo desparecen
Los mas bellos encantos de la vida!
¡Cómo desprevenida,
Solo cuando perecen
El alma los conoce
Para llorar su malogrado goce!

Así la primavera
Pasará de mis años presurosa,
Y aguardando ambiciosa
La dicha venidera,
De este bien que ora pierdo
Penoso en la vejez será el recuerdo.

Volveré tristemente
Los ojos hácia el tiempo desdeñado,
Y como del pasado
Verano el dulce ambiente,
Su sol, su luna y flores,
Recordaré mi juventud y amores.

A UNA ESTRELLA.

Chispa de luz que fija en lo infinito
Absorbes mi asombrado pensamiento,
Tu orígen, tu existencia, tu elemento
Menos alcanzo cuanto mas medito.

Si eres ardiente, inamovible hoguera,
¿Dónde el centro descansa de tu lumbre?
Si eres globo de luz, ¿cómo en la cumbre
No giras tú de la insondable esfera?

¿Por qué la tierra sin descanso rueda?
¿Por qué la luna el globo magestoso
Mueve, mientras tu carro misterioso
Inmóvil, fijo en el espacio queda?

Es que mi vista de mortal no alcanza
A percibir desde su oscuro asiento
Allá en la altura suma el movimiento
De tu carroza que en lo inmenso avanza?

¡Ah, sí! que por espíritu movida
La creacion sin descanso se sostiene,
Y todo en la creacion marcado tiene
Forma y destino, movimiento y vida.

Tú giras, sí: tus alas soberanas
Sulcan el mundo y sus confines tocan...
Mas ¿cómo en tu carrera no se chocan
Tus millares sin número de hermanas?

Mas allá de su límite prescrito
Sediento avanza, audaz el pensamiento,
Y tu orígen, tu vida, tu elemento
Menos alcanzo cuanto mas medito.

A UNA GOTA DE ROCIO.

Lágrima viva de la fresca aurora,
A quien la mustia flor la vida debe,
Y el prado ansioso entre el follage embebe;
Gota que el sol con sus reflejos dora;

Que en la tez de las flores seductora
Mecida por el céfiro mas leve,
Mezclas de grana tu color de nieve
Y de nieve su grana encantadora:

Ven á mezclarte con mi triste lloro,
Y á consumirte en mi mejilla ardiente;
Que acaso correrán mas dulcemente
Las lágrimas amargas que devoro.....
Mas ¡qué fuera una gota de rocío
Perdida entre el raudal del llanto mio...!!!

EL PAJARO PERDIDO.

Huyó con vuelo incierto,
Y de mis ojos ha desparecido!....
Mirad si á vuestro huerto
Mi pájaro querido,
Niñas hermosas, por acaso ha huido!

Sus ojos relucientes
Son como los del águila orgullosa;
Plumas resplandecientes
En la cabeza airosa
Lleva, y su voz es tierna y armoniosa.

Mirad si cuidadoso
Junto á las flores se escondió en la grama:
Ese laurel frondoso
Mirad rama por rama,
Que él los laureles y las flores ama.

Si le hallais por ventura,
No os enamore su amoroso acento;
No os prende su hermosura:
Volvédmele al momento,
O dejadle, si no, libre en el viento.

Por que su pico de oro
Solo en mi mano toma la semilla,
Y no enjugaré el lloro
Que veis en mi mejilla
Hasta encontrar mi prófuga avecilla.

Mi vista se oscurece
Si sus ojos no vé, que son mi dia;
Mi ánima desfallece
Con la melancolía
De no escucharle ya su melodía.

LOS QUINCE AÑOS.

Dejas apenas la risueña infancia;
Juegos, placeres de su edad dejaste.
Ya el dulce brillo de los quince mayos
Cerca tus sienes.

Niña aun graciosa, la infantil sonrisa
Bulle en tus labios, como el aura ténue.
Juega en el seno de entreabiertas rosas
Fresca y fugace.

Tinta ligera de carmin suave
Vase tendiendo por tu tez de nieve.
Como de luna sonrosado cerco
Brilla en tu rostro.

Vírgen, tu bella juventud al mundo
Muéstrase alegre, candorosa y pura.
Tal entre rocas cristalina fuente
Brota en la sierra.

Vesla que nace sosegada y tersa,
Clara tendiendo sus dorados hilos.
Sigue su curso: caminando, mira
Como se enturbia.

¡Ah, que tu bella juventud al mundo
Muéstrase alegre, candorosa y pura!
Mas ¡ay! ¡cuán presto la serena vida
Tuerce su paso!

Ya el adormido corazon despierta
Voz misteriosa, que de amor le inflama.
Vírgen, ¿no sientes palpitar tu seno
Mas agitado?

Ya las mejillas de encarnado vivo
Tiñe la nueva confusion del alma.
Fijos en tierra los turbados ojos
Lágrimas brotan.

¡Ay de la hermosa libertad perdida!
¡Ay del sosiego de perdida infancia!
¡Ay del tranquilo corazon tan libre,
Ya aprisionado!

Ansias, cuidados, agitadas horas,
Largos afanes tras ventura escasa
Por solo y triste galardon espera
Vírgen amante.—

LA VOZ DE UNA HIJA.

Imágen pura, deliciosa y tierna,
Constante amiga de mi blando sueño:
Tú la que ofreces á la vida mia
Paz y ventura;

Imágen bella de la dulce madre,
Que un Dios me diera, de mi bien celoso:
Nnnca del alma tu inefable hechizo
Viera lejano.

Siempre el amante corazon te abriga;
Siempre bendice tu apacible encanto,
Y de ternura tu memoria siempre
Viva le inunda.

¡Oh! ¡cuánto el cielo sus preciosos dones,
Mi cara madre, y su bondad revela!
Su inmensa gloria en tu sagrada imágen
Luce divina.

Que es una madre la perfecta hechura
Con que el Eterno coronó sus obras;
Solemne ofrenda á la natura haciendo,
Digno presente.

Que es una madre de la tierra amparo,
Supremo alivio de angustiosas penas;
Bálsamo santo del pesar amargo,
Tierna delicia.

¡Ay del que huyera el maternal regazo!
¡Ay del que ingrato su amoroso abrigo
Desdeña injusto, y la horfandad anhela!
¡Ser infelice!

Suerte funesta su vivir preside;
Su prez esquiva el indignado cielo;
Nunca á sus ojos la benigna aurora
Plácida brilla.

Mas yo dichosa, que á tu lado miro
Beber el tiempo mis tranquilas horas,
Si lloro, madre, si mi vida empaña
Nube sombría,

Deja en tu seno protector, amigo,
Deja que ardiente la mejilla esconda,
Que hundir mis penas y enjugar mi llanto
Sabes tú sola.—

LA PRIMAVERA ANTICIPADA.

Oigo voces en torno alborozadas
Que saludan la nueva primavera:
Yo no sé si su hielo á la ribera
Le faltó, y á las sierras elevadas;
Yo no he visto si están ya disipadas
Las nieblas del invierno por la esfera;
Solo sé que mi espíritu caido
Sus nieblas de tristeza no ha perdido.

No es alegre ya el sol, no muestra el cielo
El esmalte celeste de otros dias;
Tienen colores lánguidas y frias
Las nuevas galas que despliega el suelo.
¿Qué ha sido ¡oh Flora! del risueño velo
Que sobre nuestros ojos suspendias,
Que prestaba á las aves el contento
Encantos á la flor, perfume al viento?

¡No eres la que anunciaba la alegria
Y el amor á la tierra, Primavera!
¡No eres tú ya la hermosa mensagera
Que acentos de entusiasmo me traia:
Mas tu aureola cándida lucia,
Mas dulce entonces tu sonrisa era,
Mas tierno el risueñor que te cantaba,
Mas venturosa yo que lo escuchaba!...

¡Mas venturosa yo, no tú mas bella!
Tus galas no, ¡mis ojos se han turbado!
Sobre el ambiente puro y azulado
Con brillo igual tu frente se destella.
Ahora lo mismo tu ligera huella
Anima el blanco lirio perfumado,
Y el ruiseñor que tu belleza adora
Con la ternura misma te enamora,

Es que no escucho su amoroso trino;
Es que no admiro tu beldad gozosa;
Que nunca tras las flores voy ansiosa,
De tus huellas errante en el camino;
Que del viajero arroyo cristalino
Ya no contemplo el agua rumorosa...
Es ¡ay! que en mis sentidos conturbados
Aun hay silencio, hay hielos, hay nublados!



EL MARIDO VERDUGO.

¿Temeis de esa que puebla las montañas
Turba de brutos fiera el desenfreno?...
¡Mas feroces dañinas alimañas
La madre sociedad nutre en su seno!

Bullen, de humanas formas revestidos,
Torpes vivientes entre humanos seres,
Que ceban el placer de sus sentidos
En el llanto infeliz de las mujeres.

No allá á las lides de su patria fueron
A exhalar de su ardor la inmensa llama;
Nunca enemiga lanza acometieron,
Que otra es la lid que su valor inflama.

Nunca el verdugo de inocente esposa
Con noble lauro coronó su frente:
¡Ella os dirá temblando y congojosa
Las gloriosas hazañas del valiente!

Ella os dirá que á veces siente el cuello
Por sus manos de bronce atarazado,
Y á veces el finísimo cabello
Por las garras del héroe arrebatado.

Que á veces sobre el seno trasparente
Cárdenas huellas de sus dedos halla;
Que á veces brotan de su blanca frente
Sangre las venas que su esposo estalla.

Y que ¡ay! del tierno corazon llagado
Mas sangre, mas dolor la herida brota,
Que el delicado seno macerado,
Y que la vena de sus sienes rota!..

Así hermosura y juventud al lado
Pierde de su verdugo; así envejece:—
Así lirio suave y delicado
Junto al áspero cardo arraiga y crece.

Y así en humanas formas escondidos,
Cual bajo el agua del arroyo el cieno,
Torpes vivientes al amor uncidos
La madre sociedad nutre en su seno.

LOS CANTOS DE SAFO.

I.

Como el aura suavísima resbala
De placer en placer fácil mi vida:
Entre el amor y gloria dividida,
¿Cuál es la dicha que á mi dicha iguala?

Al lado de Faon, su amor cantando;
Con la luz de sus ojos fascinada;
Dicha inmensa es de Safo bienhadada
Perder sus horas en deliquio blando.

Dicha inmensa es de Safo venturosa
Que su amante en el aire que respira
Beba el acento de la tierna lira,
Que tan solo por él suena amorosa.

¡Cómo á mis ojos inefable llanto
Gota por gota el corazon destila,
Si un instante su faz dulce y tranquila
Brilla gozosa al escuchar mi canto!...

¡Si de su boca en lisonjero arrullo
La voz desciende á celebrar mi lira,

Y hálito vago que su labio espira
Mis sienes cerca entre el falaz murmullo!

Siento, Faon, tu delicado aliento
Bullir en torno de la frente mia,
Y en deliciosos tonos de armonía
Herirme el corazon tus voces siento.

El corazon sus golpes precipita
Al eco de tu voz apasionada:
A un suspiro, á un acento, á una mirada
Como el seno de tórtola se agita.

No temo entonces que por bella alguna
Perjuro olvides tu feliz cantora,
Ni atractiva beldad venga en mal hora
A destrozar mi plácida fortuna.

¿Y quién la flor de la ventura mia
Osará marchitar con mano aleve?
¿Quién á usurpar tu corazon se atreve
Y á reinar donde Safo reinó un dia?

¡Ah! no soy bella: su preciosa mano
En mi rostro los Dioses no imprimieron;
Mas al alma benignos concedieron
De los genios el númen soberano.

Y cítara en mis manos peregrina
Las hermanas de Febo colocaron,
Y de entusiasmo el corazon llenaron
De amor ardiente é inspiracion divina.

Goza de triunfos la beldad un dia,
Que el porvenir destruye rigoroso;
Cuando el genio entre aplausos victorioso
De la inmortalidad al templo guia.

Lecho de tierra y silencioso olvido
Solo del mundo la hermosura alcanza:
El estrecho sepulcro á dó se lanza,
Los rayos borrará de haber nacido.

Cual sueño pasará, si el genio alzando
La poderosa voz no la eterniza,
Su cantar que á los siglos se desliza
Vida preciosa á sus cenizas dando.

Yo tambien cantaré: tambien mis voces,
Tierno Faon, tu nombre repitiendo,
Con tu amor y mi amor sobreviviendo,
Al porvenir sin fin irán veloces.

Yo á esa Grecia opulenta, sábia y justa
Arrancaré un aplauso duradero,
Una corona como el grande Homero
A mis sienes tal vez ceñiré augusta.

Y mírala ¡oh Faon! y tu sonrisa
Premie el esfuerzo de tu Safo amada,
Mas plácida á su ser que en la alborada
Place á las flores la naciente brisa.

II.

Musas divinas, dioses del talento,
¿Qué me vale ceñir vuestra aureola?
Bella rival con su belleza sola
Alcanzó mi afrentoso vencimiento.

Lanzadla de ante mí, lanzadla, cielos;
Que al verla, el odio que me inspira crece,
Mi vista con su vista se oscurece,
Y hierve el corazon de envidia y celos.

Lanzadla lejos de él; no mas admiren
Sus ojos á la bella enamorados:
Ni los mios en tanto ensangrentados
Por sorprenderlos incesantes giren.

Alma Venus, escucha tú mi ruego,
Y protege el amor que has encendido;
En el pecho cruel del fementido
Brote una chispa del estinto fuego.

Dame atractivos, dame esa ilusoria
Forma y hechizos con tu luz tocados,
¡Y quítenme los Dioses irritados
Mi cítara, mis cantos y mi gloria!

III.

De Venus al oráculo las preces
De los augures fieles demandaron,
Y el fin de mis desdichas por tres veces
Y el triunfo de mi amor adivinaron.

Mas ¡ay! mintieron.—Tú roca insensible
Desoyes mi pasion.—Ni una esperanza!!..
¿No temes, dí, que tu perjurio horrible
Provoque de los Dioses la venganza?

¡Qué! ¿No temes que Venus indignada
A mis clamores presurosa acuda?
¿No temes que su cólera sagrada
Sobre tu frente criminal sacuda?

Amante Diosa que al amor preside,
Tú la invocaste de tu fé testigo...
Mi injuriada pasion venganza pide,
Su hollada magestad pide castigo.

IV.

Tu juventud corria silenciosa,
Entre la oscura turba confundido,
Cuando uniendo á tu nombre su renombre
Safo su gloria dividió contigo.

La cantora de Grecia descendiendo
De su altura hasta tí, quiso amorosa
Cantar tu vida y alumbrar tu frente
Con la radiante luz de su aureola.

Y á tu lado, Faon, si la voz mia
Se elevaba á cantar nuestros delirios,
Miel divina en mis labios derramaban
Solícitas las hijas del Olimpo.—

¿Dónde la bella que fingiendo amores
Tu conquistado corazon me arranca?...
Ayer mi seno de placer latia,
Y hoy de despecho y de dolor se abrasa...

El salto de Leucades.

El sol á la mitad de su carrera
Rueda entre rojas nubes escondido;
Contra las rocas la oleada fiera
Rompe el Leucadio mar embravecido.

Safo aparece en la escarpada orilla,
Triste corona funeral ciñendo:
Fuego en sus ojos sobrehumano brilla,
El asombroso espacio audaz midiendo.

Los brazos tiende, en lúgubre gemido
Misteriosas palabras murmurando;

Y el cuerpo de las rocas desprendido
«Faon» dice, á los aires entregando.

Giró un punto en el éter vacilante;
Luego en las aguas se desploma y hunde:
El eco entre las olas fluctuante
El sonido tristísimo difunde.

A MI TIO DON PEDRO ROMERO.

SONETO.

Si para entrar en tan difícil via
El aliento á mi númen no faltara,
Ya de la patria nuestra lamentara
Los males en tristísima elegía.

Ya la virtud, ya el genio cantaria,
Ya el vicio á deprimir me consagrara;
Pero mi voz de niña desmayara
Y desmayara endeble el harpa mia.

Mas quiero humilde abeja, aquí en el suelo
Vagar de flor en flor siempre ignorada,
Que al águila siguiendo arrebatada
Con alas cortas remontar mi vuelo.
Canto las flores que en los campos nacen;
Cántolas para tí, que á tí te placen.

EL RAMILLETE,

ó

A LA PRIMAVERA.

¡Salve, rayo del sol de primavera,
Por densas nubes fúlgido rompiendo!—
Brilló su luz primera,
La tierra embelleciendo!—

Mostró su faz, y de la blanca sierra
Las nieves en raudal se precipitan.
Hierve á su luz la tierra,
Y las plantas palpitan.

Los yertos campos vida y hermosura
Con el ardor fecundo recobrando,
Se ven entre frescura
Sus galas desplegando.

Pimpollos son los brotes renacientes,
Que los desnudos árboles rodean.
Ya en el rosal lucientes
Capullos colorean.

De blancas flores multitud vistosa,
Que en la agua tienen sus cimientos vagos,
Son espuma olorosa
De los inmobles lagos.

Alza la yerba sus menudas cañas,
Crece, y se esponja, y tiende sus verduras
En las altas montañas,
En las anchas llanuras.

¡Salve, rayo del sol de primavera,
Por densas nubes plácido rompiendo!—
Brilló su luz primera,
La tierra embelleciendo.

De insectos mil la turba perezosa
En el penoso invierno aletargada,
Con su lumbre ardorosa
Despierta reanimada.

Allá viene el cantor de los amores,
El tierno ruiseñor, huésped del prado,
Sus risueños albores
Cantando alborozado.

Yo tambien te saludo, madre hermosa,
Juventud de los campos; que en la mia,
Como en ellos, rebosa
Tu vida y tu alegría.

Mas siempre al contemplarte, primavera,
Tomo, pensando en el placer fugace,
Si serás la postrera
Que para mí renace.

Á LA AMAPOLA.

Yo te ví, triste amapola,
De las flores retirada
Mecer la roja corola
Entre la espiga dorada.—

Leve el cuello y hechicero
Débilmente se agitaba;
Y el cefirillo ligero
En tu seno revolaba.—

Del fuego del sol bañada
La cabeza purpurina,
Desmayaba sonrojada
Sobre la planta vecina.

Y allí entre la rubia espiga
Los pajarillos cantores
Daban con su trova amiga
A tu belleza loores.

Yo te viera retirada
A la par del rudo espino,
Guarneciendo descuidada
El apartado camino.

Al morir la última estrella
Estiendes las puras alas;
Y á la purpúrea centella
Del sol renaciente igualas.

Mas ese tu empeño vano,
Y temeraria osadía,
Desde el trono soberano
Castiga el señor del dia.

Que su llama en Occidente
No adurmiera sosegada,
Sin dejar tu roja frente
Con sus rayos abrasada.

Y de la noche
La fresca brisa
Marchita hallara
Tu tierna faz.

¡Ay! que tu vida,
Flor desdichada,
Solo un instante
Brilla fugaz.

Y tu aureola
Pura y luciente
Desconocida
Muere tambien.

Nace en la aurora,
Y al alba nueva
Frágil desnuda
Tu débil sien.

AL JAZMIN.

Orgullo de la enramada,
Blanca y leve florecilla,
Mas que todas delicada,
Y mas que todas sencilla,

Muestra el lirio temblorosa
La faz cristalina y pura;
Y ostenta encendida rosa
La peregrina hermosura.

Alza bella la azucena
La copa tersa y nevada
De ricos ámbares llena,
De mil abejas cercada.

Pero ¿ quién tu brillo iguala,
Viva flor del cano estío,
Que luces entre su gala,
Como espuma en claro rio?

Por sencilla y delicada,
En el jardin entre ciento
Fijas tú, flor, la mirada,
Y fijas el pensamiento,

Y por el seno argentino
Que blando perfume espira,
Dó bebe nectar divino
La abeja que en tí respira.—

Flor graciosa y nacarada,
La mas tierna de las flores!
¡Oh mil veces bienhadada
La que roba tus amores!

Bienhadada mariposa
Que tu pétalo estremece,
Cuando á tu lado reposa,
Y en tu aliento se embebece!

Por delicada y sencilla,
En el jardin entre ciento
Se fija en tí, florecilla,
Mi vista y mi pensamiento.

EL GIRASOL.

¡Noche apacible! en la mitad del cielo
Brilla tu clara luna suspendida.
¡Cómo lucen al par tus mil estrellas!
¡Qué suavidad en tu ondulante brisa!

Todo es calma: ni el viento ni las voces
De las nocturnas aves se desilzan,
Y del huerto las flores y las plantas
Entre sus frescas sombras se reaniman.

Solo el vago rumor que al arrastrarse
Sobre las secas hojas y la brizna
Levantan los insectos, interrumpe
¡Oh noche! aquí tu soledad tranquila.

Tú que á mi lado silencioso velas,
Eterno amanto de la luz del dia,
Solo tú, girasol, desdeñar puedes
Las blandas horas de la noche estiva.

Mustio inclinando sobre el largo cuello
Entre tus greñas la cabeza oscura,
Del alba aguardas el primer destello,
Insensible á la noche y su frescura.

Y alzas alegre el rostro desmayado,
Hermosa flor, á su llegada atenta:
Que tras ella tu amante, coronado
De abrasadoras llamas se presenta.

Cubre su luz los montes y llanuras;
La tierra en torno que te cerca inflama;
Míraslc fija; y de su rayo apuras
El encendido fuego que derrama.

¡Ay triste flor! que su reflejo abrasa
Voraz, y estingue tu preciosa vida.—
Mas ya tu amante al Occidente pasa,
Y allí tornas la faz descolorida.

Que alas te dan para volar parece
Tus palpitantes hojas desplegadas,
Y hasta el divino sol que desparece
Transportarte del tallo arrebatadas.

Tú le viste esconderse lentamente,
Y la tierra de sombras inundarse.—
Una vez y otra vez brilló en Oriente,
Y una vez y otra vez volvió á ocultarse.

Al peso de las horas agobiada,
Por las ardientes siestas consumida,
Presto sin vida, seca y deshojada
Caerás deshecha, en polvo convertida.

¿Qué valió tu ambicion, por mas que el vuelo
Del altanero orgullo remontaste?
Tu mísera raiz murió en el suelo,
Y ese sol tan hermoso que adoraste,

Sobre tus tristes fúnebres despojos
Mañana pasará desde la cumbre.—
Ni á contemplar se detendrác sus ojos
Que te abrasaste por amar su lumbre.

AL LIRIO.

Leve y plácida sonrisa
De la fresca primavera;
Tú que naces con su brisa
De las flores la primera;

Y te engalanas llevando
El color del firmamento,
Y esquivas el cuello blando
A las caricias del viento;

Allá oculta, de las peñas
En las salvages gargantas,
El rico vergel desdeñas,
Donde brillan otras plantas.

¿Será que te falte hechizo
Para competir con ellas?
¿Que el Dios de los campos hizo
Las otras flores mas bellas?..

Mas no; que es tu talle airoso,
Y por ninguna belleza
Trocara el matiz precioso
Tu perfumada cabeza:

Y tu corona azulada
Es, lirio, mas trasparente
Que la linfa sosegada
Del arroyuelo naciente.

¿Cómo pie tan delicado
Fuera de jardines crece,
Y entre malezas criado
De las rocas se guarece?

¿Cómo, lirio, tu semilla
Nunca brota en la pradera?
¿Cómo tu gala no brilla
De las fuentes en la orilla,
Y en la florida ribera?

Qué te vale ese prendido
De celeste brillantez,
Si ignorado y escondido,
En los desiertos perdido
Ha de hallarte la vejez?

Qué te vale ser hermoso
Si en ocultarlo te empeñas,
Y las horas mas risueñas
Has de pasar sigiloso
Entre las ásperas breñas?

Ven, lirio, ven á brotar
A las márgenes del lago:
Abandona ese lugar
Que solo debe habitar
El odioso jaramago.

¡Que la vaga mariposa
En morada tan agreste,
Tu dulce copa celeste
No ha de besar cariñosa!!

Ni la abeja en tu capullo
Las ambrosías que mana,
Libará ansiosa y galana
Con festejador murmullo.—

Que si por bello te acoge,
Por salvaje te desdeña—
Queda allá solo en tu peña,
Y que el viento te deshoje.—

La Rosa blanca,

SONETO.

¿Cuál de las hijas del verano ardiente,
Cándida rosa, iguala á tu hermosura,
La suavísima tez y la frescura
Que brotan de tu faz resplandeciente?

La sonrosada luz de alba naciente
No muestra al desplegarse mas dulzura,
Ni el ala de los cisnes la blancura
Que el peregrino cerco de tu frente.

Así, gloria del huerto, en el pomposo
Ramo descuellas desde verde asiento;
Cuando llevado sobre el manso viento
A tu argentino cáliz oloroso
Roba su aroma insecto licencioso,
Y el puro esmalte empaña con su aliento.

A LA SIEMPREVIVA.

Cuando el alma primavera
Con sus joyas peregrinas
Engalana la pradera,
Los valles y las colinas;

Y las hojas entreabriendo
Leve aroma exhala apenas
La rosa, y van descubriendo
Su cáliz las azucenas;

Y su capullo amarillo
De pura esencia desplega
El delicado junquillo
En la espalda de la vega;

Cuando la plácida aurora
El garzo cuello levanta,
Y el tulipan cimbradora
Descubre la tierna planta;

Una flor nace entre aquellas
Emula de las estrellas
En el rubio tornasol,
Y que brilla como ellas
A los reflejos del sol.

En el ramo suspendida
Menuda, bella, encendida,
Es el alma de las flores,
Porque es eterna su vida,
Y eternos son sus colores.

Allá entre las orlas crece
De su fresca vestidura.
Cuando el alba resplandece,
Chispa de fuego parece
Sobre la verde llanura.

Tú, belleza marchitable,
De los campos maravilla,
Prodigiosa flor, que luces
Siempre jóven, siempre viva,

De otras bellas los encantos
Son tal vez de mas valía
Que tu capullo inodoro
Y tu corona pajiza.

Tú las ves cuando el abril
Sus tibias auras espira,
En desplegados pimpollos
Vertiendo frescura y vida,

Tú la ves bajo las copas
Que los árboles agitan,
Embriagando las abejas
Y perfumando las brisas...

Pero tambien deshojadas,
Marchitas y destrozadas
Entre el polvo en la ribera
Tú las verás sepultadas
Al morir la primavera.

Y pasarán los primores
Del risueño abril lozano;
Y pasarán los ardores,
Las tormentas del verano,
Y del otoño las flores;

Y cuando ya el campo yerto
Con la tierra haya cubierto
Tanta beldad fugitiva,
Aun habrá en aquel desierto
Una flor, la siempreviva.

A LA MARIPOSA.

Bien hayan, mariposa,
Las bellas alas como el aire leves,
Que inquieta y vagarosa
Entre las flores mueves,
Ostentando tu púrpura preciosa.

De blanda primavera
Bien haya la callada y fiel vecina,
La dulce compañera
Del alba cristalina
Perdida entre la flor de la pradera.

Ligera y afanosa
El prado mide tu inseguro vuelo,
Ya huyendo temblorosa,
Ya con ansioso anhelo
En las flores vagando codiciosa.

Bien haya el purpurino,
El vaporoso polvo de tus alas,
Que al aire de contino
Puro y luciente exhalas
Al abrirte en sus ámbitos camino.

¡Ay! goza, mariposa,
La pasagera vida de dulzura,
Que vuela presurosa:
Goza allá tu ventura,
Revolando en la siesta silenciosa.

Apura de las flores
El empapado cáliz que te ofrecen,
Y apura tus amores;
Que ya en la noche acrecen
Del otoño los vientos destructores.

Y eres frágil y bella,
Y tu belleza el cierzo descolora.—
Si sañudo atropella
Tu gala seductora,
Ni aun de tu forma quedará la huella.

A una tórtola.

Tórtola, que misteriosa
Querella de amores cantas,
Dolorida;
Azorada, temblorosa,
Como la lluvia en las plantas
Conmóvida:

Que levantas arrullando
De tu seno palpitante
La alba pluma,
Como el agua murmurando
En las olas, vacilante
Leve espuma:

Tórtola tímida y bella,
Melancólica vecina
De los valles,
Nunca tu blanda querella,
Tu cántiga peregrina,
Muda acalles:

Lleva á el aura ese ruïdo
Que en las soledades mueven
Tus acentos:
Los ecos de tu gemido
Siempre amorosos se eleven
A los vientos.

Canta, canta dulcemente
Con la tierna compañera
Tus amores:
Verás tu arrullo inocente
Dar mas vida á la pradera
Y á las flores.

¿Mas por qué si regalado
Tu murmurio en mis oidos
Desfallece,
El pecho mio turbado,
A tus lánguidos gemidos
Se estremece?

Será que yo tambien como tú siento
Esa ternura que tu seno oprime,
Y el dulce sentimiento
Que de inefable amor tu acento esprime?

Con nuevo fuego el corazon se anima,
Al escuchar tu canto apasionado;
¿Será que tambien gima
En amoroso lazo aprisionado?

Es tu tristeza la tristeza mia;
Con tono igual nuestro cantar alzamos;
Si nunca en la armonía,
Tórtola, en el gemir nos igualamos.

Pues si en gemir son iguales,
Nuestras voces uniremos
Retiradas,
Como de dos manantiales
Unirse las aguas vemos
Separadas.

Mis suspiros lastimados,
Tus arrullos gemidores
Mezclaremos,
Tú—sentidos, yo—soñados,
Entrambas canto de amores
Murmuremos.

AL MISMO ASUNTO.

¡Ay! La tórtola vïuda
Llora su bello y muerto compañero,
Y ensordece la muda
Selva, con su gemido lastimero.

Gime sobre la encina
Donde arrulló su amigo antes con ella,
La luna peregrina
Pasó, y oyó tres veces su querella.

El cierzo se levanta
Y sacude los árboles del monte,
Y ni el cierzo la espanta
Ni la lluvia que anega el horizonte.

Primero que olvidada
Su pena, ha de asordar la selva muda;
Que es fiel enamorada
La tierna melancólica vïuda.

Y era su compañero
Como ella amante, hermoso como el dia,
Y su volar ligero
Por el valle á la tórtola seguia.

Solitarias amadas,
Vagasteis con la luz por los collados,
Y en la sombra, apartadas
Os ví, sobre los troncos elevados,

Y tú el cuello escondias
Entre las plumas de sus alas bellas,
Y á su arrullo dormias
Amoroso, al venir de las estrellas...

¡Ay tortolilla viuda!
¡Llora tu bello y tierno compañero,
Y ensordece la muda
Selva con tu gemido lastimero!

Que el fiero azor en tanto
Su vuelo sesgo sobre ti avecina,
Y ya escucho tu canto
Ahogado en la garganta peregrina.

El seno que golpeas,
A tu esposo llamando tiernamente,
Entre sus garras feas
Será regalo de su pico hendiente.

Mas ¡ay triste y viuda
Tórtola! si murió tu bello amante,
¿Qué importa que á tí acuda
Y rompa azor tu seno palpitante?...

A UNA GOLONDRINA.

¡Salud, dulce golondrina,
Allá en el suelo africano
Bella, errante peregrina;
Salud perenne vecina
Del ardoroso verano;

Tu cántiga placentera
Llevaste á lejanos mares;
La atrevida, la parlera,
Bien llegada á estos lugares,
Amorosa compañera!

Bien llegada al suelo amigo,
Do no errante ni perdida,
Te dará á la par conmigo
Un mismo techo el abrigo
En blando nido mecida.

Vuelve, amiga, descuidada,
A este recinto sereno
Que te guardo regalada;
¡Aun duran de pluma y heno
Los restos de tu morada!

Aquí tus amores fueron,
Y aquí tu cancion amante;
Aquí tus hijos nacieron,
Y á tu arrullo se adurmieron
Bajo el ala palpitante:

Y aquí mi voz se mezclaba
A tu viva cantilena;
Y aquí impaciente aguardaba,
Esa vuelta que tardaba
De amor y recuerdos llena.

Y eres fiel agradecida;
Y no te aguardará en vano;
Que nunca fué desmentida
Esa tu fé prometida
Al ardoroso verano.

¡A cuántos ¡ay! golondrina,
Que lealtad y fé cantaron
La ingratitud se avecina!
¡Cuántos con planta mezquina
Sus juramentos hollaron!...

Mas no tú: fiel y graciosa,
Cuando se allega el estío,
Vuelves tierna y amorosa
Allá de playa arenosa
Do te arrojó invierno frío.

No olvidaste, no, los dones
De este suelo bienhechor,
Ni las fuentes ni la flor,
Ni olvidaste los rincones
De tu asilo protector.

Volvistes enamorada
A este recinto sereno
Que te guardo regalada,
Y aquí de plumas y heno
Formarás nueva morada.

Cantaremos, golondrina,
Mis recuerdos y tu amor
Mientras que el sol ilumina;
Sin que entibie la neblina
Ni sus luces, ni su ardor.

A UN RUISEÑOR.

Ruiseñor, que entre las hojas
De la mas florida acacia
Has tenido todo mayo
Fresca, primorosa estancia,

¿Por qué picas ese ramo
De menudas flores albas,
Que te mece si dormitas,
Y te acaricia si cantas:

Y á tu lado cariñoso
Presta á un tiempo con sus galas
Colgaduras á tu lecho,
Perfumes á tu morada?

¡Dióte la acacia amorosa
Cuna y sombra regaladas;
Y tú rompiendo sus hojas,
¡Ay! con heridas le pagas!—

Yo sé, pájaro sonoro,
Que en tus dos inquietas alas
Vas á lanzarte á otro valle,
Por siempre huyendo esa rama.

Mas no por eso á tu amiga,
Ruiseñor, con loca saña
Has de romperle las perlas
De su corona preciada.

¡Que cuando estés lejos de ella,
Tal vez recuerdes con ansia
La frescura de su sombra,
La esencia de sus guirnaldas!

AL SEÑOR DON JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.

Sin la indulgencia con que fué juzgada por V. mi primera coleccion de ensayos, yo no me hubiera atrevido á escribir la segunda. Los hombres, con mas confianza en sus talentos ó mas fortaleza para arrostrar las censuras pueden, sin desalentarse, sufrir un fallo desfavorable y atreverse á conquistar otro mas lisonjero; pero en las de mi sexo, á lo que entiendo, la primera alabanza ó desaprobacion que el crítico da á sus obras influyen en sus resoluciones de un modo decisivo; ó se retroceden con presteza y confusion los pocos pasos andados en un camino que se emprendió con miedo, ó se continua por él con la fé y seguridad que faltaban al emprenderlo. Tal á lo menos me acontece á mí, que hubiera abandonado la poesía si en vez del censor rígido no hallára al crítico tolerante que me infundiese ánimo para seguir, aunque poco á poco, mi marcha dificultosa.

A V., pues, debo esta segunda coleccion de ensayos; permítame que al consagrársela me escude con su nombre para que pueda defender ante el público mi pertinacia en proseguir escribiendo.

Carolina Coronado.

A MI HERMANO EMILIO.

MEMORIAS DE LA INFANCIA.

Ya no es tan jóven mi vida
Que desde esta cima, hermano,
Logre ver distinto el llano
Donde quedó mi niñez.
Es la pradera florida
Bajo la sombra de un monte,
Y por eso es su horizonte
Mas delicioso, tal vez.

Yo con el rostro no acierto
De ese tiempo fugitivo,
Mas su belleza percibo
De los años al trasluz,
Como aquel reflejo incierto;
Aquellos matices rojos
Que perciben nuestros ojos
Cerrados frente á la luz.

Yo no sé lo que soñaba....
Mas recuerdo mis amores;
Sé que amaba entre las flores
A un hermoso tulipan:
Y que á mis solas le hablaba,
Emilio, tan dulcemente
Que murmuraba el ambiente
Celoso en mi tierno afan.

Lloré cuando se agostaba
Su cabeza peregrina...
Pero amé á la golondrina
Así que la flor murió:
La golondrina emigraba
Y entonces, Emilio mio,
A mi constante amorío
Buscaba otro objeto yo.

¡Oh! todo me enamoraba
En aquel tiempo querido!
¡Cual me recuerda un sonido
El ave y el tulipan;
Y la fuente que manaba
El agua que yo bebia
Y el campo donde crecia
La semilla de mi pan!...

Pero si no me comprendes,
Si aquella edad ha pasado
Y yo ya tengo olvidado
El suave idioma infantil!
Si por acaso me atiendes
Huyes riyendo á deshora,
¿Por qué no estoy en tu aurora
O tú no estás en mi abril?

Tú juzgas porque me hallaste,
Bello gerzon, á tu lado
Que una ruta ha señalado
A nuestra existencia Dios:
No, que tu via empezaste
En la mitad de la mia
Y poco por esa via
Iremos juntos los dos.

Emilio, cuando recuerdes
Cual yo tu pasada infancia,
Ya habrá una eterna distancia
Que me separe de tí;
Entonces, tal vez, te acuerdes
De mí, cual yo de las flores,
Y entre tus tiernos amores
Me cuentes, Emilio, á mí.

Ermita de Botoa, 1844.

EL JUEGO DEL NIÑO.

Emilio, no le atormentes,
Deja al insecto en reposo
Que es juego muy doloroso
Ese que tomas con él;
Ambas alas trasparentes
Prenderle, y despues burlarse
Porque no puede escaparse,
Es Emilio, bien cruel!

¡Mira cual bulle y cual pena
Por desclavarse las alas
Y lucir sus nuevas galas
En el ambiente de abril!...
Si por la rubia melena
A un espino te apresara
Así tu cuerpo luchara
En tu cólera infantil.

Escucha; ese pobre insecto
Aire solo necesita;
¿Qué le queda si le quita
El aire tu voluntad?
Tú su camino perfecto
Le tuerces en tu capricho...
Hombrecillo, ¿quién te ha dicho
Que es tuya su libertad?

Porque era la mariposa
Mas endeble que tu mano
Ya con decreto inhumano
La inmolas á tu pasion;
¿Será esperiencia ingeniosa
De tus obras de otro dia?
¿Son ensayos, vida mia,
Que vá haciendo tu ambicion?

¡Por Dios, que á mi talle alcanza
Tu brava cabeza, apenas,
Y ya labras las cadenas
Para amarrar á otro ser.
No bien el Señor te lanza
A este campo dilatado,
Y ya seres te has hallado
A quien mostrar tu poder.

¡Oh! si la oruga lozana
Te bastara solamente,
Aunque esclava injustamente
No mas que insecto es al fin;
Pero ¡ay Emilio! mañana
Las cosas truecan de nombres;

Los insectos serán hombres
Y mundo será el jardin.

Mas, no le arranques las alas,
No se las rompas, criatura,
Que vá á lucir su hermosura
Por esa estension azul;
Hoy ha estrenado sus galas
Y es indigna tiranía
No dejarla un solo dia
Que despliegue su albo tul...

¡Fortuna! ya te abandona;
Huyóse la prisionera...
¡Mira, mira cuán ligera
Allá por los aires vá;
Yo no sé por qué ambiciona
Tu cariño aprisionarla,
Porque es mas bello mirarla
Si libre y gozosa está.

¿Lloras, Emilio? ¡qué duelo!...
¡Era tu primer cariño!
Vete consolando, niño;
Que otro vendrá tras aquel,
Mas, no busques, no, consuelo;
Llora, pobre Emilio, llora
Que te hará el pesar de ahora
El que venga menos cruel.

Ermita de Botoa, 1844.

LA TORTOLA ERRANTE.

.... Solita
Como á triste tortolita
Que va po é monte peririta.
CANCION DE EMILIO.

Deja á la tórtola andar
Por la montaña perdida
Y ensáyame otro cantar
Que yo no puedo escuchar
Esa cancion tan sentida.

Por mas que anime el contento
Tu linda boca graciosa,
Emilio, mi pensamiento
Halla muy triste ese cuento
De la tórtola amorosa.

Tengo el alma dolorida
Y me arranca tal memoria
Esa tórtola afligida,
Que pienso que de mi vida
Me estás contando la historia.

Solo que en mi soledad
No tengo como tu amiga
Alas, aire y libertad
Para calmar la ansiedad
Que el corazon me fatiga...

Pero dejémosla ir
Por la montaña perdida;
No me tornes á afligir,
Emilio, con repetir
Esa cancion tan sentida.

El girasol mas enano
Se alza mas que tu cabeza;
Pues, me quieres con terneza
No vengas tú tan temprano
A aumentar ¡ay! mi tristeza!

Ermita de Botoa, 1844.

EL ESPINO.

Yo no quiero de los campos
Los árboles ni las parras
Ni la multitud vistosa
De sus bellísimas plantas;

Pero un espino florido
Que hay Emilio, entre las zarzas,
Es la envidia de mis ojos
La codicia de mi alma.

Viste su tronco ramage
De verdes hojas lozanas,
Y entre sus brazos airosos
Flores como espumas alza.

Mas ansiosa que la abeja
En su perfume embriagada
Vago errante, sin aliento
En torno de sus guirnaldas,

Mas, tiendo en vano los brazos
Que antes que llegue á alcanzarlas
Las punzadoras espinas
De sus ramos me desgarran.

Huye la flor de mis manos;
Crece de mi pecho el ansia;
La flor queda en el espino
Y en el espino mis lágrimas.

Ermita de Botoa, 1844.

EMIGRACION DE LAS AVES.

Turbóse el azul del cielo.
Y las lluvias anegaron
Las semillas que en el suelo
Los labradores dejaron.

Huéspedas de mi patria en el verano,
Buscad ya lejos de la tierra mia,
En otro cielo, en otro nuevo llano,
Nueva mies, nuevo sol, nueva alegría.

Tierna armonía postrera
Dad á ese valle vecino
Y un adios á la ribera
Y emprended vuestro camino.

Ved que el lejano monte se oscurece;
Ved que anublado está ya el firmamento;
Ved que la niebla presurosa crece
Y es muy triste cruzar sin luz el viento.

Pero yo no os quiero oir
Vuestra postrera cancion,
Que tengo de veros ir
Afligido el corazon.

Ya la primera huyó la golondrina;
¿Quién, Emilio, cantando á la ventana
Con bulliciosa trova peregrina
A despertarnos ya vendrá mañana?

Ya van tras ella en tropel,
Ya va quedando desierto
El verde, hermoso laurel
Que las anida en mi huerto.

Por la postrera vez miro anhelante
En él la alegre multitud reunida...
¡Ay! para algun placer á cada instante
Muriendo el corazon está en la vida!

Mas de arroyos, flores y aves
Fatigado el pensamiento
En mi prision sin aliento
Como el insecto quedé.

¿Y qué mucho cuando un hora
Basta al pájaro de vuelo
Para cruzar todo el cielo
Que mi horizonte cubrió;
Qué mucho que necesite
Ver otra tierra mas bella
Si no ha visto sino aquella
Que de cuna le sirvió?

Agoté como la abeja
De estos campos los primores
Y he menester nuevas flores
Donde perfumes libar,
O, cual la abeja en su celda,
En mi mente la poesía
Ni una gota de ambrosía
A la colmena ha de dar.

No anhela tierra el que ha visto
Lo mas bello que atesora,
Ni la desea el que ignora
Si hay otra tierra que ver:
Mas de entrambos yo no tengo
La ignorancia ni la ciencia,
Y del mundo la existencia
Comprendo sin conocer.

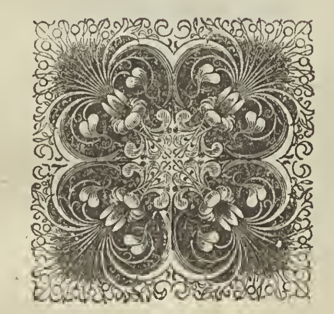
Sé que entre cien maravillas
El mas caudaloso rio
Gota leve de rocío
En en el seno del mar:
Y que en nave, cual montaña,
Que mi horizonte domina
Logra la gente marina
Por esa region cruzar.

Mas ¡por Dios! que fué conmigo
Tan escasa la fortuna
Que el pato de la laguna
Ví por sola embarcacion:
¿Qué me importa el Océano
Y cuantos ámbitos cierra?
Solo para mí en la tierra
Hay diez millas de creacion!

Mar, ciudades. campos bellos
Velados ¡ay! á mis ojos;
Solo escucho para enojos
Vuestros nombres resonar.
Ni de Dios ni de los hombres
Las magníficas hechuras
Son para el ciego que á oscuras
La existencia ha de pasar.

Tal ansiedad me consume,
Tal condicion me quebranta,
Roca inmóvil es mi planta,
Aguila rauda mi ser....
¡Muera el águila á la roca
Por ambas alas sujeta;
Mi espíritu de poeta
A mis plantas de mujer!—
Pues tras de nuevos perfumes
No puede volar mi mente
Ni respirar otro ambiente
Que el de este cielo natal;
No labra ya mas panales
La abeja á quien falta prado,
Perece el insecto ahogado
Sin mas aire en su fanal.

Ermita de Botoa, 1846.



Aquí estoy en la barca triste y sola
Aguardando á mi amado noche y dia;
Llega á mis pies la espuma de la ola,
Y huye otra vez, cual la esperanza mia.

¡Blanca y ligera espuma trasparente,
Ilusion, esperanza, desvarío,
Como hielas mis pies con tu rocío
El desencanto hiela nuestra mente!

Tampoco es el mar adonde él mora,
Ni en la tierra ni el mar mi amor existe:
¡Ay! dime si en la tierra te escondiste
O si dentro del mar estás ahora.

Porque es mucho dolor que siempre ignores
Que yo te quiero ver, que yo te llamo
Solo para decirte que te amo,
Que eres siempre el amor de mis amores!

VI.

Pero te llamo yo ¡dulce amor mio!
Como si fueras tú mortal viviente,
Cuando solo eres luz, eres ambiente,
Eres aroma, eres vapor del rio.

Eres la sombra de la nube errante,
Eres el son del árbol que se mueve,
Y aunque á adorarte el corazon se atreve,
Tú solo en la ilusion eres mi amante.

Hoy me engañas tambien como otras veces;
Tú eres la imágen que el delirio crea,
Fantasma del vapor que me rodea
Que con el fuego de mi aliento creces.

Mi amor, el tierno amor por el que lloro,
Eres tan solo tú ¡señor Dios mio!
Si te busco y te llamo, es desvarío
De lo mucho que sufro y que te adoro.

Yo nunca te veré, porque no tienes
Ser humano, ni forma, ni presencia:
Yo siempre te amaré, porque en esencia
A el alma mia como amante vienes.

Nunca en tu frente sellará mi boca
El beso que al ambiente le regalo;
Siempre el suspiro que, á tu amor exhalo
Vendrá á quebrarse en la insensible roca.

Pero cansada de penar la vida,
Cuando se apague el fuego del sentido,
Por el amor tan puro que he tenido
Tú me darás la gloria prometida.

Y entonces al ceñir la eterna palma,
Que ciñen tus esposas en el cielo,
El beso celestial, que darte anhelo,
Llena de gloria te dará mi alma.

Sierra de Jarilla, 1849.



ROMANCES.

LA POETISA EN UN PUEBLO.

¡Ya viene, mírala! ¿Quién?
—Esa que saca las coplas.
—Jesus que mujer tan rara.
—Tiene los ojos de loca.
Diga V., don Marcelino,
Será verdad que ella sola
Hace versos sin maestro?
—¡Qué locura! no señora;
Anoche nos convencimos
De que es mentira, en la boda:
Si tiene esa habilidad
¿Por qué no le hizo á la novia,
Siendo tan amiga suya,
Décimas ó alguna cosa?
—Una décima, es preciso
Dige— el novio está empeñado:
«Ustedes se han engañado
Me respondió, no improviso.»
—Siendo la novia su amiga,
Vamos, ¿no ha de hacerla usté?—
«Pero por Dios, si no sé,
¿No basta que yo lo diga?»
La volvimos á rogar,
Se levantó hecha una pólvora,
Y en fin, de que vió el empeño
Se fué huyendo de la boda.
Esos versos los compone
Otra cualquiera persona,
Y ella luego, por lucirse,
Sin duda se los apropia.
—Porque digan que es romántica.
—¡Que mujer tan mentirosa!
—Dicen que siempre está echando
Relaciones ella sola.
—Se enseñará á comedianta.
—Ya se ha sentado ¡la mona!
Mas valia que aprendiera
A barrer que á decir coplas.
—Vamos á echarla de aquí.
—¿Cómo?—Riyéndonos todas.
—Díle á Paula que se ria.
—Y tú á Isabel, y tú á Antonia.
Ja ja ja ja ja ja ja.
¡Mas fuerte, que no lo nota!
Ja ja ja ja ja ja ja.
Ya mira, ya se incomoda.
Ya se levanta y se vá...
¡Vaya con Dios la gran loca!

Radajoz, 1845.

A un viejo enamorado.

No lo tomeis á consejo,
Pues vos para aconsejado
Y yo para consejera
Inútiles somos ambos:
Vos, señor, porque contais
Con muy razonables años
Para poder en la vida
Dirigiros ya sin ayo,
Y esta humilde servidora
Por tenerlos muy escasos
Para poder con su apoyo
Ir por la tierra marchando.
Mas sin ser consejo alguno,
Podeis escuchar un rato
Cuatro sencillas palabras
Que tengo, señor, que hablaros.
Si de provecho no os sirven,
Tampoco os serán de daño,
Con que prestadme el oido
Y os charlaré breve y claro.
Os quejais de mis desdenes
Y el por qué, yo no lo alcanzo,
Pues las canas venerables
Yo respeto, nunca agravio;
Y en fé de verdad tan pura,
Jamás consentí escucharos
las voces almibaradas
de, «hermosa, mi bien, te amo;»
por evitar que el ridículo
os hiriera de rechazo,
al responderos el mundo
con su risa y con su escarnio.
Porque, dejaos de aprehensiones,
ninguno creerá el *flechazo*
de que os doleis con tal pena,
pues Cupido no es tan malo
que fuera en un moribundo
á ensañar su genio bravo.
Mas bien la gota, el reuma,
ó algun histérico flato
han sido los agresores
de ese cuerpo desdichado;
y vos en reminiscencia
de los amores de antaño,
al encontraros doliente,
os juzgais enamorado.
Pero señor, ¡en conciencia!
ved que es error, que es engaño,
y en vez de atisbar mis rejas,
y espantarme todo el barrio,
tomándome por remedio
de males, que yo no sano,
buscad un doctor que os vea,
y si es un ataque asmático,
os recete y desengañe
del tema que habeis tomado.
A él podeis, si no os remedia,
llamarle «¡insensible, ingrato!»
y todas esas razones
conque os estais lamentando

de una mujer que no os hizo
mas ofensa ni mas daño,
que nacer en este siglo,
y no en el siglo pasado.
Tal vez yo de haber nacido
en tiempo de Cárlos Cuarto,
de vuestra jóven persona
me hubiera tambien prendado,
como las viejas mujeres
que tiene Dios en descanso,
y que os dejaron memorias
de lo mucho que os amaron
en cartas ya carcomidas
y en rizos apolillados.
¡Cómo ha de ser! lo dispuso
la suerte tan al contrario,
que entre vos y yo en España
tres monarcas han reinado.
Os lo digo, no por mofa,
vale mucho un hombre anciano,
pero soy caña muy débil
para serviros de báculo;
ni monedas de este cuño
parecen bien en la mano
del que al buscarlas debiera,
ser, al menos, anticuario.
Por lo demás, yo os estimo
como al Arco de *Trajano*,
como al *puente de los moros*,
como á todo lo que es raro,
porque llega y sobrevive
á los dias que alcanzamos.
Cuando pasais os saludo,
con reverencia, con pasmo;
cuando hablais os oigo absorta,
como si oyera lejanos
los ecos de aquellas voces
que en tiempo del Cid sonaron...
Pero la tos os molesta,
la brisa vá refrescando,
y temo os falte la vida
cuando por luenga la aplaudo:
basta pues, cubrios el rostro,
perdonadme y retiraos.

Badajoz, 1845.

A UN POETA CLASICO.

Pulidísimo poeta;
que siempre os andais buscando
cefirillos en diciembre
y florecillas en marzo.
Ved que es malogrado tiempo
el que gastais en cantarnos
esas romanzas melosas
que á vos embelesan tanto.
Porque ninguno os escucha,
ni posible es escucharos,
ni debe ¡salvo los sordos!
nadie escuchar vuestro canto.
Vos engalanais de yerba
fuera de sazon los campos
y á deshora de sus nidos
haceis levantar los pajaros;
vos asida del cabello
sin compasion á su llanto,
á cada instante á la aurora
arrastrais de su palacio,
y ni deja miel segura
en el panal vuestro lábio
ni brisilla sosegada,
ni libre arroyuelo manso.
Y lo que mas impacienta,
ingeniosísimo bardo,
es que, cuando estamos todos
con vuestra musa trinando,
sobre la blanda bervena,
muellemente recostado,
tan complacido y risueño
vos dispongais coronaros.
¿A dónde vais por el mirto?
¿de dónde arrancais el lauro?
¿y qué lograis con poneros
en la frente esos enjalmos?
Un mancebo como un roble
no os causa grima pasaros
unas tras otras las horas
entre los juncos holgando?
¿No teneis en vuestra tierra
otro mas útil cuidado
que atisvar la rubia aurora
y espantar los tiernos pajaros?
Amigo, trocad, de vida
de cantinelas dejaos,
¡sacudid el cuerpo inerme
y haced valer vuestros brazos!

Badajoz, 1845.

A CESARINA.

Que teniendo, Cesarina
en tu hermosisimo rostro
ojos tan claros y bellos
me mires con malos ojos!
Que siendo risueño y blando
tu semblante para todos,
doncella, para mi solo
haya de ser duro y osco!...
—¿Celos de mi? ¡Virgen Santa!
¿Pues que amador hay tan loco
que dude que con tu busto
competir no puede otro?
Bajo melena dorada,
sobre cuello delicioso,
con su cútis de azucena,
con su matiz de pimpollo
cómo hallar teme rivales
entre mugeres tu rostro
si juzgo que entre los ángeles
no los hallará tampoco?
¿No es por mi faz?... ¿por mi lira?
¡Oh demencia! te da enojos
un pedazo de madera
con unos bordones toscos
donde canto unos romances
que desoye el mundo todo,
porque una mitad no atiende
y la otra mitad es sordo?
¡Como el amor enagena!
¡Como los celos son topos

cuando ignoras que esa lira
vale entre los hombres poco!
Siquiera fuese mi canto
dulce, apacible, sonoro;
siquiera tierno y vibrante
alzara sublime tono,
entre escuchar sus conciertos
y mirar tus lindos ojos
no vacilara, alma mia,
el galancete mas docto.
Brillante luz es el genio
mas si no tiene un contorno
lucido el fanal que encierra
ese vivo metéoro,
Cesarina, de sus rayos
teme las heridas poco
que aman los hombres al genio.....
si el genio tiene tu rostro.

Á UN AMADOR.

Buen jóven, en hora aciaga
Fijasteis en mí los ojos,
Pues los fijásteis risueños
Y los apartais llorosos.

Mal os quieren los amores
Cuando eligen en su encono
Mi corazon para blanco
De vuestro empeño amoroso.

Y en verdad que son injustos
Pues ni antes, de vuestro rostro
Ni despues, he visto alguno
Con perfiles mas hermosos.

Inútil en vuestra cara
Es el perfecto contorno
Pues para ganar las almas
Teneis demás con los ojos.

Y, por el mismo Santiago
Que en un alazan brioso
Vuestro talle y apostura
Dar pueden al santo en ojos.

Mas entre sí están los nuestros
Corazones tan remotos,
Que el uno al Sud, el otro al Norte,
Fuego es uno, hielo el otro.

Juzgo no habeis de enojaros
Por mi desden caprichoso,
Mancebo, si ves despacio
Cuál pierde mas de nosotros.

Vos de galan lograis fama
Con vuestro afecto amoroso,
Yo en no amaros gloria pierdo
Y fama de esquiva logro.

Y si queda aquí humillado
Alguno, es mi orgullo loco,
Pues desdeñándoos se ofende
Y se castiga á sí propio.

Por eso la compasion
Que demandais no os otorgo,
Porque entre amarme y no amaros
Mi error la merece solo.

Almendralejo, 1846.

ALTIVEZ.

Joven del rubio cabello
y los azulados ojos,
sabed, por la Vírgen sacra,
que estais de remate loco
o se ha vuelto vuestro ingenio
agudo como el del topo
cuando estampais en papeles
letras que encienden el rostro.
De las riberas del Tajo
airecillo contagioso
os ha impregnado el cerebro
de pensamientos que ignoro
si desdeñe por ruines
ó castigue por odiosos.
No soy alta por la cuna,
ni soy rica por el oro,
ni gallarda por el talle
ni preciosa por el rostro,
mas para ser bien altiva
tengo jóven en mi abono
un alma como ninguna
y un corazon como pocos.
El doncel en quien amante
una vez ponga mis ojos
primero tema que cieguen
que verlos fijos en otro;
tema hablarme el que ha entendido
mis acentos amorosos
primero muda que hallarme
en otros tiernos colóquios;
y si logra mi cabello
jure que en el mundo solo
hay dos trenzas: la que él lleve
y la trenza de mi moño.
Por eso, mancebo, os digo
que estais de remate loco
cuando hablais de mis constantes
pensamientos en desdoro;
si hay plantas que no resisten
á las ventiscas de otoño,
hay plantas que se conservan
desde el setiembre al agosto:
y es la de vos gran malicia
ó error torpe y vergonzoso
esto de tomar perpetuas
por marchitables pimpollos.
Distintas somos las hembras
y hablar con iguales modos
de la buena y de la indigna
es desman que no os perdono;
parlad con mayor mesura
si os es mi afecto precioso;
ó temed verlo trocado
en un justísimo encono.
Y tened en cuenta, amigo,
que vale mucho mi enojo
por ser los que estimo muchos
y los que aborrezco pocos.

Almendralejo, 1846.

Yo te diré nuestra historia
y aunque otra los hombres cuenten,
Por Dios, que los hombres mienten
O ignoran este saber:
Ellos beben *Cicerones*,
Con *Sénecas* se alimentan;
Pero esos libros no cuentan
Las penas de la mujer.

Y ¡mas valiera que doctos,
Sapientísimos varones,
Perdieran en las naciones
Su tiempo en tratar de nos;
¡Harto hicieron si aseguran
Como un hecho averiguado
Que de Adan y Eva el pecado
Por ella sufren los dos!

¿Qué importa que su existencia,
La leche con que medraron,
Los brazos en que apoyaron
Su cuerpo desde el nacer;
Y los besos maternales,
Y el solícito cariño,
Y sus placeres de niño
Se los diera la mujer?

¿Qué importa que le dé ella
La amorosa compañía
Al que triste viviria
Sin ella en la soledad;
Y el consuelo al desgraciado,
Y la asistencia al doliente,
Qué importa á esa ingrata gente
Que se los dé la beldad?

De madres, esposas, hijas,
Los tiernos, los dulces nombres,
¿No merecen á esos hombres
Una página, un borron?
¡No merecen que una hora
En nuestra suerte mediten
Aunque algo al estudio quiten
De *Séneca* y *Ciceron*?...

¿Mas no escuchas? ¿Interrumpes
Niña, con risa mi canto?
Haces bien, porque iba el llanto
Brotando á mis ojos ya;
Conviértase en risa el lloro,
Que en la mudanza precisa
Pronta siempre la sonrisa
Tras mis lágrimas está.

Pero, guarda, por tu vida,
El papel de estas canciones,
Y en la edad de las pasiones
Fija los ojos en él:
«¡Ay, dirás, verdad decia
»La que estas cosas cantaba;
»Bien me acuerdo que lloraba
»Cuando escribió este papel!»

Badajoz, 1846.

A LA JUVENTUD ESPAÑOLA DEL SIGLO XIX.

¡Salud prole gallarda, salud hijos
En quienes tiene fijos
Sus ojos la nacion que en vos confia;
Las madres orgullosas
Sus frases cariñosas
Que os trove ordenan en el harpa mia.

«Doncella, me dijeron; tú que sabes
»De las voces suaves
»El sonoro compás, blanda caida;
»Escoge las mas bellas
»Y fórmanos con ellas
»Una dulce cancion, tierna y florida;

»Hoy regalar queremos los oidos
»De los hijos queridos
»Que alfombran nuestro suelo de laureles.»
Yo respondí: «Matronas,
»Tejed vos las coronas
»Y yo las llevaré á vuestros donceles.»

¿Por qué de aquellas madres la dulzura
Y amorosa ternura
De los acentos que por vos elevan,
Con la misma armonía
De su ardiente poesía
Mis vagos tonos, juventud, no os llevan?

Cantan y lloran, rien y deliran,
Cuando pasar os miran,
Sabios mancebos, en lucida tropa;
Y ¿no es su orgullo justo?
¿De España el nombre augusto
No defendeis vosotros ante Europa?

¿Quiénes, sino vosotros, han sacado
Al pueblo estraviado
En la ignorancia estúpida, al camino?
¿A quiénes hoy debemos
Lo que el siglo sabemos
Sino al ingenio vuestro peregrino?

Esa ruda corteza que tenia
Nunca arrancar podia
De los viejos el pueblo moribundo;
No en sus hombros inertes
En los del mozo, fuertes
Un paso mas logra avanzar el mundo.

¿No podrá del saber la rica vena
Bajo negra melena
Juvenil palpitar, qué necesita
Que las frentes lozanas
Se coronen de canas
Para ostentarla en la vejez marchita?

¡Sí puede, responded, turba gloriosa
A la voz envidiosa
Que en el antiguo pueblo se levanta
En boca del que espera
Tener en su carrera
Al genio que á su ciencia se adelanta.

Dejad al cuervo atrás cansado y ronco
Graznar sobre ese tronco
Por antiguo en el bosque mutilado,

Y, garzas placenteras;
Volad siempre ligeras
Hácia el árbol que veis recien brotado.

Puedan sus altas ramas algun dia,
Con verde lozanía
Dar sombra á multitud de vuestros nidos
Que en sus hojas colgados
Los hijos regalados
Os guarden de los vientos defendidos.

Flores, aromas, frutos, hermosura,
Pompa, galas, frescura
El árbol fecundísimo esparciendo,
¡Cuán abundante y puro
Para el siglo futuro
Su frondoso ramage está nutriendo!

Hasta el pastor en su gentil corteza
Podrá grabar «riqueza,»
Hasta las hembras «libertad, ventura,»
Hasta los bardos «gloria,»
Y hasta «paz,» por memoria,
El guerrero esculpir con su armadura.

Para nosotros ¡ay! no bien brotados
Sus ramos deseados,
Ni sombra prestan, ni nos dan verdores;
Y en su blanda corteza
Hoy grabamos «pobreza,
»Infortunio, baldon, llanto y dolores.»

¿No asoma la tristeza á nuestra frente
Al ver que solamente
En la vana ilusion de la poesía
Tenemos los primores
De esos frutos y flores,
Galas, aromas, pompa y lozania?

¿No sentís vuestra sangre, hijos de España,
Herbir con fuerza estraña,
Correr desesperada por las venas
Al mirar que logramos
En vez de lo que ansiamos
Miseria, oscuridad, guerra y cadenas...?

En vosotros no mas gallardos hijos,
Tiene sus ojos fijos
La española nacion, que en vos confia;
Las madres orgullosas
En frases cariñosas
Ruegos os mandan por la troba mia.

Yo quisiera saber, como las aves,
De las voces suaves
El sonoro compas, blanda caida,
Para daros con ellas
Unas canciones bellas
Dignas de vuestra mente esclarecida.

Pero está en la cabeza el pensamiento
Falto de atrevimiento
Y en los labios la voz de la poetisa,
De la propia manera
Que en la nacion Ibera
La nueva sociedad, torpe, indecisa.

Badajoz, 1846.

Á ESPAÑA.

¿Qué hace la negra esclava, canta ó llora?
Tú, Europa, gran señora
Que á tu servicio espléndido la tienes,
Responde, ¿llora, canta,
O dormida á tu planta
Apoya ora en tus pies sus tristes sienes?

Yo que en su misma entraña me he nutrido
Y en su pecho he bebido
Su ardiente leche, con amor la adoro,
Y por saber me afano
Si al pié de su tirano
Reposa, canta ó se deshace en lloro.

Venga el pueblo que á madre tan querida
Debe tambien la vida,
Las nuevas á escuchar, que de su suerte
Por caridad nos diga
La señora enemiga
De quien vive amarrada al yugo fuerte.

Oigan los hijos de la negra esclava
Lo que orgullosa acaba
De trasmitir su dueña á las naciones,
Para que mofa sea
Del mundo que la vea
Sufriendo eternamente humillaciones.

Dice, que por nodriza solamente
Al Norte y al Oriente
Conducen á la madre, cuyo seno
A mucha boca hambrienta
Sin cesar alimenta
Con la abundancia que lo tiene lleno.

Y nos dice tambien que latigazos
La dan con duros brazos
Los hijos de Bretaña y del Pirene,
Despues de haber sacado
Al seno regalado
El jugo que los nutre y los sostiene.

Y se atreve á decir la fiera dueña
Que en rendirla se empeña,
Dejándola cansada, enferma y pobre,
Para que no en la vida
Emprendiendo la huida
Su independencia y libertad recobre...

¿No tenemos un Cid? ¿No hay un Pelayo
Que nos presten un rayo
De indignacion, con que á librarla acuda
Ese pueblo indolente,
Esa cobarde gente,
Egoista, ambiciosa, sorda, muda?

¿Dónde está la bandera, caballeros,
Que dos pueblos enteros
Con su anchuroso pabellon cubria?
¿Dónde los castellanos
En cuyas fuertes manos
La enseña nacional se sostenia?

Ya no hay bandera; el pabellon lucido
En trozos dividido
Como harapos levanta nuestra gente
Sin escudo y sin nombre,
Sirviendo cada hombre
De caudillo y de tropa juntamente.

Cual árabes errantes, cada uno
Sin domicilio alguno
Vagan los desdichados en la tierra,
Huyendo del vecino

Que hallan en su camino
Por no poder marchar juntos sin guerra.

¿Quién levanta su tienda de campaña
En un rincon de España
Y por su rey á su persona elige,
Y quién sobre la arena
Traza, escribe y ordena
Las leyes con que él solo se dirige.

Y quién burlando al Dios de sus abuelos
Nombra para los cielos
Otro señor que nos gobierne el alma,
Juzgando la criatura
Que siendo el Dios su hechura
Mas fácilmente alcanzará la palma.

Patria, leyes y Dios, siervo y monarca
El español abarca
Refundiendo sus varias existencias
En el cerebro loco
Para quien juzga poco
De esa inmensa reunion, cinco potencias.

¡Soberbia, necia vanidad mezquina
Que á padecer destina
La soledad, el duelo, el abandono
A esa España afligida
Que siempre desvalida
Se vé juguete de estranjero encono!

Ha menester alzarse una cruzada,
Ha menester la espada
Blandir al aire la española tropa,
Los reinos espantando
Para salvar luchando
A esa que gime esclava de la Europa.

Mas ¡dónde habeis de ir, tercios perdidos,
De nadie dirigidos,
Marchando sin compás por senda oscura
Con rumbo diferente,
A dónde pobre gente,
A dónde habeis de ir á la ventura!

¿Resucitó Cortés, vive aun Pizarro,
O de encarnado barro
Quereis poner vestido de amarillo
Un busto en vuestro centro
Por que al primer encuentro
Vengan rodando huestes y caudillo?

Nunca se lanza el águila á la esfera
Sin medir su carrera;
Nunca el toro acosado en la llanura
Rompe en empuje fiero
Sin pararse primero
A reforzar su aliento y su bravura.

Unid el pabellon roto en pedazos,
Enlazad vuestros brazos,
A un mismo campo el español acuda,
Y al brindar la pelea
Que un mismo nombre sea
El que invoqueis á un tiempo en vuestra ayuda.

Así de negra esclava que es ahora
Será España señora,
Por vosotros del yugo rescatada,
Y al abrigo del trono
Con soberano tono
De los pueblos servida y respetada.

Así ¡ay! de infeliz que hoy se presenta
Será España opulenta,
Por vosotros no mas enriquecida,
Bella y engalanada,
De laurel coronada,
Respirando salud, contento y vida.

¡Vereis cómo ya entonces no la insultan
Los que su diente ocultan
Entre sus pechos, con hambrienta boca,
Despues de haber sacado,
Su jugo regalado,
Llamándola salvaje, necia y loca!

Vereis ¡oh! cómo entonces las banderas
De aquellas estranjeras
Que la trataron con tan dura saña,
Inclinando su frente,
Con voz muy reverente
La dicen al pasar—«Salud España.»

Badajoz, 1846.

A CUBA.

Cuando los recios vientos se embravecen,
Cuando mugen los mares irritados,
Cuando estallan con furia los nublados,
Cuando las olas borrascosas crecen,
Cuando los buques míseros perecen
Por las revueltas ondas anegados,
Cuando la Europa envuelta en la tormenta
Traba en la oscuridad lucha sangrienta;

Barca dichosa en medio del Océano,
Tú sola vas del huracan segura:
Francia se anega, y en la noche oscura
El rayo incendia el pabellon romano;
Y oyes los gritos del naufragio humano,
Y te duele tal vez su desventura,
¡Ay! cuando ves de las antiguas zonas
Por la espuma del mar flotar coronas.

Y ves como cadáveres perdidos
Al agua nuestros pueblos arrojados,
Y ves como timones destrozados
Los cetros á las playas sacudidos;
Y á los que, aun viven, en el mar hundidos,
Por los marinos mónstruos devorados,
Y como barco que encalló en la arena
A España inmóvil junto al mar que truena.

Y te contemplas tú, y en el espejo
De tus serenos mares retratada,
De la luz juvenil por el reflejo
Ves tu belleza pura, inmaculada:
Y de la Europa con el rostro viejo,
A la fealdad rugosa comparada,
Entre perlas tu hermoso cuello engríes,
Y de lástima acaso te sonríes.

¡Oh! ¡cuánta es tu beldad, cuál tu riqueza!
¡Oh! ¡cuánto es tu esplendor, hija de España!
Por eso están los buzos de Bretaña
Asomando á tus golfos la cabeza...

Mas no serán ¡oh perla! tu belleza
Y tu valor de su codicia estraña;
Pues antes que cedérsela al britano
Nos tragará contigo el Oceano.

Dicen que tienen sobre tres castillos,
De los mares enmedio levantados;
A los reinos del mundo aprisionados
Del oro del Perú con los anillos;
Y que van á engarzar nuevos zarcillos
A la reina feliz de sus estados,
Si la prenda mejor que la engalana
Hurtan á la corona castellana.

¡Ah! bien los oigo por la noche oscura
Cuando te entregas ó tu sueño blando;
En la vecina costa murmurando
Cantos de seduccion á tu hermosura.
«Despierta, dicen, reina sin ventura,
«Esclava del poder de San Fernando,
«Que ya de libertad llegó la hora
«Y ya puedes reinar, ya eres señora.

«Si hubieron cetro tus antiguos reyes,
«¿Por qué el yugo sufrir de la estrangera?
«Si tú le puedes dar al mundo leyes,
«¿Por qué no alzar tu nacional bandera?
«¿Serán tus hijos como pobres bueyes,
«Cuyo trabajo á la comarca ibera
«Dará las mieses de tu campo ameno,
«Mientras ellos no mas pacen el heno?»...

Pero adormida tú, nunca á su canto,
Inocente beldad, prestes oido;
¡Ay de tu corazon si seducido
Pierde la dicha de candor tan santo!
¡Ay si de España el amoroso manto
Donde por tantos años has dormido,
Loca rasgando tras la voz que miente
Te osaras aclamar independiente!

Pobre beldad, despojo del pirata,
Ese mismo cantor que te enamora
Te forjará en su harem, altiva mora,
Recias cadenas con tu misma plata;
Y ese brillante espejo que retrata
Tus fiestas y tus náyades ahora,
Por sus navales guerras empañado
Reflejará tu rostro ensangrentado.

¿No eres libre y feliz? ¿No estás contenta
Mientras nosotros sin cesar lloramos?
Mientras nosotros viejos peleamos
¿No estás jóven, tranquila y opulenta?
¿No nos ves en la noche turbulenta
Que en las rocas del mar nos estrellamos,
Qué vamos á morir ya sin consuelo
Mientras serena tú cruzas el cielo?

¿No ves nuestros monarcas fugitivos?
¿No ves nuestros pontífices huyendo?
¿No ves á Europa, cuya hoguera ardiendo,
Se sustenta con carne de los vivos?
¿Serán nuestros dolores incentivos
Que te harán suspirar por el estruendo
Y del infierno con que Europa lidia
América, gran Dios, tendrás envidia?

Cuentan los sábios que en la noche vienen
Espíritus lanzados del profundo,
Que la ruina del antiguo mundo
Con acentos fatídicos previenen...
Y qué, será verdad... y qué, ellos tienen
Miedo del pueblo loco y moribundo,
Que entre las ánsias ya de la agonía
Llama á la libertad con voz tardía...

Y que á su triste voz vendrán las fieras
De esas comarcas tras la muerta gente
A hundir en sus cadáveres el diente
Hozando entre su sangre sus banderas;
Y que allá en las edades venideras
Irán los peregrinos de Occidente
Enseñando al francés en su ignorancia
A qué desierto se llamaba *Francia*.

Y á contar al inglés, que oyendo atento
De su patria estará las aventuras,
En qué vasto erial, en qué llanuras
La populosa *Lóndres* tuvo asiento:
Cómo en chozas buscaron aposento
Los hombres que habitaban las alturas,
Y cómo sus magníficos vapores
Se tornaron en barcos pescadores.

Y que, así como queda por los huertos
Si la sacude lluvia anticipada,
No madura la fruta abandonada,
España quedará por los desiertos...
¡España con la sangre de sus muertos
Hijos queridos, sin sazon regada,
Que sacudida al golpe de la guerra
Sin madurar se podrirá en la tierra!...

Mas, que primero aquellos que con vida
Queden en los desiertos europeos
Recogiendo sus libros y trofeos
Irán á tu ciudad esclarecida;
Y que en vez de la historia entretenida
Que nos enseñan hoy de los hebreos
La nuestra en este libro han de enseñarte
«*Vida de Hernan Cortés y Bonaparte.*»

Por eso aguardas tú como heredera
A que exhalemos el postrer aliento,
Y ves rodar al pie de tu palmera
Nuestras hojas de acacia por el viento:
Porque has de trasplantar en tu pradera
A este mundo arrancado de cimiento,
Para que en ese suelo mas fecundo
Broten las flores del antiguo mundo.

Por eso alhajas tu preciosa villa
Para hospedar á nuestras pobres gentes,
Por eso á tus hermanos de Castilla
Les preparas caminos relucientes;
Por eso de tus mares á la orilla
Guardas entre tus palmas reverentes
¡Isla de salvacion del pueblo ibero!
Las reliquias del náufrago primero.

¡Cortés, Cortés! que le legó su gloria,
Cortés que prefirió tu cementerio,
La existencia en el mundo transitoria
Temiendo sábio del anciano imperio,
La tumba de Cortés en tu hemisferio
De nuestra santa union es la memoria;
Sus huesos son de nuestra fé la prenda!
¡Maldito el indio que sus huesos venda!

Sierra de la Jarilla, 1848.

A ALBERTO.



Las siguientes composiciones están dedicadas á una persona que no existe ya. Por eso me atrevo á publicarlas. Una mujer puede, sin sonrojo, decir á un muerto ternezas que no quisiera que la oyesen decir á un vivo.

GLORIA DE LAS GLORIAS.

Es dulce recordar sueños de niño,
El vago acento de la edad primera
Que en nuestro oido resonar hiciera
El ángel que anunció nuestro cariño;
Cuando figuro que tu cuello ciño
En esa edad tranquila y placentera,
Embriagada mi alma en sus memorias
Digo que amor es gloria de las glorias.

Y es mas dulce los sueños juveniles
Recordar de esta vida enamorada
Que siempre de ilusiones sustentada
Consagra á los amores sus abriles;
Yo te sabré cantar recuerdos miles
De esta pasion divina y encantada
Que forma en sus combates y victorias
De nuestro amor la gloria de las glorias.

De una tarde serena los reflejos
Sobre tu bello rostro apasionado,
La sombra de aquel valle sosegado
Donde encontramos á los pobres viejos,
El canto de la tórtola á lo lejos
Y el beso de las auras regalado
Me inspirarán poéticas historias
Para tu amor que es gloria de mis glorias.

Te cantaré la llama indefinible
Del entusiasmo que en mi ser palpita,
La sed ardiente que mi sangre irrita,
La fé de mi pasion indestructible;
La fuerza de tu encanto irresistible
Que mi vida en insomnios debilita,
Y pálido y temblando á estas memorias
Dirás que amor es gloria de las glorias.

No pienses que al ceñir prendas de orgullo
Coronas que los genios conquistaron
Esas frentes dichosas palpitaron
Cual yo de tus acentos al murmullo;
No hay eco en la creacion, no hay canto, arrullo,
Aplausos que los hombres inventaron,
Que no parezcan dichas transitorias
Ante ese amor que es gloria de mis glorias.

En vano la ambicion arde y se agita
Abrasando á los débiles mortales,
Y conquista laureles eternales
Cuando la flor del alma está marchita;
De otra deidad mas alta y mas bendita
Invoquemos placeres celestiales.
Porque entre tantas dichas transitorias
Tan solo amor es gloria de las glorias.

Sé que la sombra del dolor me sigue,
Sé que la vida perderé en el llanto,
Sé que este amor tan inocente y santo
No ha de lograr la paz que lo mitigue;
Pero bendigo el mal que me persigue,
Las lágrimas, las penas, el quebranto,
Y bendigo mis dichas ilusorias
Porque es tu amor la gloria de mis glorias.

Elvas, 1845.

SE HA DESHECHO EL ALMA MIA.

Brillaba el sol aquel dia
Con luz clara, pura, hermosa;
Yo no sé qué presentia,
Pero estaba el alma mia
Agitada y recelosa.

Antes de ver la tormenta
El Alcion la pronostica:
Así una emocion violenta
Que se siente y no se esplica
A veces nos amedrenta.

¡Tempestad!... y recia que era
La que aguardaba á mi vida,
Cuando por la vez primera
Tu mirada placentera
Vino á anunciar su venida.

«Alma noble, dije al verte,
»Corazon osado y fuerte
»En amor y odio estremado,
»Has de ser muy estimado
»De la que llegue á quererte.»

Harto bien lo presagiaba,
Mas, por Dios, no sospechaba
Aquella que lo decia
Que la idólatra seria
Del corazon que juzgaba!

¿Por qué tu mirada era
Tan dulce? ¿Por qué tu ruego
Quisiste una vez que oyera?...
Con una chispa de fuego
Se enciende una inmensa hoguera.

Dice alguno en su porfía
Que *es mi alma dura roca*;
Mas, por la Vírgen María,
Que á un acento de tu boca
Se ha deshecho el alma mia.

Elvas, 1845.

Flor de pureza.

¡Oh de la madre tierra
Hija mimada, fruto delicioso,
Que en su espíritu encierra
Hechizo venturoso,
Divino ardor, perfume glorioso.

Flor á mí consagrada,
Corona de mis sienes, perla mia,
La sola gloria amada
Que mi ambicion ansía,
Luna en mi noche, sol claro en mi dia

¿Dónde estás ¡ay! adonde
La cabeza gentil triste reclinas?
¿Qué huerto, dí, me esconde
Las luces argentinas
Con que mis ciegos ojos iluminas?

Yo fiel á la ternura
Que el Señor hácia tí me inspiraria
Guardé, en el alma pura
Los halagos que un dia
Solo á tu frente amada rendiria...

¿Por que vió la mañana
Antes que yo tu dulce risa amante?
Oruguilla liviana;
Por qué aspiro un instante
Tu pura esencia ni tu luz brillante?

¿Por qué ora el sol te abrasa?
¿Por qué á tu cabellera el aire toca?
¿Por qué el insecto pasa
Y atrevido coloca
Sus alas donde yo puse mi boca...?

Badajoz, 1845.

GLORIA DE LAS FLORES.

Si las flores del jardin
Mueren, jóven, con el dia,
Tambien las de mi poesía
Muerte igual tendrán al fin
Aunque un poco mas tardía.

De abejas la turba ahora
El *ramillete* florido
De mis cantares adora;
Mas cuando hayan perecido
Abejas, harpa y cantora,

Tras los años destructores,
¿Sabes tú si de esas flores
Que hoy brota mi pensamiento
No se habrá llevado el viento
Hojas, aroma y colores?

Mas corto ó mas prolongado
A todos ha señalado
La suerte en la tierra fin;
Muere la flor del jardin
Despues que la flor del prado,

Y aunque un poco mas tardía
Quiera acercarse la muerte,
A la flor de mi poesía
Tambien de la misma suerte
Ha de llegarle su dia.

Porque otros hombres vendrán
Y mi libro carcomido
Por acaso no verán,
O de mi ramo querido
Las flores desdeñarán.

Y marchito, deshojado
Como las flores del prado
Y las flores del jardin,
Con ellas quedará al fin
Mi ramillete enterrado.

Badajoz, 1845.

Temor del mundo.

Alberto, si lloro ó canto
Siempre con voz dolorida,
No es que tenga de la vida
Recuerdos el corazon;

Es que el dolor presintiendo
Antes que el dolor le hiriera,
Como en pena verdadera
He sufrido en la ilusion.

No ví la maldad del mundo,
Ni ví los hombres perversos,
Pero he llorado en mis versos
Presintiendo su maldad,
Como pobre gaviota
Que espantada busca asilo
Antes que en el mar tranquilo
Resuene la tempestad.

Mar tranquilo de mi vida
Mi juventud es ahora,
Pero de esta mar sonora
Las entrañas siento hervir:
Tengo en mi mente mis alas,
Voy cruzando ola tras ola,
Pero en la mar española
Temo mis alas hundir.

Temo al viento, á los nublados
Antes de arribar al muro,
Y temo al giro inseguro
De mi cobarde volar,
Cual temen las gaviotas
En las saladas espumas
Que pueda sus blancas plumas
El torrente salpicar.

Si estuviera yo en la gloria
En cuyo trono esplendente
Dices que tan claramente
Me contempla tu ilusion,
No llorara, y de mi lira
Fueran los cantos risueños;
Pero tú me ves en sueños
Y los *sueños sueños son.*

No soy ángel, no soy santa,
Y aunque á la virtud bendigo
No estoy en la gloria, amigo,
Sobre el divino tisú;
Mas, viviera agradecida
En el mundo que me encierra
¡Ah! si todos en la tierra
Fueran buenos como tú.

Badajoz, 1845.

BENDITO SEAS, ALBERTO.

Aunque serena y callada
A tus suspiros me veas,
No indiferente me creas;
Es que el alma enamorada
Diciendo está embelesada
Alberto, bendito seas.

Si á responderte no acierto
Cuando me vienes hablando,
¿Piensas que tu voz no advierto?
Pues es que estoy murmurando
Con un acento muy blando
Bendito seas, Alberto.

Alberto, ¿qué mas deseas
De quien tanto vive amando?
Yo te ruego que me creas,
Que aunque callada me veas
Estoy entre mí cantando
Alberto, bendito seas.

Muda estoy, fáltame vida;
Queda el espíritu muerto,
La mente desvanecida;
Pero esta voz repetida
Forma en el alma concierto:
¡*Bendito seas, Alberto!*

Elvas, 1845.

¡Oh cuál te adoro!

¡Oh cual te adoro! con la luz del dia
Tu nombre invoco apasionada y triste,
Y cuando el cielo en sombras se reviste
Aun te llama exaltada el alma mia.

Tú eres el tiempo que mis horas guia,
Tú eres la idea que á mi mente asiste,
Porque en tí se concentra cuanto existe,
Mi pasion, mi esperanza, mi poesía.

No hay canto que igualar pueda á tu acento
Cuando tu amor me cuentas y deliras
Revelando la fé de tu contento;

Tiemblo á tu voz y tiemblo si me miras,
Y quisiera exhalar mi último aliento
Abrasada en el aire que respiras.

Badajoz, 1845.

PASION.

Ya no veo la alegría,
De tristeza me sustento;
No hay dentro del alma mia
Mas que amor y abatimiento.

Me acobarda mi pasion;
Ni luchar con ella puedo:
Yo me tengo compasion;
Yo á mí misma me doy miedo.

Pienso que para calmar
Esta fiebre dolorosa,
Me bastará contemplar
La naturaleza hermosa.

Y corro á ver el brillante
Sol y los vagos nublados,
Y á escuchar del ave errante
El canto por los collados.

Mas tambien conmigo sube
Su imágen cruzando el viento...
Toma su forma la nube;
Toman las aves su acento.

Cesa con la juventud,
Dicen, este padecer;
Mas los sabios la virtud
No enseñan de envejecer.

Y con remedio costoso
Esa ciencia me convida,
Si ha de empezar el reposo
Cuando se acaba la vida.

¡Triste esperanza en verdad,
Tardo alivio, corazon,
Aguardar la ancianidad
Para calmar la pasion!

Blanco el oscuro cabello;
La tersa frente fruncida,
Y el mirar, que hoy llaman bello,
Sin un destello de vida.

El fino talle doblado,
El corazon entumido.....
¿Es este el bien deseado,
Esta la dicha que pido?

¡Ah, sí; que el talle, el mirar,
La tez y el cabello oscuro,
No valen este penar
Que con lágrimas conjuro!

Entonces, bardos galantes,
No cantareis mi belleza,
Ni oiré de labios amantes
Dulce, amorosa terneza.

Esclavos de la hermosura,
Entonces bardos, tal vez,
Retratando mi figura
Satiriceis la vejez.

Pero ciegos ya mis ojos,
Embotados mis oidos,
No habrán de causarme enojos
Vuestros versos aplaudidos.

Tal vez los que gimen ora
Rendidos ante mis pies,
Con sonrisa mofadora
Me contemplarán despues.

Mas, no vale el incensario
De amante ó galan poeta,
Este fuego temerario
Que sin descanso me inquieta.

Yo no veo la alegría;
De tristeza me sustento:
No hay dentro del alma mia
Mas que amor y abatimiento.

Me acobarda mi pasion;
Ni luchar con ella puedo:
Yo me tengo compasion;
Yo á mí misma me doy miedo.

Y aunque es muy triste aguardar
La vejez, amo de suerte,
Que quiero verla llegar...
Si antes no llega la muerte.

Elvas, 1845.

ANIVERSARIO.

Bendita sea la amorosa luna
Que derramó en tu cuna
Antes que el sol, sus lánguidos fulgores,
Y te inspiró, alma pura,
La suave ternura
De sus nocturnos, célicos amores.

¡Bendito el astro cándido y luciente
Que prestó dulcemente
Su brillo melancólico y hermoso
A tu amante mirada!
¡Yo adoro arrodillada
De tu existencia al astro venturoso!

¿Es por eso el encanto indefinible
Que de amor indecible
Llena mi corazon? ¿Eres tan bello,
Tan dulce, tan amante,
Por que el primer instante
De tu vida alumbró con su destello?

¿Es al influjo de la luna triste
Al que, tal vez, debiste
Esa sombra que vela tu semblante,
Y á medias oscurece
La luz que resplandece
En tu mirar de fuego centellante?

¡Ay! no lo sé; pero en mi frente siento
Palpitante ardimiento
Al contemplar tu faz tierna y sombría,
Donde al par se difunden,
Se mezclan y confunden
Pasion, dolor, placer, melancolía.

¡Oh! Si mi voz al firmamento sube,
Dios hará que la nube
Que tus divinos ojos entristece
Agobie el alma mia;
Y á tí dé la alegría
Que tu adorado corazon merece.

¡Oh! quiera el cielo que al volver la luna
Feliz como ninguna,
¡Angel querido! tu existencia vea;
Y aunque yo desdichada
Gima y desconsolada
Al verla esclamaré: «¡Bendita sea!»

Elvas, 1845.

La planta del valle.

Alberto, la débil planta
En campo estéril nacida,
Ni tiene muy larga vida
Ni puede medrar en él;
No es como el pájaro libre
Que, en sus alas trasportado,
Si le enoja hoy este prado
Habita mañana aquel.

Yo soy planta, entre las piedras,
De un triste valle nacida,
Y estoy á la tierra unida
Del suelo donde nací;
De una madre, de un hermano
Tanto el querer me aprisiona,
Que ni por una corona
Los separara de mí.

Yo pude ver grandes pueblos
Y cruzar soberbios mares
Que me inspiraran cantares
Dignos de gloria, tal vez;
Mas, quise mejor quedarme,
Sin laureles lisonjeros,
Que dejar los compañeros
De mi inocente niñez.

Por este santo cariño
Que domina mi existencia
Con silenciosa paciencia
En la soledad viví;
Por eso tu amante ruego
Desoye el alma abatida,
Por eso la despedida
Con llanto amargo te dí.

Yo no quiero sin mi madre
Partir á tierra ninguna,
Y ansia ardiente me importuna
De ver un mundo mejor;
Vé, por piedad, tierno amigo,
Si es tormentosa la idea
Que en lo mismo que desea
Halla su pena mayor.

Pienso, á veces, que la hormiga
Que se desliza á mi lazo
Mas campiñas ha cruzado
Que las que alcanzo á mirar;
Y entonces «hormiga—esclamo—
Mientras tú buscas semillas,
¡Cuántas grandes maravillas
Pudiera yo contemplar!»

«Adios—les digo á las aves
Que cruzan por mi ventana—
¿De qué os servirán mañana
Ver las orillas del Pó;
Y de Francia los jardines,
Y de América las palmas,
Si no teneis unas almas
Para cantarlas cual yo?»

Pero si vienes, Alberto,
Con esa dicha á brindarme,
La dejo por no alejarme
Del valle donde nací,
Y en esta constante lucha
Consumirse el alma veo,
Pues, ni yo venzo al deseo
Ni el deseo me vence á mí.

Por eso, Alberto, la planta
En campo estéril nacida,
Ni tiene muy larga vida
Ni puede medrar en él:
No es como el pájaro libre
Que, en sus alas trasportado,
Si le enoja hoy este prado
Habita mañana aquel.

Ermita de Boloa, 1845.

LA AURORA DE SAN ALBERTO.

Dias hay en nuestra vida
Mas grandes que los demás,
En que el alma suspendida
Mira la estension perdida
Qne vamos dejando atrás.

En ellos nos detenemos
Para ver los desengaños
Que del camino traemos;
Es un descanso que hacemos
Una vez todos los años.

Por nuestra tierra viajero
Hoy te toca el alto hacer
En este valle postrero,
Donde acerté yo á nacer
Y donde morir espero.

Vas á pasar uno aquí
De aquellos tan grandes dias
Que la vida tiene en sí,
Y darte me place á mí
Cariñosas armonías.

Este solo, en el concierto
De nuestra existencia entera
Celebro contigo, Alberto,
Qué ambos en este desierto
Nos vemos por vez postrera.

Y es deber de la amistad
Que, al reunirnos aquí Dios,
Cante con solemnidad
La sola festividad
Que vemos al par los dos.

Dias de dichosa suerte
Que yo á cantarte no acierto
Podrán los años traerte,
Pero yo ya no he de verte
Otro dia de San Alberto.

Sus caminos al cruzar
Hoy se ven dos en la vida
Para no volverse á hallar:
Así mi canto á la par
Es saludo y despedida.

Mucho cielo y muchos mares
Va la suerte á colocar
¡Ay! entre tí y mis cantares;
Por eso debes llevar
Un eco de estos lugares.

Y la mas bella armonía
Que con vago tono incierto
Darte pueda el alma mia,
Es cantar en su poesía
La aurora de San Alberto.

Elvas., 1845.

UN PAISAJE.

Yo vi lucir los albores
De esa purísima atmósfera,
Y brotar las claras aguas
De aquella ribera hermosa,
Y nacer de su arboleda
Una por una las hojas.

Yo he visto esas altas sierras
Ir subiendo entre las sombras,
Y alzarse el puente y la torre
Y las casas y las rocas,
Y surgir el barquichuelo
Entre las plácidas ondas,
Y aparecer en la orilla
Esa gente pescadora.
¡Qué la gran naturaleza
Años tarde en esas obras
Y tu mano las acabe
Solamente en doce horas!
Despacio, pintor, despacio,
Que son las venturas pocas.
¿Por qué has hecho esa ribera
Tan risueña y deliciosa
Qué mis ojos embelesa
Y el pensamiento me roba?
¿Por qué has dado al firmamento
Esa tinta ardiente y roja
Que lo mismo que el reflejo
Del sol deslumbra y sofoca?
¿No ves que fija en la orilla
De esa ribera frondosa
En contemplarla me llevo
Unas tras otras las horas?
¡Ay! ¿no ves que doble pena
Sentirá el alma angustiosa
Cuando por siempre se aleje
De esa ribera que adora?...
Despacio, pintor, despacio,
Que son las venturas pocas.
¿Es culpa tuya que tenga
El puente romanas formas,
Y la torre arquitectura
Arabe, morisca y gótica?
¿Es culpa tuya que vaya
La mano tan perezosa,
Y que tus ojos cansados
De mirar piedras y rocas
En otras miradas fijen
Las suyas fascinadoras?...
Aprisa, pintor, aprisa,
Aunque las dichas son pocas.
Adios, hermosa ribera,
Cielo puro, árboles, rocas:
La mano que os ha formado
Para siempre os abandona,
Y los ojos que os han visto
Aparecer entre sombras
Ya cuantas veces os miren
Llorarán vuestras memorias,
Que son las penas tan largas
Como las venturas cortas!

Ermita de Botoa, 1845.

LA LUNA EN UNA AUSENCIA.

Y tú ¿quién eres de la noche errante
Aparicion que pasas silenciosa
Cruzando los espacios ondulante
Tras los vapores de la nube acuosa?

Negra la tierra, triste el firmamento,
Ciegos mis ojos sin tu luz estaban,
Y suspirando entre el oscuro viento
Tenebrosos espíritus vagaban.

Yo te aguardaba, y cuando ví tus rojos
Perfiles asomar con lenta calma,
Como tu rayo descendió á mis ojos,
Tierna alegría descendió á mi alma.

¿Y á mis ruegos acudes perezosa
Cuando amoroso el corazon te ansía?..
Ven á mí, suave luz, nocturna, hermosa
Hija del cielo ven: ¡por qué tardía!

Bardo amante, esa hechicera
Fiel y sola compañera
De tu solitaria amiga,
Presurosa mensagera
Mis pensamientos te diga.

Yo me encontré en unos valles
A esa misteriosa guia
Cuando lenta recorria
De olivos desiertas calles
Tristes, como el alma mia.

Yo de entre la tierra oscura
La ví brotar, como pura
Memoria de tu pasion,
En medio la desventura
De mi ausente corazon.

Y como el recuerdo amante
Me siguió en mi soledad
Callada, tierna, constante,
Sin apartarse un instante
Esa nocturna beldad.

Porque si yo caminaba
Y con pasos fugitivos
Arbol tras árbol cruzaba,
Ella al par se deslizaba
Entre los negros olivos.

Si un instante suspendia
Mi carrera silenciosa,
Sobre la copa sombría
Del árbol se detenia,
Como una paloma hermosa.

Por eso el tierno quebranto
Sabe de mi ausencia, sola,
Porque al escuchar mi canto
Vino á sorprender mi llanto
Con la luz de su aureola.

Y pues es la verdadera
Fiel y sola compañera
De tu solitaria amiga,
Presurosa mensagera
Mis pensamientos te diga.

Alange, 1845.

PARA EL ALMA NO HAY DISTANCIAS.

Almas esposas seremos;
Unidas existiremos
Aunque tú vivas lejano,
Que el mundo no puede, hermano,
Lograr que nos separemos.

Misteriosa inteligencia
Que no alcanzan de la ciencia
A esplicarnos las razones
Sustentan los corazones
Separados en la ausencia.

Hay espíritus queridos
En la atmósfera esparcidos
Que nos recuerdan y agitan,
Y los amantes sonidos
De nuestras voces imitan.

Ellos viven en los vientos,
En los mares turbulentos,
En los astros y las flores,
En la luz y los colores
Y hasta en los vagos acentos.

No se ven, aunque se miran,
Pero se sienten, se aspiran
Cuando tocándonos pasan,
Cuando al tocarnos suspiran,
Cuando al pasar nos abrasan.

En el murmullo del rio
Oirás el acento mio,
En la estrella mas dorada
Verá lucir tu mirada
Mi exaltado desvarío.

Siempre juntos estaremos;
Por la luna nos veremos
En las noches de verano:
¡Cuánto hablaremos, hermano!
¡Qué de amores nos diremos!

¡Cuántas palabras suaves
Que solo en el mundo sabes
Me dirás; cuánta dulzura,
Cuánta amorosa ternura
Te diré, cuando tú acabes!

Y si quieres mensagero
Mas alegre y placentero
Que la luna peregrina,
Yo te enviaré, compañero,
A la bella golondrina.

Ella por mí presurosa
Cruzará el aire gozosa;
Y entrando por tu ventana
Te llevará una mañana
Mi visita cariñosa.

«Despierta, mi bien querido;
—Te dirá—si estás dormido;
Que yo en su nombre te llamo:
Ella dice... *yo te amo*:
Responde tú... *no la olvido*.»

Badajoz, 1845.

LOS RECUERDOS.

Auras, perfumes de junquillo, trino
De aves amigas, rodeadme: siento
El antiguo placer, aquel contento
Que en tiempo á mis amores; imagino
De mi jóven cantor sonar vecino
El palpitante, apasionado acento
Y las yerbas temblar que sacudia
Su planta cuando á mí se aparecía.

¿Quién no tiene recuerdos deliciosos
De edad mejor ¡ay! aunque jóven sea?
Siempre el pasado tiempo nos recrea

Velado de atractivos misteriosos;
Por esos de la infancia venturosos
Diera el jóven el brillo que rodea
Su lozana existencia, y cada hora
Presente por pasado... ¡Ley traidora!

¿Qué son nuestros recuerdos, son delirio,
Infortunio, ventura, desconsuelo?
¿Cuál intento será que tuvo el cielo
Darnos en ellos bien, darnos martirio?
Cuando veo que un blanco, débil lirio,
De los mezquinos que produce el suelo,
Mi antiguo amor despierta, impulsa, enciende,
¡Oh! esclamo ¡Santo Dios! ¿Quién os comprende?

Qué ven, qué escuchan, pobre Carolina,
En la luz y el silencio ojos y oido?
¿Qué hay en la flor, que hay en la sombra, el ruido
Que penetra en tu ser y te fascina?
Sobre la copa de la misma encina
El sol que tantas veces ha lucido,
La brisa de la antigua primavera,
¿Por qué te agitan cual por vez primera?

Yo nada sé; filósofos profundos
Que los misterios de la vida entienden,
Sabrán de aquellos que el espacio hienden
En recuerdos espíritus fecundos;
Yo las leyes ignoro de esos mundos
Que los sábios dignísimos comprenden;
Pero sé que en la tierra, peregrinos,
Hay espíritus mil que son divinos.

Si fábrica de barro contrahecha
A quien faltó la esencia para un alma,
Hombre estúpido, cuerpo siempre en calma,
La vida del espíritu desecha;
Si juzga que de tierra sola es hecha
La criatura, que aspira á eterna palma,
Es porque, en piel humana, ser de bruto
A su reino animal paga tributo.

Pero vosotras que gozais, criaturas,
La inspiracion real del sentimiento,
No os mofareis porque en la luz y el viento
Mi amor habite, y en las flores puras;
La yerba que tapiza las llanuras,
La nube que atraviesa el firmamento,
Hacen surgir memorias olvidadas
En las almas por siempre enamoradas.

Duermen como la oruga-mariposa,
Se ocultan sin cesar, como la luna,
Decrecen, como el mar, pero ninguna
Muere aunque mengua, velase ó reposa;
Se reaniman al sol, la noche hermosa
Las hace aparecer una por una
Y, cuando mas lejanas de la idea,
Las lleva al corazon recia marea.

Auras, perfumes de junquillos, trino
De aves amigas, me agitais, os siento,
De espíritus ocultos sois aliento,
Sois guardadores de mi amor divino:
Venid al valle triste en que imagino
Sonar de mi cantor el tierno acento;
Placeres, dadme, en la ilusion hermosa
Ya que en la realidad no soy dichosa!

Ermita de Botoa, 1845.

SIEMPRE TU.

La niebla del diciembre quebrantaba
Del sol los melancólicos fulgores
Cuando en mi corazon de tus amores
El acento primero resonaba.

El segundo diciembre se acercaba
Trayendo para mí nieblas mayores
Que á merced de los vientos bramadores
Tu nave en el Atlántico vogaba.

Y el diciembre tercero aparecia
Templado, alegre como el mayo hermoso
Y eras tú mi suspiro todavía.
El cuarto arrebatado, tempestuoso,
Vino á robarme la ventura mia
¡Ay! mas no á dar á mi pasion reposo.

Badajoz, 1846.

ADIOS, ESPAÑA, ADIOS.

¡Ah! cuando á partir vayas
Al suelo americano
Que para siempre, hermano,
Nos separa á los dos,
A orilla de los mares
Detente ¡ay! un momento
Y dí con triste acento
¡Adios, España, Adios!

Cuando tus claros ojos
Fijes de nuestra España
En la postrer montaña
Que el buque deje en pos,
Tendiendo entrambos brazos
Allá desde el navío,
Esclama, hermano mio,
¡Adios, España, Adios!

Cuando sola una sombra
Divises de este suelo
Donde ha querido el cielo
Nos viésemos los dos,
Dando postrer mirada
A mi rincon lejano,
Aunque llores, hermano,
Dí «*¡Carolina, Adios!*»

Cádiz, 1847.

ACUERDATE DE MI.

Y cuando ya no veas
Las playas españolas
Que tan tristes y solas
Van á quedar sin tí,
Cuando estés en la nave
Mirando al Océano,
Acuérdate ¡ay! hermano,
¡Acuérdate de mí!

Si el cielo está sereno
Y el agua hermosa en calma,
En tanto que mi alma
Te sigue desde aquí,

En tanto vaya el onda
Sulcando tu navío,
¡Ay! Siempre, hermano mio,
¡ Acuérdate de mi!

Y si el cielo se irrita
Y la mar se embravece,
Mientras la gente rece
En derredor de tí,
Levanta confiado
Tus ojos hácia el cielo,
Y al pedirle consuelo
¡Acuérdate de mi!

En calma y en bonanza
Siempre en el Océano
Repite, dulce hermano,
«Yo me acuerdo de tí.»
Siempre con sol y estrellas
Por la region marina,
Repite «Carolina»
¡Acuérdate de mi!

Cádiz, 1847.

En la catedral de Sevilla.

Solo en el pobre altar del pueblo mio
Adoré yo al Señor—Una mañana:
Un templo veo junto á hermoso rio
Que embelesada miro... no es Guadiana...
De árboles tiene pabellon sombrío,
Y por su orilla ví, con gente humana,
Venir rugiendo un mónstruo devorante
Que se tragaba al rio palpitante.

¿Habita en esa torre ese viviente
Que con tan brava furia desbocado,
Rompiendo impetuoso la corriente
Se postra al pié del muro fatigado?
¿Es morada del mónstruo omnipotente
Que he visto por el agua arrebatado
Esa gran torre, que arrancando el vuelo
Se pierde como el águila en el cielo?

¡La torre... el templo... Ah! Yo que en la vida
Un templo hermoso ví, tanta grandeza
De repente al mirar, sobrecogida
Bajé sobre los hombros mi cabeza
Cual si se fuera á hundir; yo enternecida
A tan solemne y mágica belleza
Lloré admirada, sin rubor lo canto,
De tierna sensacion gotas de llanto.

Retumbaban los órganos sonoros
Cuando tímida cruzó las sombrias
Bóvedas, y á la par los santos coros
Llenaban las eternas galerías;
Por mil brillantes cristalinos poros
Iba al aire un torrente de armonías
Tristes, como si fuera el moribundo
¡Ay! que la religion lanzase al mundo.

Los que el embate sufren de la suerte,
Los que el furor de la ambicion agita,
Los que cercana sienten á la muerte,
Una existencia en vicios ya marchita;
El dócil, el soberbio, el flaco, el fuerte,
El rico, el pobre, el ateo, el jesuita...,
¡ Cuántos á su infortunio habrán hallado
Alivio en aquel templo sosegado!

¡ Cuánta oracion allí; cuántos vivientes
De aquel recinto en los profundos huecos
Habrán llevado mustios y dolientes
De sus miserias hasta allí los ecos!
¡ Cuántas estrañas, peregrinas gentes,
Almas rendidas, corazones secos,
Habrán en la oracion allí saciado
La sed de su camino fatigado!

¡ Sí! los que al aire libre son blasfemos,
Bajo la enorme piedra se estremecen,
Y con devotos místicos estremos
Su incrédula existencia á Dios ofrecen;
Así al crugir de los pesados remos
Y las olas al ver que se embravecen,
En medio de la mar tiembla y se aterra
El que los mares desdeñaba en tierra.

Allí bajando los audaces ojos
El señor del alcázar opulento,
Pedro el Fiero, el Cruel, tambien de hinojos
Se humillaba ante el rey del firmamento:
Como el leon cargado de despojos
Lleva á la selva su botin sangriento
El sus remordimientos ¡ay! llevaba,
Y allí en la soledad los devoraba.

Pero en aquel altar el sábio Herrera
Bebió la copa del sagrado vino,
Y allí Rioja por la vez primera
Cantó al Señor con su cantar divino:
Allí de Zurbarán la sombra austera
Aun vaga, y de Murillo el peregrino
Espíritu recibe en los altares
Con su santo el incienso y los cantares.

Cuando incliné mi frente, y las rodillas
Doblé sobre el luciente pavimento,
Morada de tantas maravillas,
Un sábio (1) era tambien, con paso lento
El que llega al altar; ya en sus megillas
No hay color ni en sus ojos ardimiento,
Pero mas que la edad la ciencia abruma
Su cabeza mas alba que la espuma.

Héme allí solitaria, humilde, inquieta,
Yertas mis manos, mi cabeza ardiente,
La bendicion del sábio y del poeta
Sacerdote aguardando reverente;
Nunca á la voz tonante del profeta
La religiosa tribu del Oriente
Sintió la viva fé del alma mia
Cuando el sábio mi frente bendecia.

¡ Oh tú que buscas la perdida estrella
Vago marino en los hirvientes mares!
Yo he rezado por tí.—La tierra bella
Donde viste la luz, de tus azares
El término será; si la doncella,
Inocente ocasion de tus pesares,
Con su plegaria que á la Vírgen sube
Logra en el cielo disipar tu nube.

Yo tengo un templo, un Dios que me consuela
Depositando en él mis oraciones.

(1) Don Alberto Lista.

Tú, deshecho el bagel, rota la vela
No tienes en tu mar sino... pasiones;
Venga la tempestad que te desvela
A mi cielo sus negros nubarrones
Que *tengo fé*, y en mi paciente alma
Para toda *borrasca* hay siempre *calma*.

Y si me rindo al fin, y Andalucía
Quiere guardar entre sus blandas flores
Mi dolorida frente, no aquel dia,
Hijo de España, mi letargo llores;
Pálido el astro ¡ay! de mi poesía,
Oscuro el de mis célicos amores,
Mejor descansaré muda y dormida
Que amorosa cantando en esta vida.

Tal vez la vista del grandioso templo
Mi pequeñez mas clara me presenta,
Y en el de Dios la magestad contemplo
Mas adorable y mi esperanza alienta;
De árabes y cristianos doble ejemplo
Es el gigante que los siglos cuenta
Sobre las nubes, cuando ya ha barrido
El aire, el polvo del que lo ha subido.

¿Qué será mas que un átomo en el viento
El de mi leve tronco si fenece
A los pies del glorioso monumento?
Una generacion desaparece,
¡Y es nada para él!... y otras y ciento
Nada serán tampoco!... ¡El aparece
Como un genio que aguarda en las alturas
Ver el fin de las últimas criaturas!

Sevilla, 1847.

¡NO HAY NADA MAS TRISTE QUE EL ULTIMO ADIOS!

Si dos con el alma se amaron en vida
Y al fin se separan en vida los dos,
¿Sabeis que es tan grande la pena sentida
Que nada hay mas triste que el último adios!

En esa palabra que breve murmuran,
En ese gemido que exhalan los dos,
Ni verse prometen, ni amarse se juran,
Que en esa palabra se dicen ¡adios!

No hay queja mas honda, suspiro mas largo
Que aquella palabra que dicen los dos:
El alma se entrega á horrible letargo;
La vida se acaba diciéndose ¡adios!

Al fin ha llegado la muerte en la vida,
Y al fin para entrambos morimos los dos;
Al fin ha llegado la hora cumplida,
La hora mas triste... el último ¡adios!

Ya nunca en la vida, gentil compañero,
Ya nunca volvemos á vernos los dos;
Por eso es tan triste mi acento postrero,
Que nada hay mas triste que el último ¡adios!

Cádiz, 1847.

NADA RESTA DE TI.

Nada resta de tí...te hundió el abismo..
Te tragaron los mónstruos de los mares.—
No quedan en los fúnebres lugares
Ni los huesos siquiera de tí mismo.

Fácil de comprender, amante Alberto,
Es que perdieras en el mar la vida,
Mas no comprende el alma dolorida
Cómo yo vivo cuando tú ya has muerto.

Darnos la vida á mí y á tí la muerte;
Darnos á tí la paz y á mi la guerra,
Dejarte á tí en el mar y á mí en la tierra
Es la maldad mas grande de la suerte!!..

Cádiz, 1848.

¡Ay! transportad mi corazon al cielo.

Angeles peregrinos que habitais
Las moradas divinas del Oriente,
Y que mecidos sobre el claro ambiente
Por los espacios del mortal vagais.

A vosotros un alma enamorada
Os pide sin cesar en su lamento
Alas, para cruzar del firmamento
La senda de los aires azulada.

Veladme con la niebla temerosa
Que por la noche ciega á los mortales,
Y en vuestros puros brazos fraternales
Llevadme allá donde mi bien reposa.

Conducidme hasta el sol donde se asienta
Bajo el dosel de reluciente oro
El bien querido por quien tanto lloro,
Genio de la pasion que me atormenta.

¡Ay! transportad mi corazon al cielo,
Y si os place despues darme castigo,
Destrozadme en los aires y bendigo
Vuestra piedad y mi dichoso vuelo!

Cádiz, 1847.

YO TENGO MIS AMORES EN EL MAR.

¡Hijo del mar, espíritu querido,
Alto ingenio inmortal de la poesía,
Escucha desde el mar este gemido
Que mi amoroso corazon te envia:
Yo te adoro en el mar, y yo he venido
A escuchar en sus hondas tu armonía
Y en su brisa tu aliento á respirar,
Porque están mis amores en el mar.

Muchas noches al rayo de la luna
Te he visto en la mitad del Océano
Maldiciendo el rigor de tu fortuna
Y mi sombra hácia tí llamando en vano;
Y á las olas que van una por una
A estrellarse en el muro gaditano,
Les digo que te lleven mi cantar
Cuando se tornen con la aurora al mar.

Sobre esa torre (1) que en la noche oscura
Brilla como la luz de tu mirada,
Muchas veces tambien subo agitada
A mirar tu bagel desde la altura;

(1) El Faro.

Y si está su bandera enarbolada,
Mi voz en las borrascas te conjura
Para que puedan libres navegar
Los amores que tengo en este mar.

Pregúntale á la tórtola africana,
Si al cruzar por las costas españolas,
No me encontró llorando esta mañana
Al pié de las marinas banderolas;
Yo le rogué que fuera por las olas
A buscar á tu nave soberana,
Y á decirte, poeta, en su cantar
Que tengo mis amores en el mar.

Tú de mi juventud primer suspiro,
La primera ilusion de mis cantares,
El fecundo laurel del Manzanares,
Cuyas hojas perfuman mi retiro;
Tú cuya imágen en las olas miro,
Porque eres hijo de los bellos mares,
Escucha, si me puedes escuchar,
El amoroso adios que doy al mar...

Perdon, amigos, si al sonar mi acento
En el último adios de despedida,
La mente absorta en su ilusion querida
Arrebató mi voz por un momento:
Nunca de la amistad el sentimiento
Mi agradecido corazon olvida;
Pero mirad cuán grande es mi penar
Que dejo mis amores en el mar.

Vagarosa ilusion del alma mia
Es ya la imágen que en las olas veo;
Pero es la sola dicha que poseo,
Y venturosa en mi ilusion vivia;
Y al dejar esa dicha que tenia,
Cuando perderla para siempre creo,
Solo deciros puedo en mi cantar
Que tengo mis amores en el mar.

Perdon, amigos, si empecé mi canto
A una memoria de eternal consuelo,
Y por amante respetad mi duelo
Si al recordar su nombre sufro tanto;
Y por amante respetad mi llanto
Si en esta agitacion y este desvelo
Al deciros adios vengo á llorar
Porque dejo su tumba en ese mar!

Harto dolor aguarda á mi existencia
Lejos del mar que mi tristeza calma,
Y harta paciencia necesita el alma
Para sufrir, amigos, esta ausencia;
Pero si logro al fin con la paciencia
De mi martirio conquistar la palma,
Yo volveré despues de mi penar
A buscar mis amores en el mar.

Mas tarde ó mas temprano mi barquilla
Naufragará en la costa gaditana,
Y arrojará la mar hasta la orilla
Entre la espuma mi reliquia humana;
Y esa poetisa, que me nombra hermana (1),
Os dirá con su voz clara y sencilla:
«Aquí vino su sombra á descansar,
Porque están sus amores en el mar.

Cádiz, 1849.

---

(1) La señorita doña Rosa Butler.

INSPIRACIONES DE LA SOLEDAD.

No muera de tus ojos apartada.

Al recordar, señor, que no he cantado
Mis himnos á tu nombre todavía,
Siento que de la débil harpa mia
Las mas sonoras cuerdas no han vibrado;
Primero que mi espíritu arrojado
Se levantara á tí con mi poesía
Y á veces mil para afirmar mi acento
Lo alcé en la tierra; lo ensayé en el viento.

Ora que firme y de tu amor prendada
Solo tu cielo el corazon me fija,
Ora ya es tiempo que hácia tí dirija
Mi voz á tu alabanza consagrada;
Ora que el alma mia enamorada
Fuerza es que objeto á su pasion elija,
A tí me acojo, compañero tierno,
Perfecto amante de cariño eterno.

Amante que si lloro me consuela,
Amante que si peno mi ser calma,
Amante que velando por mi alma
No se cansa jamás por mas que vela:
Amante de quien nunca se recela,
Amante que nos trae corona y palma,
Amante augusto de tan rico brillo
Que da la gloria por nupcial anillo.

A tí mi voz, á tí mi harpa querida,
A tí mi lloro, á tí el suspiro amante,
A tí mi vista fija y palpitante
Clavada siempre en tu mansion lucida;
A tí mi corazon, á tí mi vida,
Y la pasion altísima y constante
Cuyo nombre inmortal demando al cielo
Porque no tiene nombre aquí en el suelo.

Es honda sensacion, dolor suave,
Mimosa, melancólica ternura
Que ni de alivio en su penar se cura
Ni lo que anhela en su impaciencia sabe;
Para el placer, Señor, es harto grave,
Para la calma, fáltale ventura,
Y si tú no le das en tí acogida
Se apagará en sí misma consumida.

Yo te adoro aunque el rostro no te veo:
Que eres muy bello y juvenil presumo,
Y mi abrasado espíritu consumo
En dulce amorosísimo deseo;
En tu poder sin comprenderte creo,
Amo sin alcanzar tu genio sumo
Y juzgo la pasion que me sofoca
Para rendirla en tu homenage poca.

Mírame con tu vista penetrante;
Háblame con tu lengua deliciosa,
Cíñeme con tu mano cariñosa,
Guárdame con tu escudo rutilante;
Inúndame en tu luz vivificante,
Absórbeme en tu esencia misteriosa,
Y pura y á tu gloria consagrada
No muera de tus ojos apartada!

Ermita de Botoa, 1845.

TU ME PIDES QUERER Y TE HE QUERIDO.

Si clamo á tí, Señor, no has de escucharme
Tú de quien es la inmensidad *oido*?
Tú que la hirviente mar has contenido,
No has de poder el corazon calmarme?
¿Un átomo de luz no podrá darme
Ese que tantos soles ha encendido?
¡Pues cómo has de dejar, Señor, mi vida
¡Ay! ciega y sin consuelo y desoida!

Yo me acerco hoy á tí; yo estoy contigo;
Sumiso el corazon tengo á tu lado,
Pasion, orgullo y penas han callado,
No hay mas que fé por tí, no hay mas conmigo:
Ordéname; una voz y yo te sigo...
¿Qué me quieres decir, qué me has hablado?
¡Por qué mi ruda y tarda inteligencia
No basta á percibir su dulce esencia!

Yo que te adoro á tí desde la infancia,
Yo que te busco en incansable anhelo,
Yo que mas que á la tierra miro al cielo,
Yo que á tu gloria aspiro en mi constancia,
¿He de perder, Señor, por la ignorancia
De no entender tu voz, tu gran consuelo?
¿He de ofenderte, he de labrar mis penas
Por no escuchar bien claro qué me ordenas?

Mas tú no hablas jamás; no por acentos
Tu voluntad al universo esplicas;
Tienes en tu saber notas mas ricas
Para espresar tus altos pensamientos;
Hablan por tí, Señor, los sentimientos
Con que alivias el alma ó mortificas,
Y yo en ese lenguage he comprendido
Que me pides querer y te he querido.

Tú nos pides amor, amor constante
De agradecido pecho justo pago,
Tú que una vida das por un halago,
Tú de la humanidad eterno amante,
¿Y antes quieren, Señor, que el alma errante
Se fatigue de error en error vago,
Que tener por consuelo en este mundo
Cariño tan dulcísimo y fecundo?

Aquí abajo, del mundo habitadora,
Dicen, Señor, que hay una docta gente
Que no te reconoce, no te siente,
Que no te admira que jamás te adora;

Que no te rinde gracias ni te implora
En el placer, en el dolor vehemente;
Mas, fábula del mundo es torpe y vana,
Porque no puede haber tal raza humana.

Pues al darnos la luz, belleza tanta
Como á su inmenso rayo percibimos;
¿Ignoramos, Señor, que la debimos
Á un ser que desde el polvo nos levanta?
Tú grande magestad suprema y santa
Nuestros ojos no ven, mas la sentimos:
El genio puede errar, cuando te niega;
Pero no el corazon, cuando te ruega.

Existes, y las gentes lo entendemos,
Desde la misma cuna te adoramos,
Mas ¿sabes porqué luego te olvidamos?
Por malicia, señor, porque tememos;
No nos place tener jueces supremos
Porque mejor sin leyes nos hallamos;
Y antes que resignarnos á la pena
Negaremos al Dios que nos condena.

Pero yo que te amé desde la infancia,
Yo que te busco en incansable anhelo,
Yo que mas que á la tierra miro al cielo,
Yo que á tu gloria aspiro en mi constancia;
Acudo á tu saber en mi ignorancia,
Acudo en mi afliccion á tu consuelo,
Y es tal la fé con que te ruega el alma
Que en esta misma fé logra la calma.

Ermita de Botoa, 1845.

GLORIA DEL SENTIMIENTO.

¡Qué hermoso es Dios, qué hermosa su cabeza!
Qué gallardo su andar, su voz qué suave!
Rasgos los cielos son de su belleza,
Pasos los siglos de su marcha grave;
La voz de la inmortal naturaleza
De sus conciertos la sonora clave,
Su acento arroba, su mirar abrasa,
Tiembla el mundo á sus huellas cuando pasa.

Yo me enamoro dél: pobre doncella
A la ardiente pasion esclavizada,
La sangre á mi cerebro se atrepella
A su paso, á su canto, á su mirada;
Medito y me consumo con la estrella,
Por el trueno me siento subyugada,
Y al ver al tiempo transcurrir ligero
Sufro, lo lloro, clamo, desespero.

Seres tranquilos ví sobre la tierra
Que esta ansiedad febril nunca padecen,
Ni están con los espíritus en guerra,
Ni en éxtasis de amor se desvanecen:
Cuatro páginas ¡ay! su libro encierra;
Nacen, medran, se nutren, envejecen,
Y como nada amaron ni sintieron,
Nunca se mueren porque no vivieron.

Repose en paz el corazon helado,
Yo quiero ver lucir tu sol ardiente,
Vagar tras de tu voz por el collado,
Beber tu aspiracion en el ambiente:
Quiero mirar tu ceño en el nublado,
Tu sonrisa en la luna trasparente,
En las corrientes aguas tu armonía
Y tus halagos en el alma mia!...

Ese es el solo bien del sentimiento,
La sola dicha de la triste alma,
La sola gloria del mayor talento,
Del martirio mayor la sola palma;
Llevar por adorarte el sufrimiento,
Por comprenderte renunciar la calma,
De la pasion en el delirio ciego
Ser desgraciada por sentir su fuego.

Sé que al cantarte en mi ilusion suspensa
La trova que mi boca te improvisa,
De los pueblos tendrá por recompensa
Desdeñosa y sarcástica sonrisa:
Su admósfera pesada, oscura y densa
No dejará volar tan dulce brisa,
Pero en el valle puro en que la exhalo
Sirve á las soledades de regalo.

Ermita de Botoa, 1845.

A LA INVENCION DEL GLOBO.

Aguila altiva, que la nube asaltas
Y en la cumbre á mirar al sol te atreves;
Aguila ráuda, que los mares saltas
Cuando las alas anchurosas mueves;
Aguila audaz, que en las regiones altas
La hiriente lumbre de los astros bebes;
Aguila reina, ya tiene el espacio
Rival que te dispute tu palacio.

Si halláras por acaso en tu elemento
Veloz cruzando por las propias vias
Al hombre que se eleva al firmamento
«Vive Dios, al pasar, le gritarias,
Que ni libres están, genio avariento,
De tus asaltos las regiones mias;
Venció tu brazo cuanto halló en la tierra
Y ora viene á mover al cielo guerra?»

Sí, sí, corcel para correr el suelo,
Ligero pez para salvar los mares,
Es águila atrevida para el cielo
El libre ser que en tu camino halláres;
Déjale remontar contigo el vuelo
Que de estrellas tal vez nuevos millares
Cuando mas huya la terrestre esfera
Va á descubrir en su feliz carrera.

¿Qué vales tú si allá de las alturas
Las bellezas que alcanzas no nos cuentas?
¿Qué importa cuanto ves en las anchuras
Que mides con tus alas turbulentas
Si nuevas no nos das á las criaturas
Que estamos de saber aquí sedientas,
Si un himno á la creacion por obra tanta
Jamás tu pico inespresivo canta?

Mas aquel otro ser que el éter hiende
Sube ya á comprender tanta belleza,
Y del nuevo prodigio que sorprende
Bajará á relatarnos la grandeza;

Ya por cima del mundo se suspende
A contemplar la gran naturaleza,
Y si le place el mar, su vuelo ataja
Y como el ave acuática al mar baja.

Y cual vapor del mar se eleva luego
Y con las nubes por los aires gira,
Del encendido Can resiste el fuego,
Del furioso aquilon sufre la ira;
Sus fuertes alas en su presto juego
Salvan al hombre que asombrado mira
Allá por bajo de sus pies tendido
El monstruo enorme de quien es nacido.

Como naturalista observa atento
De ignorado reptil la forma estraña;
El hombre aquel verá, pegado al viento,
Como es la tierra que el Océano baña;
Del polo ignoto, de viviente exento,
Escrutará, tal vez, la oculta entraña,
Y tal verdad puede alcanzar su idea
Que la ciencia de ayer fábula sea...

¡Tanto saber...! ¿si escalará tu estancia
Esta turba, Señor, de inquieta gente?
¿No pusiste, gran Dios, harta distancia
Entre tu solio y nuestro genio ardiente?
No lograremos ¡ay! por mi constancia
El triunfo de encontrarte frente á frente,
Mas libres ya sobre los aires vamos;
¡Gloria porque á tu sol nos acercamos!

Ermita de Botoa, 1845.

BONDAD DE DIOS.

¡Cuán grande, cuán hermosa
Es la lumbre del sol que abarca el mundo,
Y cuán maravillosa
Es la estrella copiosa!
¡Cuán ancho es el espacio, cuán profundo!

Como á impulso violento
Granos de arena círculos describen
En derredor del viento,
De astros miles sin cuento
Así en la inmensidad girando viven.

Como esa luna breve
Que los azules aires cruzar vemos
Por los ámbitos leve,
Con giro igual se mueve
Esta espaciosa tierra en que nacemos.

Los mares procelosos,
Los montes de volcanes coronados,
Los pueblos populosos
Ruedan magestuosos
Por la atmósfera en globo transformados.

¿Quién hácia el sol lo envia,
Lo acerca, lo separa, lo sostiene,
Su ruta marca y guia,
Y en perfecta armonía
La prodigiosa máquina mantiene?

¿Quién es tan poderoso
Que allá desde el lucero mas lejano
Que rige misterioso
La tierra cuidadoso,
Tan bien gobierna por su propia mano?

¡Cómo á la flor atiende!
¡Cómo al insecto presta forma y vida!
¡Cómo el agua suspende
En la nube que hiende
El aire y baja en lluvia convertida!

¡Cómo enciende y sustenta
El alma pura que en nosotros vive,
Y su fuerza acrecienta,
La sostiene y alienta,
Cuando el dolor, cuando el placer recibe!

¡Cómo nos da alegría
En la niñez, y en juventud mas fuerte
El amor y poesía,
Y para la sombría
Dolorida vejez nos da la muerte!

Ignorada tu esencia,
Ignorado, señor, será tu nombre,
Tu divina existencia,
Pero tu omnipotencia
En su propio existir comprende el hombre.

Y si con tal desvelo
Proteges amoroso á las criaturas,
¿No has de tener un cielo
Donde con tierno anhelo
Suban á verte, al fin, las almas puras?

Ermita de Botoa, 1845.

¿CUAL TU GRANDEZA ES? ¿CUAL ES TU CIENCIA?

Siempre en la noche, compañeros mios
Los árboles, la luna, los luceros,
Mas ninguno de tantos compañeros
Me demanda jamás ¿por qué suspiro?

A la luna le cuento mi cuidado
Y sigue instable y muda á la voz mia,
Como mujer ¡ay! envidiosa y fria
Que el pecho tiene á la amistad cerrado.

No soles, no centellas, no luceros
Almas son esas luces vacilantes
Que prestan á los ojos anhelantes
Solo dudosos rayos pasageros.

Vienen en infinita muchedumbre
Y oyen mi canto y mi tristeza miran,
Y otra vez silenciosas se retiran
Sin consolarme, á la remota cumbre.

Inmóviles los árboles sombríos,
Como los egoistas corazones,
No oyen la triste voz de mis canciones
Que vá á morir sobre sus troncos frios.

Sola yo turbo cuadro tan sereno,
Sola yo altero tan dichosa calma,
Solo inquietud y lucha hay en mi alma,
Solo mi corazon hierve en mi seno.

¿Sola yo? ¿Sola yo? ¿De entre millares
De criaturas tal vez la mas dichosa?
Descansando de fiebre dolorosa
Duerme la tierra en medio de los mares.

Mas, recorred su vasta enfermería
Y oireis de trecho en trecho hondos gemidos;
¿Cuántos son? ¿Cuántos son ¡ay! los heridos?
La enferma menos grave es la alma mia.

La luna silenciosa y reposada
Que por los aires vá, tal vez encierra
Dentro de sí como la oscura tierra
Una raza tambien desventurada.

Y tal vez de los nuestros sus gemidos
Están por breve espacio separados,
Y tal vez de ambos mundos encontrados
Se responden en ecos los ruidos...

Leve es mi mal como mi cuerpo leve;
¿Qué vale ante esa gran naturaleza
Mi canto? ¿Qué mi amor? ¿Qué mi tristeza?
¿Cómo á gemir mi corazon se atreve?

Mas, cabe gran pasion en breve pecho,
Grande entusiasmo en reducida frente,
Grande espíritu en mí, voraz, ardiente,
El rayo cabe en limitado pecho.

Quedan mis cantos en la baja tierra
Pero sube hasta Dios mi sentimiento,
Y abarco sola yo en mi pensamiento
Cuanto en su espacio la creacion encierra.

Yo la menor de maravilla tanta
Obras, Señor, de tu fecunda mano
Siento en mi pecho, aliento soberano
Que hasta los mismos cielos me levanta.

Y mi amor, mi entusiasmo, mi existencia
Son aura imperceptible de tu aliento!...
¿Quién eres? ¿Dónde estás? ¿Cuál es tu asiento?
¿Cuál tu grandeza es? ¿Cuál es tu ciencia?

Ermila de Botoa, 1846.

SOBRE LA GUERRA.

Nos ha dado el Señor cielos hermosos
Con luz, porque los ojos alumbremos;
Y nosotros los pueblos ingeniosos
Con humo del cañon la oscurecemos.

Nos ha dado unas tierras deliciosas
Donde las vidas sustentar podamos,
Y nosotras las gentes belicosas
Con sangre de los nuestros las regamos.

Nos ha dado suprema inteligencia
Para adorar su ley mientras vivimos,
Y nosotros negamos su existencia
Y de la propia nuestra maldecimos.

Nos ha dado pasiones generosas
Y odiándonos vivimos en la tierra;
«Almas, nos dice, paz, sed venturosas»
Y respondemos «infortunio, guerra!»

Guerra al Oriente, *guerra* al Mediodia,
Por cuanto abarca el sol guerra sangrienta;
Nuestra campana eterna de agonia
Por las batallas sus minutos cuenta.

Hacen trocar los siglos pasageros
Leyes, imperios, religiones, todo;
Pero la horrible estirpe de guerreros
Tiende su rama del egipcio al godo.

¡Oh de asesinos fuerte monarquía
De siglo en siglo trasmitida viene;
Reinó antes de Moisés tal dinastía
Y aun despues de Jesus príncipes tiene!

Un perpétuo clamor son las naciones;
Toda la humanidad es solo un grito;
Cansado de sufrir generaciones
El mundo está, y cansado el Infinito...

Tiende ¡oh paterno mar! tiende los brazos
Y, por piedad de nuestros hondos males,
De la tierra los míseros pedazos
Abisma entre tus formas colosales.

Tal vez al arrollar el viejo mundo,
Tus soberanas moles avanzando,
Otras tierras mejor desde el profundo
Se irán á tus espaldas levantando.

Aquí están las semillas corrompidas,
A Dios no pueden dar ya fruto bueno,
Y pues á Dios no sirven nuestras vidas,
¡Húndenos mar, te servirán de cieno!

Ermila de Botoa, 1846.

AMISTAD DE LA LUNA.

Esa oscura enfermedad
Que llaman melancolía
Me trajo á la soledad
A verte, luna sombría.

Ya seas amante doncella,
Ya informe, negro monton
De tierra que en forma bella
Nos convierte la ilusion,

Ni á sorprender tus amores
Mis tristes ojos vinieron
Ni á saber si esos fulgores
Son tuyos ó te los dieron.

Ni á mí me importa que esté
Tu luz viva ó desmayada,
Ni cuando te miro sé
Si eres roja ó plateada.

Yo busco tu compañía
Porque al fin, muda beldad,
Es tu amistad menos fria
Que otra cualquiera amistad.

Sé bien que todo el poder
De tu misterioso encanto
No alcanzará á detener
Una gota de mi llanto.

Mas yo no guardo consuelos
Para este mal tan profundo,
Fijo la vista en los cielos
Porque me importuna el mundo...

¡Vergüenza del mundo es
Si tiene mi pensamiento,
Que ir á buscarte al través
De las nubes y del viento,

Y llevar hasta tu esfera
Mi solitaria armonía
Para hallar la compañera
Que escuche la pena mia!

Mas, pues no me dá fortuna
Otra mas tierna amistad,
Vengo con mis penas, luna,
A verte en la soledad.

Ermita de Botoa, 1846.

UN ENCUENTRO EN EL VALLE.

Tórtola, te vuelvo á hallar;
Roncas ambas de cantar
Nos encontramos las dos:
¿Te ha dado ventura Dios?
¿Cómo te fué en el amar?

Cual yo enamorada y niña
Te abandoné en la campiña
Cantando en son placentero
¿Dónde está tu compañero?
¿Hizo el sacre en él rapiña?

¡Tambien desventura aquí!
Yo pensé que solo á mí
Lastimaba la fortuna;
¿Dónde hallaré sola una
Que no se lamente así?

¿Te acuerdas de aquellos dias
Cuando á mi lado solías
Decir amantes congojas
Columpiándote en las hojas
Del fresno donde vivias?

Este mismo es el collado,
Nuestro querer no ha mudado,
Nuestras canciones tampoco,
Pero andando el tiempo loco
La ventura se ha llevado.

Y al pié de estos manantiales,
Entre los mismos juncales,
Bajo el propio fresno umbrío,
A cantar tu amor, yo el mio
Vengo al campo, al nido sales.

¡Pero qué tristes las dos!
Yo pienso que viene en pos
De la pasion la tristeza,
Porque cuanto mas terneza,
Mas gemidos nos da Dios.

Mira sinó el arbolado
Bajo ese manso nublado
Que circunde el horizonte,
Y el arroyuelo del monte
Por su velo sombreado;

Melancólicos están
Aunque su hechizo le dan
Las bellas luces de mayo,
Que en dulcísimo desmayo
Por Occidente se van.

De entre las algas del rio
Ese valbuciente pio
De una escondida garganta,
Tambien es dolor que canta
Como tu dolor y el mio.

Pero si tú un compañero,
Si tú el amante primero
Tuvieras como otro dia,
¡Cuán hermoso te seria
Este mayo placentero!

En ese fresno escondidos,
En un mismo ramo unidos,
Arrullándoos con amor,
De las aguas al rumor,
Sobre las aguas mecidos...

Fuera tanta tu ventura
En esta atmósfera pura,
Vivir así con tu amado
Lejos del mundo que ha dado
Honda pena á la criatura!

¡Ay! Tú volverás á hallar
Otro amante á quien amar,
Porque las tórtolas son
Todas en el corazon
Iguales, y en arrullar.

Mas el alma que ha perdido
Su compañero querido,
Que le llore noche y dia
Porque aquel solo seria
Para su amor el nacido.

Y ese Dios que tanto sabe,
En un arrullo suave
Te dará un nuevo querer;
Pero tú has nacido ave
Y yo he nacido mujer.

Ermita de Botoa, 1846.

LA CLAVELLINA.

Entre el musgo de mi huerto
Germina una hermosa planta
Coronada de flor tanta
Que su tronco no se vé;
Muestra el capullo entreabierto
Ya su primer florecilla
Y la octava maravilla
Son cáliz, hojas y pié.

Venid, hermosas doncellas,
Vosotras que amais las flores,
Si los vivos resplandores
No os deslumbran de esa flor;
Venid á mirar cuán bellas
Brillan sus hojas carmines,
En la suavidad jazmines,
Ambares en el olor.

La flor del verde granado,
La roja nocturna estrella
Son mas pálidas que ellas
En matiz y en claridad;
Porque el estío abrasado
De fuego su cerco pinta;
Fuego es su cáliz, su tinta,
Su espiritu y su beldad.

¡Mirad, mirad, si parece
Que el tallo que la sustenta
Con sangre pura alimenta
Ese rojizo boton!
Si cuando el viento la mece
Y su ardiente seno agita,
Parece que le palpita
En el centro un corazon!

Escuchad—si acaso ciertas
Fueran las transmigraciones
Que antiguos sabios varones
Creyeron en cada ser;
Esa beldad de las huertas
Con sus hojas palpitantes,
¿No juzgais que debió antes
Ser una amaute mujer?

¡Del griego pueblo locuras
Son las que nos han contado;
Tal vez el ser de un malvado
Se trasmita á un alacran;
Pero las ánimas puras
De las amantes mujeres
No trasmigran á otros seres,
Que rectas al cielo van.

Hija de un átomo seco
De una planta mortecina,
Siempre, siempre clavellina
Ha sido esta flor carmin;
Cayó aquel grano entre el hueco
De una china y dos terrones;
Llovieron los nubarrones
Y germinó en el jardin.

Pero mirad ¡ oh cuán bella!
Si cuando el viento la agita
Parece que le palpita
En el centro un corazon!
¿Y quién sabe, quién si ella
Tiene tambien sentimiento?
¿Quién sabe, quién, si es el viento
El galan de su pasion?

No turbemos sus amores;
Dejémosla libremente
Ante el dulcisísimo ambiente
Sus rojas galas lucir;
Dejémosla que las flores
Tienen tambien sentimiento,
Pero no tienen acento
Y padecen sin gemir.

Reluciente clavellina,
Gargantilla del estío,
No ornaré el cabello mio
Con tu aromoso coral,
Si á vanidad femenina
Consagrada tu belleza
Ha de ajarte mi cabeza
La frescura matinal.

Vive libre, libre crece
Sobre el tallo que alimenta
La vena que te sustenta
Ese precioso boton,
En cuyo centro se mece
Un corazon que no veo;
Pero que de cierto creo
Que ha de ser un corazon.

Y las brisas te festejen,
Y mimen las mariposas
Las megillas temblorosas
De tu rostro de carmin;
Y las hormigas se alejen
De tus contornos suaves,
Y te saluden las aves
Por la reina del jardin.

Ermita de Botoa, 1846.

¡COMO, SEÑOR, NO HE DE TENERTE MIEDO!

Yo te olvidaba ya; ni una alabanza
A la gloriosa bóveda te envia
La cantora sin fé; sin confianza
Enmudece, Señor, el alma mia;
Horas de ingratitud donde no alcanza
El reflejo inmortal de tu poesía
Duermo, cuando mi sueño indiferente
Viene á romper tu cólera imponente.

«De tus seres de amor, vaga doncella,
¿Cuál de ellos quieres que á mi voz sucumba?
¿Qué faz querida borrará mi huella?
¿Qué ser amado lanzará á la tumba?
¿Tu padre morirá? ¿Tu madre bella?»
Dices; y el eco de tu voz retumba
Dentro de mí, Señor: «Todo lo puedo.»
Todo lo puedes, sí; ¡ *Tú eres el miedo*!

Cubre la sombra de la muerte el mundo
Cuando tu ceño muestras indignado,
Y yo he visto á mi padre moribundo
Con la sombra mortal de ese nublado:
Señor, al verte contra mí iracundo
Entonces tu poder he recordado;
Entonces fué el clamor, el rezo, el lloro:
Entonces fué el saber cuánto te adoro.

Tú juegas con las vidas desdichadas,
Tú al borde del abismo las suspendes;
Y al vernos a tu cólera aterrados,
De súplicas y lágrimas te ofendes;
Tú no quieres plegarias arrancadas
Al espanto, Señor, tú nos comprendes;
Sabes que el labio tu alabanza niega,
Y si ruega, Señor, por *miedo* ruega.

Tú no cediste á mi medroso ruego;
Tú perdonaste la oscilante vida,
Porque en tu libro de radiante fuego
La indeleble sentencia está esculpida;
Pero salvaste de su infiel sosiego
A la memoria ingrata que te olvida...
¡Frágil memoria que tu nombre pierde
Y el *miedo* haya de ser quien lo recuerde!

Ni tu sol, ni tu luna, ni tus flores,
Ni me inspiró tu lluvia del estío,
Ni penetrar lograron tus favores
En este corazon cerrado y frio:
Insensata dejé que otros cantores
Eleváran á ti su acento pio
Como el insecto inútil que dormita
Mientras que el risueñor canta y se agita.

No te cantaba cuando en calma el cielo
Ornado de celage trasparente
Brillaba puro: en tanto que su vuelo
Sereno detenia el claro ambiente
No te cantó mi espíritu de hielo:
Mas rugió la tormenta de repente,
Con tu rayo amagaste al ser amado
Y de *miedo*, Señor, te he recordado

¡Míseras oraciones y cantares
Que á impulso del temor rompen conmigo!
No mas que en las desdichas y pesares
Te llamo grande y te apellido amigo:
Solo cuando te ruego que me ampares
Dulces palabras con amor te digo;
Solo cuando vivir sin tí no puedo,
«Señor, esclamo, ven, que tengo *miedo*.»

¿Pero me escuchas tú? ¿Pero respondes?
¿No me desdeñas porque indigna clamo?
¿Tu cariñosa gracia no me escondes
Porque te olvido en paz y en guerra te amo?
¡Ay! no el cruel remordimiento ahondes;
No rechaces mi voz cuando te llamo;
Si tanto puedes tú, yo nada puedo;
No es pecado, Señor, que tenga *miedo*.

Tú vives entre bóvedas de lumbre
De los soles que giran al ruido,
Y yo sin que su fuego me deslumbre
No puedo ver al sol medio escondido;
Tú de siglos y siglos pesadumbre
Eterna llevas,—yo nada he vivido—
Tú me puedes hundir—yo nada puedo—
¿Cómo, Señor, no he de tenerte *miedo*?

Tiembla del hombre el corazon valiente,
Tiembla el pueblo que audaz te desafía,
La fanática raza del Oriente
Y la raza sin fé del Mediodia;
Muy temible serás cuando el viviente
De tan lejana edad, Señor, temia
Y en tantos siglos de gentil denuedo
No ha podido vencer, Señor, su *miedo*!

Tú eres el miedo que despide llamas,
Tú eres el miedo que el diluvio riegas,
Y tiene miedo el mundo á quien inflamas,
Y tiene miedo el mundo á quien anegas;
Si tu poder conoces y nos amas,
Cuando los rayos del furor despliegas
Y acobardada ante tus iras quedo,
No te enojes, Señor, si tengo *miedo*.

Puedes quitarnos los amados seres,
Nuestra alegría convertir en llanto,
Mudar en desventura los placeres,
Y trocar en gemidos nuestro canto:
Señor, tan grande y poderoso eres,
Es tan inmenso tu gobierno santo
Que á tu amenaza amedrantada cedo
Y te digo ¡Señor, *Tú eres el miedo*!

Ermita de Botoa, 1846.

Y LLÉVAME CONTIGO Á TU MORADA.

¡Qué abatida estará, Señor mi vida
Cuando no te consagro ni un acento!
¡Qué hundido debe estar mi pensamiento
Cuando así te abandona, así te olvida!
Preséntasme la tierra florecida,
Resplandeciente en lumbre el firmamento,
Y en vez de bendecirte y celebrarte
Bajo los ojos para no mirarte.

Gran pesar no sufrí, padre divino;
Ningun dolor agudo el alma llora;
Pero mas me entristezco, hora por hora
Conforme voy andando mi camino:
Ni sé si es bueno ó malo mi destino,
Ni advierto si se agrava ó se mejora;
Solo sé que el vivir menos agrada
Cuanto mas adelanto en la jornada.

No he perdido la fé, que mucho creo;
No me hirieron, Señor, los desengaños,
Ni presa fuí de pérfidos amaños,
Ni juguete de loco devaneo;
Yo no tengo ambicion, nada deseo,
Es mi existencia juveniles años,
Pero triste; Señor, muy triste estoy,
Puesto que ni mi canto ya te doy.

¡Ay! Cuando siento del fecundo mayo
El vaporoso y caldeado ambiente
Jugar con mis melenas blandamente,
Te quisiera cantar, pero en desmayo
Melancólico abísmase la mente,
Y como herida por amante rayo
Las lágrimas se agrupan á mis ojos
Y hasta la luz del sol me causa enojos.

Luego las plantas pienso que suspiran,
Paréceme que el rio se lamenta,
Y la vida á mis ojos se presenta
Llena de sombras que dolientes giran...
Y yo no sé por qué miedo me inspiran,
Y no sé qué afliccion me desalienta,
Pero tiendo los brazos y te digo
Señor, Señor, ¡ay! llévame contigo.

Tal vez, Señor, el porvenir me inquieta
Porque nací mujer y soy cobarde,
Y tal vez en las brisas de la tarde
Me anuncia el porvenir mi ángel profeta.
Triste será el de la mujer poeta,
Mas ora el bien, ora el dolor me aguarde,
Mejor quisiera que con brazo amigo
Me quisieras llevar, Señor, contigo.

Aquí la turbacion, aquí el gemido,
Aquí la guerra, aquí los hondos males
Tienen reinado eterno, y siempre iguales
Los tiempos han de ser á los que han sido;
Señor, y allá el descanso apetecido,
Allá la paz, los goces celestiales
Me convidan, si quieres santo amigo
Para siempre llevarme allá contigo.

Allá en la noche hay sol, no acaba el dia,
Siempre es abril para los ricos prados,
Y por aquellos huertos regalados
Solo la flor de la virtud se cria:
El odio, la ambicion, la tiranía
No existe en tus dominios dilatados;
Los hombres á los hombres no asesinan,
La virtud y el amor allí germinan.

Allá en la fuente de la fija ciencia
Beberé hasta saciar mi gran deseo,
Conoceré el error de Ptolomeo,
Me reiré de la humana suficiencia:
Sabré quién escribió la alta sentencia
Que hundió al egipcio y destruyó al hebreo,
Que ilumina las cumbres de Sodoma,
Derriba á Grecia y aniquila á Roma.

Sabré mejor que el sabio mas profundo
De la historia del orbe tantos hechos,
Porque en los pobres libros contrahechos
Mientras estudio mas, mas me confundo;
Penetraré las leyes de este mundo,
La esencia de los seres, sus derechos,
Lo que son, lo que fueron, lo que esperan
Nacidos, por nacer, y cuando mueran.

Sabré por qué tu espíritu se esconde,
Por qué rodar nos haces en la esfera,
Qué pretendes hacer con tal carrera,
Y cómo nos impulsas y hácia dónde:
Por qué girar al sol nos corresponde,
Por qué su luz la luna reverbera,
Por qué tienes volcanes encendidos,
Por qué tienes los mares estendidos.

Por qué al par de Jesus nace Mahoma,
Por qué alientas entrambas religiones,
Por qué arde entre diversas oraciones
Y en diferente altar distinto aroma:
Qué das al que la cruz sagrada toma,
Del de la media luna qué dispones,
Quiénes te desconocen ó te entienden,
Quiénes los que te adoran ó te ofenden.

Allá sabré tambien por qué nacimos
Débiles y sencillas las mujeres,
Y si el premio de tantos padeceres
Habremos de lograr cuando morimos.
Allá sabré si destinadas fuimos
Al duro yugo de los otros seres,
Y si has dispuesto tú las leyes graves
Que no puedo decir y que tú sabes.

Allá sabré tambien por qué deliro,
Y la oculta razon de mi tristeza;
Por qué abrasada siento mi cabeza,
Pór qué lloro, Señor, por qué suspiro,
Por qué cuando tu hermoso cielo miro
Ansiosa de tu gloria y tu grandeza,
Olvido de la tierra cuanto amo
Y llévame contigo, Señor, clamo.

Si comparando el mundo, este de penas,
Su injusticia, su error, nuestras pasiones
Con el bello existir de esas regiones
Pacíficas, hermosas y serenas,
Anhelamos romper nuestras cadenas,
Elevamos á tí los corazones,
Y de tus brazos al paterno abrigo
Me quiero refugiar yendo contigo.

Si quiero descansar, hallar consuelo,
Quiero verte, Señor, yo no vacilo;
¿Dónde hallaré mas dulce y mas tranquilo
Amor, y mas placeres que en el cielo?
O si te place mi virgíneo velo,
Si digna soy de tu celeste asilo,
No me dejes aquí desconsolada
Y llévame contigo á tu morada.

Ermita de Botoa, 1847.

Porque quiero vivir siempre contigo.

Sí, yo te creo; viva mi fortuna
Y viva el canto de mi humilde boca
Si abrasada en tu amor mi alma no invoca
Para cantar la fé musa ninguna:
De las musas el arte importuna
Cuando tu amor me abrasa y me sofoca,
Y me place exhalar á mi albedrío
Tonos amantes para tí, Dios mio.

Sí, yo te he visto clara y trasparente
Como la luz que me ilumina veo,
Arrebatada, he visto en mi deseo
Tu mirada, Señor, resplandeciente;
Una vez nada mas tu hermosa frente
He contemplado y me turbó el mareo,
Y esa vez nada mas que te he mirado
Me dejaste el espíritu arrobado.

Yo no sé cómo fué, si allá en el sueño
O si despierta he visto tu semblante,
Solo sé que te ví cruzar flotante
Y que en tu imágen conocí á mi dueño,
Y que es de entonces mi irritado empeño
Ver otra vez tu aparicion brillante,
Contemplar otra vez tu imágen cierta
En delirios, en sueños, ó despierta.

Yo me sueño contigo muchas veces,
Con la ilusion de mi placer me inflamo;
Y te busco despues y no pareces,
Y no respondes aunque mas te llamo;
¿En dónde estás? ¿En dónde resplandeces?
¿Dónde te iré á decir cómo te amo?
¿Cuándo á mis ecos prestarás oido?
¿Cuándo podré llevarte mi gemido?

Yo tengo para tí nuevos acentos
Que nada mas mi corazon los sabe,
Que no los sabe el hombre, el mar, ni el ave,
Ni lo saben las brisas ni los vientos.
Y solo á tus oidos mas atentos
Les es dado escuchar la voz suave
Que por mi seno con aliento gira,
Y antes que llegue á mi garganta, espira.

Es voz que al aire pierde su sonido
Como flor que á la luz su aroma pierde,
Y no puede espresarlo aunque recuerde
Su misterioso y virginal sentido:
Lágrimas muchas veces he vertido
Allá del campo en la llanura verde,
Cuando al morir el sol me consumia
Sin poderte decir lo que sentia.

¡Ay! lo que siento yo, lo que me inquieta,
Señor, quién lo comprende, quién lo canta;
¡Pobre santa Teresa, pobre santa,
Que á tal agitacion vivió sujeta!
Y mas pobre mujer, alma incompleta
Esta, que no teniendo gracia tanta,
Con la misma pasion que la devora
Sin poderte mirar, Señor, te adora.

¿Dónde te iré á buscar, dónde amor mio,
Escondida tu faz en el espacio
Hallaré para verte mas despacio
Y calmar mi agitado desvarío?

¡Hácia dónde, Señor, mis pasos guio
Para llegar por senda á tu palacio,
Y sin genio, sin númen y sin arte
La fé que siento en mi pasion cantarte?

No te encuentro en el mar que antes ansiaba
Cuando tan mal, Señor, te comprendia,
Que en el recio furor con que bramaba
Escuchar tus acentos presumia;
Mónstruo rabioso que espumante baba
Verde como la bilis escupia
¡Cómo sonar en su amargado seno
Puede tu canto de dulzura lleno.

No te encuentro en las olas vacilantes
Donde pensé que tu mirar lucia
Antes de que tus ojos mas radiantes
A iluminar vinieran mi poesía;
Soles y estrellas encendidos antes
Ya me parecen luz pálida y fria,
Y si sus rayos por acaso miro
Cierro los ojos y por tí suspiro.

Por tí ya dejo las queridas flores,
Los pájaros, el rio, los pinares,
Para tí nada mas tengo ya amores,
Para tí nada mas tengo cantares;
Para mí nada mas tienen colores
De tus ojos los bellos luminares,
Para mí nada mas tiene armonía
Tu voz que sueño en la locura mia.

¡Oh! tú no estás aquí; tu forma bella
No es la del mar sombrío que batalla;
Tu lumbre no es la lumbre de la estrella
Ni por los valles mi ansiedad te halla;
Tú mas hondo que él, mas alto que ella
Opones á mi amor eterna valla,
Y cuanto mas en tu existencia creo
Mas sufro y lloro porque no te veo.

Pero yo tengo fé; yo he de encontrarte;
Yo para siempre he de vivir contigo;
Yo protegida por tu brazo amigo
El espacio hendiré para alcanzarte:
Si en la tierra no es, en otra parte
Seré dichosa, pues con fé te sigo,
Y no me importa la envidiosa nube
Que á interponerse entre nosotros sube.

Presto acaban los años en su giro
Y de eterna pasion la vida esclava;
Presto, Señor, la juventud acaba
Exhalada de amor en un suspiro;
No tengo sino á tí cuando deliro,
Y este silencio y soledad me agrava
Con las horas que pasan y no cuento
Absorta en mi constante pensamiento.

¿Serán las pesadumbres de la vida,
De tan vario dolor tanta punzada,
De ingratitudes tantas, tanta herida
Las que alarguen aquí nuestra parada?
¿Tanto podré tardar en la partida
Que el ánima no puede fatigada
Con la esperanza, con la fé de hallarte
Resignarse, sufrir, callar y amarte?

¡Cuánto esa nube durará en el cielo
Si es la tormenta del vivir tan breve
Que descendemos como nieve al suelo
Y en él nos deshacemos como nieve!
¡Cuánto podré aguardar en este anhelo
Si hasta del cierzo helado el soplo leve
Hiere mi seno y hácia el triste ocaso
Basta, Señor, á acelerar mi paso!

Ya ví pasada la estacion serena
Y escucho de las lluvias el ruido,
Y el caracol del labrador resuena
En el silencio con medroso ahullido;
Sola estoy con mi sombra y con mi pena,
Mas pienso en tí, Señor, y del sentido
Quiero, lanzando el miedo y la tristeza,
Al término llegar con fortaleza.

Tambien el jóven árbol cuando llueve
Desbaratado al agua dá sus hojas
Que el agosto abrasó tornando rojas
Y en vago con el vientecillo mueve;
Tal vez el aire sobre mí las lleve
Mañana si me rinden mis congojas,
Y me inunde la lluvia que ahora cubre
Los pálidos narcisos del octubre...

Quién sabe... ¡ah! del Asia allá el gigante
Oigo, Señor, que llamaba a nuestras puertas,
Y ya de Europa veo en un instante
Las tierras de cadáveres cubiertas;
Cuando blande su hierro fulminante
Siempre las tumbas ¡ay! están abiertas
Y ya su brazo siéntese iracundo
Y de espanto, Señor, ya tiembla el mundo.

Terrible incendio, que talando pasa
Los pueblos de Siam hasta el Bassora,
Y crece en Siria, al Africa devora,
Sofoca á Rusia y á la Europa abrasa;
¡Ay pobre Irlanda, que tu tierra escasa
Es para los sepulcros! reza y llora,
Que van los buitres en tu negro cielo
Sobre tus gentes á cubrir su vuelo.

Y ¡ay de nosotros! si el azote rudo
Tambien, Señor, se vuelve contra España,
Si entre sus dones fúnebres, Bretaña
Tambien nos manda ese dolor agudo;
¡Quién á sus recios golpes halla escudo!
¡Qué asilo, si el palacio y la cabaña
Convertidos en tristes hospitales
Serán para sus víctimas iguales!

¡Quién podrá soportar esa agonía,
Gritos de destruccion, ayes humanos;
Los niños, las mujeres, los ancianos
Pegando el rostro con la tierra fria!
¡Quién podrá soportar esa sombría
Noche, sino los ánimos cristianos,
Que absorbidos, Señor, en tus amores,
Con tu memoria templan sus dolores.

¿En qué boca riquísima de aroma
Aspiraremos el divino aliento,
Cuando falta al pecho el sufrimiento
Y el mismo corazon se nos desploma?
Cuando el dolor horrible nos carcoma
La sangre, con febril entendimiento;
¡Qué mano ha de venir sino tu mano
A suavizar el padecer insano!

Tú á trasportarnos en tus brazos vienes
Como las madres en la cuna al niño,
Lecho nos pones de oloroso armiño,
Fresca bebida de placer nos tienes:
Con tus besos regalas nuestras sienes,
Alegras nuestro ser con tu cariño
Y olvidando á tu lado nuestra historia
¡Oh! contigo vivir; esa es la gloria.

Yo comprendo esa dicha santa y pura,
Ese tu aliento embriagador recibo,
De tu mirada gozo el atractivo,
De tus ecos penetro la ternura;
Vivificante ardor, suave frescura
En tu morada celestial percibo,
Tonos, perfumes, delicioso ambiente
Que el alma solo del amante siente.

Por eso ardiente sed tiene mi boca
Y en tus labios, Señor, templarla quiero,
Y por eso en tus brazos solo espero
La fiebre mitigar que me sofoca;
Y por eso te busco ciega, loca,
Porque te adoro y por tu amor me muero,
Y por eso con fé; Señor, te sigo
Porque quiero vivir siempre contigo.

Sierra de la Jarilla, 1848.

LA ESPERANZA EN TI.

Nunca se clama en vano
Cuando se clama al cielo en esta lucha
Del existir humano;
Todo, Señor, lo escucha
La gracia de tu oido soberano.

En medio á las estrellas
Tu reposado caminar suspendes,
Y oyes estas querellas
Que tú solo comprendes,
Y nos respondes compasivo á ellas.

Tú la vena del llanto
Haces que vierta su fecundo riego
En el mayor quebranto,
Y nos das el sosiego
En el cansancio al fin de llorar tanto.

Tú de la misma pena
Haces que nazca el sueño del reposo,
Y la mar se serena
Cuando mas tormentoso
Batalla el aire y rompe nuestra antena.

¡Oh señor, oh consuelo
El dulce, el solo, el cierto que en la vida
Tiene el alma! tu cielo
Contemplando embebida
Cuántas noches me paso en mi desvelo!

La via reluciente
Que por la noche atravesando veo
Del Este al Occidente,
¿Será de mi deseo
El camino que busco ansiosamente?

Aquel iluminado
Por la fúlgida luz de las estrellas,
Camino señalado
Para las almas bellas,
¿No le miro en la noche despejado?

¿No muestra la esperanza
Del amoroso y celestial recreo
El camino que avanza
Sin vuelta, sin rodeo,
Sin pérdida en el cielo, sin mudanza?

¿Por qué la pesadumbre?
¿No he de llegar al fin, por mas que tarde,
A esa dorada cumbre?
¿Es bien que me acobarde?
No es harto contemplar su hermosa lumbre?

Concierto misterioso
Hacen los melancólicos luceros;
Los nublados umbrosos
Valen por compañeros
De los seres que sufren silenciosos.

Aquellos en su giro,
Los otros navegando el firmamento,
Parece que un suspiro
Exhalan por el viento
Para aliviar mi mal, cuando los miro.

Si en la bóveda oscura
Suena el canto del pájaro perdido,
Me llena de ternura
Creyéndole gemido
Que viene á acompañar mi desventura.

¡Pobre ave, tan nueva
Que en este mayo acaso ha visto el dia!
¿Dónde el aire la lleva
Sola, errante, sin guia,
Y por qué ese gemido triste eleva?

Ya cruza por Oriente,
Ya muda hácia el ocaso su camino,
Ya otra vez tiernamente
Viene á exhalar su trino
En los sauces, al pie de la corriente.

Donde quiera un amigo
De nuestra humana pesadumbre hallamos;
Donde quiera un testigo:
Por mas que los huyamos,
Ave, nube ó lucero están conmigo.

Suave melodía
De acentos que en el mundo se responden,
Movimientos que guia
Tu mano, y corresponden
De tu máquina eterna á la armonía.

Tal vez el tédio aleja
De nuestro amargo pensamiento el ave:
La luz que nos refleja
El lucero suave,
Resignados, Señor, tal vez nos deja.

Tal vez cuando la mente
La muerte invoca al sufrimiento cara,
Se tiene de repente
Viendo la luna clara
Asomar tan hermosa y reluciente.

Y tal vez si el profundo
Pesar no suspendieras de esos dones
Con el placer fecundo,
En sus tribulaciones
Desesperado pereciera el mundo.

Halle yo en mi carrera
Ave desamparada, nube errante,
Astro que reverbera
La luz de tu semblante,
Y amo la vida aunque de pena muera.

Halle de tu grandeza
Una señal donde mi vista alcanza,
Y en la mayor tristeza,
Señor, tendré esperanza,
Y en la pena mas grande fortaleza.

Deja mis ojos claros
Y de la noche al resplandor divino
Contemplándote avaros,
Para el bien que imagino
De la esperanza en tí veré el camino.

Ermita de Botoa, 1843.

Porque es tu amor amor de los amores.

No es posible, Señor, que á quien te ama
No vuelvas la mirada enternecido;
Pasion ninguna el corazon inflama
Que tu aliento, Señor, no haya encendido:
No es posible, Señor, que quien me llama
Me consienta partir como he venido,
Melancólica, pobre, avergonzada
De no lograr de tí ni una mirada.

Yo no te ví jamás; pero en mi anhelo
Tu espíritu ideal figura toma;
Y en la luna te veo, cuando asoma
Tan blanca y tan suave por el cielo:
Dame (pues hora luce) algun consuelo
En tu palabra dulce como aroma;
Que harto breve, Señor, para tu acento
Es la inmensa estension del firmamento.

La virtud del milagro exhausta ahora
Dicen que está, Señor; mas no lo creo:
Es ¡ay! que de la gloria del hebreo
No somos esta grey merecedora!...
¿Qué es para tí la mágia aterradora,
Si basta de tu ceja el leve arqueo
No para hacer brotar *apariciones*,
Para hundir en los mares las naciones!

¿Qué es un fantasma, que los aires hienda?
¿Que es un acento que en el aire suene
Para el que tiene voz que el orbe atruene,
Manga de fuego que la tierra encienda!
¡Exhausta tu virtud!.... por qué estupenda
Peregrina vision no sobreviene,
Cuando aquel que te niega en su locura
De tu máquina es mísera figura!

¿Qué mas vision que nuestra misma sombra
Con que á nosotros mismos espantamos?...
¿De dónde hemos venido? ¿á dónde vamos?...
¿Quién nuestro guia es? ¿cómo se nombra?...
¡Exhausta tu virtud!... y aun nos asombra
Esta propia vereda que cruzamos,
Movidos por tal mano, de tal suerte
Que amo la vida y corro hácia la muerte!

Daniel te vió; nosotros no te vemos;
Te oyó Moisés; nosotros no te oimos.—
Pero el mismo serás cuando existimos
Cual las almas de siglos tan estremos.
Y ¿exhausta tu virtud, Señor, creemos,
Vision maravillosa te pedimos,
Cuando á la tierra muestras por visiones
Una tras otra mil generaciones?

¡Vision, vision!!... La luna que me mira
No hablára si quisieras darle acento,
¿Cuando lanzarla puedes de su asiento
Y arruinar este mundo que delira?...
Si no me habla, Señor, si no suspira
Respondiendo á mi ardiente sentimiento,
No es que le faltan ecos seductores,
Es que falta ventura á mis amores.

Oigo el plañir del solitario rio,
Oigo el trinar de las nocturnas aves;
El me enternece con sus tonos graves,
Y ellas me afligen con su amante pio.
Y entonces es cuando hácia tí, Dios mio,
Que de todo comprendes, todo sabes,
Mis acentos dirijo invocadores,
Cantándote el amor de los amores.

¡Oh cuán pálido es todo y cuán mezquino
Lo que de hermoso y grande el suelo ostenta,
Cuando el alma, Señor, se representa
Tu sonreir y tu mirar divino!...
Todo querer parece desatino
Donde tu afecto incomparable alienta;
Toda sabrosa dicha sinsabores
En donde está el amor de los amores.

Llueven las nubes; crécense los rios;
Nuestras eras de ayer son hoy laguna;
Hínchase el mar; se pierden los navíos.—
¡Ay del que tiene amor á la fortuna!
Derríbanse los altos señoríos,
Bajan al fango los de ilustre cuna...
¡Ay del que tiene amor á los honores,
Y desdeña el amor de los amores!

Mira, Señor, en tierra al encumbrado:
Mira ya al opulento empobrecido.—
Si tan alto subió, ¿por qué ha bajado?
Si tesoros ganó, ¿por qué ha perdido?
Y su orgullo, Señor, ¿en qué ha parado?
Y su altivo desden ¿á dónde ha ido?
¡Olvidaron que todos son dolores,
Si nos falta el amor de los amores!

Y yo te olvidaré, constante dama,
Yo que en el corazon tu voz he oido?
No es posible, Señor, que quien me llama
Me consienta partir como he venido:
No es posible, Señor, que á quien te ama
No vuelvas la mirada enternecido,
Ni me pagues, Dios mio, con rigores,
Cuando aspiro al amor de los amores.

No se parece su ternura santa
A las vagas pasiones turbulentas
Que dan como de estío las tormentas
Rayos por lluvia á la marchita planta...
No llora celos quien de tí se encanta...
Vírgenes puras á tu lado asientas:
Y á tu cariño aspiran las mejores,
Porque es tu amor amor de los amores!

Ermita de Botoa, 1846.

La desgracia de ser hijos de España.

Esta serenidad de la campiña,
La virginal vegetacion del suelo
Que á nuestros ojos representa niña
La vieja tierra; el canto, el manso vuelo
Del bando de aves que hácia aquí se apiña:
La vaca dando leche al tierno hijuelo
En medio el monte solo y sosegado
¿Habeis en este mayo contemplado?

Y de ese monte en la tranquila falda,
Sentado sobre el tronco de la encina,
Admirando el azul, la rica gualda
Del cielo, el órden con que el sol camina:
De aquella sociedad que á nuestra espalda
Dejamos tan ruin y tan mezquina,
¿No os parece el recuerdo en este instante
Mas cruel, mas agudo, mas punzante?

El filósofo, amigos, nos engaña
Cuando nos dá del campo la armonía,
La paz y sencillez de la cabaña,
Del bosque la risueña lozanía
Para alegrarnos; ¡ay! no los de España
Que comemos el pan de cada dia
Mas amargo que hiel; dulzura hallamos
En las campiñas ya: ¡ tarde acordamos!

Si fuera antes de ver caliente y tinta
La requemada sangre del soldado
Correr á nuestros pies... la suave cinta
Del gracioso arroyuelo plateado
Que entre las flores de variado pinta,
Juega bullendo en el lujoso prado,
Nos pareciera alegre como un dia
A los hijos de Arcadia parecia.

Pero se avienen mal desdichas graves
Con la benigna paz de los oteros,
Con los trinos gozosos de las aves
Y el humilde balar de los corderos:
Cuanto son estas horas mas suaves,
Mas duros son nuestros pesares fieros,
Dándonos por contraste aquí en la tierra
La agena paz con nuestra propia guerra.

Porque en el campo ya plantas estrañas,
Desde que allá á jardin nos trasplantamos,
Para insectos, reptiles y alimañas
El campestre placer abandonamos;
Las inseguras débiles arañas
Andan mejor que por la selva andamos,
Y es más rica y feliz la baja hormiga
Que logra un agujero y una espiga.

¡Cuánta envidia nos dan! ¡Cómo hace alarde
Hasta el negro moscon que rasga el viento
De aquella libertad, que esta cobarde
Generacion no logra! ¡ Qué sediento
Nos queda el corazon cuando en la tarde
Despues de contemplar el movimiento
De esa naturaleza satisfecha,
Su parte de placer de menos echa!

Parece que los vivos colorines
Que á los nidos retornan gorgeando,
De nuestras artes, ciencias y festines,
Cuando al pasar nos ven, se van mofando;
¿No sentís en el rostro los carmines
Del rubor asomar, tristes pensando
Que con tanto saber el hombre sabe
Pues no se hace feliz menos que el ave?

¿Qué hemos de hacer sino sentir tristeza
Hasta en medio del mundo campesino
Que nos brinda tan solo su belleza
Para agravar aun mas nuestro destino?
En vano el monte muestra su grandeza
Y sus alas despliega el blanco espino;
Murmura el rio, las alondras cantan
Y los cielos y tierra se abrillantan.

Nosotros no venimos al riachuelo
Para admirar su pez ni ver su espuma,
Ni divertimos espantando el vuelo
Del pajarillo de graciosa pluma;
Poco sabe de penas ¡ vive el cielo!
Quien tal de nuestro espíritu presuma,
Y vano corazon tendrá el menguado
Que tan contento viva y descuidado.

No; no venimos á esparcir al viento
El ánima doliente en nuestros dias;
No venimos en busca de contento
Ni tampoco á dejar melancolías:
Venimos, pues no entienden nuestro acento
Las duras rocas, las encinas frias,
Venimos á esconder en la montaña
La desgracia de ser hijos de España.

Ermita de Botoa, 1847.

EL ULTIMO DIA DEL AÑO Y EL PRIMERO.

A mi hermano Pedro.

Aquí tienes al anciano
Terminando su agonía,
Y al niño en el mismo dia
Empezando su vivir.
Escucha cual suena, hermano,
De ese que viene el gemido
Con el adios confundido
Del otro que va á partir.

¿Qué es mas triste, la ignorancia
De aquel que busca la vida,
O de otro que perdida
Deja la vida, el saber?
¿Qué lloras mas, á la infancia
Que á padecer se encamina,
O á la vejez que termina,
Hermano, su padecer?

Tuvo el año lozanía,
Bella fué su primavera,
Mas ¿sabes en la pradera
Para qué las flores son?
Para hacernos mas sombría,
Cuando acaba su belleza,
De los campos la tristeza
En la invernal estacion.

¿Dudas? ¡ay! estrecha cuenta
Hoy al año reclamemos,

Y sus penas coloquemos
Al lado de su placer.
Ya verás cuál se acrecienta
Ancho el cerco de sus males,
Y el de sus bienes cabales
Cuán estrecho viene á ser.

Tenemos pena cumplida,
Ventura solo aplazada,
Con lágrima anticipada
Tan antes pagada ya,
Que parece que la vida
Proscripta al placer tenemos,
Y solo que le soñemos
Castigo el dolor nos da.

Tal nos pasa, tal sufrimos,
Tal es el mundo presente;
Tras nosotros otra gente
Mas dichosa ha de venir:
Que las almas que nacimos
De este siglo entre las guerras,
Para cruzar nuestras tierras
En un perpetuo gemir.

Bardos vendrán mas contentos
En otra edad venturosa
Que la vida hallen hermosa
Y canten solo placer;
Mas nosotros, descontentos
De estos tiempos revoltosos,
Con los ojos lagrimosos
Cantamos el padecer.

Y cuando el año termina
Mas nuestro duelo se aumenta;
Triste el año es que se ahuyenta
¿Mas cómo el otro será?
Esa aurora que vecina
Sigue ya á la noche esta
En alas del sol traspuesta,
¿Sabes tú qué luz traerá?

¿Podrán los ojos mirarla
Frente á frente sin recelo?
¿Brillará pura en el cielo?
¿Saldrá envuelta en lobreguez?
¿Vendrá algun astro á eclipsarla,
Tanta nube á oscurecerla,
Que nunca logremos verla
En completa brillantez?

Allá los sabios que miran
Por la noche á los luceros,
En sus cálculos certeros
Lo que averiguan dirán;
Mas á mí que no me inspiran
Profecías las estrellas,
No puedo decir por ellas
Lo que los años traerán.

Pero los temo y los lloro,
Y entre su noche y su aurora
Está para mí la hora
Mas triste del corazon;
Del rudo bronce sonoro
Que entrambos años separa,
Temblando aguardo la clara
Y solemne vibracion...

Dos... Cuatro... Seis... alegría
Al que nace saludemos;
Ocho... Diez... Doce... ¡lloremos
Al que deja de vivir!
Es del año la agonía
Y el nacimiento del año,
La esperanza y desengaño
Lo pasado y porvenir.

Ermita de Botoa, 1847.

EL TIEMPO.

Yo aparezco á la luz de nuestro cielo
Palpitando al compás de una armonía;
Yo he venido á ascender con nuevo anhelo
Sobre el candente sol de la poesía:
Y allí en su disco abreviaré mi duelo
En llamas exhalando el alma mia
Hasta que blancos á sus rayos bellos
Hechos cenizas caigan mis cabellos.

Yo sé que hay un incendio en mi cabeza,
Que solo en armonías exhalado,
Puede aliviar al cabo mi tristeza,
Desahogando su fuego concentrado;
Si siento del amor la fortaleza,
Si sufro de las penas el cuidado,
He menester decir lo que padezco,
O en compresion violenta yo perezco.

¿Por qué he nacido así? ¿por qué impasible
Con las manos cruzadas sobre el seno,
El agua de los tiempos apacible
No vé correr mi corazon sereno?
¿Por qué no busca y goza en lo posible
La indiferente paz; sino que lleno
De inquietudes, se agita y desespera
Por él hora pasada y venidera?...

¿Cómo permite Dios que en nuestra mente
Se refleje tambien la inteligencia;
Y que la fiebre que el ingenio siente
Venga á inquietar tambien nuestra existencia?
¡Es derramar la sávia inútilmente
En planta que del hielo á la inclemencia
Ha de dar á la tierra inútil fruto,
Dándole con mis versos mi tributo!

Lamenta nuestros tiempos, buena anciana,
Recuerda aquellos plácidos instantes
En que torciendo el copo de alva lana,
Y refiriendo hazañas de gigantes,
Viviste alegre tu feliz mañana,
Sin enlazar jamás dos consonantes,
Como voy á enlazar, diciendo ahora
Cualquiera necedad hueca y sonora.

¡Oh tiempo! ¡O de este siglo sábias gentes,
Cuánto mal á mi espíritu habeis dado!
¡Oh! ¡nunca vuestras luces esplendentes
Hubieran mis tinieblas disipado!
Y aun cuando aquellos cuentos de serpientes
Dé las siete cabezas, que he escuchado
Contar de noche cuando niña era,
Y aunque en brujas y sábados creyera.

Pero el tiempo no cesa en su camino;
La humanidad viviendo avanza y crece...

Vaya la nuestra andando á ese destino
Que la discreta Europa nos ofrece.
Nace el ser, piensa y muere; este el sino;
Nace la sociedad, piensa, envejece:
La nuestra está en la edad del pensamiento,
Y ni el ser femenil de él está exento.

Mas ¡ay! esta ansiedad, esta fatiga
Por descubrir lo raro y escondido;
Esta sed de aprender que no mitiga
Ni aun lo malo que habemos aprendido;
Esta vaga inquietud que nos instiga
A correr tras el siglo fementido,
¡Cómo el ánimo exalta ardiente y loco
Y consume los cuerpos en su foco!

¡Ah! si á lo menos fábrica lozana
Fuéramos como en tiempos del hebreo,
Que estaba de su vida en la mañana,
Cuando á su noche toca el europeo;
Si al menos digna de la especie humana
Fuera la arquitectura que ahora veo,
Fuerte, merecedora de su nombre,
Aun pudiéramos dar gracias al hombre!

Pero es la humana raza ya mezquina,
Si en el siglo de Adan robusta era;
Debilita, empobrece y contamina
Cada generacion la venidera;
Y no se disminuye, no termina
Aunque mas envejece y degenera;
A cada nuevo siglo que le hiere
Se agrava el mundo mas, pero no muere.

¡Calamidad! el jóven es anciano,
Tiene el niño del jóven las pasiones;
La vida corre hácia su fin humano,
Rápida en las doctísimas naciones,
Pero ¿está el esterminio ya cercano?
¿Guardan raza mas fuerte otras regiones
Y es Europa no mas la que padece
El espantoso mal que la envejece?

¡O Irlanda! ¡O Francia! el vértigo os agita.
De vuestros hijos en las calvas frentes
La juventud en cierne se marchita,
Por engendrar las ciencias florecientes:
Vuestro saber enerva y debilita
La fuerza corporal de vuestras gentes;
Tanto alzareis la torre del talento,
Que os faltará en los hombres el cimiento...

Caereis. Y el puente de gigante hechura
Y arco triunfal de vuestra fama emporio,
Serán como el egipcio promontorio,
Un desengaño mas de la criatura;
Entonces, cuando salte en la llanura,
Que antigua *Lóndres* fué ¡Tiempo ilusorio!
Toro salvage, y que en la sola arena
La cabrilla montés beba en el *Sena*!...

¿Qué entonces el vapor, audaz Bretaña?..
Navegará sobre él lobo marino?
¿Qué tu museo, Francia?... á tu divino
David irá á copiar fiera alimaña?
Nacion soberbia que el Océano baña,
Ríndele entonces gracias al destino,
Si del olvido al tiempo venidero
Te arranca Byron como á Grecia *Homero*!

¿Quién os heredará, grandes naciones?
¿Qué pueblo de criaturas destinado
Estará á recoger esos blasones,
Que de gloria en la tierra hayais dejado?
El tesoro de egipcias inscripciones
Fué por las griegas gentes heredado:
La griega ciencia la heredó el latino;
La triple herencia á vuestras arcas vino.

Poco sabeis para tan larga escuela;
Para haber tantos siglos estudiado
Sobre la mómia de la egipcia abuela,
Sobre el cráneo del griego celebrado:
Poco os lució de Roma la tutela,
Cuando con tal saber no habeis logrado
No detener la vida en su carrera,
Pero vivirla en paz, mientras corriera.

América feliz, que se levanta,
Cantando libertad, llena de vida,
Por los futuros siglos elegida
Estará para hollaros con su planta;
La libertad, esa bandera santa,
Defenderá tal vez de su caida
Mas largo tiempo al mundo de los otros...
Pero tambien caerán, como vosotros.

Porque si el tiempo graba allí su huella,
En vano es levantar cien murallones;
En vano es inventar mortal centella;
En vano es el fundir mónstruos cañones;
Cuando sube á igualarse con la estrella
La cúspide mayor de las naciones,
Llega un hora... los reinos se estremecen,
Tiemblan, vacilan, caen y desparecen...

Empero ¿á qué se lanza el pensamiento
A la remota edad, cuando la mia
Será tan breve, que en el mundo ciento
Y mil generaciones todavía,
Antes que se resienta su cimiento,
A padecer vendrán á luz del dia?
¿Qué he pensado, qué he dicho, qué le importa
Vida tan larga á quien la tiene corta?

¡Tiempo en obrar mudanzas infinito!
A ti culpo tambien de mi poesía,
Que allá en los tiempos de la abuela mia
Ni hubiera esto pensado ni esto escrito:
Hoy tal oso escribir, hoy tal medito,
Esplayando mi alma en la armonía,
Porque sigue tambien mi pensamiento
De tu exacto reloj el movimiento.

Ermita de Botoa, 1847.

El año de la guerra y del nublado.

Antes apareció rojo cometa
Y sobre España levantó su vuelo,
Y una noche sombría por el cielo
Le salió á contemplar la gente inquieta;
Y entonces anunció el vulgo-profeta,
En confusion y vago desconsuelo,
Calamidades tristes que vendrian...
Y los sábios entonces se reian.

¡Ay, pero yo jamás! Alcé la frente,
Y la terrible aparicion mirando,
En una piedra me senté llorando,
Sin apartar los ojos del Oriente;
Y no olvidé la claridad hiriente
De aquel fantasma, aunque con rostro blando
Para borrar su imágen importuna,
Tras el cometa apareció la luna.

Al año del augurio temeroso
Que tan triste os canté cuando nacia,
¿Le vísteis ya? ¿No os dije que traia
El disco de su frente nebuloso?
¿No os dije que una noche, sin reposo,
Gimiendo por el año que moria
Sentí en mi corazon pavor estraño
Al asomar la luz del nuevo año?

¿No os dije que el espíritu invisible,
Que vuela con la sombra en el vacío,
Vaga en la noche siempre en torno mio
Y habla á mi coraron en voz sensible?
¿No os dije que en su canto, incomprensible
Para el alma sin fé del hombre impío,
Escuché el porvenir infortunado
Del año de la guerra y del nublado?

Yo conozco al dolor. Constante lazo
Formado con el hilo de mi vida
Tiene conmigo, y siento su venida
Al recibirle con estrecho abrazo;
Yo le he dado pedazo por pedazo
El alma, y en sus marchas entendida,
Si un paso hácia nosotros adelanta
Primero que el feliz, siento su planta.

¡Ay, por eso lloré cuando de enero
El sol primero lastimó mis ojos!
Otros alegres sus matices rojos
Tomaron por señal de buen agüero.
¡Ay de mi corazon, que fué el primero
Para sentir del año los enojos,
Sufriendo ya el dolor anticipado
Del año de la guerra y del nublado!

Triste nube cubrió la primavera...
¿Las flores dónde están? ¡Flores perdidas,
¡Antes para mis ojos tan queridas,
Tan olvidadas hoy en la pradera!
Ved si será mi pena verdadera
Que las huellan mis plantas homicidas,
Y con amarlas tanto y ser tan bellas,
Morir las dejo sin dolerme de ellas.

Así tambien murieron mis venturas,
Y no me duelo ya. ¿Qué de las flores?
Por las plantas, Emilio, nunca llores;
Llora por el dolor de las criaturas;
A las aves que mueren, sepulturas
Abres con simulacros de dolores;
¡Ah! que del mundo el padecer no sabes,
Cuando tambien te dueles por las aves!

¿No ves las nubes del oscuro cielo
Crecer y resonar? Alza los ojos.
¡No ves la luna entre vapores rojos
Que nueva tempestad anuncia al suelo!
Llora, llora con grande desconsuelo
Del irritado Arcángel los enojos,
Que á los pueblos, Emilio, ha condenado
Al año de la guerra y del nublado.

Por tu inocente boca habla á las gentes,
Ora habiten los campos, las ciudades,
Y díles que á las nuevas tempestades
Preparen ya los ánimos pacientes;
Díles que en las alturas eminentes
De las mas escondidas soledades
Huyan á conjurar el génio airado
Del año de la guerra y del nublado.

Vuela, y al labrador de valle en valle
Grítale y al pastor: «¡Huid la tormenta;
Que ni en la mies ni en la cabaña os halle
Del huracan la ráfaga violenta!
Que no aguardeis á que en el aire estalle
Ese ardiente vapor que se acrecienta;
Porque es mortal el fuego concentrado
Del año de la guerra y del nublado.»

Y torna hácia el altar donde recemos
La mas larga oracion que tu memoria
Conserve, Emilio, de la santa historia
Que de la propia madre ambos sabemos;
Y ojala que estos ruegos que elevemos
Los escuche el Señor desde la gloria;
Y salve á nuestro pueblo desgraciado
Del año de la guerra y del nublado.

Ermita de Botoa, 1848.

LA AURORA DE 1848.

Ya se presenta allí, ya nos aguarda:
Decid, ¿no os acobarda,
Corazones humanos, su venida?
¿Hay alguno que inquieto
No esté con el secreto
Que esconde el porvenir para su vida?

Yo os conjuro á mirar la última estrella
Que humilde luz destella,
Cuando empieza á radiar el sol naciente;
Y os conjuro, mortales,
A recordar los males
Que llorais del pasado amargamente.

Yo en mi atrevido, pertinaz empeño,
Quiero apartar del sueño
El ánimo tranquilo y descuidado,
Porque en sí mismo lea,
Y en cuanto le rodea
Estime el porvenir por lo pasado.

¿Quién el feliz será que ningun daño
Ha sufrido en el año
Que hácia el abismo rápido desciende,
Y en soñolencia vaga
Ve el astro que se apaga
Y no quiere mirar al que se enciende?

¿Quién será que del año en el espacio
La rueda de topacio
Del sol sobre su frente no ha sentido;
Destrozando las flores
De sus bellos amores,
De su esperanza, de su bien querido?

Cada cual en su historia lastimada
Arroje una mirada
De su pena al recuerdo lastimero;
Y temblará de espanto

Al pensar que otro tanto
Tal vez te aguarda el año venidero...

¡Ah!—Vos direis que lóbrego y sombrío
Empiezo el canto mio,
En vez de alzar con plácida sonrisa
Himno que alegre el alma,
Dulce espresion de calma
Del feliz corazon de una poetisa.

Vos direis que los mágicos jardines,
Los bosques de jazmines,
Orgullo de la hermosa Andalucía,
Deben de mi cabeza
Alejar la tristeza,
Despertar mi entusiasmo y mi alegría.

Direis que en el murmullo de esas fuentes
Se calman las vehementes
Penas del jóven corazon herido,
Y que á esta tierra agravio,
Si no espresa mi labio
La dicha que en sus campos he sentido.

¡Ay! sí; yo cantaré cuando me aleje
Tal vez por siempre, y deje
La tierra, alivio á mi salud perdida;
Yo elevaré un acento
De hondo agradecimiento
En el adios de tierna despedida.

No olvidaré las fuentes bulliciosas
Ni las perennes rosas,—
Que esmalta sin cesar tibio rocío;
Ni la luz trasparente
De un sol siempre luciente
Sobre el cristal de su encantado rio.

Yo en las ruinas que cantó Rioja
He besado la hoja
De una amarilla flor, que alli temblando
Crecia en una roca;
Yo he llevado á mi boca
La corona real de San Fernando.

Yo del audaz Colon sobre la losa
He orado respetuosa
En la gran catedral, bagel divino,
Digno del buen piloto
Que un nuevo mundo ignoto
Buscaba por el piélago marino.

No; yo no olvido cuanto grande encierra
Esta gloriosa tierra;
Y cuando quiera el Dios de la armonía
Cesar en su abandono,
Elevaré mi tono
Para cantar la bella Andalucía.

Diré como he venido, triste ave,
A este clima suave
Donde he encontrado generoso abrigo;
Y que, siempre querida,
Del árbol que me anida
La benéfica sombra irá conmigo.

Diré que la amistad me dió sus brazos,
Que los mas puros lazos
Me estrechan con dulcísimos favores
En esta tierra bella:
Diré que he hallado en ella
Toda ilusion... escepto los amores.

No seré como el mísero gusano
Que en el ramo lozano
Despues que logra protector asilo,
Marchita su frescura,
Royendo la flor pura
En cuyas hojas reposó tranquilo.

Pero es la vez primera ¡oh madre mia!
Que el grave y santo dia
En que el año nos muestra sus albores
Vivo de ella apartada,
Y me siento agobiada
De dudas, de presagios, de temores.

Por mas que esfuerzo el ánimo caido,
Por mas que del sentido
Quiero alejar presentimientos vanos,
La pena me quebranta,
Se anuda mi garganta
Al recordar mis padres, mis hermanos.

El año espira... en él ya no los veo
Sino por el deseo;
Pálido el nuevo sol irá mañana
Con sus rayos perdidos,
Cuando aun estén dormidos,
Las rejas á alumbrar de mi ventana.

Mis tórtolas con queja lastimera,
Sin mí por vez primera,
Saludarán del astro la venida;
¡Hartas veces cantamos
Y juntas celebramos
La antorcha de esos años estinguida!

Y he visto que los años mi contento
De uno en otro momento
En mi espíritu han ido amortiguando;
Y que de mi poesía
La llama que lucia
Poco á poco tambien se fué apagando.

¿Qué nos traerá ese sol aun escondido
A este mundo afligido?
¿Qué nuevo llanto verterán los ojos?
¿A qué ignorada pena
La suerte nos condena
En sus varios y fáciles antojos?

Tal vez de España, guerras, desventuras,
Aguardan las criaturas,
O el espantoso azote del Oriente
Vendrá, salvando mares,
Las vidas á millares
A devorar de nuestra pobre gente...

Y el año espira... y suena la campana
Que pronuncia el mañana!
Y ciegos, sin saber donde corremos,
Por mas que le temamos,
Al porvenir nos vamos,
Aunque en el fijo mal nos estrellemos!

¡Mísera condicion! Nadie nos guia
Esta noche sombría;
Perdemos ya de vista á un enemigo
En el año que ha muerto:
Pero ¿sabeis de cierto
Si en el presente hallamos un amigo?

Vos no temais, aunque enemigo sea,
Porque en esta pelea

Sois hombre, al fin, y con valor os vemos
A sufrir padeceres;
¡Pobres de las mujeres
Que ni valor para sufrir tenemos!

Y aun cuando el año próvido y fecundo
Venga sobre este mundo
A dar de bienes su rocío santo,
Siempre, sin dichas otras,
Será para nosotras
Estéril en plácer, fecundo en llanto!

LAS TORMENTAS DE 1848.

Tambien aquí, Señor, en las entrañas
Del solitario monte á los oidos
Vienen á resonar voces estrañas,
Gritos de guerra y ecos de gemidos?
Negra sombra desciende á las cabañas:
Lanza el perro medroso hondos ahullidos,
Y claridad fantástica ilumina
El trémulo ramage de la encina.

Y suena por los valles la campana
De la vecina ermita; el ronco acento
Del fiel pastor, que los jarales gana
De la espantada cabra en seguimiento;
Y otro gemir, que imita voz humana,
Y es canto de mortal presentimiento
Que exhala un ave, inmóvil tenazmente
Entre la yerba, al pie de la corriente.

Y oigo el aire silbar, y de la tierra
Por la pesada gota removida
La exhalacion percibo, y de la sierra
El gas de la cantera humedecida;
Y oigo del lobo, que en el monte yerra
Tras de la res cansada y perseguida,
El sordo ahullar, que en confusion lejana
Se pierde con el trueno y la campana.

Veo la lluvia correr, abrir los lagos,
Despeñada rodar por las pendientes,
Y henchir de los arroyos las crecientes.
Y entrar en la cabaña haciendo estragos;
Y oigo el viento arreciar, y oigo á las gentes
Campesinas gritar en ecos vagos,
Y á un pájaro en las ramas intranquilo
Buscar en las mas altas nuevo asilo.

Veo caer los árboles floridos
Sobre el agua, la mies y los corderos;
Por el valle los fresnos mas erguidos
Hundirse en la arriada los postreros,
Y flotar de las tórtolas los nidos,
Y el hato del pastor, y los aperos
Del labrador revueltos zozobrando,
Y á los bueyes pasar sobrenadando.

¿Adónde estás, clarísima ribera,
En que la luz del sol no se escondia,
Sino un instante en la azulada esfera
Cuando la blanca nube aparecia?
¡Ah, que ya te perdí, luz pasagera!
Ya nunca te veré... nube sombría
Se esparce en este pálido horizonte,
Y truena por los ámbitos del monte.

¿Pero será tambien, lirio florido,
Cielo de claro sol, que te has nublado?
¿Será que de las balas el ruido
Por tu serena atmósfera ha tronado?
¿Será, que en vez de lluvia, sangre ha sido
La que regó tu valle sosegado?
¡Será verdad, Señor, que en ciega saña
Cayeron, como el árbol, los de España!

Y ¿es verdad que cayeron los del Sena
Y los hijos del Pó y los del Duna,
Cual remolinos de caliente arena
Bajo la lluvia?.. ¡almas sin fortuna!
Y ¿el sol esclareció con faz serena
De sangre aquella vívida laguna
De muerte aquella palpitante alfombra,
O estaba el cielo así velado en sombra?

¿Los viste tú? ¿oiste los gemidos
De las llorosas madres abrazadas
A los jóvenes cuerpos, divididos
Por el golpe mortal de las espadas?
¿No asordó como el trueno los oidos,
No cegó como el rayo las miradas...
Al estallar un cetro en cien pedazos,
Brillando entre humeantes cañonazos?...

Y ¿es verdad que las tímidas doncellas
Ciñen el casco, vibran los aceros;
Y ven caer bajo sus manos bellas
Impávidas los muertos caballeros?
Y ¿es verdad que irritando las querellas
Y las venganzas de los ódios fieros,
Ostentan en su sïen con vanagloria
El fúnebre laurel de la victoria?

Y ¿es verdad que en la plácida comarca
Do el glorioso Virgilio está durmiendo,
Se levantan un pueblo y un monarca
A turbar su reposo con su estruendo?
¡Que del amante y casto y fiel Petrarca
Las sagradas cenizas removiendo,
Huellan sus palmas con los duros callos
Sobre su misma tumba los caballos!

¡Mas qué nuevo fragor!... El norte truena.
¡Triste Alemania, pueblos desgradiados!...
Ya están los ojos de mirar cansados,
Ya no puedo, Señor, con tanta pena;
Yo me torno á la ermita, donde suena
La campana, y que truenen los nublados;
Yo buscaré el reposo de mi alma:
No quiero tempestad, quiero la calma.

Yo, Señor, el cobarde pensamiento,
Al contemplar del mundo los horrores,
En mi cabeza fatigada siento,
Y quiero refugiarme en mis amores;
Quiero en mi corazon buscar aliento,
De la tormenta huyendo los furores...
Mas ¡ah Señor!! tambien ronca y violenta
Dentro del corazon hallo tormenta!!

¿Cómo olvidé, mirando por el monte
Las frentes de los árboles hundidas,
Que el nublado que envuelve mi horizonte
Hundió mis esperanzas mas queridas?
¿Cómo dejo que el alma se remonte
Allá por las ciudades combatidas;
Si yo en mi corazon, fiero enemigo,
Tengo la tempestad, que va conmigo,

¿Llora el pastor su choza destrozada?
¿Gime el rey su palacio arrebatado?
Tambien mi corazon una morada
Tuvo, y la tempestad la ha derribado;
Tambien una mansion bella y dorada
Y el sañudo huracan se la ha llevado...
Con él fueron mis chozas, mis ciudades:
¿Quién me consuela á mí en mis tempestades?

Señor, de mi tormenta oscura, ardiente,
Nadie ve el rayo ni percibe el trueno;
Pero mi oido rebramar la siente;
Pero la siente batallar mi seno;
Pero consume dolorosamente
Mi corazon, cuando á mis solas peno,
¿Dónde la paz? si el cielo, si la tierra
Si el corazon la tempestad encierra.

¿Será en la luna que hácia el monte asoma
Entre la nube que al Oriente avanza?
¿Va á dar consuelo á la abrasada Roma,
Viene á dar á nosotros esperanza?
¿Es, Señor, de los cielos la paloma
Que en esta tempestad tu mano lanza,
Y vuela, entre las nubes fugitiva,
Con el ramo pacífico de oliva?

Yo no quiero su luz, recuerdo amargo
De mi perdido bien, su luz me ofende,
Y hace en la noche el padecer mas largo
Cuando en vagos delirios me suspende;
¡Ay! que es cruel del alma en el letargo
Si una memoria hermosa nos sorprende;...
No mas luz que tu luz, Señor, deseo,
Y á tí en la oscuridad siempre te veo.

Pero que alumbre por el monte oscuro
Para mostrar la senda á los pastores:
Que á merced de la luna alcen seguro
Resguardo los campestres moradores;
Que desparezcan, á su rayo puro,
Las sombras, la tristeza, los temores,
Y que, otra vez, los campos sosegados
Brillen por su fulgor iluminados.

Pero que estienda sus celestes alas
Sobre el pueblp que gime moribundo;
Que esparza el resplandor que le regalas
Aplacando la cólera del mundo;
Sobre el estrago horrible de las balas,
Que hace de Europa el génio furibundo,
Que ilumine, Señor, y que ella sea
Paz en los ódios, tregua en la pelea!

Ermita de Botoa, 1848.

ADIOS DEL AÑO DE 1848.

LA AURORA BOREAL.

¿Qué es esa claridad que de repente
De la ermita ilumina el campanario,
Y del Gévora oscuro la corriente
Brillar hace en el campo solitario;
Y por qué palidecen de la gente
Los rostros al fulgor estraordinario
Mientras sus sobresaltos y temores
Revelan los ancianos labradores?

«¡Ay de nosotros, ay de nuestra tierra!»
Claman los labradores espantados.
«¿Veis los senos del cielo ensangrentados?
»Es anuncio de crímenes... de guerra...»
Mas confunden su voz desde la sierra
Los lobos en su ahullar, y los ganados
Cuyos medrosos, débiles balidos
Conjuran nuestros perros con ahullidos.

Aparecerse veo las encinas,
Agitando sus brazos al relente,
Como fantasmas á la luz ardiente
Que refleja en sus copas blanquecinas;
Y dos tórtolas veo peregrinas,
Huyendo de su cima velozmente,
Que deslumbradas por la fuerte llama,
Temieron el incendio de su rama.

¿Adónde van envueltos en los vientos,
Cual nocturnos espíritus errantes;
Esos que con amarse están contentos
Desde la cuna sin cesar amantes?
¿Quién les turba su paz ni los acentos
Con que entrambos se arrullan palpitantes,
Para volar, huyendo de la aurora
A la orilla del Gévora sonora?

Del fresno entre la humeda enramada
¿Van á buscar contra el incendio asilo?
Y ¿adónde encontraré yo una morada
Para que pose el ánimo intranquilo?
¿Adónde irá mi alma acobardada
De esta medrosa noche en el sigilo,
Contra el fantasma que sufrir no puedo,
A guarecerse del horrible miedo?

Emilio, ven, contempla sin enojos
Los rayos de la luz, que así me inquieta,
Y mira si es la luna ese planeta
Que yo distingo entre vapores rojos;
Porque hace un año que fatal cometa
Vieron cruzar mis espantados ojos,
Y trajo al mundo universal estrago,
Y tengo miedo de su nuevo amago.

Yo tengo miedo, sí, yo confundida
Y en mi propia ignorancia avergonzada—
La causa del fenómeno escondida
Busco, y en mi saber no encuentro nada;
Pero amante del Gévora, la vida
Pasé á orillas del Gévora apartada,
Y á temer aprendí de los pastores
Del cielo los estraños resplandores.

¿Oiste tu contar que desgarrados
Como fieras allá los hombres mueren,
Y no serán los golpes que los hieren
Por los génios maléficos lanzados?
Y cuando están así desesperados,
¿Génios no habrá que así los desesperen
Sobrehumanos, celestes, infernales
De quienes esas llamas son señales?

No sé lo que será ... pero recemos
Por todos y por él... ¡génio querido,
Ser adorado que jamás olvido
Ni en los propios pesares mas estremos!
¡Ah! que de ese fantasma que tememos
El hubiera mi mente defendido,
Si penetrara aquí por un momento
La luz de su brillante pensamiento.

Hijo del mar, su pensamiento grave
Conoce de los astros el camino,
Porque el allá en el piélago marino
Las noches estudió desde su nave;
Y él me dijera, pues que tanto sabe,
Por qué del cielo el resplandor divino
Tiende esta noche el rubicundo manto
Que pone al corazon tan grande espanto.

Yo, si mi mano de su mano asiera,
Aun á la luz que temerosa brilla,
En esta misma noche me atreviera
Del Gévora á llegar hasta la orilla;
Y tal vez mas allá de la ribera
La causa hallara fácil y sencilla
De ese fuego que abrasa el horizonte,
En el incendio del cercano monte...

Mas vuelve, Emilio, y mira sin recelo,
Si la encendida nube ya se aleja;
Calma por Dios el fatigoso anhelo
Del corazon que ni alentar me deja...
¿Dices que de la luz el ancho velo
Por el espacio todo se refleja,
Y que ya no se vé sombra ninguna...
Ni los luceros, ni se vé la luna?...

¡Qué nos va á suceder! ¡qué nuevas penas
Los decretos nos guardan del destino,
Si ya de pesadumbres imagino
Que están las almas de las gentes llenas!
Y ¿por qué no han de ser puras y buenas
Esas luces, que teme el campesino,
Y por qué no ha de ser de la montaña
El incendio, tal vez, de una cabaña?...

Tal vez de la cobarde fantasía,
Tal vez del conturbado pensamiento
Esas visiones son que el alma mia
Vió fijas en el rojo firmamento;
Tal vez en esta noche oscura y fria
Nadie siente el espanto que yo siento
Y ven los hombres, sin curarse de ellas,
Las ráfagas que absorben las estrellas.

Vuelve otra vez, y mira si se apaga
O si se enciende mas... si se enrojece...
Y si de algun fantasma que aparece
Ves ondear la cabellera vaga—.
¿Qué es lo que dices? ¿Que el incendio crece
Y que abrasar el universo amaga—
Tal vez ¡ó niño! te confunde el miedo...
Deja que mire... si mirarlo puedo...

¡Ay! es verdad, los rayos que se estienden
Amenazando ahogar el vasto mundo,
Los espíritus malos los encienden,
Y al contemplarlos ya no me confundo;
Ya con mas claridad los aires hienden,
Y aparece el fantasma furibundo,
Y es hasta Roma donde el fuego alcanza,
Y es sobre Roma donde el fuego lanza.

¡En Roma, en Roma! El fuego está en su cumbre-
Mira cómo la luz allí se aumenta;
Allí chispea la espantosa lumbre;
Allí el rojo fantasma se ensangrienta;
Allí la alborotada muchedumbre
Hace á la cristiandadterrible afrenta...
Allí abismado en su dolor sombrío
Huye á los mares el sagrado Pio!

Mira por qué en los cielos se encendia
Con tales rayos la siniestra llama;
Mira por qué es la hoguera que derrama
Tan fantástica luz al medio dia;
Mira por qué mi corazon temia,
Risueño Emilio, al cielo que se inflama,
Porque esa luz en noche tan oscura
Era señal de nueva desventura.

Mira con qué furor sus alas bate,
Para alejarse el de la adversa suerte;
Año del infortunio, del combate,
Del contagio, del crímen, de la muerte:
Mira por qué á su «adios» mi pecho late
Sin que un instante á serenarle acierte,
Porque el postrero adios de su agonía
Envuelto en el incendio nos lo envia.

¿Quién derramó la muerte en las ciudades?
¿Cuáles rayos los pueblos consumieron?
Los pontífices santos ¿por qué huyeron
Y fué la humanidad calamidades?
No fueron de los hombres las maldades,
Año de destruccion, tus génios fueron;
Tu espíritu, no mas, fué el enemigo,
Que al mundo vino á dar tanto castigo.

Tú, como el huracan de los desiertos
Que arrastra á los audaces peregrinos,
Has pasado dejando los caminos
Con el polvo de víctimas cubiertos;
Tú, ya cuando á los muros palestinos
Arribaba, tal vez, con pasos ciertos,
Has destruido, con tu nube insana,
De una generacion la caravana.

Y ¿cómo quieres que tu adios acoja
La gente sin pavor, cuando en su daño
Hiendes la horrible cabellera roja
Maligno génio del funesto año?
Cuando en tu triste despedida arroja
El cielo fuego, y con enojo estraño
Viste la noche de color sangriento,
Cómo decirte «adios» sin desaliento!

Huye, te dice el pueblo desgraciado,
De quien vinistes á turbar la vida,
Y ¡ójala! que en tus urnas sepultado
Fuera el llanto que trajo tu venida!
Los que tanto en tus horas han llorado
Te vienen á cantar la despedida:
Mas huye, por piedad, mas velozmente
Mientras te canta el corazon doliente.

Huye, y que deje de mostrar el cielo
Ese color de púrpura que espanta,
Y que en este dolor que nos quebranta
Aurora mas feliz alumbre el suelo;
¡Huye; y por tanto mal, por tanto duelo,
Por tanto lloro, por desgracia tanta,
Como dieron al mundo tus peleas,
Siempre en los siglos maldecido seas!

Ermita de Botoa, 1848.



EN EL CASTILLO DE SALVATIERRA.

¿Por qué vengo á estas torres olvidadas
A hollar de veinte siglos las ruinas
Espantando al subir con mis pisadas
Las felices palomas campesinas?

¡Oh Walia! ¿no es verdad que prisioneras
La esclava del feudal y la del moro,
Pobres mujeres de remotas eras,
Regaron estas torres con su lloro?

¿Que perdido tu trono por Rodrigo
Y derrotado el moro por Fernando
De tan largas batallas fué testigo
La misma torre donde estoy cantando?

¿Que inmóviles aquí tantas mujeres
Tanto llanto vertieron de sus ojos
Como sangre vertieron esos séres
Que arrastraron de Roma los despojos?

¿Y que tendiendo sus amantes brazos
Al árabe y al godo que morian
Y arrancando sus tocas á pedazos
En inútil dolor se consumian?

¿Y que tras tantos siglos de combate
Que empedraron de fósiles la tierra
Subo á la misma torre de la Sierra
Aún á pedir tambien nuestro rescate?

¡Ay! Que desde aquellas hembras que cantaron
Gimiendo, como yo, sobre esta almena,
Ni un eslabon los siglos quebrantaron
A nuestra anciana y bárbara cadena.

Y ya es preciso para hacer patente
La eterna condicion de nuestras vidas,
Unir las quejas de la edad presente
A las de aquellas razas estinguidas.

¿Quién sabe si en la choza y el castillo,
Contemplando estos bellos horizontes,
Fuimos por estas sierras y estos montes,
Mas dichosas, en tiempo mas sencillo?

¿Quién sabe si el fundar el ancho muro,
Que libertad al pueblo le asegura,
No nos trajo á nosotros mas clausura
Quitándonos el sol y el aire puro?

Palomas que habitais la negra torre,
Yo sé que es mas risueña esta morada,
Y ya podeis, bajando á la esplanada,
Decir al mundo que mi nombre borre.

Yo soy ave del tronco primitiva
Que al pueblo se llevaron prisionera,
Y que vuelvo á esconderme fugitiva
Al mismo tronco de la edad primera.

No pudo el mundo sujetar mis alas,
He roto con mi pico mis prisiones
Y para siempre abandoné sus salas
Por vivir de la sierra en los peñones.

Yo libre y sola, cuando nadie intenta
Salir de las moradas de la villa,
He subido al través de la tormenta
A este olvidado tronco de Castilla.

Yo, la gigante sierra traspasando,
Lastimados mis pies de peña en peña,
Vengo á juntarme al campesino bando
Para vivir con vuestra libre enseña.

Comeré con vosotras las semillas,
Beberé con vosotras en las fuentes,
Mejor que entre las rejas amarillas
En las tablas y copas relucientes.

Iremos con el alba al alto cerro,
Iremos con la siesta al hondo valle,
Para que el sol al descender nos halle
Cansadas de volar en nuestro encierro.

Nadie vendrá á decir qué fué de Roma,
Ni llegará el guerrero á la montaña,
Y las nubes que bajan á esta loma
Me ocultarán tambien la faz de España.

Aquí no han de encontrarme los amores,
Aquí no han de afligirme las mujeres,
Aquí no pueden los humanos seres
Deshacer de estas nubes los vapores.

Es un nido que hallé dentro una nube,
Mis enemigos quedan en el llano
Y miran hácia aquí... ¡miran en vano,
Porque ninguno entre la niebla sube!

Yo he triunfado del mundo en que gemia,
Yo he venido á la altura á vivir sola,
Yo he querido ceñir digna aureola
Por cima de la atmósfera sombría.

Por cima de las nubes nos hallamos,
¡Libertad en el cielo proclamemos!
Las mismas nubes con los pies hollamos,
Las alas en los cielos estendemos.

Bajen hasta el profundo mis cadenas,
Circule en el espacio el genio mio,
Y haga sonar mi voz con alto brio
La libertad triunfante en mis almenas!...

Mas... ¿por qué me dejais sola en el cielo
Huyendo del castillo á la techumbre?
¿Por qué se agolpa aquí la muchedumbre
De pájaros errantes en el suelo?

¡Oh! Qué estrépito es ese que amedrenta?..
La torre se estremece en el cimiento...
He perdido de vista el firmamento...
Me envuelve en sus entrañas la tormenta.

La torre estalla desprendida al trueno...
La sierra desparece de su planta...
La torre entre las nubes se levanta
Llevando el rayo en su tonante seno.

El terrible fantasma hácia mí gira...
Tronando me amenaza con su boca...
Con ojos de relámpago me mira...
Y su luz me deslumbra y me sofoca.

El rayo está á mis pies y en mi cabeza;
Ya me ciega su lumbre, ya no veo.
¡Ay! sálvame, señor, porque ya creo
Que le falta á mi orgullo fortaleza!

Bájame con tus brazos de la altura
Que yo las nubes resistir no puedo!
¡Sácame de esta torre tan oscura
Porque estoy aquí sola y... tengo miedo!!

Castillo de Salvatierra, 1849.

EN LA MUERTE DE UNA AMIGA.

¿Dónde la amiga mia,
En dónde está la hermosa compañera
De tanta lozanía
Y tanta gallardía
Que daba envidia á la gentil palmera?

¿Adonde te hallaremos
Si en esta soledad no te encontramos
Por mas que te busquemos,
Por mas que te llamemos,
Por mas que sin consuelo te lloramos...?

¡Ay! Cuando mas sufria,
Al alejarse la criatura bella,
Nos dijo que volvia,
Y tristes todavía
Estamos aguardando aquí por ella!

Mas ya de su tardanza
Son causa los celestes serafines;
Que en dulce bienandanza
Nos quitan la esperanza
De que vuelva jamás á estos festines.

Ya mas no la veremos
Del gran salon arrebatada pluma,
Girar por sus estremos,
Con su belleza suma,
Envuelta en el cendal de blanca espuma.

Ni dirán los galanes
Al contemplar su luz de pura estrella,
Con suspiros y afanes,
«Entre tanta doncella
La del blanco cendal es la mas bella.»

Faltóle á su pie vago
Para cruzar la vida, tierra y calma,
Y en el humano estrago,
Como la flor del lago,
Toda en perfume se exhaló su alma.

¿Mas no es verdad, flor mia,
Que vives mas contenta en la morada
De la Vírgen María,
Tan santa y regalada,
Que en esta pobre tierra desgraciada?

¡Ay celestes jardines
Sobre las nubes húmedas, plantados
Por bellos serafines,
Con ámbares regados
Y de castas doncellas habitados!

¡Ay deliciosas palmas
En cuya sombra reposada giran
Las venturosas almas
De los que allá respiran
Y oyen á Dios y su semblante miran!

¿No es verdad que en el cielo,
Paloma de estos valles inocente,
Alzas tranquila el vuelo
Con perfumado ambiente
Por las serenas bóvedas de Oriente?

¿No es verdad que á la vida
No quisieras volver, de los mortales,
Desde que estás unida
Con lazos eternales
Á las dichosas almas celestiales?

¿Que ahora en el cielo puro
Y en medio de luceros tan brillantes,
Te parece ya oscuro
El festin donde antes
Se alegraban tus ojos anhelantes?

¿Que las galas y flores,
La música y la danza tan querida,
Y los tiernos amores
De tu alma florida,
Te parecen ya sueños de la vida?

Y ¿no es verdad que miras
Con lástima de amor, aprisionadas
Del mundo á las mentiras
Nuestras almas cansadas,
Que quisieras llevar á tus moradas?

Responde, amiga mia,
Que ya te escucha el corazon atento;
Haz que descienda pia
A la tierra sombría
En las nocturnas brisas un acento.

Mas ¡ay! de mí te escondes...
No quieres responder á quien te canta...
¡Pero cómo respondes,
Con humana garganta,
Si ya no eres mujer, si eres ya santa!

Badajoz, 1849.

EL AMOR DE LOS AMORES.

I.

¿Cómo te llamaré para que entiendas
Que me dirijo á tí ¡dulce amor mio!
Cuando lleguen al mundo las ofrendas
Que desde oculta soledad te envio?...

A tí, sin nombre para mi en la tierra
¿Cómo te llamaré con aquel nombre,
Tan claro, que no pueda ningun hombre
Confundirlo, al cruzar por esta sierra?

¿Cómo sabrás que enamorada vivo
Siempre de tí, que me lamento sola
Del Gévora que pasa fugitivo
Mirando relucir ola tras ola?

Aquí estoy aguardando en una peña
A que venga el que adora el alma mia;
¿Por qué no ha de venir, si es tan risueña
La gruta que formé por si venia?

¿Qué tristeza ha de haber donde hay zarzales
Todos en flor, y acacias olorosas,
Y cayendo en el agua blancas rosas,
Y entre la espuma lirios virginales?

Y ¿por qué de mi vista has de esconderte;
Por qué no has de venir si yo te llamo?
¡Porque quiero mirarte, quiero verte
Y tengo que decirte que te amo!

¿Quién nos ha de mirar por estas vegas
Como vengas al pié de las encinas,
Si no hay mas que palomas campesinas
Que están tambien con sus amores ciegas?

Pero si quieres esperar la luna,
Escondida estaré en la zarza-rosa,
Y si vienes con planta cautelosa
No nos podrá sentir paloma alguna.

Y no temas si alguna se despierta,
Que si te logro ver, de gozo muero,
Y aunque despues lo cante al mundo entero,
¿Qué han de decir los vivos de una muerta?

II.

Como lirio del sol descolorido
Ya de tanto llorar tengo el semblante,
Y cuando venga mi gallardo amante,
Se pondrá al contemplarlo entristecido.

Siempre en pos de mi amor voy por la tierra
Y creyendo encontrarle en las alturas,
Con el naciente sol trepo á la sierra;
Con la noche desciendo á las llanuras,

Y halló al hambriento lobo en mi camino
Y al toro que me mira y que me espera;
En vano grita el pobre campesino
«No cruces por la noche la ribera.»

En la sierra de rocas erizada,
Del valle entre los árboles y flores,
En la ribera sola y apartada
He esperado el amor de mis amores.

A cada instante lavo mis megillas
Del claro manantial en la corriente,
Y le vuelvo á esperar mas impaciente
Cruzando con afan las dos orillas.

A la gruta te llaman mis amores;
Mira que ya se vá la primavera
Y se marchitan las lozanas flores
Que traje para tí de la ribera.

Si estás entre las zarzas escondido
Y por verme llorar no me respondes,
Ya sabes que he llorado y he gemido,
Y yo no sé, mi amor, por qué te escondes.

Tú pensarás, tal vez, que desdeñosa
Por no enlazar mi mano con tu mano
Huiré, si te me acercas, por el llano
Y á los pastores llamaré medrosa.

Pero te engañas, porque yo te quiero
Con delirio tan ciego y tan ardiente,
Que un beso te iba á dar sobre la frente
Cuando me dieras el adios postrero.

III.

Dejaba apenas la inocente cuna
Cuando una hermosa noche en la pradera
Los juegos suspendí por ver la luna
Y en sus rayos te ví, la vez primera.

Otra tarde despues cruzando el monte,
Ví venir la tormenta de repente,
Y por segunda vez, mas vivamente
Alumbró tu mirada el horizonte.

Quise luego embarcarme por el rio
Y hallé que el son del agua que gemia
Como la luz, mi corazon heria
Y dejaba temblando el pecho mio.

Me acordé de la luna y la centella
Y entonces conocí que eran iguales
Lo que sentí escuchando á los raudales,
Lo que sentí mirando á la luz bella.

Vago, sin forma, sin color, sin nombre,
Espíritu de luz y agua formado,
Tú de mi corazon eras amado
Sin recordar en tu figura al hombre.

Ángel eres, tal vez, á quien no veo
Ni lograré, jamás, ver en la tierra;
Pero sin verte en tu existencia creo,
Y en adorarte mi placer se encierra.

Por eso entre los vientos bramadores
Salgo á cantar por el desierto valle,
Pues aunque en el desierto no te halle,
Ya sé que escuchas mi cancion de amores.

Y ¿quién sabe si al fin tu luz errante
Desciende con el rayo de la luna,
Y tan sola otra vez, tan sola una,
Volveré á contemplar tu faz amante?

Mas, sino te he de ver, la selva dejo,
Abandono por siempre estos lugares,
Y peregrina voy hasta los mares.
A ver si te retratas en su espejo.

IV.

He venido á escuchar los amadores
Por ver si entre sus ecos logro oirte,
Porque te quiero hablar para decirte
Que eres siempre el amor de mis amores.

Tú ya sabes, mi bien, que yo te adoro
Desde que tienen vida mis entrañas,
Y vertiendo por tí mares de lloro
Me cansé de esperarte en las montañas.

La gruta que formé para el estío
La arrebató la ráfaga de octubre.
¿Qué he hacer allí sola al pié del rio
Que todo el valle con sus aguas cubre?

Y ¡oh Dios! quién sabe si de tí me alejo
Conforme el valle solitario huyo,
Si no suena jamás un eco tuyo
Ni brilla de tus ojos un reflejo.

Por la tierra ¡ay de mí! desconocida,
Como el Gévora, acaso, arrebatada
Dejo mi bosque y á la mar airada
A impulso de este amor corro atrevida.

Mas si te encuentro á orilla de los mares
Cesarón para siempre mis temores,
Porque puedo decirte en mis cantares
Que tú eres el amor de mis amores.

V.

Aquí tu barca está sobre la arena:
Desierta miro la estension marina:
Te llamo sin cesar con tu bocina
Y no pareces á calmar mi pena.

EL AMOR CONSTANTE.

¡Ay abuela! este cariño
á qué osais vos llamar sueño,
ha nacido con mi lira,
ha crecido con mi cuerpo....
seis veces del sol en torno
fué girando el globo nuestro:
pasan soles, mueren lunas,
vienen Mayos, van inviernos
y tan fijo y tan constante
mi amor vive que sospecho
que ha de morir con mi vida,
si no es como el alma eterno.
Y ¿aun juzgais que sueño? ¡ay triste!
Pues decid ¿cuando despierto,
á la vejez ó en la muerte
en la tumba ó en el cielo?
Sabed, vos, que para siempre
enamorado mi pecho
aunque digera que olvido
es que me engaño ó que miento.
Ardiente, hermoso, inmutable
solo un sol nos muestra el cielo,
si en él otros astros lucen
es con pálidos reflejos.
Señora, mi amor se eclipsa,
se oculta, mas no le pierdo
y su rayo mas me abrasa
cuando le juzgo mas lejos.
Bien hicierais en prestarme
vuestros helados inviernos
que mejor me aprovecháran
los años que los consejos;
trocára mis negros rizos
por vuestros albos cabellos,
por vuestro rostro surcado
mi cutis rosado y terso.
Mas; pues esto no es posible
ni logramos entendernos,
Gozad vuestra paz despierta
Mientras sufro yo en mis sueños.

Badajoz, 1846.

MAGDALENA.

Palida está Magdalena,
grande pena sufrirá,
los ojos hundidos tiene
reventando por llorar.
El talle encorvado al suelo
cual en mustia ancianidad
parece que por la tierra
busca su atento mirar
las hormigas que en el huerto
á sus pies vienen y van.
A la guerra fué su amante,
muchos mueren por allá,
y Magdalena se aqueja
por la vida del galan
que, pues letras no se escriban
ni se puedan enlazar,
las hembras que bien quisieron
no olvidan su amor jamás.
Luego escribe Magdalena
rasgos que al ausente van:
dos palabras lleva el pliego
«¡ Di por Dios si vivo estás!»

II.

Palida está Magdalena,
Grande pena sufrirá,
Su descanso es la vigilia,
Sus alegrias llorar.
No sabe del caballero
Que entre batallas está;
Nuevas que aguarda, no vienen.
Horas que vienen, se van;
Y de temores se abrasa
Y se consume de afan
Que, pues no tenga esperanza
Su amor de felicidad,
Las hembras que bien quisieron
No olvidan su amor jamás.
Vinieron, al fin, en Martes
Papeles de por allá,
Como era Martes no pudo
Desdoblarlos sin temblar.
Tal responde el caballero
A la doncella; escuchad.
«Ese billete os devuelvo
Que vino á mí por azar;
Sabed que sois atrevida,
Que necia sois por demás:
Y que las vuestas memorías
Honra ninguna me dan.»
La noble doncella herida
Por tan bárbaro desman
Siente frio de agonía
En sus venas circular:
Ya le zumban los oidos,
Ya no vé la claridad.
. . . .
«¡ Bien sabeis, el caballero,
A quien habeis de injuriar,
No á varon forzudo y bravo,
A endeble y mansa beldad!
Pocas hazañas la patria
Debe, señor, aguardar
De quien villano responde
De esta suerte á mi piedad.
Débiles tengo los brazos
Y no puedo levantar
Ni con ambos el acero
Que responda á injuria tal;
Mas, no juzgueis que por ello
Quedareis sin castigar
Pues, vale el desprecio mio
Mas que estocada mortal.»
Dijo, levantóse erguida
Colgó el papel del galan
En un espino del huerto
Y con sonrisa falaz
Añadió. «que sirva al menos
Su nombre para espantar
A los pájaros que pican
Las flores de este zarzal.»

Almendralejo, 1846.

LIBERTAD.

Risueños están los mozos,
gozosos estan los viejos

porque dicen, compañeras,
que hay libertad para el pueblo.
Todo es la turba cantares,
los campanarios estruendo,
los balcones luminarias,
y las plazuelas festejos.
Gran novedad en las leyes,
que, os juro que no comprendo,
ocurre cuando á los hombres
en tal regocijo vemos.
Muchos bienes se preparan,
dicen los doctos al reino,
si en ello los hombres ganan
yo, por los hombres, me alegro;
Mas, por nosotras, las hembras,
ni lo aplaudo, ni lo siento,
pues aunque leyes se muden
para nosotras no hay *fueros*.
¡*Libertad!* ¿qué nos importa?
qué ganamos qué tendremos?
un encierro por *tribuna*
y una aguja por *derecho*?
¡Libertad! ¿de qué nos vale
si son los tiranos nuestros
no el yugo de los monarcas,
el yugo de nuestro sexo?
¡Libertad! ¿pues no es sarcasmo
el que nos hacen sangriento
con repetir ese grito
delante de nuestros hierros?
¡Libertad! ¡ay! para el llanto
tuvímosla en todos tiempos;
con los déspotas lloramos,
con tribunos lloraremos;
Que, humanos y generosos
estos hombres, como aquellos,
á sancionar nuestras penas
en todo siglo están prestos.
Los mozos están ufanos,
gozosos están los viejos,
igualdad hay en la patria;
libertad hay en el reino.
Pero, os digo, compañeras,
que la ley es sola de ellos,
que las hembras no se cuentan
ni hay Nacion para este sexo.
Por eso aun que los escucho
ni me aplaudo ni lo siento;
si pierden ¡Dios se lo pague!
y si ganan: ¡buen provecho!

Almendralejo, 1846.

CELOS.

Á LA PRINCESA DE S...

Dejad que despacio os vea
esa belleza tan rara,
pesadilla de mis sueños,
enemiga de mi alma.
¡Por Jesus, que ansiosa vengo
de miraros esa cara
blanca aurora *para alguno*,
para mí, noche nublada!
¿Cómo teneis la melena,
muy oscura, muy dorada?
De vuestra faz las colores
¿son morenas ó son albas?
¿Tanto valen vuestros ojos?
¿Sois de cuerpo tan gallardo?
¿Cuáles son, decid, en suma
vuestros dones, vuestras gracias,
para que pueda, señora,
admirarlos y envidiarlas?.....
Yo no fio en sortilegios,
burléme siempre de mágias,
pero al hallar vuestra imágen
con la luz de la mañana,
con las sombras de la noche,
sobre mis libros clavada,
junto á mi lecho perenne
y en todas partes, mi alma
por espíritu os conjura
y por vision os rechaza.
Señora, pensais que pueda
un corazon de cristiana
sin ofender á los cielos
hacerme tan desdichada?
Señora? pensais que somos
vos la reina, yo la esclava,
para que á vos así tenga
mi libertad subyugada
que á donde está vuestra imágen
allí mis ojos se paran
y allí escuchan mis oidos
do suenan vuestras palabras?
¡Si supierais cuando os oigo
cual las sienes se me inflaman
y cuanto mis venas hierven
que parece que se saltan!
¡Si supierais cuales sombras
ven mis ojos, qué fantasmas,
tal vez las brillantes flores
que os embellecen la cara,
por no parecer tan bella,
os arrancaréis de lástima!
Mas ¿para que? no señora,
ceñid la frente lozana
de riquísimos encages
y primorosas guirnaldas
para dar mayor contento
á los ojos del que os ama;
que para llorar las penas
que vuestras glorias me causan
tengo noches que me sobran
y lagrimas que me bastan.
Ved si al hermoso conjunto
de vuestras divinas gracias,
señora, algun atributo,
que daros pudiera, os falta;
pues quereis todas las dichas
con mi desdicha lograrlas,
venid, si os faltara el genio,
¡venid.... y os daré mi harpa!

Cádiz, 1847.

SALUTACIONES Y DESPEDIDAS.

AL SEÑOR DON JOSÉ MARIA CLAROS.

O no hay tierra ni ser, ó hay Dios y cielo;
Tal cuando niña discurrió la mente,
Llevada del amor que hace al viviente,
Buscar á Dios con instintivo anhelo;
Luego de jóven al cruzar el cielo,
Hirió su pedernal mi pie inocente,
Y mas cierta añadí—no es ilusoria
La tierra ni el dolor; *hay cielo y gloria,*

Fija, obstinada, pertinaz, constante,
Su existencia á la nuestra hallando unida,
Dios es verdad, pues cierta es nuestra vida,
Dije al sentir mi pecho palpitante:
¿Tuve un placer? ¡oh, gracias, Dios amante!
¡Piedad mi Dios! clamé cuando afligida;
Y el mundo me hizo así mal llevadero
La amistad del divino compañero.

Todo animado al sol de mi creencia,
La planta, el ave, el agua, las criaturas,
Dios es grande, pues forma estas hechuras,
Esclamé al adorar su inteligencia.
¿Y no aprendí bastante, hay otra ciencia
Que ilumine mejor las almas puras?...
Pues ignorante, amigo, me dijeron
Los que á dudar de Dios solo aprendieron.

Lucha trabé con ellos muy reñida,
Trajo el ateo libros á millares;
Yo respondí mostrando de los mares
A sus ojos la página cumplida.
La estrella de los cielos encendida,
Fijé en su libro al fin de sus cantares,
Y si no acierta, á huir veloz, presumo
Que libro y sábio se tornaran humo!

¿Pensais que así quedó? volvió la gente
Niña, á llamarme *crédula y sencilla*,
Y yo á cantar de Dios la maravilla
En el sol, en el aire, en el torrente.
—*No hay Dios*, me grita el génio irreverente:
Hay Dios, —respondo; su mirada brilla,
Su aliento corre, su palabra suena,
Su amor palpita, su pisada atruena.

Pero en la dura lid tal vez venciera
El que desdeña á Dios á quien lo alaba,
Si cuando ya el aliento me faltaba,
Otra voz á esforzarme no acudiera;
De una fé mas robusta y verdadera,
De un talento mayor la mente esclava,
Cuando os oyó decir:—*hay Dios y cielo*—
Tornó con mas fervor á alzar su vuelo.

¡Gracias! porque en el mundo hallo profeta
De tan pura virtud, fé tan ardiente,
Que en tanto error del mundo diferente
Me preste una verdad al alma inquieta;
Sí, amigo, la creacion obra incompleta
Fuera si nuestro autor omnipotente
No escribiera en la humana y triste historia
Que para el bueno, como vos, hay gloria.

Almendralejo, 1845.

A HERMINIA.

¿No ves qué tierra, qué cielo,
Uno azul, otra florida?
¿No ves qué estrellas, mi vida,
No ves qué luna, qué sol?
¿No ves qué hermoso es el suelo
Donde Dios te ha confinado?
Es fecundo, es dilatado,
Es soberbio, es... español!

Yo no ví de ese paisage
Sino el rincon por su estremo;
Mas no hay duda que es supremo
Cual su tinta su pincel;
Pues, el lugar mas salvage
De nuestra bella comarca
Forma, en los valles que abarca,
A España rico dosel.

Por cada grano de tierra
Brota en ella una semilla;
No hay estrangera avecilla
Que no nos la venga á hurtar:
Los pueblos nos mueven guerra
Por solo pisar á España,
Cual transeunte cabaña
Lamiendo el suelo al pasar.

Cuando sacuda tu mente
De la infancia los ensueños,
Estos campos tan risueños
Y riquísimos al ver;
¿Por qué dirás esa gente,
Que ha marchado á mi venida,
Pasó la preciosa vida
En quejas de padecer?

¿Por qué las tiernas mujeres,
Que á mi llegar se alejaron,
Tantas lágrimas lloraron
Vertidas del corazon?
Si tiene el mundo placeres
Y la vida tal encanto,
¿Por qué se ha dolido tanto
La muerta generacion?

Prende fuego en la montaña
Y devasta la pradera ;
Mas oye á la primavera,
La yerba vegeta mas :
Así en la guerra de España
Que estos seres encendimos
De cenizas os servimos
A los que venís detrás.

¿Sabes tú para que puedas
Alcanzar luz en tus dias
Qué de noches tan sombrías
Estamos pasando aquí ?
Tu que en el valle te quedas
Cuando nosotras nos vamos
No sabes cómo le hallamos
Al venir antes de tí !

De laureles , de riqueza
De altos honores cargados ,
Son , Herminia , desgraciados
Los hombres de nuestra edad ;
De brillantes, de belleza
Y de amores circundadas
Mujeres muy desdichadas
Son las de esta sociedad.

Pero tú que has retardado
Mas que aquellos tu venida ,
Vas á encontrar en la vida
Mas placer , menos dolor ;
Pues que de España han cruzado
Tantos otros el camino ,
Que sufre ya el peregrino
Sus asperezas mejor.

Ya nuestro campo no vemos
Salpicado y reteñido
Con la sangre que ha vertido
La guerrera juventud ;
Y ya tranquilos podemos
Elevar nuestras canciones ,
Sin que vengan los cañones
A atronar nuestro laud.

Ni ya rechazan del coro
A las cantoras mujeres ;
Pues al fin que *somos seres*
De la *especie racional*,
En este siglo sonoro
Los españoles declaran....
¡ Qué indulgencia !... y nos preparan...
¡ Qué dicha !... lauro inmortal.

Pero es tarde, Herminia mia.,
Tarde ya para esta gente ,
Que ha pasado tristemente
Lo mejor de su vivir ;
Esa naciente alegría
Que en nuestro pueblo resuena
No basta á calmar la pena
Que venimos de sufrir.

De las pasadas tormentas
Naves nosotras heridas,
Vamos á quedar sumidas
Presto en el revuelto mar ;
Pero tú , que apenas cuentas ,
Herminia , trescientos soles ,
A los puertos españoles
Logras á tiempo arribar.

¡ Quiera Dios que la bonanza
Con que empieza tu fortuna
Como te mima en la cuna
Te mime en la juventud !
Cada niña una esperanza
De placer es para el mundo :
¡ Quiera Dios que tú fecundo
Manantial seas de virtud !

¡ Que los dulcísimos nombres
Que te da el materno anhelo
De serafin y de cielo
Vayan de tu vida en pos.
¡ Que embelesados los hombres
Al esclamar — «¡ qué hermosura !»
Añadan siempre : — «¡ y qué pura !
Bendígate , Herminia , Dios ! »

Badajoz , 1845.

A LUISITA.

Pues eres tú forastera
Recien llegada á la vida ,
Te contaré , mi querida ,
Lo que tienes que sufrir;
Te gané la delantera
De la vida en el camino ,
Y merced á este destino
He aprendido ya á sentir.

Yo sé ya como se llora
De una pena lloro ardiente ,
Y si quieres que te cuente
Cuál se disfraza tambien ,
Mostraré, porque lo veas,
La sonrisa en mi semblante
Cuando el raudal abundante
Mis ójos brotando estén.

A este saber doloroso
Discrecion el mundo llama ;
Y no es discreta la dama
Si no es en el mundo así;
Por eso en risa mi llanto
Suelo mudar tan aprisa ,
Que al asomar la sonrisa
Trago el llanto para mí.

Pero el mundo no se engaña ,
Y al mirar nuestro contento
Grita airado «¡Fingimiento ,
Falsedad de la mujer !»
¡ Oh graciosa tiranía
Que á las que fingen condena
Cuando fingir nos ordena
Como preciso saber !

Esto , niña , es solamente
Lo que de ciencia nos toca ;
Despues te dirá mi boca
Lo que hay de felicidad :
Y en fé de que no te engaño
En lo propio que te digo ,
Todo un sexo por testigo
Te pondré de esta verdad.

ULTIMA TARDE EN ANDALUCIA.

En despedidas nuestra vida pasa
Cada dia un adios ¡ ay triste vida!
Que siendo vida en tiempo tan escasa,
La hayamos de pasar tan afligida!
Aun el do ayer nuestra megilla abrasa
Llanto de la postrera despedida,
Y hoy se agolpa á los ojos otro tanto...
¡ Qué lluvia tan perenne es la del llanto!

Yo que no dejo hogar en que viviera,
Una piedra ni un árbol conocido,
Sin que al mirarlo por la vez postrera
No me arranque una lágrima, un gemido;
Paso en lamentacion mi vida entera:
Mas ¿ cómo sin lamentos me despido?
¿ Cómo no ha de llorar el alma mia
Cuando te pierdo, hermosa Andalucía?

Hasta al mismo dolor si se despide
Le damos al pasar una mirada,
Una mirada que el espacio mide
De aquella hora en su region pasada.
¿ Cómo podeis pensar que el bien se olvide?
¿ Cómo podeis querer que yo olvidada
De esta hermosa y dulcísima ribera
No le dé ni una lágrima siquiera?

Las bellas tardes que pasé á su orilla
¿ Sabeis que fueron para mi muy bellas?
¿ Sabeis que de la barca mas sencilla
Gozo en seguir las relucientes huellas?
¿Sabeis que es mas hermosa cuando brilla
Aquí la luna, el sol y las estrellas,
Y que voy á sufrir mas desconsuelo
Cuando me aleje de tan claro cielo?

¿Sabeis que necesito en este ambiente
Ahogarme en azahár, morirme en rosas
Para aliviar mi corazon doliente,
De emociones muy tristes, muy penosas?
¿ Sabeis que he menester la luz candente
De esas puras mañanas vaporosas,
Aspirar de estos huertos en la calma,
Para alejar el tédio de mi alma?

¿Habeis mirado el agua en la llanura
Cuando se oculta el sol en la arboleda,
Los árboles bañando y la frescura
Y la fragancia que al bañarlos queda
Habeis sentido allí.... ¡Ah! qué ternura
Inspira el son del agua cuando rueda
Por los campos de acacia perfumados
Y sus ecos muriendo en los collados.

¡O amiga tierra! ¡ O vale regalado!
O sol ardiente, sol del Mediodia,
Como al insecto yerto has reanimado
Mi ser que en el dolor languidecia;
En pago al caro bien que tú me has dado
Te doy mi corazon en mi poesía,
Y aunque la hieran con su diente insano
Canes que al darles pan muerden la mano.

Poco y amargo á su mortal fiereza
Hoy mi mano en mis versos les envia,
Porque abrasa la fiebre mi cabeza
Y no puedo cantar como queria;
Yo me llevo conmigo la tristeza,
Pero dejar quisiera la alegría,
Y no puedo... me ahogo... esfuerzo el canto,
Y en vez ¡ay! de cantar prorumpo en llanto.

Abril, 1848.

AL LICEO DE LA HABANA.

Aquí ha vivido al pie de la corriente
Conmigo nada más la golondrina;
¿ Quién pudo en ese vasto continente
El nombre repetir de Carolina?
¿ Quién os dijo que canto tristemente
Sino fuera del valle esa vecina,
Que os va á contar al cielo americano
Lo que pasa en mi tierra en el verano?

¿ Es esa negra quien mi voz sorprende
Cuando gimo en el valle descuidada,
Y allá mas lejos mi secreto vende
Cuando yo de su amor no cuento nada?
No ha podido ella ser... ella no entiende
Ni mi suspiro ni mi voz ahogada,
Y aunque á mi lado viva en el estío
Nada os pudo llevar del canto mio...

¿Cómo, tampoco el viento que á las olas
Del olvidado Gébora murmura,
En las últimas tierras españolas,
Os pudo trasmitir mi voz oscura?
¿ Cuál, pues, de las marinas banderolas
Que flotan de la mar por la llanura
Agitando en sus olas la poesía,
Americanos, trasportó la mia?

Porque sabeis de mí... sabeis mi nombre...
Sabeis que canto y repetís mi acento...
Y en alabanza, porqoe mas me asombre,
Respondeis á mi oculto pensamiento;
Y no adivina el corazon del hombre
Lo que pude sentir ni lo que siente,
Como en mi propio canto repetido
Mi eterna gratitud no hayais oido.

Sabreis que ha sido mi ventura tanta,
Que yo he nacido en la inmortal colina
Donde nació aquel hombre á cuya planta
El pabellon de América se inclina;
Aquel por quien se eleva la crnz santa
Y la luz evangélica ilumina
En ese mundo hermoso y opulento,
A donde fué á exhalar su último aliento.

Y sabreis que me siento en una peña
A ver al toro derribar la cuna
De aquel grande Cortés que nuestra enseña
Clavó sobre las torres de la luna;
Que en la cóncava piedra berroqueña
De su blason echar de la laguna,
He visto el agua... y dar á nuestros bueyes
La copa digna de beber los reyes.

Y que levantó la mirada al cielo
A darle gracias porque el gran caudillo
No tiene su sepulcro en este suelo
Que empaña de su cuna el claro brillo;

Y que dirijo con gozoso anhelo
Al Occidente el corazon sencillo,
Para decir «salud» á los hermanos
Que guardan los sepulcros castellanos.

Hijos de aquella isla hospitalaria
Donde brindan las palmas el reposo,
Sabreis cómo en mi tierra solitaria
Agradecemos vuestro asilo honroso;
Y apenas escuchais nuestra plegaria,
Cuando tendiendo el brazo generoso,
Atravesais el mar con digno ejemplo
Para hacernos entrar en vuestro templo.

Y ¿á quién hoy sino á mí, pobre criatura;
Cigarra de estos sulcos labradores,
Del áspero rincon de Estremadura
Se tornan vuestros ojos protectores?
Mi canto agreste por mi tierra dura
El oido desgarra á los pastores,
Y yo propia cansada de mi tono
Al silencio del campo me abandono.

Pero á vosotros mi insonoro eco
Dulce parece por sonar lejano,
Y ya del sulco en el ingrato hueco
Vuelvo á cantar en mi eternal verano;
No importa que mi son rústico y seco
Aleje á los pastores de este llano,
Si atravesando los lejanos mares
Llegan á vuestro cielo mis cantares.

¡Gracias! el llanto que al oiros brota
Refresca mi semblante y me consuela;
El alma á bordo de mi arpa rota
Ya por los mares á encontraros vuela;
Al pie de vuestra palma gota á gota
Caerá ese llanto que mi fé revela,
Y á la sombra feliz de vuestra palma
Entre las vuestras vivirá mi alma!!

Ermita de Botoa, 1848.

A CADIZ.

No es sueño, es la verdad ¡oh mar! te veo...
No es sueño, es la verdad, estoy contigo!...
No es sueño, es la verdad, tus ondas sigo
Y sacio en contemplarte mi deseo;
Aquí está la verdad en que yo creo,
Aquí habita el Señor que yo bendigo,
Y siento entre estas vividas montañas
El hondo palpitar de sus entrañas.

Tú eres el mar!.. el mar!... no eres el rio;
El horizonte con tus brazos llenas,
Y en vez de murmurar bramas y truenas
Maravillando el pensamiento mio;
Pero en tu seno con placer confío
Recuerdos, dichas, esperanzas, penas,
Sin que un instante me acobarde el miedo
De que en tus ondas sumergirme puedo.

¿Miedo de ti? ¿Por qué? ¿No es de la tierra
De donde vengo yo? ¡Por qué temerte!
¿Amenazas tú mas que con la muerte
Ni tienes sino el agua que dé guerra?
¿En dónde tu maldad ¡oh mar! se encierra
Para que así nos acobarde el verte?
¿Qué me puedes hacer? ¿tragar mi barca?...
La Francia se ha tragado á su monarca.

¿A dónde vais, pobres gaviotas,
Huyendo así del horizonte oscuro?
¿No temeis el morir al pie del muro
En sangre tintas vuestras alas rotas?
Hubo una edad entre las mas remotas,
En que la tierra fué asilo seguro;
Pero lanzados ya de aquel asilo,
El torrente del mar es mas tranquilo.

¡Ah! yo no sé; pero al mirar de lejos
La vasta soledad del agua hermosa,
Me siento de vosotras envidiosa
Que podeis habitar en sus espejos;
Los marinos nos dan tristes consejos,
Porque huyamos del agua borrascosa;
Pero al lanzarnos de tan bella casa,
No sabe ahora lo que en tierra pasa.

¡Cuánto mas blando el mar que nos rodea,
Aunque el torrente abata vuestros vuelos,
Sera que las pasiones, los desvelos
De esa region que á nuestra vista humea!
¡No os vais del mar! el alma se recrea
Soñándose suspensa entre dos cielos,
Y si no temo yo en las verdes salas,
Menos debeis temer que teneis alas.

¿Qué he de temer? que el mar en sus estremos
De sal inunde mi entreabierta boca?
La sed que en medio el agua nos sofoca
En la salada lluvia saciaremos!
Mas salado es el llanto y lo bebemos
En tierra seca, y no en corriente poca,
Siempre con ánsia igual, con igual daño
Un dia y otro, uno y otro año.

¡Oh mil veces feliz ave y marino,
Que cruzan sin temor esas montañas,
Y mas dichosa tú la que te bañas,
Cádiz, en ese golfo cristalino!
Allá te veo entre el flotante lino
Salir, hermosa, honor de las Españas,
Cual salen las palomas por el rio
Cuando á bañarse van en el estío.

Hija de las entrañas de Oceano,
Como sus conchas y sus peces eres,
Y las que guardas célicas mujeres
Son perlas escogidas por tu mano;
A bordo de tu buque soberano
Siempre embarcados tus felices seres,
Gozan en paz de la ilusion divina
De este viaje que jamás termina.

Cuando del muro los estrechos lazos
Salta y el onda tu cabeza baña,
Dicen quo quiere con terrible saña
Tragarte el mar en míseros pedazos;
Pero es que te acaricia entre sus brazos
Como á sus tiernos hijos la alimaña,
Y cuando mas parece que te abruma
Te da la leche de su blanca espuma.

¡Ciudad de torres solitaria y bella!
Todo es hermoso en tu recinto amigo;

El pobre halla limosna y halla abrigo,
Y aun da á otros pobres el sobrante de ella.
Cuando me lleve mi contraria estrella
Lejos de tí; me soñaré contigo...
Si es que duerme bastante para el sueño
Quien nada espera dulce ni risueño.

¡Ah, sí! me queda la ilusion divina
De este mar tan inmenso y tan profundo,
Donde ha de hallar, al fin, descanso el mundo
Cuando lo quiera Dios. Alma vecina
Del mar, mejor comprende y adivina
Lo que es Dios, lo que el pueblo moribundo,
Que encerrado se agita y despedaza
Ser contra ser y raza contra raza.

Ya le voy á dejar, nada en la vida
Sino el dolor profundo es duradero,
Y por lo mismo que mirarlo quiero,
Tengo que darle ya mi despedida;
Todo placer va siempre de partida
Muy pronto por la vida, muy ligero,
Y basta que la mar mi encanto sea
Para que nunca mas su encanto vea.

¡Adios amigos!... ¡tierra hospitalaria!...
Las lágrimas mas dulces que he vertido
¡Oh Cádiz, Cádiz! en tu seno han sido;
Y si en medio del agua solitaria
Ves en el barco un rostro, que afligido
Te mira, yo seré que entre la varia
Gente y la nube del vapor que humea
«¡Adios, adios, diré mientras te vea!»

Cádiz, 1848.

SE VA MI SOMBRA; PERO YO ME QUEDO.

A MIS AMIGOS DE MADRID.

¡Oh generosa luz, oh hermoso Oriente
Del pensamiento que buscaba el mio,
Siempre confuso y ciego en el sombrío
Y solitario cláustro de mi mente!
¡Oh luz amada, luz resplandeciente,
En cuyos rayos mi esperanza fio,
Luz de mi alma, luz de mi deseo,
Que iluminas al fin, que al fin te veo!

Luz de gloria inmortal, que en ígnea rueda
Brillas sobre la estátua de Cervantes,
Brillas sobre los huesos palpitantes
Del desgraciado Larra y de Espronceda;
No importa que la suerte me conceda
Para verla no mas breves instantes,
Pues siempre verla y adorarla puedo,
Porque se va mi sombra y yo me quedo.

Frentes marchitas, de estudiar cansadas,
Animos nobles, de luchar rendidos,
Poéticos espíritus caidos,
Generosas ideas desmayadas;
Yo, que del campo allá en las retiradas
Soledades, guardé de mis sentidos
El entusiasmo, consolaros puedo
Porque se va mi sombra y yo me quedo.

Aquí para cantar y aquí mi oido
Para escuchar, amigos, vuestro canto,
Y aquí estará mi ser, aunque entretanto
Os diga la ilusion que ya he partido;
¡Loca ilusion! Engaño del sentido
Pensar que os dejo y que derramo llanto,
Pensar que sufro y que dejaros puedo
Cuando se va mi sombra y yo me quedo.

Aquí para labrar de la poesía
La dura tierra donde el lauro crece,
Mi corazon, que nunca desfallece,
Os seguirá constante en la porfía;
Para dar mi tributo de armonía,
Para animar al triste que padece,
Para sufrir, si consolar no puedo,
Aunque vuele mi sombra yo me quedo.

De las amigas manos las palmadas
Aun escucho el dulcísimo ruido.....
Bien sabeis que por cada una he vertido
Dos lágrimas profundas y abrasadas;
No me direis jamás que mal pagadas
Por este corazon ardiente han sido,
Cuando jurar por vuestra gloria puedo,
Que huye mi sombra, pero yo me quedo.

¿No es verdad que es muy triste en la morada
Del solitario valle hundir la vida,
Y no ver en el agua adormecida
Sino la propia imágen retratada?
Por eso vine enferma y lastimada,
Y no quiero tornar mas abatida;
Y por eso, no mas, Dios me concede
Qne se vaya mi sombra y yo me quede.

¡Ay! aunque os digo «adios» yo no me alejo,
Es mi sombra no mas la que mañana
Volverá á retratarse en el espejo
Del insalubre y muerto Guadiana;
Aunque soñeis en la ilusion que os dejo,
Mirad que es solo una quimera vana,
Un sueño ingrato á cuyo error no cedo,
Qne si se va mi sombra yo me quedo.

Nada importa el adios, si es de tal suerte
Que os digo «adios» y es falsa la partida;
Ni ha de rendirse débil y afligida
Por un sueño no mas el alma fuerte.
¿Qué os importa mi sombra vaga, inerte,
Para sufrir en esta despedida,
Si he dicho, amigos, que escucharos puedo
Porque se va mi sombra y yo me quedo?

«¡Adios!» mil veces os diré cantando
Y estos adioses ni escucheis siquiera,
Ni penreis que mi voz es lastimera,
Ni digais que de pena estoy llorando;
Es un adios tranquilo, un adios blando,
Es una despedida placentera,
Pues ni llorar ni enternecerme puedo
Porque se va mi sombra y yo me quedo.

¡Oh! ya vereis cómo al acento amigo
Mañana y siempre con mi voz respondo,
Aunque este adios tan quebrantado y hondo
Aun, otra vez, por la postrera os digo;
Vereis cómo en los triunfos os bendigo,
Aunque os parezca, amigos,, que me escondo,
Porque es engaño, sí... ¡Nunca!... ¡No puedo!...
Se irá mi sombra, pero yo me quedo.

Madrid, 1848.

DESPEDIDA A MI HERMANO ANGEL.

EL DOLOR DE LOS DOLORES.

Ser, aun, niño y sentir la lozanía
Que da el rocío de la edad temprana,
Es dudar la desdicha de mañana,
Es ser dichosos, Angel, todavía;
Es la fé, la esperanza, la alegría,
La fortuna, el valor, la gloria humana...
Es, siendo niño, como tú lo eres,
Vivir con el placer de los placeres.

Pero ser jóven ¡ay! mirar tu vida,
Sondar tu porvenir, temer abismos,
No hallar consuelos en nosotros mismos,
Ni poderte seguir en la partida;
Quedarnos en la triste despedida
Suspensos entre vagos fanatismos,
Luchando entre problemas y temores,
Es, *Angel, el dolor de los dolores.*

Como planta de insectos castigada
Que no puede brotar ramo florido,
Así con los pesares ha crecido,
Hermano, una familia desgraciada;
No ví rama en su tronco levantada,
Que al golpe del pesar no haya caido,
Y temer del az r nuevos rencores
Es, Angel, *el dolor de los dolores.*

Pobre doncel, que al ídolo guerrero
Llevas la flor del corazon primera,
Tememos por tu flor, no te la hiera
De nuestra suerte el golpe siempre fiero;
Es gozo el entusiasmo lisonjero
Del que laureles en la vida espera;
Pero temer por tus hermosas flores
Es, Angel, *el dolor de los dolores.*

¡Veré pasar gallardos compañeros
Los de tu infancia para tí queridos...
Y oiré de nuestra madre los gemidos
Al mirar á los jóvenes guerreros!
¡Veré pasar los alazanes fieros
Menos que por tu voz bien dirigidos,
Y el ver sin dueño al tuyo en sus furores,
Angel, *será el dolor de los dolores.*

Y cuando de tu asiento en el vacío
Los de la mesa en torno reparemos,
Desabrido el manjar que gustaremos,
Desabrido sin tí será, hijo mio;
Emilio en su inocente desvarío
Te nombrará, y entonces lloraremos...
Porque este padecer, que ójala ignores,
Es, Angel, *el dolor de los dolores.*

¡Ah! ¡que no pueda nuestra pobre vida,
Dispersada por vientos tan insanos,
Partir con nuestros jóvenes hermanos
El mismo pan, beber igual bebida!
¡Que no podamos encontrar manida
En un árbol los pájaros humanos,
Y á unos del sol fatiguen los ardores,
Es, Angel, *el dolor de los dolores!*

Vé si tus alas su atrevido vuelo
Por cima de la mar firme llevando,
Puedes ir esos mares navegando
Hasta arribar al árbol de tu anhelo;
Vé si logras calmar el desconsuelo
De tantos ojos que te están llorando;
Porque verte en los mares bramadores
Es, Angel, *el dolor de los dolores..*

¡Ay! que jamás cobarde hundas la frente
Por las revueltas olas alcanzado,
Ni tampoco en los mares levantado
Te quieras remontar al sol ardiente;
Camina por la via rectamente,
Como los buenos siempre han caminado,
Pues verte entre *ambiciosos ó traidores*
Ese fuera *el dolor de los dolores.*

Contra ese mundo, cuya risa loca
Tu fé combatirá con su *sarcasmo*,
Opon la noble fé del entusiasmo,
Que, si es del corazon, no se sofoca:
Ante esa multitud cierra tu boca,
Y, aunque se burle de tu altivo pasmo,
No sigas la maldad de sus errores,
Que ese fuera *el dolor de los dolores.*

Yo contra el mal de la virtud me valgo,
Contra el dolor á la paciencia acudo,
Y aunque es mi triunfo solitario y mudo,
En graves luchas victoriosa salgo;
No tienes gran blason, pero es hidalgo,
Limpio de mancha tu modesto escudo,
Y venderlo al poder y á los honores
Ese fuera *el dolor de los dolores....*

Mas ¿dónde vas? aguarda un solo instante..
Oye no mas el último conjuro ...
El *ídolo* mejor es el mas *puro*,
Su siervo mas *glorioso* el mas *constante*;
No te acerques al *mal*, porque es *brillante*;
No te alejes del *bien*, porque es *oscuro*...
¡Sé bueno, y que jamás con deshonores
Añadas mas dolor á estos dolores!

Badajoz, 1843.

RECUERDOS DEL LICEO DE MADRID.

Me acuerdo bien del venturoso instante
Cuando ví yo la luz en vuestro oriente.
¡Cuánta luz, cuántas flores, cuánta gente
Y qué mundo tan bello y tan brillante!
Por qué no estaba alegre tu semblante
Tú que lleno de luz eternamente
En ese mundo que feliz te nombra
Tienes el alma donde está tu sombra?

Gran pájaro de América atrevido,
Que, trasponiendo los opuestos mares,
Entre los recios vientos has venido
A dar al viejo mundo tus cantares;
Tú que en tantos torrentes has bebido,
Y hoy vienes á beber al Manzanares,
Para que el ánsia de tu sed ardiente
No perdone del mundo una corriente!

Tú que en el nuevo mundo te has mecido
Entre el viento de arenas abrasado,
Al son del orinooco adormecido,
Al pie de las palmeras arrullado;

Y mas tarde en el norte has despertado,
Y con la luna á Grecia has recorrido,
Y de Sion por la cadena santa
Abriste paso á tu incansable planta!

¿Por qué estás triste tú? ¿por qué te quejas?
¿Por qué me llamas la feliz cantora,
Y ni llorar ni suspirar me dejas,
Envidiando mi vida de pastora?
¿Dónde están mi cayado y mis ovejas,
Dónde la choza está que te enamora?
¿En dónde están mis dichas y mi calma
Si aqui soy sombra á quien le falta el alma?

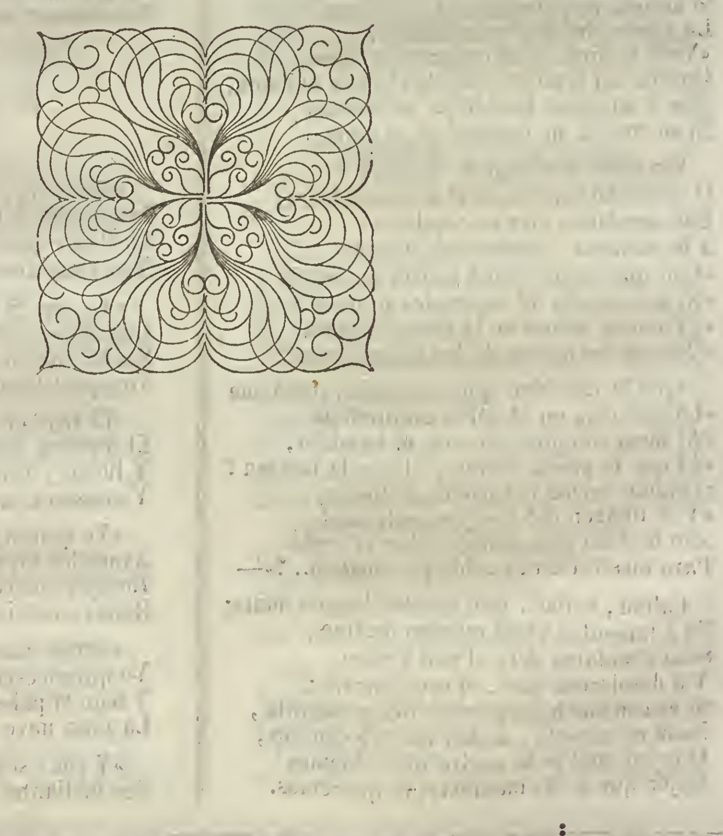
¡Ah! ¿qué se ha hecho de la pobre sombra
Qué huyó de esa mansion bella y querida?
El Gévora lo sabe que rendida
La vé muriendo en la campestre alfombra;
¿Piensas tú que del alma desprendida
El verme en estos valles no me asombra,
Y que puedo tener contento y calma
Cuando la sombra está lejos del alma?

Mi alma en las ciudades tiene asiento,
Y yo sufro tambien vuestro quebranto,
Porque del vago ser que envidiais tanto,
Aquí está el corazon, allí el aliento;
Aquí sus ojos, pero allí su llanto;
Aquí su boca, pero allí su acento;
Aquí está el mártir, pero allí su palma;
Aquí soy sombra, pero allí soy alma.

Las ráfagas del aire trasparente
Me pueden ocultar al que me mira;
Pero yo siempre vivo en el ambiente
Que vuestro lábio sin cesar aspira;
Es verdad que mi sombra vagamente
Por los collados silenciosa gira,
Y allí parece que reposa en calma,
Pero no soy la sombra, soy el alma.

¡Sí! soy el alma siempre agradecida,
Que á vuestro lado está, dulces amigos,
Vosotros de mis lágrimas testigos
La noche de mi triste despedida,
Nunca á la sombra me vereis unida;
Y ¡ójala que los hados enemigos
Presto á *mi sombra* den eterna calma
Y del cielo la luz den á *mi alma*!

Ermita de Botoa, 1849.



MEMORIA A LOS HÉROES Y A LOS REYES.

Á HERNAN CORTÉS.

Llevadme á contemplar su estátua bella;
Llevadme á su soberbio mausoleo...
¡Ah! que olvidaba, Hernan, en mi deseo
Que este es mezquino é ilusoria aquella;
Y en tu patria por qué? ¿qué diste á ella
Para alcanzar de España ese trofeo?
Cuestan ¡oh! mucho piedras y escultores
Para labrarte, Hernan, tales primores!—

Paréceme que el héroe se levanta
Y hácia América el brazo armado tiende,
Que avergonzada España le comprende
Y el rostro no osa alzar fijo en su planta;
Ella, la dueña de riqueza tanta,
Hasta la prez de su conquista vende,
Y aun juzga escaso el ganancioso fruto
Para ofrecerle un mármol por tributo.

Cuando á su casa venga el estrangero,
¿Qué osará responder la noble dama
Si anhela ver, llevado por su fama,
La tumba del ilustre caballero?
«Ved, le dirá, si el cementerio ibero
Guarda un sepulcro que de Hernan se llama,
Que á mí, pues heredé ya su fortuna,
Ni su tumba me importa ni su cuna.»

Eso dirá, y el hijo de Bretaña
O el vecino francés, si el huésped fuera,
Con sarcástica risa respondiera
A la matrona: «descastada España,
»Con que no le valió á Cortés la hazaña
»Ni una tumba de mármoles siquiera?
»¿Y nacen héroes en la tierra ingrata
»Que así los huesos de los héroes trata?

»¿Es la igualdad que esa nacion proclama
»La que deja en el polvo confundido
»Al buen conquistador con el bandido,
»Al que la presta honor y al que la infama?
»Grande nacion ésa nacion se llama,
»Y la imágen del hombre esclarecido
»No levanta cien palmos sobre el suelo
Para mostrarla al pueblo por modelo.. ?»—

Callad, callad, que vuestra lengua mata;
No á lamentar venis nuestro destino,
Sino á mofaros dél, el mal vecino,
Y á desolarnos mas, el cruel pirata;
Si es con sus hijos nuestra tierra ingrata,
Nada os importa, andad vuestro camino,
Que así cual es la madre que tenemos
Mejor que á las madrastas la queremos.

Así cual es, la envidian las naciones,
Virtudes brota en manantial fecundo,
Corteses manda á conquistar el mundo,
Que descubren por ella los *Colones*;
Si Bonaparte, rotas sus legiones,
La paz desecha. con desden profundo,
Cortés entre salvages y traidores
Pone incendio á sus buques salvadores.

Arde la flota, irrítase la gente
A quien cierra la huida accion tamaña;
Solo, perdido sobre tierra estraña,
Cortés la doma, al bárbaro hace frente,
Y conquístalo y tórnase él valiente
A rendir su laurel glorioso á España,
Que... lo destierra, lo aprisiona en vida
Y lo desprecia en muerte... *agradecida.*—

No veremos, Hernan, tu estátua bella
Ni tu losa hallaremos ignorada;
Pero en mi tierra existe la morada
Donde estampaste tu primera huella;
Pensaremos en tí delante de ella,
La estremeña familia arrebatada
De orgullo; porque plugo á la fortuna
En nuestra tierra colocar tu cuna.

Badajoz, 1845.

Á NAPOLEON.

«No es ira, no es amor, no es del poeta
Inspiracion febril, es mas ardiente
La llama que discurre por mi frente,
Y el alma absorbe, el corazon me inquieta.

»Yo amo la tempestad, amo el estruendo;
Cuando el vértigo insano me arrebata,
Sueño que en nube de luciente plata
Voy por el mundo un huracan siguiendo.

»El rayo en torno de mi frente gira,
El aquilon bajo mis plantas brama,
Y lucho y venzo, y mi furor se inflama,
Y ansiosa el alma á otra victoria aspira.

»Yo quiero alzado al fin sobre los hombres,
Avasallar los pueblos y los reyes;
Romper sus cetros, derrocar sus leyes,
Hollar sus triunfos y borrar sus nombres.

»Ancha cadena que circunde el polo
Yo quiero eslabonar con mis guerreros;
Y bajo el pabellon de sus aceros
La gran nave en la mar llevar yo solo.

»Y ¡oh! si pudiera hurtar al firmamento
Sus brillantes magníficas estrellas,

Tambien imperios levantara en ellas
Para ensanchar allí mi pensamiento!

¡Francia, levanta! sal del caos profundo
En que yace tu pueblo sepultado,
Que en brazo poderoso tremolado
Va tu estandarte á conquistar el mundo.

¿Quién distinguir entre la inmensa grey
Podrá al caudillo de tamaña empresa?
¿Qué señal en el rostro lleva impresa
El que del sólio arrojará á tu rey?

Ese mancebo que los brazos grave
Cruza sobre su seno, y la mirada
Como águila en el sol, ardiente, osada,
Clava en la multitud... Ese lo sabe.

¡Oh! cuál contra el mancebo se irritara
Si su mirar la turba comprendiera!...
Si su ambicion oculta sorprendiera
De ese rubio garzon, cuál se burlara!

Jóven es el leon; mas ya en la tierra
No hay fuerza que á igualar su fuerza alcance,
Y ¡ay de la Europa, ó Francia! cuando lance
Ese jóven leon grito de guerra.

Verás cómo esa voz de los franceses
De pecho en pecho noble se difunde;
Como chispa de fuego prende y cunde
De caña en caña por las secas mieses.

Verás, tras el magnífico estandarte
Donde el águila altiva se reposa,
Cómo tu juventud marcha orgullosa
La libertad, la gloria á conquistarte.

¡Verás!... mas antes que el caudillo sea
Héroe conquistador de las naciones,
Deja que á Egipto lleve sus legiones
Y del grande Ramsé la tumba vea.

«Estas de reyes son y emperadores
Las moradas magníficas que habitan,
Este es el rico manto en que dormitan
De tierras y de mares los señores...

»Este es el cetro que en sus régias manos
Fué látigo cruel ó adorno inútil;
No es que su brillo me seduzca fútil
Si hoy os le arranco ¡nobles soberanos!

»No es que me ciega joya tan lucida,
Es que me irrita que los pueblos lloren,
Es que me irrita que temblando adoren
Los pueblos esa joya envilecida!...

»Y esta corona... ¿sola una diadema?
¿Cien batallas por una solamente?
¿Será una sola incienso suficiente
Para este fuego que mis sienes quema?

»Reyes, emperadores, ¡guerra! ¡guerra!
Yo haré que en una sola se refundan
Las coronas que, inútiles, circundan
Tantas míseras frentes en la tierra!

¡Huid del monte aquel resplandeciente
Que de Austerlitz se eleva en las llanuras...
Huye, Alejandro, antes que en sus alturas
Volcan oculto brote de repente!
¡Ay! que ya va tu juventud ardiente
A estrellarse en las águilas seguras...
Las nubes su vapor todo han juntado,
Y el suelo va á quedar todo anegado.

Pero en sangre, Señor, en sangre pura,
Porque el rey de las águilas osadas
Donde terrible asienta sus pisadas
De cadáveres cubre la llanura;
Cual los ojos de fiera en noche oscura
Relucen entre el humo sus espadas,
Y á bandadas los cuervos por el viento
Síguenle en torno con feroz contento.

Caen, como en horrible terremoto,
Las torres desplomadas, sus legiones,
Sobre los estranjeros campeones
Que osan poner á sus victorias coto;
Bajo los pies de sus caballos roto
Yace el blason de dos fuertes naciones,
Y dos imperios juntos retroceden
Y dos monarcas el laurel le ceden.

¡Oh! tú que alzado al fin sobre los hombres,
Lograste avasallar pueblos y reyes,
Romper sus cetros, derrocar sus leyes,
Hollar sus triunfos y borrar sus nombres.

¡Napoleon! tú que abarcando el polo
Con tu cadena inmensa de guerreros,
Bajo del pabellon de sus aceros
La gran nave en la mar llevabas solo.

¡Ay! ¿cómo á la merced del Océano
Dejas vogar tu nave huyendo de ella?
*¿Has ido á conquistar alguna estrella
Para alzar otro imperio soberano?*

Badajoz, 1845.

A ISABEL LA CATOLICA.

Si alcanzáran los ojos
A descubrir la inmensa pesadumbre
De los luceros rojos,
En la celeste cumbre
Te halláran con la santa muchedumbre.

En resplandor el oro
Trocado de la espléndida coróla,
Que puso espanto al moro,
A los cielos, tú sola,
Prestas, mas luz que el sol, con tu aureola.

¡Oh tierra gobernada
Por tu cetro sagrado y victorioso
Cuál se miró encumbrada!
¡Oh pueblo venturoso,
Oh trono de la Iberia glorïoso!

Por tí aquel noble empeño
Con fama coronó el pueblo cristiano;
Por tí de la mar dueño
El genio soberano,
Un nuevo mundo halló en el Oceano.

Mas eran á tu alma
Dos mundos en la tierra espacio estrecho,
Y una tercera palma
A conquistar derecho
Tu espíritu se alzaba á mayor trecho.

Reina á la par y santa,
De magestad en magestad te alzaste,
Y hasta do se levanta
El mismo sol llegaste,
Y sobre los luceros te asentaste.

¡Oh sacra! ¡Oh gran matrona
De la cristiana grey! ¡Oh reina mia!
Sé tú de la corona
Que sustentaste un dia,
Inespugnable amparo y guarda pia.

Bendice tú, y alienta
La adorada, infantil, cabeza pura
Que hoy tu diadema ostenta,
Y bajo la ternura
De tu divino amor crezca segura.

Ermita de Botoa, 1846.

AL EMPERADOR CARLOS V.

¡Memoria al grande César! Yo le canto.
Si el rayo sacrosanto
Del entusiasmo. que mi sangre enciende,
Alienta la poesía,
¿Cuál mejor que la mia
De Cárlos el espíritu comprende?

Alta categoría entre los reyes,
Fueron, ya, de sus leyes
Soberanos altivos los vasallos;
Los príncipes de Europa
Le siguieron en tropa,
Sirviendo á su carroza de caballos.

Aun su escelso valor, su génio santo
Al héroe de Lepanto
Y á Felipe virtudes infundieron,
Pue bastó la vertiente
Del colosal torrente
Para engendrar los rios que corrieron.

¡El César! el que asombro de Pavía,
La lis que florecia
Sobre las sienes del primer Francisco
Arranca, y al valiente
Conduce con su gente
Como á dócil rebaño hácia el aprisco.

¡El César! que espantando al africano
Lleva el pendon cristiano
Flotando por encima de los mares
A la moruna almena,
Donde el clamor atruena
De bárbaros vencidos á millares.

¡El César! el que en Sena y en Toscana
A la gente otomana
Y á los hijos del alto Pirineo
Hace volar medrosos,
Dejando vergonzosos
Cien banderas deshechas por trofeo...

Empero ¿á qué, Señor, pasada gloria
Recordar á esta escoria
De la española raza? ¿Para ejemplo?
¡Ha mucho que mi lira
Que por gloria suspira
De los héroes de España en honor templo!

¿Y quién me oyó? ¿Los pájaros del monte
Que pueblan mi horizonte?
¿Los reptiles que habitan el sembrado?
¿El perro de cabaña,
O la oscura alimaña
Que atraviesa de noche este collado?

¡Qué somos ya! las gentes humilladas
Al estranjero dadas,
A servir á sus fardos de camellos;
¿Tenemos corazones
Que sientan emociones
Con la memoria de los héroes bellos?

¿Sabemos que es valor, lo que es nobleza?
¿Nos deja la tristeza
Cuando del pecho roba hasta el aliento,
Ni fuerza en nuestro pasmo
A un soplo de entusiasmo,
De noble admiracion á un pensamiento?...

¿Por qué no eternos son los grandes reyes?
¿Por qué á las mismas leyes
Sujeto de morir que los tiranos,
Está Cárlos divino?
¡Qué injusto es el destino!
¡Qué duros de entender son sus arcanos!

Y aun el breve reinado de consuelo
Nos acortara el cielo,
Túnica revistiendo penitente
Al que manto vestia,
Que puso al Mediodia
Pavor, envidia al Sur, miedo al Oriente.

«Pueblos—dijo el gran rey á las naciones—
»Ya visteis mis blasones,
»Donde asomé la faz, tembló la tierra,
»Francia besó mi planta,
»Y á mi antojo se canta
»El himno de su paz y el de su guerra.

»¿Veis que avasallo al indio, al castellano,
»Aleman y al romano,
»Tanta de mi corona es la grandeza?
»Pues con desden profundo
»Yo la cambio en el mundo
»¡Qué escarmiento, ambicion! por la pobreza.»

Y desciñendo de su augusta frente
La diadema potente,
Apareció mas alto á los mortales
De humildad revestido
Que orgulloso ceñido
Con las aureas coronas imperiales.

Ermita de Botoa, 1846.

AL EMPERADOR DON PEDRO DE PORTUGAL.

Si mi estranjera planta, lusitanos,
Gustaseis cortesanos
Por la tierra guiar, para mí estraña,
A cantaros iria

Una tierna poesía
Del gran Pedro en honor, la hija de España.

¿En dónde yace el capitan osado,
En dónde el celebrado
Conquistador, de vuestras tierras fama?
¿Dónde están sus despojos
Porque admiren mis ojos
De sus laureles la fecunda rama?

Con el fuego que brota de la tierra
Que sus restos encierra,
Mi corazon entonces abrasado
Audaz prorumpiria
En himnos de armonía
Que dejáran al pueblo entusiasmado.

Cantára del gran Pedro las hazañas
En sus largas campañas,
Su genio, su valor y su nobleza,
Y os arrancára el llanto
De ese entusiasmo santo
Gérmen de la virtud y la grandeza.

Y tambien de tus ojos lograria,
Soberana María,
Lágrimas dulces de piadoso lloro,
Con el elogio ardiente
Que el lábio reverente
Al héroe diera, cuya tumba adoro.

Porque él dejó en los pechos su memoria,
María de la Gloria,
Con fuego tan vivísimo esculpida,
Que hasta el harpa estranjera
Que lo canta y venera
Se siente á su recuerdo enternecida.

¡Oh cuánto bien al pueblo lusitano
Su protectora mano
Hizo sentir, cuando celoso y tierno
Sus males atendia,
Al par que dirigia
De brasileños climas el gobierno.

El le dió libertad, le dió laureles,
El los tercios crueles
Del temerario príncipe arrollando,
Marcó su feliz era
A la hermosa heredera
Sobre el paterno trono colocando.

Aun arde el pueblo, aun de entusiasmo siente
La agitacion ferviente
Cuando de Pedro la marcial figura,
Cuando su frente hermosa
Grave y magestuosa,
Vé, como sombra, alzarse en la llanura.

Aun de alegría se conmueve y llora
Su voz fuerte y sonora,
Al recordar cuando á su pueblo un dia,
Mostrando con ternura
A la doncella pura,
Gritó el labio real «¡viva María!»

¡Cuán alto apareció sobre la tierra
El hijo de la guerra
Al desnudar sus sienes imperiales,
Aun jóven su existencia,
De dos reinos la herencia
Dividiendo con manos paternales!

Bien su espaciosa frente dos coronas,
De las opuestas zonas,
Pudo ceñir el adalid valiente,
Mas, su solo cabello
Por mas rico, mas bello,
Le pareció corona suficiente.

¡Cántalo, Portugal, canta orgulloso
Al héroe generoso
Cuya tumba saludan las comarcas,
Que si breve es tu suelo,
Son, por gracia del cielo,
Mas grandes que tu reino tus monarcas!

Yelves, 1846.

A LUIS FELIPE DESTRONADO.

¿A dónde vas ¡ó rey! con tus pesares?
¿No sabes que en los mares
Aun la roca inmortal de Santa Elena
Te brinda con su asilo?
Que allí lecho tranquilo
Tienes guardado en la caliente arena?

Aun hallarás la arena removida
Con la huella atrevida
De otro Napoleon, que destronado
Fué tambien á esa tierra;
Aun su lauro de guerra
Los trópicos allí no han marchitado.

Tú no fuiste á insultar con tus trofeos
Los muertos Ptolomeos,
Ni entre el eco marcial de los cañones
Ligero cabalgando,
Cadáveres hollando,
Has llevado el terror á las naciones.

Mas tú, sin esgrimir hierro iracundo,
Dabas leyes al mundo,
Y á una mirada sola que lanzaban
Tus ojos indignados,
Los tercios espantados
El acero á tus plantas humillaban.

Y ¿piensas tú que el mundo te perdona
Que unas génio y corona
Y gobernando sin temor ni traba,
Des, á tu antojo, leyes
Y domines los reyes,
Y á Europa tengas de tu mente esclava?

...Vé, rey, á descansar. Lóndres te espera
Como una hambrienta fiera
Para tragar de Francia los despojos;
Ella que hundió en la tierra

Vuestro génio de guerra,
Tambien á tí te cerrará los ojos.

Rivales en lo eterno ambas naciones
Con dos Napoleones,
De la guerra y *la paz* (1) á tí te halaga
¡Oh Francia! la fortuna;
Mas ¡ ay! tú eres su cuna
E Inglaterra es la tumba que los traga.

Sevilla, 1848.

EL SIGLO DE LAS REINAS.

AL NACIMIENTO DE LA PRINCESA DE ASTURIAS.

¿Quién nos llora?.. un dulcísimo lamento
En el lejano viento
Me parece escuchar..: ¿Resuena un lloro,
O es el gemido blando
Que en las peñas rodando
Alza el agua del Gévora sonoro?

Mas, ¿no es el medio siglo?... ¿No es el dia
En que nacer debia
Nueva princesa, porque Dios abona
Su reinado en el mundo,
Y de reinas fecundo
Es de reinas por siglos la corona?

En dos brazos el siglo dividido
El uno ha recorrido
Doce veces las horas del pasado,
Y lento en su carrera
El otro de la esfera
A la mitad del círculo ha llegado.

Esta es la hora del suceso fijo
Que el alma nos predijo
Cuando rogamos con fervor al cielo,
Y el acento mas leve
Que la ráfaga lleve
Será la voz del ángel del consuelo.

¡Ay! Yo apartada en valle tan distante
Escucho palpitante
De roncos vientos el rumor lejano,
Y no puede mi oido
Percibir si el gemido
Se exhala del alcázar soberano.

Pero es mi corazon harpa vibrante,
Que rompe en este instante
Lanzando un himno de alegría á España,
Y si me engaña el viento
Remedando un acento,
La santa inspiracion nunca me engaña.

¡Oh vosotros ligeros peregrinos
Que podeis los caminos
Cruzar por la pendiente de estas sierras!
Volad á las ciudades,
Y desde Creux á Gades
Vereis el resplandor de nuestras tierras.

(1) Alusion al nombre que se da á Luis Felipe de Napoleon de la paz.

Si andais de vuestra patria desterrados,
¡Oh pobres desgraciados!
Sabed que ya al hogar volveis mañana,
Sabed que vuestros hijos
Con locos regocijos
Se acercan al cañon y á la campana.

El bronce va á lanzar con voz tonante,
Mísero caminante,
El grito de perdon de torre en torre,
Perdon de muro en muro,
Y del perdon seguro
Ya de la torre al muro el niño corre.

Esa voz misteriosa que gemia,
Y que el son parecia
Del viento que murmura en la palmera,
Ese lloro suave
Como el trino de un ave,
Del ángel salvador el llanto era.

¿Por qué vienes llorando, tú, alma mia,
Si eres nuestra alegría
Y á esperarte los pueblos van cantando?
¿Por qué tu boca pura
Que nos dá la ventura,
Angel del cielo, nos la dá llorando?

¡ Bendito el llanto que tu rostro baña,
Riego fecundo á España,
Bebida de los pobres condenados
A los duros tormentos
Que caminan sedientos
De sus huérfanos hijos apartados!

Agua bendita que de culpas lava
La humilde frente esclava
Del que amarrado á las argollas gime;
¡Cuántos beben tu llanto
Y aclaman por mi canto
Al ángel salvador que los redime!

Tú eres solo, Señora, la afligida,
Tú que eres tan querida,
Tú que nos cumples la esperanza santa,
Tú que el dolor serenas,
Tú que calmas las penas,
Tú sola lloras cuando el reino canta.

Hoy se calman por tí nuestros rencores,
Hoy todos los clamores
Son un canto de paz á tu venida,
Tus tierras y tus mares
Resuenan en cantares
Que América repite conmovida.

Tus villas se iluminan una á una
Para alumbrar tu cuna
Como blandones de tu reino entero,
Y á sus luces brillantes
Se ven sombras errantes
Que cruzan por el Tajo y por el Duero.

La historia que leí de los profetas
Y divinos poetas,
Viene esta noche á la memoria mia
Por aquel gran consuelo
Que en el monte Carmelo
La tribu del desierto recibia.

Ya cantan en el valle los pastores
Entre zarzas y flores;
Ya encienden las candelas á lo lejos
Con la seca retama
A cuya roja llama
Del Gévora relumbran los espejos.

Es como entonces el diciembre helado,
El cielo está anublado
Y blanco el suelo por la escarcha fria,
Y así como has venido
Parece que ha nacido
El hijo deseado de María.

Mas Dios permite, en sus eternas leyes,
Que en vez de nacer reyes
Nazcan á nuestro reino soberanas,
Y á su dulce reinado
El siglo acostumbrado
Te saluda en las tierras castellanas.

Dios ha querido, en su saber profundo,
Que de reinas fecundo
Fuera este siglo con que al sexo abona,
Y de reinas envia
La bella dinastía,
Y es de reinas, por siglos, la corona.

¡Vivirás!—¡reinarás!—la fé no miente
Al corazon ardiente
Que te presagia gloria venidera;
Nuestro siglo ha vencido,
Tú, princesa, has venido
A coronar el fin de su carrera.

Ermita de Botoa, 24 de diciembre de 1851.

A S. M. la Reina Madre

DOÑA MARIA CRISTINA DE BORBON.

Aquel nombre primero
Que bendijo mi labio balbuciente,
Despues que prisionero
Ví á mi padre inocente,
Fué, Señora, tu nombre reverente.

Aquella faz hermosa
Que, despues de la faz hermosa y santa
De mi madre amorosa
Miré con ánsia tanta,
Fué, Señora, tu faz que al mundo encanta.

La primera alegría
Que de mi triste infancia en los albores
Recuerda el alma mia,
Brotó con tus favores
Como al rayo del sol brotan las flores.

Y la primera gala
Que del sereno y trasparente cielo
Al puro azul iguala,
La vestí con anhelo
Por celebrar tu nombre y mi consuelo.

Yo entonces no sabia
Cómo en la vaga mente se creaba
La sonora poesía,
Pero entonces cantaba
Los himnos que en tu honor el pueblo alzaba.

De tu dulce amnistía
A la sombra feliz hemos crecido,
Las que niñas un dia
Tanto habemos sufrido
Que sin tí fuera triste haber nacido.

Con noche muy oscura
Nacimos en el siglo desgraciado,
Y nunca la luz pura
Hubiéramos gozado
Si no le amaneciera tu reinado.

Luz trajo tu venida,
Luz tu sonrisa, luz es tu mirada,
Y á tu luz atraida,
Ave desorientada,
Yo te vine á buscar triste y cansada.

Y tú al ave importuna
Que de Aranjuez al campo retirado
Fué á gemir su fortuna,
Tendiste con agrado
Tu mano, que es su nido regalado.

Al verte, á mi memoria
Vino el recuerdo de la infancia mia,
Toda la amarga historia
Del padre que gemia,
Y tu grandeza soberana y pia.

Recordé tu hermosura,
Como del campo la primer mañana
Que en nuestra infancia pura.
Con el alba lozana,
Se muestra tan risueña y tan galana.

Y los himnos suaves
Que gozosos cantaban mis hermanos,
Al compás de las aves,
Por los floridos llanos,
En honor de tus rasgos soberanos.

Y por eso á tu planta,
Sin poder exhalar palabra alguna
Mi anudada garganta,
Quedé, como en la cuna
El niño embelesado al ver la luna.

Y nunca mi cariño
Te pudiera espresar con un acento,
Si, cual la madre al niño,
No me enseñára atento
Tu labio á traducir mi pensamiento.

Tú al canto del *Petrarca*
Y del *Tasso* á los épicos sonidos,
En la bella comarca
Los muy blandos oidos
Tienes acostumbrados y entendidos.

Yo no sé hacer canciones
Que el genio inspira, que el talento ordena,
Mas ¡ah! los corazones
Que el entusiasmo llena,
Tienen de gratitud fecunda vena.

De un alma agradecida
Comprende el amoroso sentimiento,
Sin arte y sin medida,
Que el agradecimiento
Es, Señora, virtud, mas no talento.

Mejor sé verter llanto
Estrechando tus manos contra el pecho,
Que encerrar en mi canto,
Con un límite estrecho,
La gratitud que Dios tan grande ha hecho.

Al decir que te ama
El corazon, Señora, no se inquieta
Por la Apolinea llama
Que, al númen no sujeta,
Prefiero ser mujer á ser poeta.

No puedo consagrarte
Rico poema do tu augusto nombre
Con perfeccion del arte
Al universo asombre,
Que los épicos cantos son del hombre.

Mas ruego cada dia
En piadosa oracion, que es mas sonora,
A la Virgen María,
Que te sea, Señora,
Como eres tú, mi augusta protectora.

Madrid, 1852.



Á LOS POETAS.

A la Excma. señora marquesa de Monsalud y vizcondesa de San Salvador.

ESPRONCEDA.

Rompió el divino sol por el Oriente,
Engalanado en nuevos resplandores,
Hervia el prado en olorosas flores,
Rebosaba en perfumes el ambiente,
Trinaba el ruiseñor mas dulcemente,
Acrecentaba el agua sus rumores,
De nuestro pueblo humilde el pavimento
Retemblaba aguardando algun portento.

De tu palacio antiguo, solo, oscuro,
En el rincon de la olvidada villa
Surgió voz melancólica y sencilla,
Como de niño tierno acento puro;
Así el lloro dulcísimo figuro
Del infante Ossian cabe la orilla
De la ruda Albion cuando nacia
Como el bello Espronceda á luz del dia.

Aquí al génio brillante de la España
Plugo elegir su refulgente cuna,
Por hacernos rivales en fortuna
Con el Morven feliz de la Bretaña.
¿Quién la villa estrechísima que baña
Por todo mar y arroyo una laguna,
Y por muro y jardin cerca un sembrado
Sin Espronceda hubiera recordado?

Ese *cantor del sol* tal vez al cielo,
Espíritu sin cuerpo, le pedia
Ver la primera luz del claro dia
Del gran Cortés en el fecundo suelo;
Y Dios tal vez al prematuro anhelo
Del alma de Espronceda concedia
En raudal de talento transformado
El valor de Cortés nunca igualado.

Así brotó, cundió como los rios,
Como los mares se ensanchó en la tierra;
Tempestad en amor, trueno en la guerra
Fueron sus cantos bravos y sombríos;
¡Oh! si elevara sus acentos pios
A Dios loando el que blasfema aterra,
Profeta de este siglo desgraciado
Le volviera la fé que le han robado.

Destemplaron las cuerdas de su lira
Los duros vicios, al rozar con ellos,
Y en sus cantares, cuanto amargos bellos,
Toda verdad apellido mentira;
Loco de padecer, llorando de ira,
Ve la nieve asomar á sus cabellos;
Y ¡ay! cómo entonces se lastima y canta,
Y el corazon con su gemir quebranta!

Dichosa muerte que aplacó tal vida;
Dichosa vida por tan presta muerte;
¿Debe sino yacer en polvo inerte
El que su fé en el mundo ve perdida?
Por todo el corazon ya carcomida
Palma gallarda fué que al noto fuerte
No pudo resistir con su corteza,
Y á la tierra inclinó la gran cabeza.

¡Oh! cuán diverso fué el risueño dia
En que brotó en la tierra ese capullo
Mimado de las brisas al arrullo,
Festejado del ave á la armonía!
¡Oh quién su primitiva lozanía
Sin su infortunio, su impiedad, su orgullo,
Pudiera devolver al génio muerto
Primer cantor del español concierto!

Madrid, Bretaña, su amargado canto
Su juventud penosa han obtenido;
Mas del pueblo estremeño solo han sido
Sus puros ayes, su inocente llanto.
¡Salve por esa cuna y honor tanto
Y tanta gloria, pueblo esclarecido;
Campana que sonaste alegremente
Cuando el agua de Dios bañó su frente!

¡Salve campiña floreciente y leda,
Que diste aromas al solemne dia,
Raza de aves que en la patria mia
Cantaron la venida de Espronceda!
¡Salve morada que tapiz de seda
Prestaste al niño huésped que nacia!
¡Salve dueña feliz de la morada
Donde tan gran memoria está guardada!

Almendralejo, 1846.

Á QUINTANA.

Buen sabio, ¿de tu tierra y de la mia
Tu corazon no ansía
El nombre oir que la memoria encierra
De los pasados años?
¿O á tu memoria estraños
Serán ya los recuerdos de tu tierra?

Yo, Señor, que heredé de mis abuelos
Un libro de consuelos
Obra de tu lozana fantasía,
Cuando eras mozo ó niño,
Tengo mucho cariño
Al buen cantor de la comarca mia.

Siempre al pasar cercana de tus lares
Recordé tus cantares,
Y otras veces al márgen del Guadiana
Medité dulcemente
En la gloria eminente
Que á nuestro pueblo consagró Quintana.

¿Por qué en el aprender ¡ay! soy tan ruda
Que, aun cuando ansiosa acuda,
En la ciencia á estudiar de tus escritos
Las brillantes lecciones,
No logro en mis canciones
Remedar tus acentos infinitos?

Mas ¡qué mucho! las artes lentamente
Vienen, cual la corriente,
Del manantial sereno del Ruidera
A visitar los muros
Solitarios y oscuros
De esta ciudad de España la postrera.

No se pule el salvage entendimiento
Del campesino acento
Entre el tosco rumor; y la poesía
Levanta su cabeza,
Entre tanta aspereza,
Como una planta estéril y bravía...

Qué nuevas te daré que á tu celoso
Patrio entusiasmo hermoso
Por la fama y el bien de nuestro suelo
Alegren placenteras,
Si antes que estas riberas
Pienso, Quintana, que se mude el cielo?

Si las vastas encinas del contorno,
Solo y agreste adorno
De estos valles, tal vez, contado hubieras,
Al despedirte de ellos
En tus abriles bellos,
Esas propias halláras, si hoy volvieras.

Los arraigados juncos de este rio
Bajo el mismo rocío
Con que la espuma, al salpicar, los baña,
Medran tranquilamente
Sin que del hombre intente
Otros sauces plantar la mano estraña.

Y aun hay de tierra vírgenes pedazos
Donde jamás los brazos
Del colono feliz su fuerza emplean,
Y hay fuentes, manantiales
Sin guia y sin brocales
Cuyos hilos se pierden y se orean...

Mas aprisa se mueve la tortuga;
Menos tarda la oruga
Su bella metamórfosis presenta
En esta tierra, Quintana,
Un solo paso gana
De su cultura en la carrera lenta.

Empero un solo nombre hay en el mundo
Que del sueño profundo
A este pueblo pacífico levanta
Y lo agita, lo enciende,
Cuando estático entiende
La nota fiel de esta palabra santa.

Grítale «Libertad» verás leones:
Que vengan las naciones
A esclavizar á la soberbia España,
Y será de este otero
Cada azadon grosero
Hacha incansable en la mortal campaña.

¡Por Dios! este rincon, hoy tan tranquilo,
Fuera el último asilo
De aquella libertad apetecida
Que, aunque no entiendo de ella,
Debe de ser muy bella
Cuando es tan ponderada y tan querida.

Tú la llamaste flor en tus cantares;
¡En la tierra y los mares
Cuánta sangre costó! ¿Y eso son flores?
Hoy por lo solitaria
Será la *pasionaria*
O la *viuda negra* y sin olores!

Negra é inodora fué para los mios
Cuyos años sombríos
Vagando tras sus pétalos tronchados,
Con pertinaz constancia,
Las horas de mi infancia
Y triste juventud han amargado...

No la aborrezco, no, me espanta
Esa costosa planta
Que nuestro llanto bebe por rocío:
Mas fruto y menos penas
Me dan las azucenas
Que en mi puerto florecen en estío.

¡Quiera Dios que no tronche en nuestra tierra
Nuevo huracan de guerra
Esa flor que inspiró tus armonías:
Siquiera porque ha sido
La que mas ha lucido
En tu guirnalda eterna de poesías!

Almendralejo, 1845.

Á LARRA.

¿Qué voz, pobre Mariano,
De mofa, de sarcasmo, de amargura,
Al que te ofrezco humano
Recuerdo de ternura,
Darás riendo en tu morada oscura?

Si la mujer que llora
Fué blanco del rigor de tu garganta,
¿Qué pensáras ahora
De la mujer que canta
¡Ay! qué digeras de la *nueva planta*?

Al ver a la poetisa
Tú contempláras su cabeza atento,
Y entre cruel sonrisa
Prorumpiera tu acento:
«*Aquí yacen el juicio y el talento.*»

Porque estás muerto canto:
Vivo, Mariano, de tu pluma el vuelo
Diérame tal espanto,
Que no osára del suelo
Mi lira levantarse de recelo.

¿Qué digo? En este instante
Juzgo escuchar desde el profundo hueco
Tu voz ágria y punzante,
Que aun en tu lábio seco
Para rasgar las almas tiene un eco.

«—Mujer ¿á qué has venido?
»Al romántico yugo sujetada.
»¿Ensayas tu gemido
»En mi tumba olvidada
»Por ser luego del mundo celebrada?

»El nombre de Mariano
»¿Es que presta sonoro consonante
»A tu númen profano,
»O vienes insultante
»A escarnecer aun mi sombra errante?

—¡Ateo desgraciado!
¡Víbora de las bellas ilusiones!
¡Génio desesperado!
Que al mundo no perdones
Ni aun las que eleva á tí santas canciones!

Vengo piadosa y triste
No á escarnecer tu nombre, respetado
Aun luego que moriste
Vengo, escritor amado,
El libro á agradecer que nos has dado.

Si fué como tu vida
Horrible tu morir, de Dios es cuenta,
Tu historia dolorida
Dos páginas presenta,
Una que el mundo aplauda, otra que sienta.

Lástima para el hombre,
Corona para el génio esclarecido,
Yo al invocar tu nombre
Al criminal olvido
Para cantar al escritor querido.

Mira si el mundo es bueno,
Que en tu risueña pluma á las criaturas
Nos das hiel y veneno,
Y nuestras bocas puras
Gracias te dan por tales amarguras.

La risa convulsiva
En que á tu hablar rompemos, nos quebranta,
¡Oh guadaña festiva!
Y en pago á pena tanta
Mira si el mundo es bueno, que aun te canta.

Pero de nuevo suena
A interrumpir mi voz tu voz burlona.
«Engañosa sirena,
»Guárdate esa corona
»Que ofrece el mundo necio á mi persona.

»Sírvate de prendido,
»Que mas le cuadra á tu cabeza lisa
»Que á mi cráneo *partido*,
»Coronas que mi risa
»Escitan como tú, vana poetisa!!»

—¡Oh! basta, adios, posta,
Pues desdeñas mi ofrenda de armonía;
Hasta en la tumba quieta
Tu génio desconfía,
Hielas la pobre flor de mi poesía!

¡Qué en los ángeles crea
Quien duda así de los humanos seres;
Que del cielo te sea
La gloria que tuvieres
Mas grata que del mundo los placeres!

Badájoz, 1846.

CIENFUEGOS.

No he menester ingenio, el arte es vano,
Demás están las musas y la lira;
Sobra la indignacion que en mí respira
Para cantar al vate castellano;
Tendí mis ojos, y busqué en el llano
Su tumba ilustre, y me encendió la ira,
Cuando al decir su nombre, lengua estraña
«Yace aquí, replicó, no está en España.»

Pueblo ¿es verdad? los huesos venerados
Del noble y generoso caballero
¿Los cubre por merced polvo estrangero?
¿No están en nuestras tierras sepultados?
¡Pueblo de fuertes hombres degradados!
¡Antípoda de gloria, pueblo ibero!
¡Que hayas de darnos siempre estos sonrojos
Cuando á tus génios buscan nuestros ojos!

Como largo camino de hormiguero
De nuestra patria á Francia es el camino,
Y yo al mirar á tanto peregrino
Que recorre sin tregua aquel sendero,
Van, dije, su adorado compañero
A rescatar del panteon vecino:
¿Traeis su polvo? pregunté impaciente,
«*Pondré de vose*,» respondió la gente.

Duerme, poeta, que tu noble sombra
No ha menester que nuestro pueblo mire,
Mientras contento en los salones gire
Francés danzando en la francesa alfombra;
Duerme, que al pueblo tu virtud asombra;
Y es harto indigno de que al genio admire
Dándole á tu sepulcro reverencia,
Queden tus huesos del francés herencia.

Badajoz, 1846.

A RIOJA.

Rioja vive en ellas,
Rioja en esas flores
Que brillan á mis ojos aun mas bellas
Porque son de Rioja los amores.

Esos albos jazmines
De su pecho llagado,
Por enemigos fieros y ruines
Fueron el lenitivo regalado.

Esos claveles rojos,
Esas rosas lozanas,
Honor tuvieron de alegrar sus ojos
Y de ceñir sus sienes soberanas.

El bardo agradecido
Alzó á sus compañeras
Un canto, que en los siglos repetido,
Vino á llenar tambien estas riberas.

Y así cual las historias
Y los célebres nombres
De abuelos que obtuvieron altas glorias
Repiten á los nietos, otros hombres.

Así á las de mi huerto
Repito las canciones
Que otro pueblo de flores, que ya es muerto,
Logró inspirar en béticas regiones.

Y es mucha maravilla
El mirar cómo ellas

Doloridas oyen, por mi voz sencilla,
De su sentido vate las querellas.

Paréceme que gimen,
Paréceme que llanto
Brota de entre sus hojas, que se oprimen
De sentimiento al escuchar el canto.

¡Oh Rioja, oh poeta,
Y cuán poco su alma
Tiene del mundo á la ambicion sujeta
Quien en vergel humilde halla la calma!

Un *libro* y un *amigo*
En tu modesta vida
¡Oh sabio angelical! bastan contigo
Para lograr la dicha apetecida.

No te cuidas de honores,
Desdeñas la riqueza
Y ensalzas la belleza de las flores
Al par que otros del oro la grandeza.

Fenómeno del mundo,
Qué no comprende ahora
El siglo en ambiciones tan fecundo,
La edad en avaricias tan creadora.

¿Quién hoy ya se contenta
Con la sencilla vida?
¿Quién no va tras de vida turbulenta?
¿A quién la paz del alma es hoy querida?

Los niños envejecen
De ambicion prematura;
Los bosques de laureles no abastecen
El ansia de laurel de una criatura.

El atrevido mozo
Por el mando se afana,
Cuando el albor de su naciente bozo
Anuncia apenas su primer mañana.

¡Y dichoso si fuera
Orgullo solamente!
¡Dichosos si esta raza no sintiera
De la codicia el aguijon hiriente!..:

Mas no, dulce Rioja
Turbe nuestro reposo
Esa amarga verdad que al alma enoja
Y el corazon rechaza generoso.

Pensemos que esa tierra
La habitan serafines,
Pero huyendo su gloria que me aterra,
Tomemos á tu reina de jazmines.

Yo en las flores te veo;
Tu cuerpo ha fenecido,
Mas las alas del tiempo á mi deseo
De tu espíritu un átomo han traido.

Y fecunda mi alma,
Así tu pensamiento
Cual de su amiga á la distante palma
Fecunda el germen que transmite el viento.

Por eso amo á las flores,
Porque vives en ellas;
Porque fueron, Rioja, tus amores,
Son esas flores á mis ojos bellas.

Si su color admiro,
Si percibo su esencia,
Escucho un melancólico suspiro,
Oigo de su harpa dulce la cadencia.

Y llevo reverente
A mis labios su hoja,
Diciendo al huerto en mi entusiasmo ardiente
Béselas yo pues las cantó Rioja.

Sevilla, 1847.

A ALFONSO DE LAMARTINE.

Libre será la voz, fuerte el aliento;
Sonoro el instrumento
Que vuestro canto, Alfonso, han sostenido,
Cuando torpe y doliente
La humanidad presente
Al inaudito son se ha conmovido.

De pueblo en pueblo, hasta el confin de España
Llegó la voz estraña,
De ese mi pobre valle, nunca oida,
Y aun del valle tranquilo
En el oscuro asilo
Con entusiasmo ardiente fué acogida.

Poco de claras letras entendemos
Las hembras que nacemos
En el rincon, sin luz, de humilde villa;
Y poco nos cuidamos
De esos que no estudiamos
Volúmenes de Francia ó de Castilla.

Tardo, como de sordos, el oido
Apenas el sonido
Del agudo talento ¡ay! nos alcanza;
Y turbios nuestros ojos
Ven siempre con enojos
Las luces del saber, en lontananza.

Postrado el femenil entendimiento
En hondo abatimiento
Las vidas silenciosas consumimos;
Agenas á la fama
Con que la tierra aclama
Los sabios cuyas lenguas no entendimos.

Mas, una rara historia desdoblamos
En cuyo centro hallamos
Impresos nuestros propios corazones,
Y ansiosas, palpitantes;
Con ojos anhelantes
Cruzamos, sin descanso, sus renglones.

De lágrimas, Señor, la vena rota
Viérais, gota por gota
Las páginas bañar de vuestro escrito:
Las almas inflamadas
Viérais arrebatadas,
De gratitud, alzarse al infinito.

Vos solo revelásteis sentimientos
Que nunca los acentos
De nuestros pechos modular osaron:
Solo en los labios vuestros
Los infortunios nuestros
Hoy sus fieles intérpretes hallaron.

¡Cuánto sabeis de penas femeninas!
¡Cuán puras y argentinas
Corrientes de palabras generosas,
Tierno y profundo sabio,
Manan de vuestro labio
Y alivian nuestras almas fatigosas.

La escala de las penas de la vida
Tan larga y tan sentida,
Habeis en vuestra historia recorrido,
Y con distintos sones
Todos los corazones
Vibrando fuertemente han respondido.

Dicen que esplica para docta gente
Política eminente
De vuestro libro la preciosa historia:
Dicen, que en las naciones
Turbulentas pasiones
Se levantan en torno á vuestra gloria.

Rudas, señor, y frívolas mujeres,
De los ilustres seres
Los encumbrados juicios no alcanzamos;
Pero las almas puras
De las buenas criaturas
Mil votos por instinto os consagramos.

Os alaben los pueblos oprimidos
Porque habeis sus gemidos
Con soberano esfuerzo levantado,
Y humíllense en la tierra
Los que movieron guerra
Al valiente pendon que hais tremolado.

La patria que en sus ínclitos blasones
Muestra Napoleones,
Láurea corona en vuestra sien suspenda;
Mas, permitid que os lleve,
Señor, aunque tan leve,
El harpa femenil, su justa ofrenda.

¿Pues no somos tambien séres humanos?
¿No son nuestros hermanos
Los que osais abogar por nuestras vidas?
¿No debemos cantaros
Y las manos bañaros
De lágrimas, señor, agradecidas...?

Suban entre el ferviente clamoreo
Del aplauso europeo
Nuestros votos tambien á vuestro oido,
Como sube al ambiente
Con la voz del torrente
El trino de la alondra confundido.

Hoy estamos del mundo en las regiones
Hembras, niños, varones,
A general concierto convocados;
Caiga perpetua mengua
Sobre aquel cuya lengua
Por vos no rompa en himnos acordados.

Del femenino coro aun el acento
Embarga el sentimiento,
Y á cantaros, Señor, vengo yo sola;
Oidme con dulzura,
Que es verdadera y pura
La ardiente bendicion de una española.

Vos sois francés; la Francia os merecia;
Pero no es patria mia,
Y al ensalzar vuestro glorioso nombre
Añado tristemente:
¡Oh Dios omnipotente!
¿Por qué no es español tan grande hombre?

Badajoz, 1847.

Ignorada do si yazga mi mente
Y muerto mi sentido;
Empapa el ramo para herir mi frente
En las tranquilas aguas del olvido.
LISTA.

EN LA MUERTE DE LISTA.

No le lloreis, amigos, ese canto,
Himno de gloria al sueño de la muerte,
Era la inspiracion del alma fuerte
De aquel varon tan apacible y santo;
Ya fatigado de enseñaros tanto,
Y ya sintiendo su entusiasmo inerte,
Quiso muriendo de su yerto lábio
La postrera leccion daros el sábio.

Todas las ciencias del saber tenia
Menos la de la muerte el docto anciano,
Y quiso penetrar en ese arcano
Por completar su gran sabiduría;
Ya el misterio sabrá de la agonía,
El fin conocerá del ser humano,
Y si á la gloria remontó su vuelo,
Ya habrá medido la estension del cielo.

Y ya del sol el punto culminante,
Y del planeta dócil á su mando
Sabrá cómo en sus órbitas girando
Van por el cielo en rotacion constante;
Y ya desde Poniente hasta Levante
En la estendida tierra meditando,
«¿Cómo, dirá, mientras duró mi sueño
Pude estudiar en mundo tan pequeño?

El eje aquel del globo entre los hielos
Que su mente en las noches fatigaba,
Ya de cierto sabrá cómo se clava
Para que ruede firme por los cielos;
Y ya se habrán calmado sus desvelos
Cuando su vista perseguir sin traba
Pueda en la inmensidad, y por la cumbré
Del sol llegar hasta su misma lumbre...

Ya sabrá si la aurora enrojecida
Que á visitar su tumba anoche vino,
De otra desgracia al mundo prevenida
Es el augurio cierto del destino;
Y si es no mas la ráfaga lucida
Que deja el rayo del mirar divino,
Cuando entre sombras, nubes y misterio
Traspasa alguna vez nuestro hemisferio.

Y sabrá por qué vienen los cometas
Al ignorante mundo á dar espanto,
Y si en el cielo por celeste encanto
Desterrados están de otros planetas,
O si del orbe son grandes profetas
Que se aparecen entre sangre y llanto
Por cima de las míseras ciudades
Solo para anunciar calamidades.

Y sabrá do se forma la corriente
Que por las noches en el cielo vago
Parécenos de fuego estenso lago
O de luceros rio transparente;
Y de la luz la primitiva fuente,
La del diluvio, de espantoso estrago
Y el orígen, la historia y la fortuna
De la estrella polar hasta la luna!!

¡Ah! si pudiera el inmortal maestro
Discípulos queridos y mimados,
Tantos nuevos problemas aclarados
Desde su mundo transmitir al nuestro!
¡Ah! si la nueva ciencia, el nuevo estro
Y los nuevos misterios de los hados,
Ocultos al saber de la criatura,
Pudiera revelar desde su altura!

Atentos en el valle los oidos
A sus doctas palabras, siempre amigas,
Como al viento flexibles las espigas,
Dobláraís vuestras frentes conmovidos;
Y él, mostrando los frutos escondidos
Que arrancaron del arte sus fatigas,
Nutriera vuestros jóvenes talentos
De sabrosos y dulces pensamientos.

Yo nunca le escuché; nunca la sombra
De mi ignorancia disipó su ciencia;
Nunca yo, solitaria en mi existencia
Hallé á ese sábio que la fama nombra!
Mientras os daba en la campestre alfombra
Sus lecciones sonoras de cadencia,
Yo, sola por mi valle, no escuchaba
Mas que á la pobre alondra que trinaba.

Yo nunca le escuché; nunca mi mente
Esclareció su antorcha luminosa...
Mas recibí la bendicion piadosa
Que por última vez dió á nuestra frente.
El templo de los hijos del Oriente,
Donde el cadáver de Colon reposa,
Fué el templo en que nos dió su despedida
Dejando nuestra frente bendecida.

Luego en la cuna del glorioso Herrera
Dicen que reposar quiso el anciano...
Blando arrullo le presta esa ribera
Para adormirlo en el florido llano;
¡No le lloreis, amigos! yo quisiera
Tan tranquila dormir!. . tener cercano
Así mi lecho del hermoso rio
Que arrullara tambien el sueño mio!

Yo quisiera tambien cerrar mis ojos,
Cerrar mis ojos á la tierra oscura,
Abrirlos á la luz del cielo pura,
Al sol brillante, á los luceros rojos;
Cerrarlos de la vida á los enojos,
Abrirlos de la gloria á la ventura,
Dormir cuando nos dicen que vivimos,
Despertar cuando dicen que morimos!

Yo no derramo lágrimas piadosas
Por el que asciende á la feliz morada,
Que allí quisiera verme regalada
Por su ambiente purísimo de rosas;
Las lágrimas que vierto dolorosas
Son ¡ay! porque me quedo desterrada
A sufrir cual vosotros el castigo
De padecer aquí sin nuestro amigo.

Badajoz, 1849.



ROSA BLANCA.

La luz del dia se apaga;
Rosa blanca, sola y muda
Entre los álamos vaga
De la arboleda desnuda,

Y se desliza tan leve,
Que el pájaro adormecido
Toma su andar por ruïdo
De hoja que la brisa mueve,

Ni para ver en su ocaso
Al sol hermoso un instante
Ha detenido su paso
Indiferente y errante.

Ni de la noche llegada
A las tinieblas atiende,
Ni objeto alguno suspende
Su turbia incierta mirada.

Y ni lágrimas ni acentos,
Ni un suspiro mal ahogado
Revelan los sufrimientos
De su espíritu apenado.

¡Tal vez de tantos gemidos
Tiene el corazon postrado!
¡Tal vez sus ojos rendidos
Están, de mal tan llorado!

Tal vez no hay un pensamiento
En su cabeza marchita,
Y en brazos del desaliento
Ni oye, ni vé, ni medita.—

El poeta «suave rosa»
Llamóla, muerto de amores...
¡El poeta es mariposa
Que adula todas las flores!

Bella es la azucena pura,
Dulce la aroma olorosa
Y la postrera hermosura
Es siempre la mas hermosa.

En sus amantes desvelos
La evidiaron las doncellas;
Mas ¡ay! son para los celos
Todas las rivales bellas.

Vióse en transparente espejo
Linda la jóven cabeza;
Mas tal vez dió en su reflejo
Su vanidad la belleza.

¿Y qué importa si es hermosa?
Sola, muda y abismada
Solo busca la apartada
Arboleda silenciosa.

Y allí cuando debilita
Su espíritu el sufrimiento,
En brazos del desaliento
Ni oye, ni vé, ni medita.

LAS DOS PALMERAS.

Allá entre las tinieblas
De la noche perdido,
¿No oís algunas veces
Vago, triste rumor,

Como el eco lejano
Del pájaro oprimido,
Que estrecha entre sus garras
Sacre devorador?

Es la voz de la vírgen
Palmera enamorada,
Que su gemido ardiente
Alza en la soledad;

Y á las auras en torno
Llama desconsolada,
Y sus brazos agita
Con amante ansiedad.

En las noches lamenta
Sus perdidos amores:
Las auras conmovidas
Gimen en derredor;

Y por oir su historia
Los sauces tembladores,
Sus lánguidas cabezas
Levantan con dolor.

Cuenta que ya á lo lejos
De su palmera amante
No vé alzarse la frente
Con desvelo galan;

Que ya nunca hácia ella
Los brazos anhelante
Tiende sobre los vientos
Con amoroso afan.

Que antes la brisa dulces
Halagos la llevaba,
Y á su amante en las noches
Oia suspirar;

Y de alegría entonces
Su seno palpitaba
Y dejaba al ambiente
Su frente acariciar.

Mas del invierno crudo
El vendaval airado
Sus brisas mensageras
Tiernas arrebató;

Y de los rudos golpes
Su amante fatigado
Hácia el suelo agitada
La cabeza inclinó.

¡Y desde entonces nunca
Vé ya la amada frente,
Ni sus brazos ansiosos
Sobre los aires vé!

¡Ni escucha su murmullo
Que halaga solamente
Las bellas florecillas
Que brotan á su pie!

Así en la noche cuenta
La palma sus amores;
Las auras conmovidas
Gimen en derredor;

Y al escuchar su historia
Los sauces tembladores,
Sus lánguidas cabezas
Inclinan con dolor.

AL HADO.

La estrella, el signo... Ideal!
El Hado infausto... Locura;
Que para todo mortal
Propicia, fácil, igual
En el mundo es la ventura.

Para el monarca opulento,
Para el mendigo indigente
Tiene la vida igualmente
Un oportuno momento
De sonrisa complaciente.

No es la fortuna obtener
Ese atributo del ser
Que jamás faltó á ninguno:
La buena estrella es saber
Asegurar cada uno
Su fugitivo placer.

Fruto es la felicidad
Para gustarle en sazon;
Quien malogra la ocasion,
Culpa la casualidad,
Y llama á su imprevision
Destino, fatalidad.

Unos su influjo sintieron
Porque su influjo estimaron,
Otros de cerca la vieron,
Y su favor desdeñaron
Porque no la conocieron.

Y aunque en el mundo tú así
Alumbras, felicidad,
Sol de muchos, yo ¡ay de mí!
Los rayos no percibí
De tu hermosa claridad.

Tal vez á mi lado estabas
Cuando de tu lado huia;
Tal vez tierna me buscabas
Y amorosa me llamabas
Cuando tu voz no entendia.

¡Cuán costoso es el saber,
Cuán costoso el aprender
Lo que debemos buscar,
Y cuán fácil olvidar
Lo que debemos temer!

¡Y cuán tarde el desengaño
De nuestros errores vemos!
Error que al fin conocemos
Para sentir mas el daño
Que reparar no podemos.

Mas daños al mas novicio
Corazon han de tocar;
Pero es risible artificio
A nuestras culpas llamar
Hado adverso ni propicio.

A UNA COQUETA.

Como aquellas lucecillas
Vaporosas y ligeras,
Que sin calor á millares
Se levantan de la tierra,

Los amores en tu pecho,
Fragilísima belleza,
Sin que su fuego te abrase
Alzan mil llamas diversas:

Brotan, lucen, se disipan,
Otras nacen tras aquellas:
La inconstancia las apaga,
La liviandad las renueva.

CANCION.

Cuando la luz de la tarde
En occidente se apaga,
Y la reina de las sombras
Con ligero paso avanza;

En esas horas tranquilas,
Inspiradoras del alma;
Cuando en las alas del viento
El silencio se derrama;

Cuando la tórtola dulce
Lánguido suspiro exhala
Con acento lastimero
Recogida entre las ramas,

A aliviar voy mis cuidados
A la orilla solitaria
De un pacífico arroyuelo,
Que entre fresnos se dilata.

Y vagando pensativa
Por la arboleda callada,
Sueño dichas venideras,
O canto las ya pasadas.

Y comparo al manso rio
Mi existencia sosegada.—
El rueda blando entre flores;
Ella entre ilusiones blanda.

A EMILIO DORMIDO.

¡Cuál brilla su alba frente
De angélica pureza!...
¡Cuál vierte su mejilla
El candor infantil!

Exhalan el aliento
Sus labios bulliciosos
Mas dulce que las auras
Del aromado abril.

Entre rosado velo
De púrpura y de flores
Protege su descanso
El ángel de la paz.

Y vaga cariñoso
En torno de su cuna
Y halaga blandamente
Su adormecida faz.

Y coronó su lecho
De blancas azucenas,
Y coronó su frente
De rosas y azahar.

Silencio..... que no turbe
Ninguna voz humana
Su plácido sosiego,
Su blando dormitar.

CANCION.

Con el otoño perdidas
Son las claras y lucidas
Alboradas,
Y las flores del estío
Yacen en el valle umbrío,
Deshojadas.

De los árboles desnudos
La vestidura luciente
Primorosa,
Ya de aquilones sañudos
Arrebata la corriente
Presurosa.

Al melancólico suelo
Ya la lumbre del sol bella
No aparece:
Lleno de sombras el cielo,
En las noches ni una estrella
Resplandece.

Ya la lluvia se derrama
Entre la amarilla grama
Y acrecienta,
La desolada tristura
Que en la desierta llanura
Se presenta.

El campo tristeza ofrece
Y la ciudad enfadosa
Tedio inspira:
Tú mis horas embellece,
Compañera deliciosa,
Blanda lira.

Otros busquen en buen hora
La dicha de sus amores
Ponderada:
¡Tú con risa encantadora
Me darás dichas mayores
Retirada!

Otros oigan estasiados
Acentos enamorados,
¡Lira mia!
Solo á mí tu canto grave
O tu murmurio suave
Me estasía.

DESPEDIDA AL AÑO DE 1843.

Adios, el que caminas
A hundirte en lo pasado:
Mis ojos con tristeza
Te ven desparecer;

Tus dias á mi vida,
Crueles, han dejado
Mas lágrimas que risa,
Mas penas que placer.

Y tú los años mios
Con nuevo peso aumentas
Y una esperiencia añades
Al jóven corazon;

Mas yo tierno saludo
Te doy porque te ausentas;
Que hasta los males mismos
Nuestros amigos son.

¡Ay! tal vez mas ingrato
El año venidero
Me hará con triste envidia
Tus horas recordar;

Que siempre mas agudo
Es el dolor postrero,
Y es siempre mas amargo
El último pesar.

En vano la esperanza
Con risueño atavío
Muéstrame los objetos
Allá en el porvenir:

Las que á lo lejos brillan
Cual gotas de rocío,
Son toscas piedrecillas
Que el sol hace lucir.

Y á la remota dicha
La fantasía vana
Y el corazon ansioso
Cercana sueñan ver:

¡El ignorante niño
Vé tambien muy cercana
La luna que sus manos
Se afanan por coger!

Mejor fuera que ahora
Partiera yo contigo
Y la faz nos velara
Juntos la eternidad,

Que sola y fatigada
En un suelo enemigo
Quedarme con mi vida
De perpétua ansiedad.

Mejor que el sueño eterno
Apagara el latido
De este mi sin ventura
Inquieto corazon;

Que en sus amantes penas
Dejarle sumergido,
Llorando de infortunio,
Temblando de pasion.....

Mas ya la noche avanza
Y á pasos presurosos
A sepultarte corres
En el inmenso mar,

Donde mi pena un dia,
Mis sueños fatigosos,
¡Ay Dios! y mis amores
Iré yo á sepultar.

Aunque vengais del desierto
Otro verano á cantar,
O no vendreis á mi huerto
O yo no os podré escuchar.

¿Quién sabe si mudada el alma mia,
Quién sabe si perdido su contento
Como se alegra hoy con la armonía
Mañana sufrirá con vuestro acento?

Vosotras si veis venir
La nube, huís la cabeza;
Pero yo no puedo huir
La nube de mi tristeza.

Yo sé que lejos de la tierra mia
Otra hay mas bella que buscar no puedo;
Por eso os vais y de la niebla fria,
Entre las sombras, temerosa quedo.

Triste será aquí mi vida,
Pero de aquí no me voy;
¡Ay! ¡por qué á la tierra asida
Como ese laurel estoy!

Las que podeis cruzar libres el viento
Dejad las sombras de la niebla fria;
Yo en vuestra ausencia elevaré mi acento
Bajo el bello laurel que os guarecia.

Ermita de Botoa, 1844.

TRISTEZA DEL OTOÑO.

Echas polvo caen, hermano,
Las flores del jazminero
Y ha perecido el postrero
Pimpollo de aquel rosal,
Cuyo vástago lozano
Tantos hijos sostenia,
Que ignoro cómo vivia
La gran planta maternal.

Emilio, en el firmamento
Gran revuelta se prepara
Pues la avecilla mas cara
De mi jardin emigró;
Y por las noches el viento
Su vuelo tanto levanta
Que de las parras quebranta
Las hojas que el sol doró.

No sabes de cual tristeza
Se contagian mis sentidos;
No sabes cuántos gemidos
Siento en el alma nacer,
Cuando apoyo la cabeza
En la pared de mi huerto
Oyendo el rumor incierto
Que forma el hoja al caer.

No es que del verde emparrado
Me aflija el muerto follaje,
Ni porque á playa salvaje
Huya el pájaro leal;
Por lo que siento angustiado
Mi pecho con las señales
Del ave, de los parrales,
Del jazmin y del rosal.

¿Qué me importan los jazmines,
Ni las rosas, ni las aves,
Cuando, hermano, muy mas graves
Pesadumbres tengo yo?
Cuando en horas tan ruïnes
Doliente paso la vida,
Qué me importa la caida
De la flor que se agostó?

Mas oye, cuando fenecen
Las florecillas, hermano,
Cuando al suelo americano
Las golondrinas se van,
Unas sombras aparecen
En el viento conmovido
Que á mi cuerpo estremecido
Prolongada muerte dan.

Surge á mis ojos el llanto
Y mi espíritu se abate
Y en mi seno apenas late
Sofocado el corazon;
Y en doloroso quebranto
Mi cuerpo endeble flaquea,
Y se conturba mi idea
Y es todo en mí confusion....

Emilio, el otoño viene
De esas sombras circundado
De ese funesto nublado
Que en mi endeble juventud,
Tan estraño influjo tiene
Que el temor de su venida
Me hace escuchar la caida
Del hoja con inquietud.

Emilio, el otoño llega
Y se agobia el alma mia:
Su grave melancolía,
¿Quién sabe si acortará
Esta vida que se entrega
A merced de ese nublado
Que por el aire agitado
Como una fantasma vá?...

Ermita de Botoa, 1844.

La luz de la primavera.

Ya el almendro de flor está cubierto;
Ya he visto á la primera golondrina
De su antigua morada tras la ruina
Cruzar por mi ventana en vuelo incierto;
Ya ha brotado en el cesped de mi huerto
Una temprana, roja clavellina,
Y ya tremola, como blanca enseña
Sus alas, en la torre, la cigüeña.

Dicen que de estacion risueña y clara
Esos son claros signos y seguros,
Que rayos brillantísimos y puros
El sol á nuestra atmósfera prepara:
Que no turbarán mas su lumbre cara
Esos vapores del invierno oscuros,
Ni cruzarán el manso firmamento
Pesada lluvia ni importuno viento.

Si puede el resplandor de mi alegría
Perdida, renacer en mis sentidos,
Logren mis ojos tanto entristecidos
Cumplida ver tan bella profecía:
Mira, Emilio, si son del alma mia
Los nuevos pensamientos atrevidos
Cuando ambiciono solo á mi ventura
Ver revestido el cielo de luz pura.

¡Luz nada mas! ¡la luz!.. es sed ansiosa
Que seca ya los ojos abrasados,
Que tiene entre sus sombras sepultados
Oscurísima niebla pavorosa:
Ni otro consuelo que la luz hermosa
Tiene mi corazon, ni otros cuidados,
Que impaciente aguardarla en su venida
Y lamentar con lágrimas su huida.

¡Ven primavera! tu beldad gozosa
Dome los irritados elementos;
En medio á sus combates turbulentos
Alzate sobre el trono magestuosa;
Cese ante tí la lluvia tenebrosa,
Callen ahogados ante tí los vientos,
Y huyan por el espacio los nublados
Como bandos de cuervos espantados.

En colina elevada, allá distante
Veré en el campo relumbrar el rio,
Y en el tronco del álamo sombrío
Oiré de nuevo al ruiseñor amante;
Ora se esconde triste y vaga errante
La furia huyendo al vendabal impío,
Pero así que se amanse el firmamento
Vendrá á llenar con su armonía el viento.

Y yo en el viento oiré su voz amante,
Y mi voz de sus trinos compañera
Como la luz y el aire por la esfera
Volarán confundidos un instante;
Y entrambos con el seno palpitante
Embriagados de amor por la ribera
Cantaremos del cielo la hermosura
Adorando en su luz nuestra ventura!

Ermita de Botoa, 1845.

LA NUEVA INFANTIL.

Emilio, qué ha sucedido?
¿Qué me tienes que decir?
¿Qué ha pasado? ¿qué has oido?
¿Dónde anduviste perdido?
¿Cómo tardaste en venir?

¡Nada tienes que contarme!
¡No tiene, Emilio tu boca
Un tierno beso que darme!
¡Emilio, quieres quitarme
Ese beso que me toca!

¿Que en tu boquita sencilla
Busquen un mismo placer
Dos almas te maravilla?
¿No van á la fuentecilla
Dos pájaros á beber?

....

¿Y dime qué mas supiste?
¿Tú le miraste muy fijo
Y estaba, Emilio, muy triste?-
¿Eso pasó?-¿Y qué mas dijo?
¡Y tú qué le respondiste?...

¿Tu tambien le acariciaste?
¡Conque me amabas así!-
¿Un abrazo? ¿Y le besaste?
Y luego en fin le dejaste
Para contármelo á mí...

¡Deja que te sienta unido
Por esa dichosa nueva
Contra el pecho y comprimido,
Y que los labios te beba
En el beso que te pido!

Ermita de Botoa, 1845.

EL MUNDO DESGRACIADO.

Hay escrito un cantar muy doloroso
En una historia triste que poseó,
Para cuando el alegre balbuceo
Deje, Emilio, tu labio bullicioso;
Para cuando del álamo frondoso
Que tan lejano de tu frente veo
Toque á las ramas la graciosa mano
Que ahora no alcanza al peralillo enano.

Vago, amoroso, indefinible canto
Que yo no pronuncié, que nadie ha oido
Por tu risa infantil interrumpido,
Borrado á medias por mi ardiente llanto;
Memorias para tí de tierno encanto,
Encierra ese cantar, que lleva unido
Al sueño de tu infancia venturosa
El de mi larga juventud penosa.

Hoy mis pinceles para tí son vanos;
Tú no conoces tu retrato ahora;
Allí está tu cabeza seductora
En el grupo no mas de dos hermanos;
Cuadro es sencillo, obra de mis manos,
Niño que rie junto á mujer que llora,
Aire que vaga junto á flor marchita,
Y la destroza mas cuando la agita.

Mas, no pienses historia peregrina
Relatada escuchar en mis cantares;
Todos del alma mia los azares
En la tristeza están que la domina:
Si no es desventurada, lo imagina,
Y es lo mismo que todos los pesares
Del mundo tenga, ó que los sueñe todos,
Si se sufre igualmente de ambos modos.

Y lo mismo que lloro, Emilio, llora
La multitud sin conocer tampoco
El grande, oculto, inapagable foco
De la llama del mal devoradora;
¿Será que aun niño nuestro siglo ahora
Pugna impaciente, como tú hace poco,
Por romper las estrechas ligaduras
De sus largas envueltas vestiduras?

¿Será que de sí propio avergonzado
A comprender empieza su ignorancia?
¿Que entre las tiernas formas de su infancia
Siente latir un corazon formado?

¡Ay! eso es; su espíritu exaltado
Le hace correr larguísima distancia,
Pero, á su cuerpo débil y rendido
Fáltale fuerza y quédase dormido.

Cesan las guerras, y en la paz se aclaman
Libres los pueblos, sabios, venturosos;
¿Por qué los corazones silenciosos
Tantas secretas lágrimas derraman?
Unos al cielo sin consuelo claman,
Ahogan otros sus gritos dolorosos;
¿Es que á ninguno la comun ventura
Toca, ó que todos gimen por locura?...

A los niños, Emilio, á tí te toca;
Ven á mofarte de mis cantos vanos;
En tus brazos dulcísimos hermanos
Ven á estrecharme con tu risa loca,
Y séllame los labios con tu boca
Y escóndeme los ojos con tus manos,
Y el bullicio infantil de tu contento
El eco aturda de mi triste acento!

Ermita de Botoa, 1845.

EL MUNDO CODICIOSO.

Las nuevas de este mundo tormentoso
Ven á escuchar sentado en mis rodillas,
Y cuenta, Emilio, tú las maravillas
De tu pais tranquilo y delicioso;
Yo te diré como el dolor penoso
Hace saltar el llanto á mis megillas,
Y tú me esplicarás cómo el contento
Siempre en tus claros ojos tiene asiento.

En tus coloquios con las dulces aves,
En tus alegres juegos con la fuente,
¿Qué pasa, Emilio, que tan tiernamente
Amas el campo y sus misterios sabes?
¿Por qué escondido entre las yerbas suaves
Te place contemplar atentamente
Mas los insectos y saber sus nombres
Que escuchar las historias de los hombres?

¿Qué piensas de esas piedras hacinadas
A que llaman ciudad que, con enojos,
Apartas de ella los lucientes ojos
Y hácia los campos tornas tus miradas?
¿Tienen de las abejas las moradas
Mas perfeccion que esos perfiles rojos
Tan altos en los aires elevados
Y con fatigas tantas dibujados?

¿Qué piensas, rubio Emilio, de esas gentes
Revestidas de insignias de grandeza
Que no acatas el brillo y la riqueza
Que los pueblos adoran reverentes?
¿Cómo de esas monedas relucientes,
Que van de mano en mano, la belleza,
Cándido Emilio, tienes en tan poco
Que con las chinas las confundes loco?

Entre los hombres alto vocerío
Por ese metal bello se levanta;
Esa es, Emilio, la reliquia santa
Que de su religion queda al gentío;
Para alabar su inmenso poderío
No hay en el mundo mas que una garganta:
¡Gloria! cantan los ángeles en coro;
¡Oro! cantan los hombres ¡oro! ¡oro!

¿Y qué mucho que tenga esa vistosa
Dorada tierra fama tan crecida,
Si de la raza entera envilecida
Es la sola virtud maravillosa?
La turba de otros dias religiosa
Deja al divino Dios arrepentido,
Y está pronta á adorar humildemente
Becerros de oro, cual la antigua gente.

Si oyes el trueno de espantosa guerra
No es que el cristiano pueblo se levanta
Para ir á rescatar la tumba santa
Del *grande mártir* á lejana tierra;
Si la historia en sus páginas encierra
De nuestros nobles padres gloria tanta,
Nosotros que su lauro no anhelamos
No ya por Dios, ¡por vil oro luchamos!...

Mas, dejemos al mundo codicioso
Que hace saltar el llanto á las megillas,
Y muestra, Emilio, tú las maravillas
De tu pais tranquilo y delicioso;
Llévame á ver como en tropel gracioso
A comer en tus manos las semillas
Entre las yerbas verdes y suaves
Vienen trinando las amigas aves.

Contigo iré, los dos caminaremos
Juntos al valle, al bosque, á la ribera,
Y con el lirio azul de la pradera
Los juncos de las aguas trenzaremos:
Tal vez en dulce soledad hallemos
Aquella imágen grande y verdadera
Que desde el cielo hermoso, á tí alegría
Y á mí paz y esperanza nos envia.

Ermita de Botoa, 1845.

AU JEUNE EMILE.

IMITATION DE CAROLINA CORONADO.

Viens écouter, Emile, assis sur mes genoux
Le récit douloureux de notre pauvre monde,
Et puis tu m' apprendras de quelle paix profonde
Jouit ton monde à toi, qui vis étrange à nous.
Enfant je te dirai quelle peine cruelle
Vient souvent arracher des larmes à mes yeux;
Et tu m'expliqueras le sonrire joyeux,
Qui perce incessament de ta noire prunelle.

Dis, tes doux entretiens avec l'oiseau des bois
Et tes jeux innocens aux bords d'une eau limpide.
Ont pour toi bien d'attraits, cuand tu cherches avide
A courir dans les champs et poursuivre à la fois
L'insecte qui se traîne et celui qui voltige,
Les contempler ému, par leur nom les nommer?
Pourquoi, quand tout cela sait si bien te charmer
De nos hommes l'histoire est pour toi sans prestige?

Quel effet, bel enfant, font-elles sur ton cœur
Ces pierres que tu vois en tous lieux entassées,
Et qu'on nomme Cité, quand tes jeunes pensées
Et surtout ton regard s'en détourne moqueur?
L'asile trasparent qu'édifia l' abeille
Pour, jalouse, y verser les trésors de son miel,
Est préférable, dis, à ces tours qui du Ciel
Paraissent affronter l'imposante merveille?

Et que penses-tu donc de ces habits dorés
Que revêt le puissant et qu'un vain peuple encense?
Quand tout semble plier sous leur magnificence,
Toi seul es insensible à ces biens révérés?

Et, dis, quel cas fais-tu de la valeur suprême
De ce brillant métal qui court de main en main?
Quand pour lui délirant se meurt le genre-humain,
Il te sert de hochet, et tu l'y confonds, même?

Et cependant, vois-tu, c'est pour lui que ces cris
Se font jour à travers tout un peuple qui gronde:
C' est le Dieu qu'à genoux adore notre monde;
C' est le Dieu qu'en son cœur il chérit, tout épris!
Sa voix s'élève, haut, pour chanter ses louanges,
Pour proclamer ses dons, ses bienfaits précieux:
Gloire! en de doux accords murmure l'ange aux Cieux,
De l'or!... répète l'homme en ses clameurs étranges!

Pourquoi tant de la terre exalter les appas,
Si cette soif de l' or s' attache à l' existence!
Si pour le monde, hélas, c'est l'unique espérance,
C' est sa seule vertu, son refuge ici bas!
Des peuples d' autrefois la barbare croyance
Fit mépriser de Dieu les véritables lois,
Leur Dieu fut *un veau d'or*... de même qu'autrefois
A l' aspect du *veau d'or* il s'incline en silence.

Si jamais de l'airain le bruit multiplié
Retentit effrayant et menace ta tête,
Ne vas pas croire, enfant, que ce soit la conquête
Qu' entreprend le chrétien du *Sépulcre* oublié.
Ne vas pas croire encor si jamais dans l'histoire
Tu parcours les exploits de nos vaillans aïeux,
Qu'il veut leur disputer leurs titres glorieux:
Combattre pour *l'argent* est plus digne de gloire!

Mais tâchons d' oublier les momens douloreux
Que ce monde cruel impose à ma faiblesse:
Viens, Emile, à ton tour montre-moi la richesse
Du pays où tu vis tranquillement heureux.
Viens et guide mes pas sous ces épais feuillages
Où des oiseaux amis parés d'azur et d'or,
A ton aspect, vers toi, dirigent leur essor,
Pour y chercher, joyeux, le prix de doux ramages!

Oh! laisse-moi te suivre et ne me quitte pas!
Ensemble nous irons, parcourant les vallées,
Les plaines et les bois, et les vertes allées,
Entrelacer les fleurs que courbèrent nos pas.
Et sans cesse avec toi dans ce riant asile
Y verrai-je la paix qui m' échappe toujours,
Et le calme innocent où se bercent tes jours
Viendra, peut-être, aussi me visiter, Emile!

Palma le 14 avril 1847.

JAUME CABANELLAS.

PRIMAVERA INVISIBLE.

¡Qué caso tan peregrino
Un año sin primavera!...
Pasó sin que yo la viera
¿O es tal vez mi desatino?

Qué, bandos de ruiseñores
En la arboleda cantaron
Y que á millares brotaron
Y se agostaron las flores?

¿De qué modo, cómo, cuándo
Eso pasó, Emilio, dí?
O yo nada percibí
O todo lo estás soñando.

¿Qué tamaña desventura
Me gritaba en los oidos
Que de esos claros sonidos
Ni el rumor sentí, criatura?

¿Adonde estaban mis ojos
Que no han visto en los collados
Tantos lirios azulados
Y tantos pimpollos rojos?

¡Yo que soñaba impaciente
Con la nueva primavera!
¡Yo que su rosa primera
Aguardaba atentamente.

Perderla así de ese modo
Sin haberla contemplado!...
¡Ay Emilio! yo he cegado
O tú lo has soñado todo.

De las bellas estaciones
Adoro, Emilio, el placer,
Y no quisiera perder
Ni uno solo de sus dones.

Mas sin duda comprimidos
Con fortísima tristeza
Yo he tenido en mi cabeza
Medio muertos los sentidos.

Y cuando al cabo despierto
De mi letargo penoso
Halló un estío ardoroso
Y hallo un campo ya desierto.

Ansia de felicidad
Me devora el alma mia,
Mas por acaso me guia
Su instinto á la adversidad.

Y yo pienso que ha de ser
Porque en mi pecho doliente
Alienta imperfectamente
El sentido del placer.

Y amo, y busco la afliccion
Porque en su grande sentir
A sus anchuras latir
Puede solo el corazon.

Por eso los ruiseñores
Que sonaron no escuché,
Ni he visto, aunque las busqué
En los campos, esas flores.

Por eso la primavera,
Que tú dices que pasó,
Aunque la aguardaba yo
Pasó sin que yo la viera.

Ermita de Botoa, 1846.

Ultimo canto.

Emilio, mi canto cesa;
Falta á mi númen aliento.
Cuando aspira todo el viento
Que circula en su fanal,
El insecto que aprisionas
En su cóncavo perece
Si aire nuevo no aparece
Bajo el cerrado cristal.

Celebré de mis campiñas
Las flores que allí brotaron
Y las aves que pasaron
Y los arroyos que hallé,

A LAS POETISAS.

INVITACION.

¿Quereis formar un coro
Hermosas las del canto peregrino,
Mas dulce, mas sonoro
Que el rumor argentino
Del agua y de los pájaros el trino?

¿No veis como las aves
Cantan en amigable compañía
A unos acentos graves
Los otros de alegria,
Uniendo en perfectísima armonía?

Nunca entre sí celosas,
Porque la voz del ruiseñor descuella,
Se alejan rencorosas
De la enramada bella,
Dejando triste al ruiseñor en ella.

Nó; que con tiernos pios
La bulliciosa turba Rey le aclama
Y en los valles sombríos,
Donde á su coro inflama,
Solo el odioso buho le desama...

Yo ya tengo escogida
Corona de bellísimos laureles
Y de rosas ceñida,
Que estimo en los vergeles
Mejor que á los brillantes oropeles.

Riquísimo prendido
Que bañará de aromas los cabellos
Y en el rostro encendido
Hará á los ojos bellos
Orgullosos lucir con sus destellos.

¡Mil veces venturosa
La compañera que en su tierna frente,
Esa fresca y airosa
Guirnalda trasparente
Entre nosotras alze alegremente!

Orne prenda tan bella
A la que eleve mas el claro acento:
El ruiseñor aquella
Será del coro atento,
Y el buho la que envidie su talento.

Badajoz, 1845.

CANTAD HERMOSAS.

Las que sintais, por dicha, algun destello
Del númen sacro y bello,
Que anima la dulcísima poesía,
Oid: no injustamente
Su inspiracion naciente
Sofoqueis en la jóven fantasía.

Si en el pasado siglo intimidadas
Las hembras desdichadas,
Ahogaron entre lágrimas su acento,
No es en el nuestro mengua,
Que en alta voz la lengua
Revele el inocente pensamiento.

Do entre el escombro de la edad caida,
Aun la voz atrevida,
Suena, tal vez, de intolerante anciano,
Que en áspera querella
Rechaza de la bella
El claro ingenio, cual delirio insano.

Mas ¿qué mucho que sienta la mudanza
Quien el recuerdo alcanza
De la edad en que al alma femenina
Se negaba el acento,
Que puede, por el viento,
Libre exhalar la humilde golondrina?

Aquellas mudas turbas de mujeres,
Que penas y placeres
En silencioso tedio consumian,
Ahogando en su existencia
Su viva inteligencia,
Su ardiente genio, ¡cuánto sufririan!

¡Cuál de su pensamiento la corriente,
Cortada estrechamente
Por el dique de bárbaros errores,
En pantano reunida,
Quedára corrompida
En vez de fecundar campos de flores!

¡Cuanto lozano y rico entendimiento,
Postrado sin aliento,
En esos bellos cuerpos juveniles,
Feneció, tristemente,
Miserable y doliente—
Desecado en la flor de los abriles!

¡Gloria á los hombres de alma generosa,
Que la prision odiosa
Rompen del pensamiento femenino!

Gloria á la estirpe clara
Que nos guia y ampara
Por nuevo anchurosísimo camino!

Lágrimas de entusiasmo agradecidas,
En sus manos queridas,
Viertan los ojos en ofrenda pura:
Pues, solo con dejarnos;
Cantando consolarnos
Nos quitan la mitad de la tristura.

¡Oh cuanto es mas dichosa el alma mia,
Desde que al arpa fia
Sus hondos concentrados sentimientos!
¡Oh cuanto alivio alcanzo,
Desde que al aire lanzo,
Con espansion cumplida, mis acentos!

Yo de niña en mi espíritu sentia
Vaga melancolía
De secreta ansiedad, que me agitaba;
Mas, al romper mi canto,
Cien veces, con espanto,
En la mente infantil lo sofocaba.

Que entonces, en mi tierra, parecia
La sencilla poesía
Maléfica serpiente cuyo aliento
Dicen, que marchitaba
A la jóven que osaba
Su influjo percibir solo un momento.

¿Cómo á la musa ingenua y apacible,
Bajo el disfraz terrible,
Con que falsa nos muestra antigua gente
Su cándida hermosura,
Pudiera sin pavura
Conocer y adorar antes la mente?

¡Qué rara maravilla y que alegria
Sintió mi fantasía
Cuando mudada vió la sierpe fiera
En niña mansa y pura,
Tan llena de ternura,
Que no hay otra mas dulce compañera!

¡Cuál mi embeleso fué, cuando á su lado
Mi espíritu mimado
Y en su inocente halago suspendido,
Suavísimas las horas
Tras de voces sonoras,
Pasó vagando en venturoso olvido!

Decíd á los que el odio en ella ensañan,
Que viles os engañan
Esa deidad al calumniar osados;
Decidles, que no es ella
La que infunde á la bella
Afectos en el alma depravados.

Si brota en malos troncos engertada
Será por que arrancada
Del primitivo suelo con violencia
De la rama en que vive,
A su pesar recibe
El venenoso jugo su existencia.

Empero, no esa flor alba y hermosa
Aroma perniciosa
De la doncella ofrece á los sentidos;
A los que tal dijeron,
Decidles que mintieron
Como necios y torpes y atrevidos.

Y aquellas que sintais algun destello
Del númen sacro y bello,
Que anima la dulcísima poesía,
Llegad tranquilamente,
Y en su altar inocente
Rendid vuestro homenage de armonía.

Hallen los pensamientos oprimidos,
Que ulceran los sentidos,
Giro en la voz y en nuestras almas, ecos,
Si con silencio tanto
De ese mudo quebranto
Los corazones ya no teneis secos.

Cántenos su infortunio cada bella,
Que si la pena de ella
Penetra con su ciencia, acaso, el mundo,
Mejor que los doctores
Esplica sus dolores
Con agudo gemir, el morimundo.

Dichas, amores, penas, alegrias,
Lloros, melancolías,
Trovad, al son de plácidos laudes,
Mas ¡ay de la cantora
Que á esa region sonora
Suba sin inocencia y sin virtudes!

Pues, en vez de quedar su vida impura
Bajo de losa oscura
En silencioso olvido sepultada,
Con su genio y su gloria,
De su perversa historia
Eterno hará el baldon, la desdichada.

Cante la que mostrar la erguida frente
Pueda serenamente
Sin mancilla á la luz clara del cielo;
Cante la que á este mundo
De maldades fecundo
Venga con su bondad á dar consuelo.

Cante la que en su pecho fortaleza
Para alzar con pureza
Su espíritu al escelso templo, halle:
Pero, la indigna dama
Huya la eterna fama,
Devore su ambicion, se oculte y calle.

Badajoz, 1845.

A LA SEÑORITA DE ARMIÑO.

¿Tambien, nueva cantora,
El arpa juvenil cubres de luto?
¿Tú desconsoladora
A la musa, que llora,
Rindes tambien tributo
De secas flores y de amargo fruto?

¡Suave luz del oriente!
¿Por qué entre nubes escondida tanto
Muestras la faz riente?

¡Angel mio inocente!
¿Por qué entre amargo llanto
Ensayas siempre tu sonoro canto?

¡Gemidos solamente!
¿Acrecentar la pena y el desvelo
De la turba doliente?...
No ha menester la gente
Mas tristes en su duelo—
Sóbrale el lloro; fáltale el consuelo.—

Sin fé, desesperado,
Al pié de sus altares derruidos,
Ya de luchar cansado
Al pueblo infortunado
Lleva en tiernos sonidos
Aliento y esperanza, no gemidos.—

Tal queda en el sendero
El labrador postrado de fatiga—
Mas oye pasajero
El canto placentero
De la calandria amiga,
Y el placer el cansancio le mitiga.—

¡Viuda de los amores!
Cambia en tu sien las tocas enlutadas
Por guirnaldas de flores:
Que á templar los dolores
De las mas desdichadas
Están las almas puras consagradas.—

En el monte bravío
Nace la flor: en la salvaje sierra
Brota el sereno rio—
Sobre el campo sombrío,
Que ensangrentó la guerra,
Alcemos nuestro canto en nuestra tierra.—

Mas siempre, compañera,
Unidas nuestras voces alzaremos,
Y la hoja primera
De palma lisonjera
Que entrambas alcancemos,
Como hermanas las dos la partiremos.—

Badajoz, 1845.

LA FLOR DEL AGUA.

¿Por qué tiembla?—No lo sabe.
¿Qué aguarda en el lago?—Nada.—
De las aguas enlazada
A los hilos su raiz,
El movimiento suave
De la linfa va siguiendo,
La cabeza sumergiendo
Del agua, al menor desliz.

Así la halló la alborada,
Así la encuentra el lucero,
Siempre el esfuerzo postrero
Haciendo para bogar;
Y en las olas la encallada,
Vaga y frágil navecilla
Sin poder la florecilla
Impeler ni abandonar.

Movimiento que no cesa,
Ansiedad que se dilata,
Ni el agua que sus piés ata
Sostiene á la débil flor,
Ni deja, en sus olas presa,
Que vaya libre flotando,
Quiere que viva luchando
Siempre en contínuo temblor.

¡Ya se inunda!.... ¡Ya se eleva!....
¡Ya la corriente la traga!....
¡Ya navega.... ya naufraga!
¡Ya se salva.... ya venció!
¡Ya el agua otra vez la lleva
En sus urnas sepultada!...
¡Ya de nuevo sobre-nada
En el agua que la hundió!...

Flor del agua, ¡cuántas flores
Viven en paz en la tierra!
Sola tú vives en guerra
En tu acuático jardin:
Te da la lluvia temores,
El manso pez te estremece
Y tu belleza perece
Sin gozar descanso, al fin.

Tú, poetisa, flor del lago,
Por amante, por cantora,
Has venido en mala hora
Con tu lira y tu pasion;
Que en el siglo estraño y vago
Á quien vida y arpa debes
Donde quiera que le lleves
Fluctuará tu corazon.

Que las cantoras primeras
Que á nuestra España venimos
Por solo cantar sufrimos,
Penamos por solo amar;
Porque; en la mente quimeras
De un bello siglo traemos
Y cuando este siglo vemos
No sabemos dó bogar.

Las primeras mariposas
Que á la estacion se adelantan
Y su capullo quebrantan
Sin aguardar al Abril,
Nunca saben temblorosas
Adonde fijar las alas,
Siempre temen que sus galas
Destroce el aire sutil.

Las ráfagas las combaten,
Las estrañan los insectos
Y de giros imperfectos
Si cansado el vuelo ya,
Sobre las plantas lo abaten
Buscando el capullo amigo
Hallan que néctar ni abrigo
La flor en boton les dá.

Las orugas que encerradas
Aun estan en sus clausuras
Mañana al campo seguras
Podrán sus alas tender;
Mas, aquellas desdichadas
Que antes cruzan la pradera

Morirán, la primavera
Risueña, sin conocer!...

¿Cuál es tu barca?—Una lira.
—¿Qué traes en ella?—Sonidos.
—¿Vuélvete, que no hay oidos
Para tus sones aquí;
Vuélvete, jóven, y mira
Si en tu barca, mas sonoro,
Puedes trasportarnos oro
U otro cargamento así.

¿Quién te llama? ¿A qué nos vienes
Con peregrinas canciones?
El trueno de los cañones
Del siglo el concierto es,
Y en vano sus anchas sienes
Pretendes ceñir de flores,
¡Ay! sus piés destrozadores
Hollarán cuantas le des.

¿Vienes de nuevo alma mia,
Qué traes en la barca?—Amores.—
Torna á otras tierras mejores,
Torna el camino á emprender;
Si es oro nuestra poesía
Nuestres amores son.... nada.
Vé si la nave cargada
De cetros puedes traer,

Que, si no de amor, tenemos
Tan elevadas pasiones
Que sentimos ambiciones
De un cetro cada garzon;
Y cada garzon podemos
Con nuestros genios profundos
Media docena de mundos
Fundir en una nacion,—

¿Otra vez? ¿Qué traes ahora?...
Siempre en el mismo camino
Sobre el cauce cristalino
En su barquilla la flor:
Así la dejó la aurora,
Así la encuentra el lucero
Siempre en el afan primero,
Siempre en el mismo temblor.

Tú, poetisa, flor del lago,
Por amante, por cantora
Has venido en mala hora
Con tu amor y tu cantar:
Que en el siglo estraño y vago,
A quien vida y arpa debes,
Donde quiera que la lleves
Puede el alma naufragar.

Mas, escucha no estás sola,
Flor del agua, en el riachuelo;
Contigo en igual desvelo
Hay florecillas tambien:
Que reluchan contra el ola,
Que vacilan, que se anegan,
Que nunca libres navegan
Ni en salvo su barca ven;

Pero, enlazan sus raices
A la planta compañera
Y viven en la ribera
Sosteniéndose entre sí:
Y cual ella mas felices
Desde hoy serán nuestras vidas
Si con las almas unidas,
Vivimos, las dos así.

Ermita de Botoa, 1845.

A LIDIA.

Error, mísero error, Lidia si dicen
Los hombres que son justos nos mintieron,
No hay leyes que sus yugos autoricen.

¿Es justa esclavitud la que nos dieron,
Justo el olvido ingrato en que nos tienen?
¡Cuánto nuestros espíritus sufrieron!

Mal sus hechos tiránicos se avienen
Con las altas virtudes, que atrevidos,
En tribunas y púlpitos sostienen.

Pregonan libertad y sometidos
Nuetros pobres espíritus por ellos,
No son dueños de alzar ni sus gemidos.

Pregonan igualdad; y esos tan bellos
Amores que les dá nuestra pureza
Nos pagan con sus pálidos destellos;

Pregonan caridad; y esta tristeza
En que ven nuestras almas abismadas
No mueven su piedad ni su terneza.

¡Ay Lidia! en la niñez siempre olvidadas,
En juventud por la beldad queridas
Somos en la vejez muy desgraciadas.

Paréceme que miran nuestras vidas
Como á plantas de inútiles follajes
Que valen solo cuando están floridas.

«No han menester jardin, crezcan salvajes,
Rindan como tributo su hermosura.»
¿Qué mas osan decir?... ¡Cuántos ultrajes!

¡Cuántos últrajes! Lidia á la criatura
Que tiene un alma pura enamorada
Y un corazon tan lleno de ternura.

¿Verdad que el alma noble está enojada
De que tantas bondades como encierra
Por que nazca mujer sea desdeñada?

¿Verdad que estamos, Lidia, aqui en la tierra,
Murmurando las hembras sordamente
Contra la injusta ley que nos destierra?

No bulle la ambicion en nuestra mente
De gobernar los pueblos revoltosos,
Que es tan grande saber para otra gente.

Ni sentimos arranques belicosos
De disputar el lauro á los varones
En sus hechos, de guerra, victoriosos.

Lejos de la tribuna y los cañones
Y de la adusta ciencia, nuestras vidas,
Gloria podemos ser de las naciones.

Pero no en la ignorancia, no oprimidas,
No por hermosas siempre comtempladas
Sino por buenas ¡ah! siempre queridas.

¡Oh madres de otra edad afortunadas
Cuán dichosos hareis á vuestros hijos
Si en escuela mejor sois enseñadas!

No sufrirán por males tan prolijos
Como aquellos que ya desde la cuna
Tienen en el error los ojos fijos....

Mas, Lidia, cuando el mundo por fortuna
Tras de su largo llanto y dura guerra,
Esa feliz prosperidad reuna
Ya estaremos tú y yo bajo la tierra.

Badajoz, 1845.

YO NO PUEDO SEGUIRTE CON MI VUELO.

Tú, huéspeda de villa populosa,
Yo de valle pacífico vecina,
Tú por allá viajera golondrina,
Yo por aquí tortuga perezosa:
Tú del jardin acacia deliciosa,
Yo del arroyo zarza campesina,
¿Qué indefinible, rara inteligencia
Enlaza seres de tan varia esencia?

El entusiasmo que hácia tí me impele,
La dulce fé que hácia mi amor te guia,
Disponen que en amiga compañía,
Mi canto unido á tus acentos vuele;
Mas yo no sé, paloma, si recele
Que, al fin, he de quedar sola en la via,
Pues tal vas ascendiendo por el cielo,
Que no puedo seguirte con mi vuelo.

Tú desde el centro de la régia villa
Domeñas con la voz los corazones,
Yo solo alcanzo á modular canciones
En honor de la simple florecilla;
¡Vé si el ala podrá, corta y sencilla,
De la londra, ganar esas regiones
Que traspasas, de sola una carrera,
Dejando un cielo atras la compañera.

Si mi ardoroso empeño á tí me envia,
De tí me aparta el génio que te eleva
Y sola á conquistar la prez te lleva
Que no osará tocar mi fantasía:
Pero no temas, no, que el alma mia
De su destino á murmurar se atreva,
Pues que suyo será el bello destino
De alfombrarte de flores el camino.

Mas, al fijar la perspicaz mirada
En esa sociedad, cuya existencia
Ha menester de intérprete á la ciencia
Para ser comprendida y revelada;
Afligida sintiendo y fatigada,
Acaso tu sencilla inteligencia,
Rechazarás el mundo con enojos
Y hácia mi valle tornarás los ojos.

¿Y qué hallarás?... La garza en la ribera
Del fresno cuelga su morada umbría
Y allí anhelante á sus polluelos cria
Al par de la amorosa compañera.
Guardan los canes la familia entera
Que á su lealtad valiente se confia,
Y fiel á su república la abeja
Hijos y fruto á la colmena deja.

¿Todas las madres son tan cariñosas
Entre esa gente de la raza humana?
¿Custodias tiene la nacion hispana
De sus honras y haciendas tan celosas?
¿Las vidas de los hombres generosas
Conságranse á la patria soberana?
¿O entre brutos á súbditos y reyes
Su instinto vale mas que nuestras leyes?

Donde el arte no está, donde alterada
No hallamos la creacion en sus hechuras,
No ha menester que tengan las criaturas
Muy alta comprension ciencia elevada;
Para cantar del campo embelesada
Las risueñas perfectas hermosuras,
Basta de mi garganta el leve acento,
Y sobra tu magnífico talento.

¿Qué bien hiciera aquí?... dar á estos séros
De paz y dicha y libertad lecciones?
¿Inspirar á las tórtolas pasiones
O á las hormigas enseñar deberes?...
Vé con tan noble empresa á las mujeres
Que muestran los llagados corazones,
Y de ese ardiente celo el bello fruto
Dale á la humanidad, por buen tributo.

Deja que mis estériles canciones
Mueran sobre este arroyo cristalino,
Y sigue tú, paloma, ese camino
El vuelo remontando á otras regiones;
Deja entre los agrestes pabellones
De la alondra perderse el vago trino:
Y allá del grande pueblo en el altura,
Difundan tus arrullos su dulzura.

Déjame á mí la gloria campesina,
Brille en la sociedad tu bella ciencia
Que allí á gloria mayor la providencia
Tu corazon y tu saber destinas:
¡Palpitante leccion, viva doctrina
A la ignorancia y femenil demencia!
Serás, entre su especie degradada,
Tipo de la mujer regenerada.

Ermita de Botoa, 1846.

A ELISA.

En buen hora llegaste, compañera,
La desdeñosa irónica sonrisa
Que tan amarga para el alma era
Cesa ya de afligir á la poetisa;
Rompimos el concierto muy aprisa
Sin aguardar compás en nuestra era
Y las damas cerraron los oidos
Y el sexo fuerte prorumpió en silbidos.

«¡Estraño caso! ¡una mujer que canta!
Tan solo oimos la mujer que llora.»
Eso gritaron los que aplauden ora
Con tanto bravo y con palmada tanta;

¡Fuerza de la opinion como quebranta
La ley de muchos siglos triunfadora
Y lo que ayer fué arroyo es hoy torrente
Marchando de los tiempos la corriente!

No conquistó Pizarro el pueblo de oro
Con mas fatiga con mayor quebranto
Que de elevar al aire el pobre canto
La libertad nuestro sencillo coro;
Sonó la voz pero sonó entre lloro,
Porque al fin de las hembras es el llanto,
Y cantar sin gemir, cantar placeres
Es propio de varon, no de mujeres.

Porque lo sabes ¡ay! nuestra es la pena;
El mayor infortunio en las naciones
Herencia de mujer, no de varones,
No podrán usurparnos la cadena;
Ven conmigo á gemir en hora buena
Y á defender, amiga, estos blasones
De tristeza y sentir y mala suerte
Que no nos puede hurtar el sexo fuerte.

¿Cómo formar jamás esa armonía
De gracioso contraste, compañera,
Si la mujer humilde no gimiera
Mientras el hombre soberano ria?
Canta la vida triste, amiga mia,
Que ellos deben cantar la placentera,
Y pues que suyos son placer y risa
Que le dejen el llanto á la poetisa.

No ha de mudar la ley volcar el trono
De las dolientes hembras el gemido,
Ni el gobierno en los hombres repartido
Ha de ceder el mundo en nuestro abono;
¡Ni le plegue el Señor! en abandono
Quede primero el sexo y confundido
Que en la palestra pública lanzado
Intrigante, ambicioso, arrebatado.

Para oprimir al pueblo el hombre basta;
No los yerros del mundo acrecentemos,
No en la tribuna ni en la lid busquemos
Renombre duro á nuestra blanda casta;
De la bandera nacional el asta
En los brazos endebles que tenemos
Prestó al suelo con nos diera y consigo
Dejando el reino libre al enemigo.

¡Oh no! jamás.—En la modesta casa
Por toda gloria nuestro canto alcemos
Y del soberbio dueño conquistemos
El privilegio de llorar sin tasa;
Que siempre habrá de ser la vena escasa
Por mucho, compañera, que lloremos
Para gemir del hombre el cruel dominio
Sus ímpetus de sangre y de estermінio.

¡Ojalá cuando en guerra desastrada
Se despedazan cual salvajes hienas,
Pudieran estas lágrimas serenas
Su mejilla bañar seca y tostada!
¡Ojalá cuando, en ley desesperada,
Lanzan al reo bárbaras condenas
Sobre el pliego al tender rasgo inhumano,
Regarán estas lágrimas su mano.

Cuando nos oigan, cuando el loco orgullo
Ceda del hombre en nuestro siglo ciego,
No estéril ha de ser el dulce riego
Que hoy brota en melancólico murmullo;
Nueva generacion, ora en capullo,
Crecerá, se alzará, brillará al fuego
Del maternal amor; sol refulgente
Que aun anublado está en la edad presente.

Badajoz, 1846.

UN AÑO MAS.

¡Un año mas!... un año, Angela mia,
Y aun no ha mudado mi horizonte triste,
Y de tan ancha tierra como existe
No he descubierto un palmo todavía;
¡Un año mas!... un año dia tras dia
Lentos conté, y Enero se reviste
De nuevo sol para ostentar mañana
Su cabellera por los hielos cana.

Hija de Italia; tú que los jardines
De la reina del mundo has contemplado,
Tú, que en su bello mar te has retratado
Al buscar sus sirenas y delfines;
Tú, que de España ahora en los confines
Ves á ese mar, que yo nunca he mirado,
Removiendo en su azul mil pabellones,
No puedes comprender mis ambiciones.

A veces de ese mar las conchas beso,
Y si veo por dicha algun marino
La relacion de su feliz camino
Le escuchó con ternísimo embeleso,
Y cuando cesa, doloroso peso
Siento en el alma, al comparar mezquino
Con tan soberbios gigantescos mares
El arroyo en que gimo mis cantares.

Los barcos de los pobres pescadores
Son los buques que cruzan sus riberas;
Los lienzos de las pobres lavanderas
Los ricos estandartes brilladores;
Y tan solo á estos puertos salvadores
Vienen, en vez de flotas estranjeras,
Blancos gansos, luchando con la ola
Y alguna gallareta errante y sola.

¿Has visto al topo que en la tierra hundido
Preso en el hoyo se remueve á oscuras
Y con la frente en las paredes duras
Dá cuando intenta ver el sol lucido?
Entre este viejo murallon roido,
Yo soy el topo, que las luces puras
Que en los alegres campos se reflejan
Nunca estos muros contemplar me dejan.

Contra este muro donde puso escalas
El francés ambicioso y el britano
Como sus vivas y rugientes balas
Mi ardiente corazon se estrella en vano;
En vano tiendo ¡ay! hácia tí mis alas
Desde este torreon, que el africano
Dejó, tal vez, en nombre de Mahoma
Para nidos del buho y la paloma.

Aquí muere la flor de la poesía
Antes que esponje el aura su capullo,
Aquí se apaga el sol del noble orgullo
Antes que logre esclarecer al dia,

Aquí de la creadora fantasía
El manantial se agota sin murmullo,
Aquí solo el amor gigante crece
Y ni se agota, apaga ni envejece.

Aquí frente por frente á las pasiones
En imponente lid nos encontramos,
Y aquí, como Petrarca, eternizamos
Del cariño ideal las ilusiones;
Aquí en la soledad los corazones
En nuestro amor tan solo concentramos
Y aquí de la poetisa el vital giro
Se puede reasumir en un suspiro.

¡Un año mas! Un año, Angela mia,
Y el doloroso incendio no se apaga,
Y esta ansiedad devoradora y vaga
No se estingue en mi pecho todavía!...
Angela, pues, tu voz sonora y pía
A tus hermanos ángeles halaga,
Ruégales porque el sol del nuevo Enero
Ilumine la paz que ansiosa espero!

Yo tengo fé en el porvenir oscuro,
Yo de engañarme en los recelos trato,
Yo á la esperanza el corazon dilato
Y bello siempre el porvenir auguro;
Yo ser feliz en la ilusion procuro
Contra el torrente del destino ingrato
Y al ver del nuevo año, sol que brillas,
Cruzo mis manos, doblo mis rodillas.

¡Oh nuevo sol, tus rayos bienhechores
No á mí sola su ardor fecundo estiendan
Que á las criaturas todas hoy comprendan
Sus vivíficos sacros resplandores!!
Que alivien la miseria y los dolores
De la España infeliz, que al pobre atiendan
Y no pase con nuevos desengaños
Un año mas, unido á tantos años!

Badajoz, 1846.

A ANGELA.

Angela, melancólica mi alma
Hácia tus brazos encamina el vuelo
Ansiosa de encontrar en ellos calma

Que, siempre son los ángeles del cielo
Esos que nos arrullan blandamente
Y nos prestan reposo y dan consuelo.

Tú tienes una voz que el ruido miente
De las sencillas tórtolas, y el eco
Del murmurar tranquilo de la fuente,

Y aunque en el pecho de inocencia seco
No halle lugar tan cándido sonido
Halla en el mio dilatado hueco.

Si, yo mi juventud no he consumido,
Conservo la ilusion y el sentimiento
Y aun puedo al tierno amor prestar oido:

Ora célebre amor tu tierno acento,
Ora te duelas dél, siempre te escucha
Mi enternecido corazon atento.

Y si en el siglo de ambicion y lucha
Consuelo mútuamente no nos damos
De nuestras almas á la pena mucha,

Angela, ¿con el llanto á dónde vamos?
¿Hácia dónde el amor sencillo y bello
De nuestra musa juvenil llevamos?

De rosas y jazmines el cabello
Te puedo coronar, sino ambiciosa
Por ceñir el laurel doblas el cuello:

Yo quiero consagrar mi edad penosa
A celebrar las cándidas doncellas
Que solo en su amistad mi alma reposa;

Entusiasmo y virtud encuentro en ellas
Y en sus arpas dulcísimas y santas
El consuelo y la paz de mis querellas.

Por eso vuelo á tí, que tierna cantas
A Dios y á los amores de mi vida
Raudal perpétuo de emociones tantas.

Por eso ya sintiéndome abatida
El alma hácia tus brazos encamino
Porque en ellos la dés bella acogida.

Mas precio yo tu arrullo peregrino
Que de las trompas bélicas los sones
Donde horribles batallas imagino;

Mas precio yo, doncella, tus canciones
Que los oscuros libros de la historia
Donde jamás hallé sino borrones;

Mas precio de amistad la suave gloria,
Mas de mis compañeras la sonrisa
Que del mayor guerrero la victoria.

De dos en dos, las tórtolas, poetisa,
Cantan sobre los rudos encinares
Mecidas en sus ramas por la brisa:

Así das tú compaña á mis pesares
Aliento á un pecho lánguido infundiendo
Con el celeste ardor de tus cantares...

Ya no sufro; mis párpados cayendo
A tu benigno influjo, dulce amiga,
Poco á poco y mi espíritu adurmiendo
En tus brazos se van... ¡Dios te bendiga!

Ermita de Botoa, 1846.

¿A DONDE ESTAIS CONSUELOS DE MI ALMA?

¿A dónde estais consuelos de mi alma,
Cantoras de esta edad, hermanas mias,
Que os escucho sonar y nunca os veo,
Que os llamo y no atendeis mi voz amiga?
¿A dónde estais, risueñas y lozanas
Juveniles imágenes queridas?...
Yo quiero veros, mi tristeza acrece
La soledad mi padecer irrita;
A darme aliento á mitigar mi pena
Venid, cantoras, con las sacras liras.
He visto alguna vez que al cuerpo herido
Flores que sanan con su jugo aplican,
De mi espíritu triste á la dolencia

Yo le aplicara la amistad que alivia.
Flores, que la salud de pobre enferma
Pudiérais reanimar con vuestra vista,
¿Por qué estais de la tierra en el espacio,
Colocadas tan lejos de mi vida?...
Ese es, cantoras, de infortunio el colmo,
Esa en el mundo la mayor desdicha;
Sufrir el mal, adivinar remedio
Y no lograrlo cuando el bien nos brinda.—
No he de lograrlo sola y olvidada,
Como el espino en la ribera umbría,
De mi cariño las lozanas flores
Lejos de la amistad caerán marchitas.
Nunca os veré; mi estrella indiferente
No marca en mi vivir grandes desdichas,
Pero tampoco ¡ay Dios! grandes placeres,
Tampoco venturosas alegrías.
¿Qué valen las desgracias si á sus horas
De tormentoso afan sigue la dicha?
Es menos bella la existencia, hermanas,
Pálida, melancólica, indecisa;
Que no tenga un azar de los que rinden
Ni una felicidad de las que animan.

¡A Dios, auras de abril, rosas de mayo,
Cantoras bellas de la patria mia!
Yo no puedo estrecharos en mis brazos,
Yo no puedo besar vuestras mejillas;
Pero al ardiente sol mando un suspiro
Y á la luna, al lucero y á la brisa
Para que allá, donde en la tierra os hallen,
Lo lleven en sus alas fugitivas.
¿Qué dais, hermanas, de mi amor en pago?
Dadme canciones tiernas y sencillas
Reflejo puro de las almas vuestras,
Consuelo activo de las ansias mias;
Y así podré esclamar «nunca las veo,
Sin verlas moriré, mas logro oirlas!»

Ermita de Botoa, 1846.



FANTASIAS.

LA ENCINA DE BOTOA.

En la raya que divide
El Portugal de la España,
Al lado de un regatillo
A unas encinas pegada,
Como á un cardo un caracol
Tiene D. Diego una casa
A donde á veces le lleva
Mas que su amor á la caza
El deseo de tener
A su mujer mas aislada.
Porque en el pueblo no vive,
Ronda, mira, cela, indaga
Y le enojan y le inquietan
Hasta las sombras que pasan
Al través de las espesas
Celosías de sus ventanas.
En el campo mas tranquilo,
Respira, duerme, descansa,
Más, ¡no con tal abandono!
Y tan ciega confianza
Que deje de examinar
Si algun caminante pasa,
Si para algun cazador
Bajo la encina cercana,
Si viene alguno á pescar
A la ribera inmediata.
Y hace dias que redobla
D. Diego su vigilancia,
Pues anda la portuguesa
Intranquila y abismada
En ocultos pensamientos
Que sus cuidados alarman.
Ya la ha hallado por dos veces,
Al tornarse de la caza,
Discurriendo entre las sombras
De unas encinas lejanas
Que van formando una gruta
Con sus copas enlazadas,
Y ha observado por dos veces
Que al acercarse á llamarla
Temorosa entre los árboles
El cuerpo le recataba,
Por lo cual ha decidido,
Lleno de celosa rabia,
Oculto hácia aquellos sitios,
Aquella tarde, acecharla.

Es D. Diego Mercader
Un hidalgo catalan,
Que si no lo testarudo
Y celoso por demás,
De los esposos, hoy dia,
Fuera modelo cabal.
Otro defecto le añaden
Los que no le quieren mal,
El de ser irreligioso
Pues afirman, además,
Que á su consorte reprende
Por su contínuo rezar;
A tal estremo llevando
Su impía temeridad
Que derriba las imágenes
Que en un figurado altar
La devota portuguesa
Tiene con grande piedad....
Mas estos son tan ligeros
Lunares que por hablar
La gente los escudriña
Entremetida y mordáz.
Es lo cierto que á su esposa
Doña María de Albar
Ama, considera y mima:
Aunque tambien es verdad
Que debe á Doña María
Fortuna y felicidad.
Porque; perdió Mercader
Su riqueza en el azár
Del juego, y recordando
Que tenia en Portugal
Cercanos parientes ricos
Y una primita además
De famosísimo dote
Y acreditada beldad.
Marchóse al pueblo estranjero,
Vió á la prima, se hizo amar,
Casóse, murió su tio
Con que le vino á heredar.

Ya la noche por Oriente
Va llegando acelerada,
Cruza el monte diligente
Algun pastor impaciente
Tras la res descamidada.

No hay en los aires un ave
De las que alegran el dia
Con su tierna melodía;
Los bueyes el paso grave
Mueven en pos de su guia;

Cuando al valle se encamina
De sable armado D. Diego
Y el valle todo examina
Y toma, de celos ciego,
Por su esposa á cada encina.

Párase de trecho en trecho
Tras cada bulto perdido
Y al ver su engaño deshecho

El corazon en el pecho
Se le salta enfurecido.

Detiénese fatigado
Y recogiendo el aliento,
Otra vez escucha atento
Porque sin duda á su lado
Ha resonado un acento....

«¡Señora—la voz decia,
Entre ronca y temblorosa—
»Señora, señora mia,
»Oye mis ruegos piadosa
»Oye mis ruegos María!...»

¡Aquí! gritó Mercader,
Desnudando la ancha espada
Que hace á sus plantas caer
La figura recatada
Que llamaba á su mujer.
Luego en la noche sombría
Quedó el valle sepultado
Y solo se distinguia
Un bulto en tierra postrado
Y otro bulto que se huia
Por el monte apresurado.

Y las puertas de la Granja
Se abren al golpe tremendo,
Que sobre ellas impaciente
Descarga el furioso dueño.
Por delante de su esposa
Pasa sin verla D. Diego
Y asiendo una lamparilla,
Se retira á su aposento.
Cierra la puerta y despues
Saca un misterioso objeto,
Prenda del muerto, y sin duda,
La que contiene el secreto
De su culpable mujer
Que en amorosos conceptos
Mil billetes habrá escrito....
Pasmado quedó D. Diego
Al ver en vez de cartera
Una bolsilla de cuero
Con dos groseras correas
Atada por un estremo.
Abrela, saca un papel
Y.... haciendo un terrible gesto,
Pálido como la cera,
El catalan en el suelo
Gritó arrojando la espada
¡Voto al diablo, es mi vaquero!

Ya han pasado muchos dias
Sin que vuelva á suceder
Que trate el buen catalan
De acechar á su mujer
Oculto entre las encinas.
¿Si habrá curado, tal vez,
Sus zelos aquella muerte
Del Pastor?—Yo no lo sé—
Tétrico, meditabundo
De su granja en el dintel
Pasa las horas enteras
En tanto que su mujer
Tambien silenciosa y triste,
Con afanoso interés,
Discurre sobre el orígen
De aquel estraño desden.
Por fin se acercó á su esposo,
Venciendo la timidez,
Y se atrevió á preguntarle
¿Por qué no sales?—Saldré,
Respondió él á esta pregunta,
Que como un rayo á caer
Fué en el alma del zeloso
Para inflamarla otra vez.
Voy á caza, dijo luego,
Y hoy muy tarde volveré.

Son ya las últimas horas
De una tarde sosegada
En que no aguarda la luna
Para salir de su estancia
A que el Señor de los astros
Por occidente se vaya;
Sinó, que robando al sol
El resplandor de su llama,
Sale á mostrar en el dia
Por el cielo su luz vaga
Y no deja distinguir,
La vista absorta en entrambas,
La clara noche que empieza
De la tarde que se acaba.
Callada como la luna
Tan bella y mas recatada
Una mujer aguardando
En el valle está con ánsia
A que se aleje una sombra
Que allá por el monte avanza,
Y cuando yá nada vé
Hecha á andar apresurada
Hácia un sitio en donde están
Cuatro encinas agrupadas.

Son una llama los zelos
Que ni se apaga ni entibia
Hasta que no ha reducido
El corazon á cenizas.
Y, dicen, que hace su llama
Cuando sutil se desliza
Por las venas, como el sol
Por las aguas cristalinas,
Hervir la sangre abrasada
En las sienes comprimidas
Y ver estraños fantasmas
Que la razon debilitan.
Por eso lleva D. Diego
Las negras cejas fruncidas,
Los ojos desencajados
Y la faz descolorida;
Por eso aferran sus dedos
Aquella espada que brilla
Como el agua de un arroyo
Al través de las encinas.
Por eso en aquel pastor
Que del valle se retira
Vé á lo lejos al incógnito
Galan de Doña María;

Porque son llama los zelos
Que ni se apaga ni entibia,
Hasta que no ha reducido
El corazon á cenizas.
Dió el hidalgo una estocada,
Dió un grito Doña María
Y con la vista clavada
En una encina elevada
Cayó de rodillas, fria.

Alzó la suya medrosa
Siguiendo la de su esposa
D. Diego hácia aquella encina
Que una ráfaga dudosa
Del crespúsculo ilumina;

Y vió la santa figura
De una Vírgen de madera
Que la blanca vestidura
A medias, por la hendidura,
Del tronco mostraba fuera;

Y vió el misterioso altar
Que su esposa ha hecho adornar
De las mas hermosas flores,
A donde vienen á orar
Por la tarde los pastores.

Y allí cayó de rodillas.—
La luna que alumbra en tanto
Sus facciones amarillas
Dejó ver en sus mejillas
Dos tristes gotas de llanto.

La encina desde aquel dia
Muestra en su copa sombría
Cada bellota sagrada
Con la imágen de María
En su corteza grabada.

Ermita de Botoa, 1845.

CANTOS DE UNA DONCELLA.

I.

Bella soy, bella soy; mi rostro encanta;
Mejor que en el cristal en los semblantes
La copia miró de belleza tanta
Reflejada en los ojos anhelantes:
Paloma, flor, estrella, ángel y *santa*
Me apellidan los hombres delirantes,
Y de santa en el título obstinados
Quisieron adorarme arrodillados.

En blondos rizos la melena mia,
En frescas rosas mi redonda cara,
En luz brillante, cual la luz del dia,
De mis pupilas la negrura clara,
Al contemplarme el bardo se estasía,
Y si en mi boca por azar repara
Perlas, corales, ambrosía, flores,
Agota al ponderarme sus amores.

Yo me sonrio y me enamoran ellos:
Ceñuda miro y con respeto callan,
Ni el estremo á tocar de mis cabellos
Osan los que á las fieras avasallan;
Los que de gran valor raros destellos
A la frente de ejércitos batallan,
A mi indignado gesto sometidos
Bajan sus locos ojos confundidos.

Gran majestad, yo levanté mi trono
Y de vasallos ciento al pueblo mio
Con régia faz, con soberano tono
Le señalé por leyes mi alvedrío;
Yo ya sé pronunciar un «os perdono»
Yo ya sé castigar con mi desvío,
Porque es mi dignidad un Dios que ciega
Al que á mirarle irreverente llega.

Risueña visto primorosa gala,
De flores ciño juvenil corona,
La suave esencia que mi cuerpo exhala
Anuncia por los aires mi persona;
¿Quién de mis triunfos el poder iguala?
Amor los corazones eslabona
Que han de sufrir de mi rigor la pena
Y se estiende á lo lejos su cadena.

Vienen al tribunal los tristes reos
Y al revolver de mis severos ojos
Yo les hago abjurar sus devaneos
Cuando aplacar intentan mis enojos;
«Callen—les digo—penas y deseos
«Y á ese que canta que á mis lábios rojos
«No les llame coral, porque es mentira,
«Pues al juzgarle vé que tiemblan de ira.

«Que mis dientes jamás en *perlas* funda
«Ni por *espigas* tome mi cabello,
«Ni, por hacerme *garza*, moribunda
«Me deje al retorcer mi recto cuello;
«Que mi sencillo nombre no confunda
«Con el de *maga*, porque no es mas bello,
«Y porque, al fin, si nombre no es judío
«No es nombre tan cristiano como el mio.»

Callo, y se aleja la ofendida gente
Lanzando rencorosa una mirada
Al tiempo que en saludo reverente
Inclina la cabeza sofocada;
Tal hace al sacudirse la serpiente
Si la cabeza se sintió pisada...
La vil serpiente hace morir al hombre
El hace mas, ¡infama nuestro nombre!

II.

Mas uno ví que fijo y silencioso
Mis pasos melancólico seguia
Y que otras veces repentino huia
Velándose en retiro silencioso;
Era su hablar sumiso y tembloroso,
Su mirada dulcísima y sombría,
Y de su canto en la alabanza breve
Ni él se llamó *volcan* ni me hizo *nieve*.

Nunca su lloro salta á su mejilla,
Pero en sus ojos siempre derramado
En ardientes vapores exhalado
Mi cabeza trastorna cuando brilla;
Al eco solo de mi voz sencilla
Tiñe su rostro vivo sonrosado,
A la sombra no mas de un hombre amante
De palidez se cubre su semblante.

Y no se duele nunca, no se queja;
De amor y celos entre sí batalla,
Pero su lucha, su dolor me calla
Y enternecido el corazon me deja.
¿Por qué entonces de mí triste se aleja?
¿Por qué entonces mi vista no le halla?
¡No sabe que yo entonces afligida
Diera por consolarle hasta la vida!

Yo que nunca lloré por una ausencia
Si se tarda en volver prorumpo en llanto
¿Por qué yo he de sufrir sus celos tanto
Que me oculte sin culpa su presencia?
¿Por qué luego si finge indiferencia
He de sentir enojo ni quebranto?...
¡Tiempo de libertad y de alegria
Despareciste para el alma mia!

III.

Nunca mostró mas luz el sol de mayo
Ni mas azul apareció la esfera
Que la mañana en que por vez primera
La faz de mi rival miré al soslayo;
Parece que del sol el vivo rayo
Trajo mas luz que porque su hechizo viera,
Parece que el azul de aquellos cielos
Anuncio fué de mis ardientes celos.

Yo me miré al cristal y me hallé fea;
Mi pálida color tristeza daba,
Mi barba, cual de anciana, retemblaba
Y dije para mí «que *él* no me vea:»
Pero añadí despues—«que *ella* me crea
Muy feliz lejos dél, dél que me amaba!...
Y prendiendo en mi sien una flor bella
Me puse á sonreir delante de ella.

¡Ay sonrisa mas triste que es el llanto,
Sonrisa mas amarga que una queja;
Sonrisa que cefrada el alma deja,
Porque nunca el que llora sufre tanto;
Pues hay quien en tal risa halla un encanto,
Pues hay quien sonreir nos aconseja...
(¡Oh cuán galantes que se muestran ellos!)
Porque se luzcan nuestros dientes bellos!

Eso vió mi rival, mis bellos dientes;
Al corazon sus ojos no llegaron,
Por mas que sus miradas consultaron
Mis ojos á su afan indiferentes:
Tampoco vió las lágrimas ardientes
Que no rompieron, mas mi rostro hincharon;
Mi sonrisa, mis flores, mi alegria,
Eso vió mi rival, no el alma mia.

Pero la suya ví; yo ví su orgullo,
Yo ví su vanidad, yo su contento,
Claro entendí su lisonjero acento,
Claro del tierno amante el dulce arrullo;
Claro de entrambos el feliz murmullo
Que á mis oidos trasportaba el viento,
Como de fuego manga abrasadora
Que la tierra al pasar tala y devora.

¡Lejos de mí placeres de la vida,
Galas, lisonjas, vanos amadores,
Yo aborrezco las músicas, las flores,
Yo quiero llorar sola, oscurecida;
Quiero esconder mi frente dolorida,
Cantar en el silencio mis amores,
Donde ni alumbre el sol ni haya viviente;
¿De qué me sirve el sol, de qué la gente?

Con esa misma luz que el sol derrama
Mira el garzon amante con ternura
El rostro de la célica hermosura,
Del raro serafin que tanto ama:
Con esa misma luz arde y se inflama
Viendo entre tanta flor y galanura
Sus ojos dulces, su redondo cuello,
Su airoso talle, su contorno bello....

¿Sol? que no tornen á lucir sus rayos
Jamás, jamás en nuestras horas diurnas.
¿Flores? que arrastren las revueltas urnas
Del vecino riachuelo hojas y tallos;
Negros se tornen los colores gayos,
Cubran la inmensidad sombras nocturnas
Y llore mi rival mientras yo ria
De ver que su beldad no tenga dia!

IV.

¡Mas, ten de mí piedad!... hazme dichosa,
Dame la calma ó quítame la vida,
Mira que de batalla tan furiosa
Estoy ya muy cansada, muy rendida;
¡Ay, hasta el criminal duerme y reposa,
Yo sola con el sueño estoy reñida
Y he menester la paz, descanso, calma,
Si he de salvar la combatida alma!

¿Qué quieres, ¡ay! de mí? suene tu acento,
Y atenta siempre á tu precepto santo
Suspenderé las notas de mi canto,
Respiraré en el aura de tu aliento;
Canta y me alegraré con tu contento,
Llora, y ansiosa absorberé tu llanto.....
Que yo te seguiré con mis amores,
Cuando cantes, mi bien, y cuando llores.

¿Mi pueril vanidad celos te inspira?
Lanza al fuego mis flores y mis lazos;
¿No te placen los cantos de mi lira?
Pon en ella los piés y hazla pedazos;
¿A otra mas bella tu ambicion aspira?
Dame la muerte con tus propios brazos:
¡Habla, ordena, suspensa, embelesada
Obedezco á una voz, á una mirada!

Badajoz, 1845.

LA ROSA BLANCA.

Antes que por la lluvia fecundada
Arde la tierra al sol de primavera,
Que apresurando su veloz carrera,
Muestras la luz de mayo anticipada;
Queda la yerba mísera abrasada
Antes de desplegarse en la pradera
Y, como niño que en la cuna muere,
Seco el pimpollo al rayo que lo hiere.

Para su breve curso el arroyuelo:
La fuente agota su caudal mezquino;
De la desnuda acacia al muerto espino
Lleva la jóven mariposa el vuelo;

El polvo lame del estéril suelo
La oveja hambrienta, y fijo en el camino
A lo lejos contempla los sembrados
El labrador con ojos desolados...

¿A qué viene la niña de la aldea
A recorrer los campos cuidadosa
Sino ha de hallar en ellos ni una hermosa
Flor, que de su cabello ornato sea?
Siempre cuando la mansa luna ondea,
Al acabarse el dia, presurosa
Desciende murmurando á la ribera
Y se mira en el agua placentera.

Y alza de entre los juncos de su orilla
Una flor de blancura reluciente
Y una por una cuenta ansiosamente
Las hojas de su córola sencilla:
Y cuantas menos son, mas gozo brilla
En la faz de la niña, mas latiente
Siente su pecho, y en el onda pura
Mira con mas cuidado su hermosura.

Aquella flor tan blanca y olorosa
Al pié del arroyuelo colocada
Desde lejano huerto transplantada
Revela inteligencia misteriosa:
Para aquella que aguarda el alba rosa
Un signo es cada hoja plateada,
Que, en su número, anuncian á María
Las horas de una cita cada dia.

Seis hojas solamente coronaban
Ayer las sienes de la fresca rosa,
Los ojos de la niña venturosa
Al recorrerlas de placer brillaban;
Y era que ya de cerca resonaban
Las pisadas y el habla cariñosa
Del oculto galan que en la ribera
La dulce niña enamorada espera.

Mas ¡ay del triste, doloroso dia
En que la amada flor de su consuelo
Sus hojas doce al pié del arroyuelo
Muestre á los ojos de la fiel María!
El habla tierna que á su lado oia
El rostro que miró con tanto anhelo
No escuchará ya mas en la ribera,
No verá junto al agua placentera.

Ya su carrera el sol en paz termina
Ya no alcanza su rayo á la pradera
Mas refléjase aun su luz postrera
En la pálida copa de la encina;
Y en una errante nube blanquecina
Que, al acaso, perdida por la esfera
Mitad de su color al sol le debe,
Mitad al brillo de la luna leve.

El sol lejano, el cielo trasparente,
La débil luna, el viento sosegado
El monte allá á lo lejos levantado
Entre la oscura sombra del oriente;
El pájaro que trina suavemente,
El riachuelo que suene acompasado
Prestan al mústio campo en su tristeza
Galas de juventud y de grandeza.

Reanima sus pimpollos la arboleda
Y la planta el follaje decaido;
Por la nocturna sombra humedecido,
El seco prado reluciente queda:
Que aunque estacion ingrata no conceda
Benigna lluvia al campo agradecido,
Basta al suelo de España fresca sombra
Para tejer su verde y rica alfombra.

Y aun han de hallar las aves estranjeras
Que emigran de los climas apartados
Abundante semilla en sus collados
Y sombra deliciosa en sus riberas:
Y aun tejerá en abril en sus praderas
Ramilletes de lirios delicados
La niña que ya baja al arroyuelo
Tras de la blanca flor de su desvelo.

Menos de su colmena enamorada
Vuela ansiosa la abeja á los panales
Que la amorosa niña á los juncales
Donde la clara flor está guardada;
Su faz inquieta brilla carminada
Entre las rubias trenzas desiguales,
Como en pálidos trigos encendida
Tierna amapola, á medias escondida.

Mas hoy la bella flor de su alegría
No corona los juncos del riachuelo...
Dos lágrimas de amante desconsuelo
Caminan por el rostro de María:
Cual si viajero que la fuente ansía
Tocára el agua convertida en hielo,
Así al hallar los juncos sin la rosa
Queda la niña triste y silenciosa.

Fija la vista por el agua clara
Que bajo de sus plantas se desliza,
Cómo sus hilos trasparentes riza
Luego el lloro enjugándose repara:
Y como aquella flor graciosa y rara
Blanca en su cerco, en la mitad pajiza
Se mece en su barquilla deliciosa
Burlando la corriente bulliciosa.

Y al fin ya divertido su cuidado
Brota en su corazon nueva esperanza
¿Quién sabe en su raudal que al junco alcanza
Si habrá la rosa el agua arrebatado?
¿Quién sabe si su espíritu agitado
Halla en leve ocasion grave tardanza,
Y si al compás del agua cristalina
Ya muy cercano su garzon camina?...

En tanto que la vaga nubecilla
Ya sobre su cabeza se suspende,
En dos alas blanquísimas que tiende,
Como paloma que en los aires brilla;
A la postrera débil lucecilla
Que del sol medio oculto se desprende
Piensa ordenar María su prendido
Qel arroyuelo en el cristal lucido.

Que de su amante á los oscuros ojos
Bella mostrarse anhela, cual ninguna;
El parecer hermoso de la luna,
Por ser ajeno hechizo, le da enojos:
Del sol la enfadan los perfiles rojos
Y el brillo de la estrella le importuna,

Que no pueden sufrir sus altos celos
Ni las rivales mismas de los cielos.

La gran toca dorada del cabello
Por el vivo airecillo descompuesta,
La ondulante gasilla alba y modesta
Que en torno ciñe su azulado cuello
Mas peregrino harán el rostro bello
En su inocente compostura honesta...
Llégase, y sobre el agua cristalina
El blanco rostro la doncella inclina.

Mas en vez del contorno delicado
Donde lucen sus ojos lagrimosos
Se muestra en los espejos temblorosos
La nubecilla en círculo ovalado—
Muda el cristal; mas hállanlo empañado
Donde quiera sus ojos temerosos
La nube al arroyuelo todo alcanza
Y va burlando siempre su esperanza.

Alza confusa el rostro con recelo
Hácia la sombra que su arroyo empaña
Que la nube de blancura estraña
Que de la luna pende, como un velo;
Ya asemeja meciéndose en el cielo
Un cisne que en su lago azul se baña
Y ya remeda una graciosa cuna
Dó como un niño muéstrase la luna.

De nuevo al agua tórnase María
Y otra vez vuelve á hallar la nube en ella...
Con presurosos pasos la doncella
Huye espantada á la cercana via:
Caminante sin luz, ciego sin guia
Los erizados juncos atropella
Temblando al vago roce del cabello
Que el viento hace flotar sobre su cuello.

Pero del sauce aquel cuya melena
Luenga baja hasta hundirse en la corriente
Suave, como el ruido de la fuente,
Y dulce una doliente queja suena:
Notas de una muy triste cantilena
Que por el mismo corazon se siente,
Voz de quien sufre y se lastima y ruega,
«¡Ay!» que hasta el alma desgarrando llega.

¿Quién gemirá en á aquella orilla sola
Que con suspiros á la niña clama?
¿Quién escondido bajo aquella rama
Con amor tanto y ansiedad llamóla?
¿Cuyo es el pecho que tambien asola
El tierno incendio de amorosa llama?...
¿Se alejará sin ver la compañera
Tórtola que la aguarda en la ribera?

«¡Ay!» dice el canto bello y penetrante
Y de el susto primero recobrada
«¡Ay!» la niña tornando á la enramada
Donde á su amiga siempre halla constante;
Cual si se hallara la infantil amante
Por la tórtola débil amparada
Ya nada teme, junto al sauce llega
Y al ave escucha y con su lecho juega.

¡Cómo la luna de nevada que era
Vase tornando de color rosada!
¡Cómo rompe la atmósfera azulada
Aquella estrella hermosa la primera!
¡Cómo de la naciente primavera
La vespertina brisa es regalada!
La doncella en sus palmas, cuán hirviente
El seno de su amiga latir siente.

No escuchó mas cantares soberanos,
Mas jardines no vió, mas anchos mares
Que el humilde regato y los juncares
Y al ave que le arrulla entre las manos;
Mas no ha menester ver los océanos
Otro jardin hallar, ni oir mas cantares
Que al seno de la jóven conmovida
Falta respiracion, sóbrale vida.

Cuando así el corazon latir sentimos
Ya no hay en nuestro ser mas que esperanza,
A donde quiera que la vista alcanza,
Placeres solamente distinguimos,
De las pasadas penas que gemimos
Hasta el recuerdo el pensamiento lanza
Y en el mal que tocamos no creemos
Y la dicha abrazamos que no habemos.

¡Triste enamoradísima doncella!
¡Cándida niña de la faz rosada!
Presto de los suspiros aliviada
Suspensa al contemplar la noche bella
Olvida su amarguísima querella
Y tórnase á mirar esperanzada
Si por acaso al agua se avecina
La sombra que sus ojos ilumina.

«Vendrá» se dice, pero el grave canto
De un cárabo en la orilla contrapuesta
Miente un «no, no, no, no» como respuesta
Que pone al corazon medroso espanto:
Rompe en sus ojos lastimado llanto
Al escuchar la cántiga funesta
Y ya pretende huir, ya se detiene
Ya se aleja, y ya al fin otra vez viene.

Suena el arroyuelo—la brillante luna
Que en su linfa serena se retrata
Hebra tras hebra el agua desbarata
Y la vuelve á formar una tras una.
Ora que en el riachuelo sombra alguna
No empañará tal vez, su tersa plata
La niña con la luz que se acrecienta
Verse la roja faz de nuevo intenta.

Y allí la nube que en la tarde habia,
Allí la sombra está maravillosa,
Allí dentro del agua rumorosa
Empaña el vago espejo de María.
¿Qué nube es esa que en tenaz porfia
Persigue á la doncella temerosa,
Como el rostro multiple entristecido
Del importuno amante aborrecido?

Blanco vellon remeda del cordero
La nubecilla vaga y misteriosa
Que en torno de la luna deliciosa
La sigue en su camino placentero;
Ya se apiña y ya vuelve al ser primero
Forma y color mudando caprichosa;
Tan presto miente un lago, una cabaña
Tan presto una ciudad, una montaña.

Y ya su cerco rápido descrece
Y al cabo á breve trecho reducida
Como bajo un fanal brasa encendida
La luna entre el vapor blanco aparece;

Rompe en mitad su rayo y resplandece
En menudos pedazos dividida
La nube que ya es flor, á cuyo centro
Pétalos da la luna desde adentro.

Flor de blancura estrema y lozanía
Cuyas hojas se apiñan y se tocan
Y menguan, se perfilan, se colocan
En circular, simétrica armonía...
Si los ojos no turban de María
Las lágrimas que ardientes la sofocan
La clara flor que la presenta el cielo
Es la rosa ocasion de su desvelo.

El bello lustre de sus hojas ciega,
De su cáliz radiante el brillo ofende
Y el dulce aroma que de sí desprende
Traspasa el éter y á la tierra llega:
Y cuanto mas su córola desplega,
Mas su esencia purísima trasciende
Y mas, y mas resplandeciente brilla
De su precioso centro la semilla.

En ella entrambos ojos enclavados,
Ambos brazos tendidos hácia ella
En éxtasis respira la doncella
Los aires con su aliento embalsamados;
Sus espíritus deja conturbados
Con su perfume y luz la flor aquella
Y siente su cerebro dolorido
Cefrado el corazon y comprimido.

Y surge un pensamiento de repente
De en medio de su mente fascinada...
¿Cuántas hojas tendrá la rosa hallada
Sobre los cielos milagrosamente?
Recorre hoja por hoja atentamente
Mas con su hiriente brillo deslumbrada
Por mas que en repasarlas se atormenta
Una tras otra vez yerra la cuenta.

Mas, distintas las hojas va dejando
Ver ya la claridad, mas quebrantada
Y la niña, impaciente, la mirada
En la divina flor clava temblando--
Dos.. cuatro.. seis.. diez, hojas va contando
Y *once* llega á contar sobresaltada;
Y al mirar otra mas lanzó un gemido
Y en su seno de amor cesó el latido.

Allí quedó en las urnas del riachuelo
El bello y jóven tronco sepultado--
Las aguas con acento lastimado
En torno de él hicieron largo duelo;
La tórtola, con tierno desconsuelo
Espantada doliéndose á su lado
Un ronco y lamentable son hacia
Con el rumor del agua que gemía.

Ermita de Botoa, 1845.

LA VIRGEN DE MURILLO.

Hombres, hácia la tierra humildemente,
La cabeza inclinad respetuosa:
Que voy á pronunciar maravillosa
Palabra, grande voz, nombre eminente:
Hay un génio español que alzó su mente
Tan alta, que á la Vírgen madre hermosa,
Que habita de los cielos las moradas
Alcanzó á divisar en sus miradas.

Y de la Virgen describió á la gente
El celestial contorno, el colorido
Albo-azul de su frente, confundido
De su mejilla entre el carmin naciente;
Y retrató su seno trasparente
La leche al dar á su Jesus querido
Y aquel amor con que á Jesus miraba
Y aquella luz que a entrambos circundaba.

Descubra su cabeza el estranjero
De remotas ó próximas naciones
Cuando escuche sonar en mis canciones
Ese nombre que llena el mundo entero;
Para alzarse de pueblos el primero
Si no hubiese de gloria otros blasones,
Bastante España con mostrar hiciera
Un lienzo de Murillo por bandera.

¡Murillo!... ved, sus cuadros nos hurtaron
Para adornar su tierra estrañas gentes
Y los hijos de España indiferentes
Como limosna el hurto les dejaron;
Que la feraz campiña en que brotaron
En profusas espigas las simientes
No empobrece, aunque vengan de avecillas
Cien bandos á comer de sus gabillas.

¡Descubríos, isleños poderosos,
Que bajo el cauce, transitais, de un rio!
¡Descubríos, del grande señorío
Del Pirineo dueños orgullosos!
¡Descubríos, tambien, los tan famosos
Hijos del Pó! repite el labio mio
El nombre de Murillo, y reverentes
Debeis mostrar desnudas vuestras frentes.

Españoles, ¿no veis aquel mendigo
Entre humildes harapos encubierto
Que hambriento y frio vaga medio muerto
De su patria en el suelo ¡ay! enemigo?...
Pues el mendigo aquel lleva consigo
Misterio tal que á seros descubierto
Nombre tan alto, fama tanta os diera
Que hubiera os de admirar la Europa entera.

Aquí el artista está, aquí Murillo,
Mas ¿á dónde los lienzos, los pinceles,
Dó están las tintas que os trasmitan fieles
Las creaciones del jóven mendiguillo?
Os halaga la fama, anhelais brillo,
Os placen, españoles, los laureles
Y dejais perecer en todas partes
Do miseria los génios y las artes.

¿Será preciso que el pintor sagrado
Rompa sus venas, corte sus cabellos
Y en la negra pared trace con ellos
Una divina imágen por dechado;
Para advertirte, pueblo abandonado
A la indolencia, en tus jardines bellos,
Que sofocado en mísera pobreza
Yace un gérmen allí de tu grandeza?

Génio es de bronce, el que á luchar contigo,
Pueblo Español, osado se levanta
Si entre tus rudos brazos no quebranta
Sus miembros y en la tumba dá consigo

¡Cuánto habrá de vencer ese mendigo:
Antes que pueda alzar la imágen santa
De la Vírgen que lleva en su memoria
Del mundo admiracion, de España gloria!

Tú, tú dejas, Iberia al gran Cervantes
Perecer de miseria abandonado,
Tú á la vecina Francia has regalado
Los huesos de tus hijos mas amantes;
Tú, Iberia, no mereces las triunfantes
Coronas, que tus héroes te han logrado;
Vivos, morid los haces de despecho,
Muertos, les niegas en tu campo un lecho.

Empero vence el génio, y á tu planta
Sus obras pone y tu desden perdona
Que para tí, no mas él ambiciona
Los triunfos que ganó con pena tanta,
«Coloca en el collar de tu garganta
Ese brillante—dice—alta matrona,
Y aunque olvides, ingrata, al colocarlo
Que mi existencia consumí en tallarlo.»

Tú, lucha, y vence así, pobre manceb o,
Labra esa joya mas que España ostente,
Que te desdeñe á tí; mas, que presente
A la Europa su faz con brillo nuevo:
Ni ambicion de poder, ni de oro cebo
Mueven, Murillo, tu entusiasmo ardiente,
Tu génio gran pintor se eleva al cielo
Y están oro y poder tocando al suelo.

Ya los de Italia con asombro admiran
Del inspirado artista las creaciones,
Ya en los templos reciben oblaciones
Sus vírgenes que santo amor inspiran;
Ya los franceses codiciosos miran
Sus lienzos, y ya míseras pasiones
En torno se levantan de Murillo
Ardiendo en sed de sofocar su brillo.

Del jóven Español la fama crece,
Medra su celo al par de la fortuna
Y una vírgen, mas bella que ninguna,
Hoy en sus nuevos lienzos aparece;
El manto que en sus sienes resplandece
Van ya las pinceladas una á una
Tendiendo airosamente por la espalda
Y replegando on orlas á su falda.

Mucho estima el pintor la imágen bella
Cuando perenne así desde la aurora
Hasta que baja el sol, hora por hora,
Sin descansar jamás, trabaja en ella;
Halla Murillo en la hermosura aquella
Hechizo y mágia tal fascinadora
Que hasta celoso por su vírgen pura
No deja penetrar allí criatura.

Mas un pintor, que de la Italia vino,
Del español pintor el arte alaba
Y éste de aquella imágen que adoraba
Mostrarle quiso el rostro peregrino;
Y no advierte el mirar torvo y malino
Con que el de Italia en él los ojos clava
Cuando la dulce y virginal María
Examinó con atencion sombría.

Propicia está la noche, por lo oscura
Del asesino á los siniestros pasos
No hay luna y brillan en el cielo escasos
Luceros, del nublado en la espesura;
Si un crímen se medita, esta es segura
Noche para intentar horribles casos
Sepultarán las sombras al que muera
Y salvarán las sombras al que hiera.

Mirad allí de Nápoles al hijo,
Lleno de ponzoñosa envidia y saña
Como en la oscuridad, cual sombra estraña,
Envuelto marcha con andar prolijo;
En su mano un puñal brillára fijo
Si alumbrára de pronto el sol de España;
Medita un golpe... de Murillo el pecho
Osa amagar, y corre hasta su lecho.

En él reposa de fatiga tanta
De Murillo el espíritu cefrado
Suspensa en la pared tiene á su lado
La hermosa imágen de su vírgen santa,
Y aun durmiendo á sus ojos se levanta,
Como el sol al nacer, el rostro amado
Que elevó su pincel desde el oriente
Hasta el alto cenit resplandeciente.

Y tanto en el ensueño los sentidos
Del sacro artista yacen embriagados
Que no advierten los pasos recatados,
De un hombre que se acerca, sus oidos.
Los triunfos de su génio esclarecidos
Del de Italia en el alma están clavados
Con odio tan profundo, de tal suerte,
Que los viene á arrancar hoy con su muerte.

Camina poco á poco el asesino,
Late con fuerza su anhelante pecho,
Al borde llega del tranquilo lecho
Y alza el puñal, con tan horrible tino,
Que amaga traspasar en su camino
Por la mitad del corazon derecho
Tornando el sueño aquel, en un segundo,
En sueño mas tranquilo y mas profundo...

Mas, con el hierro en alto, de repente
Inmóvil el feroz napolitano,
Queda: las fuerzas faltan á su mano
Y en sus venas la sangre helada siente....
En la oscura pared que tiene en frente
Claro, como el lucero del verano,
El rostro de la Vírgen de Murillo
Surge alumbrado por su propio brillo.

Del centro de sus ojos se desprende
Un fulgor diafanísimo y brillante
Que ilumina el perfil de su semblante
Y por sus formas célicas se estiende;
El rostro, el talle, el manto que desciende
Hasta sus mismas plantas ondulante,
Como por luna llena iluminados,
Distinguense en el lienzo proyectados.

Suave matiz de purpurina rosa,
Azul de lírio ténue y trasparente,
Albo de frescos nardos tiñen frente
Boca y mejillas de la madre hermosa;
Mas hay una espresion tan dolorosa
De aquellos ojos en la llama hiriente

Que hicieran deshacerse en tierno llanto
El corazon mas duro, con su encanto.

Dulce reconvencion, triste querella,
Enojo maternal, piedad amante
Muestra en el melancólico semblante
La santa y virginal figura aquella;
Parece que á exhalar su boca bella
Va una súplica amarga y penetrante,
Parece que demanda á los cristianos
«¡Hijos, por qué os odiais si sois hermanos?»

Dobla el napolitano ambas rodillas,
Entrambos brazos cruza humildemente
Y ante la Vírgen ora reverente
Absorto en las celestes maravillas:
Ruedan, por vez primera, en sus mejillas
Gotas de arrepentido lloro ardiente,
Y luego... silencioso y asombrado
Huyóse de la estancia apresurado.

¡Duerme, sacro pintor, duerme en reposo
Y al despertar mañana con la aurora
Saluda á la hermosísima Señora
Que ha velado tu sueño peligroso;
Protégete su celo cariñoso,
Dirígete su mano bienhechora
¡Hasta dónde, Murillo, irá tu fama
Siendo tu guia tan celeste dama!

Badajoz, 1846.

LA FE PERDIDA

¡Permitidme reir!.... brotan mis lábios
Manantiales de risa bullidora,
Que romper no me deja por ahora
En el llanto hácia vos, jóvenes sábios!
Perdonad á la Musa que no llora,
Si tal vez en reir os hace agravios,
Un momento no mas, y ya serena
Entonaros podré mi cantilena.

Sed indulgentes... ruda, campesina,
No estuve en vuestra escuela cortesana:
Y cuando el hecho á sonreir me inclina,
Mi voluntad para gemir es vana;
Y, por Dios, que esta causa peregrina
Que me incita á reir con tanta gana,
Jovial hiciera al mismo Jeremías,
Si alzara la cabeza en nuestros dias.

Mas no: la indignacion me preste acento:
Que no basta la risa del sarcasmo
Para esplicaros el pavor que siento,
La maravilla y el enojo y pasmo
Al veros en cobarde desaliento
Renunciar con desden al entusiasmo,
Lanzar vuestras creencias de la vida,
Y cantar á una voz *la fé perdida!*

La fé perdida en el amor que os ama;
La fé perdida en la amistad que os guia;
La fé perdida en el honor que os llama;
La fé perdida hasta en el Dios que os cria;
Quimera es el saber sueño la fama;
La Religion—decis—hipocresía;
Sombra la dicha, la virtud escoria,
Polvo las almas, ilusion la gloria.

¡Me dais espanto! vuestras almas frias
Parécenme á las noches tempestuosas
Que prestan con sus bóvedas sombrías
Resguardo á las acciones vergonzosas--
A la sombra faláz de esas teorías,
Que anublan las creencias mas hermosas,
¿Qué os proponeis con vuestra *fé perdida*,
Sino ocultar errores de la vida?

¿Será que el mundo se tornó malvado
Desde que hayais vosotros á él venido?
Tierra que el bien y el mal siempre ha brotado
¿La semilla del bien hoy ha perdido?
¿Ni una planta siquiera le ha quedado?
¿Ni un retoño siquiera ha florecido?
¿Sabeis que el mundo tan horrible sea;
O es vuestra *mala fé* la que lo afea?

¡Ay! perdonadme: indignacion tampoco
Debe el alma sentir: sino tristeza,
Porque teneis vuestro cerebro loco,
Y mereceis blandura, no dureza;
Es menester llevaros poco á poco
Remedios que os serenen la cabeza,
Hasta que el juicio claro se os presente,
Y el sol veais y conozcais la gente.

Permitid que os conduzca por la mano
A la morada de la casta Esposa,
Que de su dueño incrédulo y tirano
Sufre el áspero trato silenciosa.—
Os mostraré tambien al recto anciano,
Que en el humilde hogar pobre reposa,
Porque acertó á elegir en su conciencia
Entre indigencia y hurto, la indigencia.

Y os mostraré á la jóven pura y bella,
Que sufre la miseria resignada,
Aunque el mundo tambien se mofe de ella,
Y muera en soledad abandonada....
Yo sé que llorareis, si la querella
Escuchais que os dirige lastimada
Aquella sociedad desconocida,
Donde cantásteis vuestra *fé perdida.*

¿Tal himno le entonais al fiel soldado,
Que por su patria muere en la pelea?
¿Muere sin que os merezca el desdichado
Siquiera el premio de que en él se crea?
La madre que en su pecho estenuado
Lleva amorosa al niño á quien recrea,
Dándole el jugo de su propia vida
¿Tambien ha de escuchar la *fé perdida?*

Tal vez, cuando el hermano generoso
Cede su propio pan al tierno hermano
Cantais el egoismo vergonzoso
Y blasfemais del corazon humano;
Tal vez, en vuestro canto rencoroso
Os quejais del espíritu liviano,
Cuando ahogando en el pecho sus pasiones,
La mujer de virtud os dá lecciones.

Y en tanto que en el bello gabinete
Contra la humana ingratitud declama,
El *literato escéptico*, y derrama
Hiel sobre el mundo que á su ley somete;
Digna de que por ella se respete
La humanidad, que el literato infama,

Llorando insomne con la vista fija
Sobre la anciana enferma vela su hija.

Y se arrodilla, y con su ardiente boca
Los yertos piés de la doliente abriga;
Su calva frente con blandura toca,
Y la enjuga el sudor que la fatiga:
Teme, se desconsuela, á Dios invoca,
Y levanta dulcísima y amiga
Su oracion por la vida de la anciana,
Cuando injuriando estais la raza humana.

¡Almas ingratas sois á las bondades,
Ingratas á los nobles sacrificios:
Que solo abrís los ojos á los vicios
Y veis tan solo el mundo de maldades;
Y nos pintais despues esas ciudades
Como espantosos, ciertos precipicios,
Que hundieron vuestras dulces ilusiones
Y gastaron los tiernos corazones!

¿Qué aliento dais al generoso instinto,
Que en el niño gentil brilla naciente,
Si le arrojais ese anatema hiriente,
Su entusiasmo infantil dejando estinto?
Si de *dudas* el vago laberinto
Señalais por camino al inocente,
¿Qué virtud aguardais, qué heróica hazaña
De esta generacion virgen de España?

No sabeis dibujar, rudos pintores,
Sino de informes copias los trasuntos?
¿No podeis con finísimos colores
Lo bello y lo real mostrarnos juntos?
¿No sabeis, infelices trovadores,
Mas que cantar las *tumbas y difuntos*,
O lanzarnos sarcasmos que os inspira
La furia que se esconde en vuestra lira?...

En vano es ese canto lastimero,
Que á la sensible humanidad ultraja
Y que rechaza el corazon sincero,
Como una ofensa calumniosa y baja;
El mundo es ora como fue primero,
De virtudes y vicios gran baraja,
Cuyos signos diversos y figuras
Confundís de este siglo las criaturas.

Y de este siglo, que decís malvado,
Han de alzarse animosos corazones,
Que reanimen la fé que habeis ahogado
Con vuestras falsas, míseras lecciones.--
No juzgueis porque el pueblo os ha escuchado
Llorar vuestras *amargas decepciones*,
Que tambien para siempre descreido,
La fé como vosotros ha perdido.

El gérmen de virtud que en él se encierra,
Brotará, como planta que en invierno
Descansa en las entrañas de la tierra
Y alza en verano su capullo tierno;
Por mas que vuestro orgullo les aterra,
Con descripciones del mundano infierno,
Los buenos os dirán que habeis mentido,
Porque llamais al siglo corrompido.

Vosotros que pugnais con odio loco
Por degradaros en la raza humana,
Malos como decís no sois tampoco,
Sino esclavos de moda bien tirana;

¡Triste Espronceda, que avivaste el foco
De la maligna Musa Castellana!
¿Oyes como tu Trova repetida
Suena en el Canto de la *fé perdida?*

¡Compasion á vosotros, pobres gentes,
Que no teneis ni en Dios ya confianza!
Son cual hondas cavernas vuestras mentes
Donde jamás del sol el rayo alcanza:
Puedan de Dios las voces elocuentes
Devolveros de nuevo la esperanza;
Y vereis cuán hermosa que es la vida
Con esa *fé* que lamentais *perdida*.

Hay siempre un sér benéfico y sensible
A quien volver los ojos en la pena:
Hay siempre un alma cariñosa y buena,
Que su tierna amistad nos dé apacible;
Y si en el mundo todo aborrecible
No hubiese mas amor que el de la hiena,
Un manantial fecundo de consuelo
Nos queda siempre en el amor del cielo!

LA FÉ LOCA.

Y en tanto que la turba *descreida*
Se mofa de lo bello y de lo Santo,
Mi loca fé, mi fanatismo es tanto,
Que de error en error desvanecida
Tomo por bella flor la hoja caida,
Por diamante pulido el rudo canto,
Y el lejano silbar de las serpientes
Por tonos de gargantas inocentes.

No hay campiña por árida y por fria,
No hay montaña por agria y por salvaje,
Que no muestre un bellísimo paisaje
A la luz de mi estraña fantasía;
La inmunda tela que la araña cria,
El agua del pantano entre el celaje
Miradas por mis ojos á lo lejos,
Me parecieron cándidos espejos.

Virtudes hallo donde ven delitos,
Inocencia y bondad donde hay maldades,
De ángeles bellos pueblo las ciudades,
Que habitados están por los precitos
Parécenme los buenos infinitos
En toda condicion, todas edades:
Y es preciso que el vicio toque y vea
Para que al fin en el vicioso crea.

No bien ante mis ojos ha caido
La dorada ilusion de una creencia,
Cuando me lanzo con mayor demencia
Otra á forjar, y el desengaño olvido;
¡Ay! nada la esperiencia en mí ha podido:
Y así como en la infancia mi existencia
De mentira en mentira vuela errante,
Ilusa, necia, crédula, ignorante.

Y es gracioso ¡por Dios! ver como elevo
Culto divino á un ídolo de barro,
Que tiene las entrañas de guijarro,
Y cuya imágen con ternura llevo:
Verdad es que á tocarle no me atrevo,
Y se sostiene mi infeliz desbarro

Hasta que el falso Dios, que asi me trae,
De tan mal amasado, por si cae.

Y es chistoso tambien (sábelo el cielo)
Cuando el ídolo humano se arruina,
De tanta abnegacion pura y divina,
De tanto ardiente amor, de tal desvelo
El premio ver que al desplomarse al suelo
Aquella creacion pálida y mezquina,
Me dá de oscuro polvo en pago justo,
De dar á un barro vil un culto augusto...

Alguna vez un alma tierna y buena,
Aunque es mi suerte por demás aciaga,
¡Ah! vino á iluminar con dicha vaga
El bosque de la triste Filomena;
Pero solo duró una luna llena,
Y si bella ilusion aun me embriaga,
Si espero algun placer, si en algo fio,
Es no mas por mi loco desvarío.

Donde los otros ven odio y encono,
El brillo de *amistad* á mí me encanta;
Cada doncella imaginé una santa,
Y de cariño fiel las alcé un trono:
Pagóme la mejor con abandono,
Mas, rechazando su perfidia tanta,
Por la *dulce amistad* sueño y deliro,
Como *por fiel amor* canto y suspiro.

La *ilusion* de la *gloria* es tambien mia,
Nadie escucha á la oscura Filomena,
Alzo la corta voz con larga pena,
Y morirá conmigo mi poesía;
Pero el amor de gloria me estasía:
De loca fé mi corazon se llena,
Y aunque mi voz el viento rechazára,
Contra los vientos sin cesar cantára.

No soy feliz--la plácida ventura
Mas que en mi corazon, está en la mente:
Y aun pienso que he llorado amargamente
Harto mas que debiera un alma pura;
Pero mi loca fé dichas me augura
Que burla el porvenir constantemente,
Y que eternas tambien se reproducen,
Pues al par que unas cesan, otras lucen.

Es bueno Dios; pero á mi triste ruego,
Jamás detuvo su inflexible fallo:
Ni me consuela, aunque paciente callo,
Ni me serena aunque en llorar me ciego:
Mas con *ardiente fé* á rogarle llego:
Donde quiera que estoy en mí le hallo:
Y aunque merezca premio por ser buena,
Justo le llamaré si me condena.

Tambien he sido amante de la luna
Y tuve en los luceros amoríos:
Y á mi bello ideal busqué en los rios,
Y he cifrado en las flores mi fortuna...
Amante como yo no hubo ninguna:
Ninguna tuvo iguales desvaríos,
Ni en *loca fé* jamás ninguna amante
Ha sido á mis locuras semejante...

¡Inmensa confusion! El mundo, el cielo,
La Religion, la gloria, la poesía,
El amor, la amistad!... El alma mia
Jamás reposa en su incesante vuelo;--
Paso del entusiasmo al desconsuelo,
Del agudo pesar á la alegría...
Soy mucho para ser del hombre loco;
Y para ser de Dios ¡ay! soy muy poco.

¿Qué soy sino una pobre enredadera,
Que en el oscuro patio emparedada,
Huye la sombra de que está cercada,
Su cabeza elevando hácia la esfera?
Pero el rayo del sol, por mas que quiera,
No baña su raiz al suelo atada—.
Huyo el pesar del mundo: aspiro al cielo;
Pero el bien celestial no baja al suelo.

¿Qué soy sinó una pobre enredadera
Que buscando en la tierra amigos lazos,
Tiende amorosa sus lozanos brazos
A la vecina planta compañera;
Y porque al bronco espino los tendiera,
Sus frescas hojas rompe en mil pedazos?...
Busco apoyo en las tiernas emociones,
Y hallo tan solo ingratos corazones.

¡Reid los que cantais la *fé perdida*,
Que ¡vive Dios! á resolver no oso
Si es tal vez despreciar diamante hermoso
Mas necio que estimar piedra fingida;
Si es mas risible consumir su vida
Por un ser ideal y artificioso
Que perder por malicia ó incerteza
Del verdadero amante la terneza

Y de los dos ridículos empeños,
De entrambas caprichosas necedades:
Ignoro si *dudar* de las *verdades*
Es mas locura que *creer* en *sueños*
No sé si adorar cantos berroqueños,
Flores, astros y rios, cual deidades,
Es pecado menor que el culto justo
Negar al solo Dios digno y augusto.

Imaginad una ilusion florida:
Fundad en ella un porvenir risueño.
Sacrificadle la salud y el sueño,
Rendidle el alma, el corazon, la vida....
Y cuando mas celosa y embebida,
Y exaltada la ameis con mas empeño,
La finja mas hermosa vuestra mente,
Vedla desvanecerse de repente...

¡Ay! Como entonces vuestra *fé perdida*,
Incrédulos mancebos, envidiando,
Las largas noches las pasé llorando,
De esta mi *loca fé* ya arrepentida;
Pero á nadie culpé: de cada herida,
Que en mi entusiasmo jóven voy ahondando,
Es cómplice no mas la fantasía
Que me deslumbra, ciega y estravía.

Defiendo, sí, mis bellas ilusiones,
Las defiendo atrevida y arrogante,
Y desbarato cuantas veo delante
Del mundo injustas, ásperas razones...
¡Batalla desigual! con mis blasones
Escapo al fin, pero jamás triunfante:
¡Harto fué el escapar siempre inocente,
Siempre noble adalid, siempre valiente!

Vivamos ¡ay! vosotros blasfemando,
Yo en cambio de vosotros bendiciendo:
Vosotros, sin razon, siempre dudando,
Yo tambien, sin razon, siempre creyendo:
Vosotros á los buenos lastimando,
Yo por los malos sin cesar sufriendo:
De odio vosotros abrevado el pecho,
Y de tierna pasion, el mio deshecho.

Todos seremos ¡ay! muy desgraciados;
Vosotros por dureza y egoismo
Solos, sin salvacion, precipitados
Ireis á dar del tedio en el abismo;
Y mis nobles instintos fatigados,
Rendida de mi inútil heroismo,
Del juicio, en *mi fé loca*, sin la guia
Vendré á dar en mortal melancolía.

¡Dichosa el alma que lo cierto adora,
Y en recompesa de su fé inmutable
Tiene seguro el bien de cada hora,
Su vida consagrando á lo adorable;
Allí no hoy loca fé ni engañadora
Duda cruel ni el desencanto es dable.
¡Oh *fé de eternal sabiduría*
Tú sola eres el bien, tú la alegria!

Badajoz, 1846.

LA ADORACION DE LOS PASTORES.

Sí; los cimientos del antiguo mundo
A estremecerse van: Sonó la hora.—
Grecia exhala gemido moribundo,
Y corónase Roma vencedora.
¡Vana corona! Espíritu infecundo,
La religion cruel y destructora
De ese pueblo tan sábio y tan valiente
No ha de salvar la humanidad doliente.

¿Qué nos importa ver como levanta
Arcos eternos, templos inmortales,
Si el falso Dios á quien adora y canta,
No ha de aliviar del corazon los males?
El egipcio tambien su eterna planta
Imprime en los confines orientales
Y artes y ciencias, con pasmoso yerro,
Postra á la vil adoracion de un perro.

¿Qué la inútil pirámide en la tierra
Ni no los templos de Aténas han logrado,
Si al alma, triste en su perpetua guerra,
Divina religion no han inspirado?
¿Qué vale ese poder que nos aterra,
En colosales piedras levantado,
Si el consuelo, que aguardan tantos séres,
No han de darlo el orgullo y los placeres?

No basta que las águilas de Roma,
Las poderosas álas estendiendo,
Se bañen en el mar que hundió á Sodoma,
Su plumaje hasta Iberia sacudiendo;
Esas águilas, no:—Blanca paloma,
De las legiones entre el ronco estruendo,
Descendiendo á los Líbanos de oriente,
Vendrá á regenerar el occidente.

Hay en el Asia una comarca bella,
De montañas de cedros sombreada,
Y ha dicho el ángel que esperemos de ella
La religiosa fuente deseada;
Bajo aquel puro sol, casta doncella
Vive tranquila, del Señor guardada,
Y ha dicho el ángel, que en su limpio seno
Se ha de engendrar al Dios paciente y bueno.

¿Dónde si no en la tierra del Profeta,
Que habló con el Señor en la montaña,
Y á su Ley reprimió la tribu inquieta,
Ciega á los rayos de la luz estraña;
Dónde si no en la tierra del poeta
Patriarcal, y en la plácida cabaña,
Del pastor inocente del carmelo,
Pudiera colocar su cuna el cielo?

Glorifícate, pueblo de Judea,
Tú fuiste del Señor el escogido:
Perdió sus templos la ciudad hebrea,
La Reina de las reinas ha caido;
Tu cediste cobarde en la pelea,
Las tablas de tus leyes se han perdido,
Tu tribu en el desierto errante gime;
Pero en tí nace el Dios que nos redime.

Arabes, que cruzais la seca arena,
Hijos de Salomon, David, Elías,
Suspended un instante la faena,
Dejad el caminar para otros dias:
El Jehová que diluvia, el Dios que truena,
El que abrasa ciudades, por impías,
Otra vez á nosotros se aparece,
Y á su anuncio la tierra se estremece.

Dejad en el desierto los camellos,
Y en el rio que baña á Galilea,
Bajo la sombra de los cedros bellos,
Aguardad á que el sol perdido sea;
Mirad cómo se apagan sus destellos;
Ya en los montes oculto centellea,
Y vienen los pastores fatigados
Hácia el redil trayendo sus ganados.

Ya hemos visto surgir tibio lucero;
La fresca brisa de la noche vuela,
Y el can, de las ovejas compañero,
Guarda inmutable á sus espaldas vela;
Ya enciende la candela en el otero
El pastor y ya duerme la Gacela
Y silencioso el valle inspira al alma
Santo placer y religiosa calma.

Pero no suenan cantos celestiales,
Ni la luna esta noche es mas lucida
Porque venga esta noche á los mortales
La aparicion del ángel prometida:
A notros no mas, á nuestros males,
No este gozo á los ángeles convida,
Que gozosos están siempre en el cielo,
Y jamás necesitan de consuelo.

Nosotros solos al Señor que nace
Himnos de regocijo preparemos;
Si el ángel mudo á nuestras dichas yace,
Nosotros por los ángeles cantémos;
Ya la señal de su venida hace
La tierra, conmovida en sus estremos,
Cual si la planta del Señor la hiriera
Y el perdido equilibrio la volviera.

A un lado Babilonia, á otro Palmira,
Y mas cerca Pentápolis y Tiro,
Del Señor derribadas por la ira,
¡Oh que elocuencia dan á este retiro,
Donde la Vírgen lánguida suspira!
¡Oh cómo el genio del Señor admiro,
Que nace humilde en estas soledades,
Sepulcro de tan locas vanidades!

Desde que Dios creó la luz hermosa,
Desde el diluvio que anegó al viviente,
No ha creado en su ciencia milagrosa
Un prodigio el Señor mas imponente;
La sombra de Moisés, sobre la losa
Del desierto, se inclina reverente,
Y por los valles del Jordan inquietas
Se cruzan las de todos los profetas.

Tal vez en eco inteligible canta
Esa turba de genios misteriosa,
Y no entendemos su palabra santa
En el rumor del aura vagorosa;
Del Líbano, tal vez, en la garganta
Pulsa Daniel el arpa religiosa,
Y al oir de la Vírgen el gemido
«¡Hosanna!» entona «¡Hosanna!» repetido.

....¡Gracias, doliente y pálida María,
La mas hermosa en la creacion entera!
Como el dulce panal que Grecia cria,
Tus blancos pechos son de miel y cera.
Cuando al dolor tu faz palidecia,
Cuando lanzabas queja lastimera,
De la oscilante luz á los reflejos,
Lloraban los pastores á lo lejos.

Sin púrpura, sin oro, entre las pajas,
Solo tus alas, tórtola amorosa,
Prestan abrigo y delicadas fajas
Al que ha de alzar bandera tan gloriosa;
Así de Egipto en las arenas bajas
Nace la escasa vena que ruidosa
Pronto en inmenso Nilo convertida
Inunda los desiertos atrevida.

Tú le nutres—Los globos de tu seno
Por la divina leche abastecidos,
Como del cielo en el azul sereno
Pálida luna, brillan conmovidos
Por el amor materno; y junto al heno
Contra los labios de Jesus unidos,
Gota por gota el néctar le derraman
Y al percibir su boca mas se inflaman.

No sé pintar la suavidad preciosa
Que presta la ternura á tu semblante
Cuando inclinas la frente majestuosa
Para besar sus labios anhelante;
La espresion de tus ojos luminosa,
Y de tus brazos la actitud amante
Mira absorto el pastor, y á cada beso
Redobla su atencion y su embeleso.

No sé decir lo que mi pecho siente
Al ver dormido en la pajiza cuna
Al que Rey ha de ser de tanta gente,
Que á su diadema igual no habrá ninguna;
No sé decir la admiracion ferviente
Con que miro á los rayos de la luna
Su rubia sien, en donde la divina
Flor de la eterna cristiandad germina....

¡Cuán grande vienes tú, Señor, cuán puro!
¡Cuán pequeños y míseros nos hallas!
¡Cuán brillante es tu genio, y cuán oscuro
El genio que nos lanza á las batallas!
¡Cuán firme es tu bajel! ¡Cuán inseguro
El nuestro en este mar! ¡Qué recias vallas
Puede oponer tu ley á las pasiones!
¡Qué endebles nuestras frágiles razones!

Ven á escuchar los males que sufrimos,
Ven á calmar las penas que lloramos;
Hace ya mucho tiempo que nacimos,
Mucho tiempo, Señor, que te aguardamos;
A tu virtud, señor, solo acudimos,
En tu saber tan solo confiamos,
Y cuanta fué mayor nuestra amargura,
Esperamos de ti mayor dulzura.

A ti el justo, el sufrido, el virtuoso,
El regenerador, el fuerte, el sabio,
Vendremos en tropel tumultuoso,
Con el crímen, la pena y el agravio;
A ti el consolador, el generoso,
Revelaremos con ingenuo labio
El llanto y los secretos torcedores
De nuestros mas recónditos dolores.

En concierto, Señor, miles de bocas
Vendremos á clamar á tus oidos;
En tu fé, como el águila en las rocas,
Descansarán los ánimos rendidos;
Necias quimeras, esperanzas locas,
Desengaños y errores confundidos
Desahogarán en ti su cauce humano,
Cual los hinchados rios de Océano.

¡Ay! Tú sabrás las hondas aflicciones
Que tienen abrumadas nuestas vidas,
Verás nuestros postrados corazones,
Registrarás sus llagas escondidas;
Tú del cuerpo infeliz de las naciones
Desgarrarás las venas corrompidas,
Y nueva sangre y nuevo movimiento,
Les darás con tu sangre y con tu aliento!

Ermita de Botoa 1847.



EN VARIOS ALBUNES.

En un album una de cuyas páginas representaba el nacimiento de Jesus.

Venid, pastoras, el milagro hermoso
Del niño Dios á ver; posa en el heno
Tiene inclinado el rostro albo y sereno
Sòbre su descubierto hombro gracioso:
Bajo de sus bracitos, tembloroso,
Espumas miente, su desnudo seno
Y hay, semejante al cerco de la luna.
Un resplendor en torno de su cuna.

Junto al heño al bellísimo nacido
Con amoroso afan de Vírgen cela
Y con sus brazos cándidos anhela
Dar abrigo á su cuerpo entumecido:
Así la blanca tórtola su nido
Forma en las pajas y en sus bordes vela,
Tendiendo entrambas alas tiernamente
Para guardarle del glacial relente.

Pálidas de su rostro las colores
Tiene la helada de la noche fria,
Venid, el hijo amado de María,
Venid, pastoras, á vestir con flores:
Los divinos, dulcísimos amores
Que el cielo con la tierra tuvo un dia
Vienen á rescatar la humana gente
Del riesgo de sus culpas eminente.

Buenas pastoras, encended retama
Que del santo portal deshaga el hielo
Que al bendito Jesus dareis consuelo
Con el calor de la amigable llama:
Así al hijo de pecho que mas ama
Vuestro constante, maternal desvelo.
Nunca les falte el seno en que adormido
Posa en arrullo tierno embebecido.

En otro con igual asunto.

Abrid los ojos, célica Maria,
Mas que la luna del enero, claros,
Abrid los ojos y mirad cuan raros
Son los dones que Dios tierno os envia:
El serafin mas bello que tenia
Entre sus dulces serafines caros
Coronado de rayos celestiales
Coloca en vuestros brazos virginales.

¡Mirad quien se os estrecha á la garganta,
Mirad que labio os busca con anhelo,
Mirad, que por el santo rey del cielo
Qué gozosa estareis con dicha tanta!

Al sér que á vuestro pecho se amamanta
Velad, señora, con ardiente celo,
Que ya desesperado y moribundo
Dél solo espera salvacion el mundo!

En un album que tenia una lámina que representaba á los ángeles mirando los clavos del Señor.

Ved los hombres cual son, ved que inhumanos!
Un Redentor el cielo les envia
Y en la terrible cruz, dulce María,
Clavan con hierros sus divinas manos;
Mirad los hierros, y llorad, hermanos,
Llorad por el dolor de su agonía
Y con lágrimas laven nuestros ojos
Los duros clavos en su sangre rojos.

Vino el profeta y su divino canto
Los hombres del error no conocieron
Y ese premio cruel los hombres dieron
Al bueno, al justo, al virtuoso, al santo;
Si podemos borrar con nuestro llanto
El crímen que los hombres cometieron,
Con sus lágrimas laven nuestros ojos
Los duros clavos en su sangre rojos.

Con estos clavos, infeliz memoria,
Arrancados del cuerpo moribundo
Ha escrito el pueblo ingrato y furibundo
Del hijo del Señor la eterna historia.
El vino al mundo á conquistar su gloria,
Con duros clavos se la paga el mundo
Y es menester que laven nuestros ojos
Los duros clavos en su sangre rojos.

Esto queda á la tierra del Mesías
Los clavos nada mas de su tormento
Que á los hombres darán remordimiento
En cuanto duren sus penosos dias;
Huyamos de moradas tan sombrías,
Volemos de la gloria á nuestro asiento;
Pero estos clavos en su sangre rojos
Con sus lágrimas laven nuestros ojos.

Por bajo de una lámina que representaba á la Virgen

Escucha madre mia
La de el velo de estrellas; bienhechora,
Dulce y bella María.
Escucha la que implora
Dolorido y mortal; madre y Señora.

Si á mi débil acento
Romper los aires y turbar es dado

Allá del firmamento
El azul sosegado;
Escucha, vírgen pura, mi cuidado.

La sola voz que el pecho
Pudiera ya exhalar, á ti revela
El corazon deshecho,
Que tu piedad anhela
Y hasta tu trono arrebatado vuela.

¡O tu dulce señora
De la esfera eternal!... la tierra mira
Y al infeliz que llora
Y al triste que suspira
Resignacion y fé y amor inspira.

De tu sagrada mano
Piadoso manantial brote á raudales
Donde beba el humano
Alivios celestiales,
Donde se apague el fuego de los males.

Y lleva hácia tu seno
A los dolientes hijos que te amaron:
¡No mas gima ya el bueno
En grillos que forjaron
Los que rebeldes contra ti se alzaron!

En un album una de cuyas páginas se representaba á la Magdalena en aptitud de clamar al cielo.

¡Piedad!... Vírgen, arráncame y levanta
De entre estas rocas donde estoy hundida:
Hieren sus filos mi desnuda planta,
No hay senda abierta y moriré en la huida.

Corrí sin tino tras lejana estrella
Ansiosa de su luz brillante y pura
Y osé trepar á esta eminente altura
Para despues precipitarme de ella.

Subí á la cumbre por camino blando
Lleno de blancas perfumadas rosas
Y ahora no encuentro de pavor temblando
Mas que pendientes altas y espantosas.

¡Piedad!... Vírgen. Tu mano salvadora
Las manos prenda que hácia ti levanto
Y hasta los muros de tu pueblo santo
Conduce el alma que tu auxilio implora.

En un album poético para una niña que se ahogó en el mar.

Tú pensaste que el mar era tu cuna.

Tú pensaste que el mar era tu cuna
Y te adormiste en él tranquilamente,
No ha sido para ti poca fortuna
Despertar en la gloria de repente.

¡Hija del alma! no hay vida ninguna
Que no arrostre el furor de una corriente
Y si nos ha de ahogar ¡ay! la del llanto,
La del mar es mejor... no amarga tanto!

En el album de la ciega de Manzanares donde habian empezado á escribir por el revés.

Bien se conoce que es
Ciega del Album la dueña,
Cuando el que escribe se empeña
En ponérselo al revés.

Y aunque un Album contrahecho
No es fácil de corregir,
Yo quiero en él escribir
Por ponérselo al derecho.

Por que en verdad no es razon
Que lleve nada torcido
La que por dicha ha nacido
Con tan recto corazon.

En un album donde hallé la firma de Hartzenbusch

[illegible]

Huéspeda en la risueña Andalucía,
Hoy hallo con placer inesperado
Tu nombre, buen maestro, aquí grabado
Con el sello inmortal de tu poesía:

Y del pájaro igual no es la alegría
Si solo, triste, incierto, fatigado,
Por las ardientes Zonas abrasado
Halla una palma en la mitad del dia.

Como en mi libro, protector me sea
Tu nombre aquí, y en ánimo tranquilo
Aguardaré al curioso que me lea:

Pues que podemos escojer asilo
Entre estas hojas y á ninguno agravio,
Quiero elegir la vecindad de un sabio.

En un album de una princesa italiana:

Veggo ardente nel cielo sfolgorare
De sua corona l'ornamento chiaro,
Quel chi la luce dá superbo faro
È quel chi fà le piante ggerminare.

Veggo in la schezzia il pianto scintillare
De la matina, che á la terra è caro,
Ascolto il fiume fra l'oleandro amaro
Sulla pianura herbósa mormorare:

Odo l'uccelli è la sonora auretta
Chi pello azurro spazzio tende il vuolo,
Ma questa bello assai ridente studio

L'ánima mia ancor non rende lietta:
Sul bracio trista e languida mi piego
Ch' il mio dilletto ¡aimè! mai più non veggo!

EN OTRO.

Traducido del Dante.

¡Eh!... peregrino que por esta via
Atraviesas con planta indiferente,
¿Vienes tal vez de tan remota gente
Que el duelo ignoras de la patria mia?

¿Cómo no lloras ¡ay! cuando sombría
Cruzas por medio su ciudad doliente,
Como quien nada sabe, nada siente
Del grave luto que oscurece el dia?

Si te detienes á escuchar el caso,
Yo sé de cierto que llorando, amigo,
No pudieras de aquí mover el paso:

Perdió Italia á Beatriz; y cuanto dijo
A otros hombres hablando de la bella,
Tiene virtud de hacer llorar por ella.

EN OTRO.

—

Traducido de Passerini.

Si con tranquila faz, Génova mia,
Tu bello cuerpo destrozado miro,
No es por ingratitud, es que un suspiro
Me parece en tus hijos cobardía.

Trofeos de constancia y valentía
En tus ruinas orgullosa admiro,
Pues donde quiera que la vista giro,
Encuentro en tu peligro tu osadía.

Mas que el triunfo valió tu sufrimiento;
Y te vengaste bien del que te infama,
Quedando destruida hasta el cimiento:

Asi *la libertad* gozosa esclama
Tus reliquias besando en las arenas:
Ruinas... Sí; pero jamás cadenas.

En el album de Tomasa Breton de los Herreros.

—

¡Una corona y de laurel Señora!
No fue contigo la fortuna avara
Cuando te adorna la preciosa cara
Con diadema tan rica y seductora.
¡Por Dios que risa te darán ahora
La pluma y cinta y flor y piedra rara!
¿Mas quién ha de ostentar igual prendido
Sino hay mas que un *Breton* y es tu marido?

En el album de una señora muy simpática.

—

Tiene á veces el alma un sentimiento
Que sabe comprender, mas no esplicar,
No es amor, no es pasion y es este afecto
Mas que interés y menos que amistad;

Es vaga inclinacion que nos inspira
Entre otros mil determinado ser,
Es dulce, indefinible simpatía
Que nace y muere sin razon, tal vez.

Es lo que siento yo por vos señora,
Mas que interés y menos que amistad
Falta para amistad vuestro cariño,
Sobra para interés que os quiero ya.

EN UN ALBUM PORTUGUES.

—

La amapola de la raya.

Siempre al tender mi vista por el llano,
Del ámbito campestre que me encierra,
He visto el horizonte *lusitano*
Lindando con los prados de mi tierra;
Y he dibujado con mi propia mano
Su hermoso valle y su cercana sierra
Y he cogido las dobles amapolas
Que ni son portuguesas ni españolas.

Una *corona roja* que mecia
La fresca brisa del humilde *Caya*,
De una amapola que *nació en la raya*
El nombre de ambos reinos confundia;
Yo la tomé con súbita alegría
Y deshojando su coróla gaya
Las hojas hice tremolar al viento
Haciendo por su vida un juramento....

Juramento de dama que en las flores
Deteniendo pueril su vaga idea,
Con la mas olvidada se recrea
Suspendida admirando sus colores;
Juré que porque nacen las mejores
Plantas sobre el arroyo que serpéa
Uniendo á Lusitania con Castilla
Iva á llenar la raya de semilla.

¡Oh qué placer reproducir la planta
Y verla florecer en primavera,
A la orilla de plácida ribera
Que con sus gotas puras la abrillanta!
¡Oh ya vereis entre sus brotes cuanta
Amapola nos da la venidera
Blanda estacion, cuando ilumine el llano
Nuestro *sol español y lusitano.*

EN UN ALBUM DE UNA DAMA DE LISBOA.

—

El terremoto de Lisboa.

Las torres han temblado sacudidas,
Las casas se han movido en sus cimientos,
Las piedras y columnas desprendidas
Hieren los inseguros pavimentos.

¡Mirad... Mirad los templos derrumbarse
En masas enormísimas despresos
Que abajo con estruendo al desplomarse
Estallan de mil víctimas los huesos...

Allá baja el anciano desplomado
De su morada envuelto entre el escombro,
Allí el jóven sostiene ensangrentado
El quebrantado cráneo sobre el hombro.

Allá prensada espira la doncella
Bajo ruina, aqui piedra furiosa
La tierna boca del infante estrella
Contra el seno materno en que reposa.

Allá generaciones desparecen
Por horroroso incendio devastadas,
Las negras llamas con el pasto crecen
De las hirvientes carnes abrasadas...

Ruinas, incendio, súplicas, gemidos
Alzan un hondo prolongado trueno,
Ruinas, incendios, llantos, alaridos
La tierra absorbe en su rasgado seno!--

Cuando el estruendo horrible haya cesado,
Cuando la luna venga tristemente
A visitar al pueblo sepultado,
Vereis alzarse entre el escombro hirviente,

Mil sombras que gimiendo errantes giran.....
¡Oh... no huyais... no tembleis... no son los muertos,
Son huérfanos, son madres que suspiran
En torno á los sepulcros entre-abiertos.

PARA EL ALBUM POETICO.

—

A la memoria del Sr. D. Nicolás de Azara.

Corona ciñe el triunfador guerrero
¡Ay! mas corona á las naciones cara
Es esa que la gloria le prepara
Con la punta sangrienta de su acero!

Tú, modelo del noble caballero,
Orgullo y honra de tu estirpe clara,
Tú has hecho que tu nombre, ilustre Azara,
Venere el español y el estranjero.

Pero no porque el grito de la guerra
Hiciste resonar con loca saña,
Difundiendo el espanto en nuestra tierra,

Sino por dar á la infeliz España,
Genio de diplomático eminente,
Paz al furor de su irritada gente.

En un album perdido y recobrado.

—

Al recobrar la que lloré perdida
Prenda de la amistad, con tanta pena
Del hallazgo dichoso me enagena
El contento mas dulce de mi vida;
Yo juré recobrarla, aunque escondida
Del desierto se hallase entre la arena;
Juré por tu bondad y tu hermosura
Y la suerte cumplió mi ofrenda pura.

Poniendo al revés un album que principiaba con unos malos versos.

—

Empezar por la página primera,
Capricho inútil de los hombres es,
Pues ha de ser del Album la postrera.
Si se toman los libros al revés.

El primero que el Album haya abierto
Puede en verdad decir que lo empezó;
Pero nadie dirá, con dicho cierto,
Que pone fin en donde empiezo yo.

LA PAGINA EN BLANCO.

—

Una tan sola reservó el destino
Página en blanco para mí guardada;
Y en dejar á mi musa limitada
La intencion de los hados adivino.

Dice el sabio Hartzenbusch, á quien invoco
Siempre que de consejos necesito,
En cierto verso por su mano escrito,
Principio y ceso—de lo malo poco.

Menos modesta que Hartzenbusch, acaso,
Supliendo á su talento mi osadía,
Seis páginas del Album llenaria
Si no atajáran á mi musa el paso.

Basta con esta; y aun á ser borrada
Yo la condeno, por mi orgullo loco,
Pues, si debe Hartzenbusch *escribir poco,*
Yo no debo en conciencia escribir nada.

EN UN ALBUM DE UNA DAMA DESCREIDA.

—

NADA CREO.

I.

Señora, os amo con igual ternura
Que en el hora en que os dije mi deseo,
Jamás, jamás hallé en mi devaneo
Rival á vuestro genio y hermosura...
—Será verdad, garzon, mas no lo creo.

—Alejéme de vos, mas viva y fija
Tal memoria llevé en mi corazon
Que pensamiento no hay que mi pasion
No anime, no sostenga, no dirija...
—Será verdad, mas no lo creo, garzon.

—¿Qué digo? mas, mas mi cariño ahora
De vos ausente enciende mi deseo
Dormido siempre en la ilusion os veo,
Despierto os lloro sin cesar, señora...
—Será verdad, garzon, mas no lo creo.

—Los alegres fantasmas que en el mundo
Tanto halagan al jóven corazon,
Brillo, placeres, sueños de ambicion
Ceden, señora, ante mi amor profundo...
—Será verdad, mas no lo creo, garzon.

¿Qué es la ambicion? su mas grande victoria
Sacrificar á vuestros piés deseo
¿Gloria sin vos? ni aun en los cielos veo
Arcángel, para mí sin vos la gloria!
—Será verdad, garzon, mas no lo creo.

Lanzar he visto llamas del amianto
Al duro cuerpo incombustible y frio
Y desde aquel maravilloso encanto
De los incendios, buen garzon, me rio:
Bien derramar podeis ardiente llanto
Para inquietar, ¿quién sabe? el pecho mio,
Sin que del vuestro al plácido sosiego
Logre inflamar, como el amianto el fuego.

Garzon, las hadas de infantiles sueños
Há largo tiempo que dejé en la nada,
Ya de la clara luz mis ojos dueños
Otra atmósfera ven mas despejada:
Cesad en los inútiles empeños
Porque el lloro y el habla enamorada
Y todo cuanto escucho y cuanto veo
—Será verdad, garzon, mas no lo creo.

II.

—Del alma vuestra la perversa fé
Pudo animar en vos tales recelos
Y no mereceis, no, ¡viven los cielos!
Ni mi amor, si es verdad que yo os amé,
Ni el tiempo malgastado en mis desvelos.

Rompa mi corazon en buena hora
De este cariño el último eslabon,
En vez de pena siente el corazon
Placer, al comtemplar que vencedora
Recobra en mí su imperio la razon.

Ciego anduve, mas ya cual sois os veo;
¡Sois hembra al fin!—Garzon, vos estais loco
Si á arcángel me elevásteis hace poco!
—No os amo ya, pasó mi devaneo.
—Pues todo pasa así, yo nada creo.

Más escuchad, quien dijo «mi señora
Os ama como á Dios, el pecho mio»
No es bien, garzon, que en su altivez ahora
El parabien se dé por mi desvio.
¿Pues y la llama aquella abrasadora?...
De los incendios, buen garzon, me rio
Que al soplo del rencor ceniza fria
Tornan el alma que cual Etna ardia.

¡Cuán presto del altar cayó la santa.
¡Cuán presto en vuestro templo se consume
El fuego que erigísteis á su planta
Para esparcir en su loor perfume;
El ara abandonais con prisa tanta
Al ídolo injuriando, que presume
La turba que el fanático es ateo...
¡Digo!... tengo razon si nada creo?

Réplica á una impugnacion al nada creo.

—

¡Jesus! la tremenda guerra
Que moveis á mis canciones
Me maravilla y me aterra.
¿No salen en nuestra tierra
Por las damas campeones
Y salen por los garzones?

Vaya en gracia, caballero,
De perseguidos donceles
Paladin: sois el primero
Que por sostener infieles
Á las damas guante fiero
Arroja en el suelo ibero.

Aunque enemigos los dos
Que andante vayais alabo
De malas causas en pos,
Pues vos pensareis «al cabo
Al bueno le ayuda Dios»
Y ayudais al malo vos.

Es generoso el deseo
De amparar al no *creido*,
Mas, Señor, á lo que veo
En esta querella *creo*,
Que puede ya el *descreido*
Creer que sereis vencido.

Empeño tan sin razon
Os puede costar muy caro
Que es mucha mi condicion,
Y si la guerra os declaro
Quedareis con el garzon
Malparado en mi cancion.

Mas, pues así lo pretende
Vuestra musa respondona,
Mire bien cual se defiende,
Porque mi númen no ofende,
Pero al que «guerra» le entona
Vence, sigue, y no perdona.

¿Conque decís que la llama
Del dulcísimo deseo,
Que el pecho rendido inflama
Del garzon que tierno ama,
Se muda en rencor tan feo
Al soplo del *no te creo?*

¡Valgaos Dios, buen caballero
De que mala condicion
Será el amante garzon
Que trueque en odio fiero,
Por un desden la pasion
Que inflamó su corazon!

Ya vuestra causa es perdida;
¿Pues no veis por vuestra vida,
Que autorizais el desvío
De la dama *descreida*,
Tan egoista amorío
Describiendo, Señor mio?

No pensais que con razon
Al conocer esa llama
De tan innoble pasion,
Debe responder la dama
A vuestro amante *garzon*
Con semejante cancion.

«Quien odia por un desvío,
»Muestra que no supo amar,
«Y pues fingisteis impío,
«Harto bien el pecho mio,
«Mal garzon, hizo en dudar
«De vuestro falso llorar.

«Quien así muda el halago
«En baja reconvencion,
«Muestra indigno corazon.
«Y os he dado justo pago
«Rechazando mal garzon,
«Vuestra *mentida pasion*.

«Llamais á mi amor *ateo*
«Porque del vuestro *dudé*,
«Mas garzon á lo que veo
«Si os hubiera dicho *os creo*,
«Vos respendiérais, á fé,
«Porque os *creí*» la *engañé*.»

« Ypues pretende *engañar*
«El uno aquí de los dos,
«El otro debe *dudar;*
«Que vale mas no *adorar*
«Que *adorar* á un falso *Dios*,
«No amar, que amaros á vos.»

Ya veis Señor las *razones*
Que á los hombres *engreidos*
Da la dama en sus canciones.
¡Cómo han de ser los *garzones*,
Por votos de amor creidos,
Si sus votos son *fingidos*.

Ultima réplica á otra contestacion á la anterior.

—

¡Estremada bizarría!
¡Rendimiento cortesano!
¡Bondad la del castellano
Consumadísima es,
Pues con una dama altiva
Mueve altivo una querella,
Porque logre el triunfo ella
De que se rinda á sus piés.

Aquien *vencido* se aclama
Con tan noble gallardía,
No tiene la musa mia
Nada señor que añadir;
Si no es que á vos mucho estima
El sacrificio costoso
Del empeño generoso
Que os obliga á *desistir*.

Tal hazaña en vos escede
A una cumplida victoria,
Que á veces está la gloria
Mas que en triunfar, en ceder;
Triunfo alcanzais en rendiros
Con galan comedimiento,
Mayor que el merecimiento
Que lográrais en vencer.

Básteos, señor, esto y dejo
Que *desdeñados garzones*
Formen grandes *coaliciones*
En sus odios contra mí,
Pues el odio es tan amargo
Para el alma que lo siente,
Que odiándome injustamente
La pena llevan en sí.

En un album de una dama con genio y sin pretension.

—

De ti, señora, me contó la fama
Que con ingenio vivo y alma inquieta
Renuncias á la gloria del *poeta*
Por no arriesgar el de *modesta dama*:

Pero dicen tambien que el Dios del arte
Al verte abandonar su templo santo
Sintió la ausencia de tu ingenio tanto
Que á los poetas ordenó cantarte.

Uno por uno con afan, señora,
De Apolo te transmiten los favores,
Y yo tambien aunque infeliz cantora
Vengo á ofrecer á tu corona flores.

Admite entre el *laurel* y la *violeta*
Este ramo no mas de *siemprevivas;*
Aunque por ser *modesta* nada escribas,
Siempre tendrás renombre de poeta.

EN EL ALBUM FUNEBRE A LA MEMORIA DE UNA JOVEN.

—

¡Nadie se muere de amor!

¡Cómo habias de vivir
Si *amando*, pobre mujer,
Tenemos que *combatir*,
Y el luchar nunca es *vencer*,
El luchar siempre es *morir*!

Cuando entre galas y flores
Amor te daba la palma,
Le dije á tus amadores:
«No le hableis tanto de amores
Que tiene sensible el alma.»

Pero el mundo descreido
Respondió con su sonrisa:
«Deja que halaguen su oido,
Que ya por el bien *querido*
Nadie se muere, poetisa.»

Volví mas tarde á decir:
—Mirad que perdió el color
Y no cesa de gemir.»
Mas él tornó á repetir,
—*Nadie se muere de amor.*

—Puede ser que el mundo ignore
Cuanto su dolor la hiere....
—Deja, poetisa, que llore,
Por mucho que al hombre adore,
ninguna mujer se muere.

Yo volví mas consolada
Y estabas en la agonía.
—Se *muere!* clamé aterrada;
Pero el mundo respondia:
—Es *muerte* de *enamorada.*

Ya tu pecho palpitante
Al impulso del dolor,
Lanzó un grito penetrante,
Y el mundo dijo:—Es *amante!*
Nadie se muere de amor!

Yo ví tu mirada incierta
Clavarse al fin aterida,
Y dije al mundo:—Está *muerta!*
Y respondió:—Está *dormida;*
Ya verás como *despierta!*

Ya oye el mundo la campana
Qué anuncia con su clamor
De una belleza lozana
La *muerte* horrible y temprana
Que le ha alcanzado *su amor!*

Ya envuelta en el blanco velo
La vé al sepulcro marchar
Y la acompaña en el duelo,
Y aun aguarda con recelo
Qué pueda *resucitar.*

Y al sepultar á la bella
No sabiendo en su rencor
Que decir el mundo de ella,
Dice: La mató su *estrella*...
Nadie se muere de amor

EN EL ALBUM DE UNA AMIGA AUSENTE.

—

Nó, los recuerdos que en el mar se escriben
No los borran el tiempo ni la ausencia;
Allá en las olas resonando viven.
¿Qué es olvidar? ¿qué fuera la existencia,

Si hasta el recuerdo de amistad querida
Nos vedára tambien la Providencia?
Si triste en mi recinto oscurecido
Callo por no turbar, cuando te halles
Contenta, tu placer, no es que te olvido,
A tí que ver la yerba por las calles
Nacida, te entristece; infortunada!
Si vivieras, hermosa, en estos valles!
Crece la yerba al pié de mi morada
Libre y fecunda, desde octubre á mayo;
Y no perece al fin por ser hollada
Sino del sol canicular al rayo
Como mi juventud, como mi vida--
Si le llamas vivir á este desmayo,
Si le llamas vivir, alma querida,
A levantar del lecho la cabeza
Y volver á inclinarla dolorida!
Largo tiempo luché con la tristeza:
La paciencia sostuve y el aliento
Y abusé de la humana fortaleza;
Pero llega el cansancio al sufrimiento
Y de mi endeble máquina las venas
De la fiebre al dolor estallar siento
Como del barco seco en las arenas
De Cadiz, al ardor del sol estallan
Los comprimidos mástiles y antenas.
!Cádiz!.. el mar!.. mi amiga! ¿porqué os hallan
Lejos mis ojos, hoy que sin ventura
Tanto mis penas contra mí batallan?
Aun pudiera del mar la brisa pura
Reanimar el aliento de mi alma
Y alegrarme la voz de tu ternura;
Mas no será, y en la abrasada calma
Moriré del desierto, consumida,
En tanto que tu sombra, humana palma,
En las playas del Africa esparcida,
Se retrata en la orilla de los mares
Y á respirar al pájaro convida.
¡Que las aves dulcísimos cantares
Te regalen en esas estranjeras
Tierras, si melancólica te hallares;
Ya que apenas llegar á esas riberas
Podrá la voz doliente y estinguida
De estas canciones ¡ay! tal vez postreras!
¿Quién sabe si te di mi despedida
Cuando volaba al africano puerto
La rugidora máquina encendida?
El sol tras de las aguas encubierto
En la flotante espuma chispeaba
De nuestro barco, por el sulco abierto;
Y tus hijos al verme que lloraba
Cariñosos besaban mis mejillas
Y yo á mi corazon los estrechaba.
Aquellas emociones tan sencillas
Me dejaron de pena el alma rota,
Cuando me vi del mar en las orillas
Sola como la pobre gaviota.

EN EL ALBUM DE LA SEÑORITA ARMIÑO.

Existe entre ti y mi alma
Una dulce inteligencia,
Mitad cariño en su esencia
Y *celos* la otra mitad,

Yo no sé, niña graciosa,
Cual de entrambas es mas fuerte:
Sé que las dos de igual suerte
Dominan mi voluntad.

Bástame para quererte
Que en una planta nacida
Estés por el tallo unida
A una flor que adoro yo;

Mas te envidio, niña bella,
Que el Señor, desde la cuna,
Te diera la gran fortuna
Que á mi existencia negó,

Por qué tu vés la sonrisa
De mi *adorada cantora*,
Sus lágrimas cuando llora,
Su imágen, todo lo vés,
Pero yo nunca la veo
Sinó allá como entre nubes
Soñamos ver los querubes
De los cielos al través

Y por eso hay entre ambas
Una dulce inteligencia,
Mita deariño en su esencia
Y *celos* la otra mitad;

Yo no sé, niña graciosa,
Cual de entrambas es mas fuerte,
Sé que las dos de igual suerte
Dominan mi voluntad!

ESTRENANDO UN ALBUM POR LA ÚLTIMA PÁGINA.

Yo elijo la postrera de tus hojas,
Yo voy á anticipar tu despedida;
Ya blanco libro, que mi nombre alojas:
Sabes cual es tu término en la vida.
¡Ay! si tambien pudiera el alma herida
Anticipar el fin de sus congojas....
Yo de mi juventud saber quisiera
Qué nombre hay en su página postrera.

EN LA ULTIMA HOJA DEL ALBUM.

El fin de todo busca el alma mia
Por que en esta existencia pasajera
Del mas hermoso y regalado dia
Siempre viene á turbarnos la alegria
El miedo del dolor que nos espera.

Si fé teneis en la amistad lozana
Del jóven que en la infancia habeis querido,
Desvanecida como sombra vana
Por otra nueva dejareis mañana
Esa tierna amistad en el olvido.

Si fé teneis en que el amor primero
Es el amor mas cierto de la vida
Sabed ¡ay! que ese amor es pasajero
Qué solo, amigos, el amor postrero
Es el único amor que no se olvida.

Así no es mucho que en el libro escoja,
Teniendo de la fama igual idea,
Con tanto nombre como en él se aloja
No la primera, la postrera hoja
Para dejar memoria al que me lea.



FABULA.—LA POETISA Y LA ARAÑA.

Una noche de enero tempestuosa
A la luz que agitaba recio el viento
Trasladaba al papel su pensamiento
Una mujer, con mano presurosa.

A veces dél la blanca pluma alzaba,
Y en alta voz lo escrito repetia,
Y sus propios conceptos se aplaudia
Y con su misma voz se enagenaba.

Canta á Napoleon, y la cantora
Mira la tierra con desden profundo
Que entre sus manos, del Señor del mundo,
Tiene la fuerte espada vencedora.

Una araña, que en viejo pergamino
Há tiempo que la escena vé curiosa,
Discurre con idea maliciosa
Tomar entre los versos su camino.

En tanto que su cuerpo columpiado
En las endebles cañas mueve aprisa,
Oye el canto de guerra á la poetisa,
Al héroe de la Francia consagrado;

Y cuando vé que en su entusiasmo toca
Las nubes y hasta el cielo se levanta
Las dos belludas patas adelanta
Y en el papel osada las coloca...

Miró junto á sus manos espantada
La niña el negro insecto al pliego asido
Y lanzando agudísimo gemido,
Cayó de un golpe en tierra acobardada.

Soltó la risa la insolente araña
Y esclamó con gozosa altanería:
«*¡Qué se rinda ante mi la que traia*
Al gran Napoleon á la campaña.»

EN OTRO.

FABULA.—EL EGOISMO.

Tenia Pablo en un rincon
De su corral un granado
Que era de aquel vecindado
Envidia y admiracion;

Pero tan pegado estaba
A la tapia que ceñia
El corral, que la vestía
Con su verde y la entoldaba.

Y andando el tiempo llegó
A abrazarla, de tal modo,
Que con su ramage todo,
Al patio vecino dió.

Pablo al ver que ya sus brazos
Hácia otro lado tendia,
Por el mismo tronco un dia
La cortó de dos hachazos.

—¡Hombre, por qué le has cortado!
Esclamó un amigo, ¿dí?
Qué mal te causaba allí
El tronco de ese granado?—

Un muchacho muy ladino
Respondió,—no le estorbaba,
Lo ha cortado porque daba
Sus granadas al vecino,

EN OTRO.

Cuando cantaba yo de esas que crecen
Flores de abril, la vida perfumada,
Entre tantos que flores os ofrecen
Pude daros á vos la mas preciada;
Pero, señora, ya no canto nada,
Si no las propias penas que entristecen;
Y en vez de canto, regalaros tédio
Ni á vos diera placer, ni á mi remedio.

No es la poetisa ese jardin florido
Donde siempre un jazmin, una violeta
Nace para que adorne su prendido
La hermosa como vos—es el poeta—
No siempre la mujer doliente inquieta
Puede cantar como lo habeis querido;
Y en vez de canto regalaros tédio
Ni á vos diera placer, ni á mi remedio.

Sabed que al consagraros estas hojas
Del íntimo del alma hoy arrancadas,
Siento de pena las mejillas rojas
Porque lleguen á vos tan destrozadas.
Pero no tengo mas—estan heladas,
Y os pido por favor en mis congojas
Que me dejeis callar, pues no es remedio
Daros señora, con mis cantos tédio.

EN OTRO.

Un doctor muy afamado
Mandó hacer una sangría
Y despues que hubo pasado
¿Se ha sangrado usted, decia?
—Si señor ya me he sangrado.—

Que se repita mayor.
Repuso, y volvió despues,
—Se repitió—si señor,
Pues otra larga hasta tres
Y calmará ese dolor.

Cuando volvió al otro dia
Le preguntó al enfermero,
¿Cómo está su señoría?
—Descansa—bien, eso quiero.
Que le den otra sangría.

—Se le dará sin temor,
Mas no está en eso el misterio,
¿Diga usted el sangrador
Querrá ir al cementerio
A sangrar á mi señor?

EN OTRO.

EL GILGUERO Y LA FLOR DEL AGUA.

—

Escúchame, poeta,
Un gracioso gilguero
Jóven, vivo y ligero
Mas que brisa coqueta.

Despues de haber corrido
Del valle á la colina
Tras cada peregrina
Yerbecilla perdido,

Despues de haber cruzado
Cien veces la pradera
Cada flor hechicera
Cantando enamorado,

De larga travesía
Fatigado, su vuelo
Al pié de un arroyuelo
Vino á posar un dia.

El sol ya se ocultaba,
Y su postrer reflejo
En el brillante espejo
Del agua reflejaba.

A otras flores asida
Y siempre en la coriente
De la linfa latiente
Flotando conmovida,

Leve como amarilla
Cañilla de centeno
En su cristal sereno
Vivia una florecilla.

Sus galas, su belleza
Eran no mas frescura
Que daba el agua pura
A su gentil cabeza.

Era el hermoso brillo
Que el sol que se alejaba
Melancólico daba
A su cáliz sencillo.....

Vió el pájaro gracioso
La ninfa peregrina
Y en el agua argentina
Lanzó un trino amoroso.

Oyó la florecilla
Al colorin amante
Y vaciló un instante
Temblando en su barquilla...

—Vente, (el ave cantó)
Que otro lecho mas rico
Transportada en mi pico
He de buscarte yo.

—No, (la flor respondia)
Si dejo la frescura
Del agua mansa y pura
No viviré ni un dia.

—Rompe el tallo hechicero,
No estés en la ola hundida,
—Estoy al agua unida,
Si me arrancas me muero.

—¡Ah! vente á otros lugares
—¡Quédate al lado mio!
—¡Verás los anchos mares!
—Me basta con mi rio.

¡Adios! gritó impaciente
El pájaro ofendido!
La flor con un gemido
Respondió tristemente.

»Nunca me amaste, si mi endeble frente
Sabes que con un soplo se marchita,
¿Cómo del ronco viento que te agita
Pudiera resistir el gran torrente?

»Por buscar otra tierra mas lejana
Arrancarme del agua que me alienta
Es pretender con ansiedad violenta
Sacrificarme á tu ambicion insana.

»Si no son estas ondas transparentes
Que repiten tus trinos amorosos
Y te halagan con besos cariñosos
Espejos á tu orgullo suficientes,

»Adios, adios, vuela á buscar ventura
De aquilon en el fiero torbellino
Y déjame en mi arroyo cristalino
Sobre mi cuna hallar mi sepultura.

»*El cierzo romperá tus alas bellas*
Y cuando tornes y á *mi amor te acojas*,
De mi triste barquilla y *de mis hojas*
No hallarás en las olas *ni las huellas*!»

EN EL ALBUM DE UN CLASICO MODERNO.

—

Gracias, señor, gracias mil!
¡Ah siglo... dichosa suerte!
Ya nuestra edad se convierte
En bella edad infantil.

Ya en vez de los lagrimones
De romántico dolor,
Los ojos del trovador
Brotan risa á borbotones,

Ya á la sombra del ciprés
Vagos, errantes, inquietos,
No nos traen los esqueletos
Arrastrando por los piés.

Ni freneticos en pos
De la muerte anhelan ir,
Que á todos hace vivir
El santo temor de Dios.

Murió la *fatalidad*,
Los venenos se agotaron;
Y los *espectros* cruzaron
Huyendo la inmensidad.

Ya todo es risa, placer;
Y pronto los pastorcillos
Con sus tiernos caramillos
Y el rebaño, han de volver.

¡Qué risa ver convertido
En un alegre zagal,
En la pradera dormido
A aquel que tanto ha gemido
Sobre el *arpa funeral*!

¡Qué risa será escuchar
Al son del tosco rabel
Suave, amoroso cantar
A aquella boca de hiel
Que ayer nos hizo temblar!

¡Qué risa ver sus amadas
Ayer mustias y amarillas,
Mañana frescas sencillas
Tejiendo en las enramadas
Guirnaldas de florecillas!

¡Qué risa será mirar
En el verde prado, ameno
El arroyuelo saltar
Y en su espejo contemplar
El propio rostro sereno!

¡Qué risa hurtarle sus nidos
Al mirlo y al ruiseñor,
Y verlos como aturdidos
Con sus trinos doloridos
Nos vuelan en derredor!...

Gracias, Señor, gracias mil;
¡Ah siglo! dichosa suerte,
Si nuestra edad se convierte
En bella edad pastoril;

Si en pos de las maldiciones,
Del romántico furor,
Viene el alegre pastor
Con su flauta y sus canciones.

LA ALEGRIA DEL POETA ESCRIBIENDO EN UN ALBUM.

—

Levanta, lira caida;
Ven, que el dolor te convida
Con mil tonos acordados,
Tengan tambien en la vida
Su fiesta los desdichados.

No temas ¡oh! que en tu acento
Vaya el mundo á sorprender
Vuestro ignorado tormento...
Lo mismo ha de comprender
Tu cancion que mi lamento.

¿Qué sabe si son gemidos
Canto, risa, imprecaciones
Lo que en mis trovas ha oido?
La turba escucha el sonido
Sin sentir sus vibraciones.

Y si al fin para ella iguales
Son mis dichas y mis males,
Alégrala con gemidos,
Y broten en cien raudales
Mis pesares comprimidos.

El mundo, arpa mia, en tanto
Torpe nos envidiará
El ignorado quebranto:
Y en cambio de nuestro canto
Sus aplausos nos dará!

Asi el ciego musiquillo
Discorde violin pulsando,
Con monótono estrivillo,
Marcha su infantil corrillo
Por las calles alegrando.

Canta, y su voz tembladora
El pecho anciano quebranta;
El niño que aplaude, ignora
Que es mas grande que el que llora,
El infortunio que canta!

EN EL ALBUM DE UN PEDANTE.

—

Aqueses mountinos
Qui tá haütes soun.
Doundines,
Qui tá haütes soun,
Doundoun,
M'empechen de béde
Mas amours oün soun,
Doundene
Mas amours oün soun,
Doundoun.

Buen lector, si eso es francés
O griego, tú lo sabrás,
A mí me basta no mas,
Saber que epígrafe es.

Yo sé que presta grandeza
A toda composicion
Un estranjero renglon
Colocado á la cabeza,

Y de un libro que no entiendo
Ese pedazo copié
Para que esplendor le dé
A lo que estoy escribiendo.

Si esos son versos de Homero,
Con que cite su poesía
Dirán que tiene la mia
Mucho *espíritu guerrero.*

Si versos hebreos son
Ese dundun y dundene
¡Qué sabor bíblico tiene,
Dirán, la composicion!

Si de Virgilio ¡Oh ventura!
¡Qué armonía imitativa!
Tendrán los veros que escriba!
Qué suavidad, qué dulzura!

No trace usted D. Fermin
Por la Vírgen, ni un renglon
Sin tener á prevencion
Alguna cosa en latin.

Aunque ignore el castellano
Ponga usted algo de griego,
Buen amigo, y deje luego
Correr sin miedo la mano.

Si á un trozo de la Iliada
Arrima sus garavatos,
No faltarán literatos
Que le den una palmada.

¡Cómo si brotando, al fin,
Bajo una hermosa palmera
Menos miserable fuera
El espinillo ruin!

Mas pues asi lo han dispuesto
Los hombres de nuestros dias,
Ahí cuatro galimatías
Escribo, y cumplo con esto.

Así de mi erudicion
Ninguno podrá dudar
Cuando me vea citar
Ese dundun ó dondon,

Que no me importa que esté
En francés, árabe ó chino:
Yo en un viejo pergamino
Lo vi escrito y lo copié.

En un album que me presentaron cuando estaba contemplando una hermosa tarde.

—

La tarde va á espirar.... lejano y tibio
El sol ya terminando su carrera,
En las tranquilas águas reverbera
Su postrimera luz:
Y los alegres pájaros meciendo
Entre las ondas sus pintadas plumas,
Hacen saltar las cándidas espumas
Con su leve chapuz.

Y las flores que lánguidas doblaron
El mustio cuello en el calor del día,
Se alzan risueñas á la luz sombría
Del sol que hundido está.
La tarde va á espirar.... la luna apenas
Entre la luz y sombras indecisas
En la azulada esfera se divisa
Con vaga claridad.

Murmura el viento entre el ramaje espeso
Las amarillas hojas arrastrando,
Y en la faz de las aguas resbalando
Con leve agitacion.
Pardas tinieblas el espacio hienden
Que oscurecen el cielo por instantes;
Cruzan las aves de la noche errantes
En vaya confusion.

Esta es la hora de la amante cita
Que doy á los espíritus divinos;
Con los últimos rayos vespertinos
Vengo á la soledad.
Para escribir los místicos cantares
Que estas horas inspiran á mi alma
He menester las hojas de una palma
Llena de santidad.

Llevad lejos de mí libros profanos
Que me fatigan los dolientes ojos,
Y sus pinturas que me dan enojos
Llevad lejos de mí;
Porque estas horas tristes de la tarde
A contemplar el cielo las dedico
Y el corazon amante mortifico
Con escribir aquí.

EN UN ALBUM DONDE HABIA ESCRITO DUMAS ESTE VERSO FRANCES.

—

«Dios me ayude para encontrar en España la palabra que busco.»

La palabra que Dumas no encontraba
Es el nombre de *ingrato*, que merece;
España á Dumas de favor colmaba
Y él en pago la insulta y la escarnece.

EN UN ALBUM DONDE HARTZENBUCH HABIA ESCRITO.

—

«Quiero escribir—mi insuficiencia toco
«Principio y ceso—de lo malo poco»

—

Y yo que no sé hacer dos versos buenos
Aun debo escribir menos.

EN UN ALBUM DE UNO SEÑORA QUE QUERIA QUE SE DIGESE ALGO ACERCA DE LA DESGRACIA DE SER MUJER.

¡Oh Dios! nacer mujer es triste cosa,
Desventurada suerte nos rodea,
¡Ay *infeliz de la que nace hermosa*
Y ¡ay infeliz de la que nace fea!

EN EL ALBUM DE UNA QUE NO QUERIA MAS QUE LA FIRMA.

Ruéganme que sin enojo
Estampe mi firma aquí;
Tomo la pluma, la mojo,
Sacúdola y hago así.

EN EL ALBUN DE UNA SEÑORA QUE QUERIA QUE ACABASEN LOS CONSONANTES EN IO Y EN IA.

—

Señora, un Album cuando yo me rio
Por la estraña y ridícula manía,
De escribir en los *Albumes* poesía
Teniendo tan *mal genio* como el mio;
Ya que no encuentre consonante en io,
Ya que no acierte á rematarlo en ia,
Un dolor soberano de cabeza
Me ha costado escribir esta simpleza.

EN EL ALBUN DE UNA SEÑORA QUE DESEABA QUE SE PUSIERA SU NOMBRE DENTRO DE UNA OCTAVA.

—

Para ponerte, como pides, *dentro*,
Sin que te escapes de la floja octava,
Es preciso mirar como se clava
Tu nombre, *Pepa Juana*, aquí en el centro:
Si por fortuna consonante encuentro
Para otro verso que termine en ava,
En esta octava que tu nombre encierra
Quedas como debajo de la tierra.

EN EL ALBUM DE UNA SEÑORA QUE PEDIA VERSOS LARGOS Y CORTOS.

—

Los versos mas largos y aquellos mas cortos
Que tengan del arte las reglas concisas,
Señora, aunque sean horribles abortos
Decís que quereis en letras precisas;
Vos
Ni
Dios
A
Mi Musa ignorante de tales hazañas
Inspiran, señora, el grande talento
De hacer en el Album, con formas estrañas,
La rara poesía del genio portento
Que
Yo
No
Sé.

EN UN ALBUM QUE LLEGÓ DESPUES DE HABER FIRMADO OTROS CUATRO AQUEL DIA.

—

¡Vive Dios que es el siglo diez y nueve
De *Albumes* tan fecundo semillero,
Que á formarlos parece que se atreve,
El mismo Satanás hecho librero.
Asi cuando al infierno se los lleve
Para quemar allá á todo coplero,
Luciremos con luces tan brillantes
Que chispas brotarán los consonantes.

EN OTRO.

—

¿Verdad que es triste que en el mundo todo
Ceda á la ley de su esterminio fija;
No es verdad que es muy triste que se acaben
La juventud y la pasion la vida
Que la beldad perezca y los amores
Y que la gloria al fin tambien se rinda?
¿Qué cosa mirarán los ojos nuestros
Que no tenga á su lado la ruina,
Siquiera tronos esplendentes sean,
Siquiera rocas de eminente cima?
Solamente los *Albumes*, señora,
Esa calamidad de nuestros dias;
Los Albumes tan solo son eternos
Y eterna del poeta la desdicha!

EN UN ALBUM DONDE QUERIA QUE LE ESPRESARA QUIEN FUE EL INVENTOR DEL ALBUM.

—

¿Quién inventó la poesía?
Y ¿quién los *Albumes* hizo?
A la primera el demonio,
A los segundos su hijo.

EN EL ALBUM DE UNA DAMA PARA LA CUAL SE PEDAN ELOGIOS SIN CONOCERLA.

—

De tus ojos bella Flora
Muy bella será la llama,
Cuando aquí llega la fama
De su brillo y su beldad.

Y cuando yo desdeñando
De la envidia los enojos,
La hermosura de tus ojos
Celebro en mi soledad.

Yo declaro, aunque no he visto
La belleza de tu cara,
Que ninguna estrella clara
Tiene tanto resplandor,

Y que el mismo sol ardiente
Con tener matices rojos,
Si se presentan tus ojos
Pierde al mirarte el color.

Y yo sin verte declaro,
Por solo presentimiento,
Que eres de gracias portento,
Un tesoro de bondad,

Y que faltando á mi mente
Una musa protectora,
Invoco en mis versos, Flora,
Por númen á tu deidad.

¡Ay! yo quisiera decirte
Cuánto tu rostro merece...
Pero, Flora, son ya trece
Los *Albumes* que hoy firmé;

Y de mi númen escaso
Gasté tantos consonantes,
Que las perlas y brillantes
De su tesoro agoté.

¡Ojalá que tú primero
Me dieras el Album, Flora,
Y no me encontrára ahora
Tan exhausta para tí;

Mas tú serás la postrera
Ya que la suerte lo quiere;
Para los *Albumes* muere
Quien pone su firma aqui.



VERSOS IMPROVISADOS CON VARIOS MOTIVOS.

A LA EMPRESA DEL FERRO-CARRIL DE ESTREMADURA.

Bien llegados á España, caballeros,
Esta jóven nacion, su tierra pura
Os brinda á los amigos estranjeros
Que lecciones la ofrecen de cultura:
Por el terso carril marchen ligeros
Los hijos de la rica Estremadura;
Vuestras artes, y ciencias y portentos
A igualar y vencer con sus talentos.

¡O mi pueblo, sencillo patriarca
Tan agreste pacífico y tan rudo,
De ferrados-carriles tu comarca
Van á ornar, y ya en vez del torpe y mudo
Buey que sus pasos por minutos marca
Rodará gran vapor!... ¿Quién tanto pudo?
¿Qué impulso, qué vigor, qué movimiento
Pone á tan bella fábrica el cimiento?

Hay una tierra, en medio el Océano
Donde O' Conell nació y á Byron cuenta,
¿Qué reino hallar mas fuerte y soberano
Que la patria feliz que á ambos alienta?
Pues ya del genio y del poder Britano
Tanto el raudal inmenso se acrecienta
Que sus diques rompiendo á inundar pasa
El vírgen suelo que de sed se abrasa.

Ya corren hasta aquí sus manantiales;
Ya el campo bebe su copioso riego;
Ya florecen brillando á sus cristales
El estremeño prado y el manchego.
¡Ay! los que tal pobreza y tantos males
En la guerrera lucha á sangre y fuego,
Soportaron pacientes, ¿cómo ahora,
Dicha comprenderán tan seductora?

Agriado el corazon por los azares,
Perdida en desengaños la esperanza,
Nada aguardamos ya sino pesares,
Solo en el mal tenemos confianza;
Por eso hácia la gente de los mares
Torva la vista, y suspicaz se lanza
Y rechazando el bien por que suspira
Responde el español: «Fráude, mentira.»

Empero, no á los hijos de Bretaña
Que nos tendieron las amigas manos
Cuando el Coloso amenazó á la España
Deben temer los nobles castellanos;
Antes bien recordar la fiel campaña
Que hicieron los dos reinos como hermanos
Para que aliento infunda á la memoria
De Welington su láuro y nuestra gloria.

¡Por qué ese recelar eterno y triste!
¡Por qué en el porvenir tal desconsuelo!
¡Por qué asi nuestro espíritu reviste
Con su negra color el blanco cielo!
Tal vez el hado en el rencor desiste
Con que siguió nuestro cefrado suelo,
Y su primer sonrisa alegremente
Nos muestra en el *camino reluciente*.

¡Cuánta prosperidad, cuánta grandeza!
¡Cuán fecundos los montes hoy salvajes
Pavimentos darán con su corteza,
Moradas ornarán con sus ramajes;
Cuántos pueblos, alzando la cabeza
Por contestar de Europa á los ultrajes
«Venid aquí--dirán--pueblos hambrientos,
Que nosotros estamos opulentos!»

Badajoz, 1846.

AL LICEO DE BADAJOZ.

Vamos á vindicar de Estremadura
La capital oscura
Y á levantar en palmas, estremeños;
Que, por Dios es vergüenza,
Que otra ciudad nos venza
Siendo de igual poder nosotros dueños.

Vamos á levantarla como espuma,
La pereza que abruma
Los talentos brillantes sacudiendo;
Y un *mentís* de tal modo
A dar al reino todo
Que está de nuestra inércia sonriendo.

Porque los ojos fijos en la tierra,
Que ilustre cuna encierra
Del mas valiente capitan del mundo,
España atentamente
Siempre aguarda impaciente
Nuevas flores de suelo tan fecundo.

Porque tuvimos héroes esforzados,
Vernos quiere ilustrados;
Porque tuvimos sábios y poetas
Nos piden ciencia y canto;
Y nosotros, en tanto,
¿Mudos dejamos nuestras glorias quietas?

Juventud numerosa en torno veo
Que en ardiente deseo
De aspirar á saber arde y se inflama;
Juventud animosa
Que vuela hoy presurosa
Donde la voz de ilustracion la llama.

No ha menester buscar en otro suelo
La juventud modelo
Para trazar creaciones inmortales;
Que en la ciudad oscura,
Si adora la pintura,
Tiene en soberbio altar al gran Morales.

Si de otros genios las carreras bellas,
Quiere andar por sus huellas,
No ha menester cruzar tierras lejanas,
Que un siglo solamente,
Presenta en nuestra gente
Donosos, Esproncedas y Quintanas.

En las armas, las letras y las artes,
Cunden por todas partes,
De ingenios estremeños las victorias
Y nuestros pueblos solo
Los mas rudos del polo,
¿Habrán de desdeñar tan altas glorias?

¡Tierra bendita, donde brotan, crecen,
Se ensanchan y florecen
Los mas hermosos troncos de Castilla;
Las fuerzas te ofrecemos
Con que cultivo demos
A tu nueva y riquísima semilla!

Abranse libros, ármense pinceles,
Y acudan los donceles
En esta lid á conquistar hazañas;
Y vosotras doncellas
No os esquiveis por bellas,
Que ya no sois á este recinto estrañas.

En danzas y festines os han visto,
Y no es, por Jesucristo,
La danza y el festin mas inocente
Que la bella pintura,
Que la música pura,
Y la rima sonora y elocuente.

Dejad atrás preocupaciones viejas,
Dejad rancias consejas,
Mostrad, si lo teneis, ingenio hermoso;
Que solo el vicio feo,
Y no el útil recreo
Es en las damas malo y vergonzoso.

Venid, todos venid: de Estremadura
La capital oscura
A vindicar con vuestro celo ardiente:
Y á esta ciudad ufana,
Tal vez, puedan mañana
Cuna llamar de la discreta gente.

¡Constancia! aplicacion! yo la primera
Alumna placentera
Vuestras lecciones aprender deseo,
Y hoy con mi débil canto
Por beneficio tanto,
Saludo á los señores del Liceo.

Badajoz, 1846.

Una fiesta dedicada á la Reina Gobernadora.

Ya el enemigo de la patria mia,
El genio de la guerra destructora
Dobla rabioso la falange impía
Ante la paz gloriosa y vencedora.

Cesó el llanto y la sangre y la agonía
Que derramó la espada vengadora
Y tras del triste y pavoroso dia
Luce risueña suspirada aurora.

Yá de Cristina el genio prepotente
Venció de Cárlos la arrogancia altiva,
Que doblegando la orgullosa frente
El ramo ofrece de apacible oliva;
Cantemos, ó Cristina, la victoria,
Que á España da la paz, y á vos la Gloria.

Badajoz, 1839.

A la memoria de la poetisa Carolina Coronado (1).

¿Qué mágico sonido
Del arpa insinuadora se desprende
Doliente y estinguido?
¿Cuya es la voz que los espacios hiende,
Y el ánimo suspende,
Y al tierno corazon presta un latido?
¿Quién lanza esa cancion triste y sonora?
Oid.... Es Carolina,
Que del Guadiana en los confines ora,
Segunda peregrina,
Como el jilguero en la espesura trina;
Mas no que su cancion desgarradora
Es la del cisne que cantando llora
Su muerte *ya vecina!*
Ya de la edad en el abril temprano,
Con ojo escrutador su pensamiento
De la existencia penetró el arcano;
Y al arpa con afan tendió la mano
Los bordones á herir del sentimiento.
Y aun en la infancia su cancion primera
Sonó desconsolada,
Como el balido fiel de la cordera
Que gime en la pradera,
Del can y del pastor abandonada.
Quizá sobre su frente sin mancilla
Pálida y triste reflejó la luna,
Como el flambon que en los sepulcros brilla;
Y á su luz amarilla
Maldijo entre soñando la fortuna
Que ante sus ojos, el fatál diseño
De la existencia, desplegó importuna
Tambien en su dormir con torvo ceño....
Y entre el afan de su intranquilo sueño,
Tal vez un ángel le gritó en la cuna:

---

(1) Damos en esta coleccion la siguiente poesía del *autor del Quevedo* por ser la primera que se escribió á la supuesta muerte de la poetisa; y porque en ella se revela ya el talento que su autor ha manifestado despues.

«Llora si puedes llorar!...
De ese llanto que no brotas,
Son ¡ay! amargas las gotas
Como verdina del mar.
¡Llora inocente, sin calma
Lágrimas de hiel henchidas,
Que en el alma detenidas
Son la ponzoña del alma!
Llora, Carolina, llora!...»
Y con invisible vuelo,
Tornóse el *ángel* al cielo
De *la niña* al despertar.
Y ella enjugando sus ojos
La gota de hiel primera,
Dijo, y el ángel la oyera—
«Yo nací para llorar»
Con llanto regó doliente
De su infancia los verdores;
Con llanto regó las flores
De su hermosa juventud;
Y en esa estacion risueña
De ilusiones y ventura
Tristes *ayes* de amargura
Brotaron de su laud.

¡Oh!... de la edad en el abril temprano,
Con ojo escrutador su pensamiento
De la existencia penetró el arcano;
Y al tender á la cítara su mano,
Los bordones pulsó del sentimiento!
«Nací para llorar... esta es la vida!»
Tú lo dijiste, Carolina hermosa;
¡Cándida flor, con lágrimas nacida!
¡Rosa de amor, por el reptil mordida!...
¡Torpe reptil, que marchitó la rosa!
Hoy, Carolina, en el celeste coro
Con los ángeles cantas... ¡Ah! ¿recuerdas
Pulsando el arpa de oro,
Las veces que tu lloro
Gota por gota, humedeció sus cuerdas?
. . . .
Tambien desatentada
«Lejos el llanto!» murmuraste un dia,
De tí propia olvidada;
Y en honda carcajada,
«Quiero ahogar el dolor con la alegría! (1)
Ya doy al mundo el exigido culto:
Miradme.... ¡ya me rio!
Contemplad esta risa.... no la oculto..
Y en tu boca la risa.... era un insulto,
¡Era un sarcasmo á tu tormento impío!
¡Gozo fatal de la tristeza loca!
El en tu seno comprimió un latido....
Una sonrisa desplegó tu boca
Y entre tus labios.... estalló un *gemido.*
Vuelve á llorar.... de tu fecundo llanto,
Roto el raudal, que tu delirio amansa,
Del corazon adormirá el quebranto,
Que con el lloro el corazon descansa. ..
¡Llora infeliz con tu sentido canto!
¿Cuya es la voz que los espacios hiende
Y el ánimo suspende?
Su canto... ¿no es verdad? ¡Torpe mentira!
¡Torpe ilusion!.. De su empolvada lira
Ni un eco se desprende...
Seca la voz en su gentil garganta
La dulce Filomena,
No, como ayer, al marinero canta....
No, como ayer, al marinero encanta
Con su voz *la Sirena!*
Su voz ayer de desconsuelo llora,
Cual otra *peregrina,*
Sobre las auras columpió serena,
La infeliz Carolina...
Su postrera cancion, desgarradora
Fue la del cisne que cantando llora
Su muerte ya vecina.
¡No canta ya!... de la doncella hermosa
Sobre el sepulcro, al deshojar la palma,
No perturbeis ¡por compasion! la calma
De su tranquila losa...
El cuerpo virginal allí reposa,
Y habita con los ángeles el alma.
¡No canta ya!... ni como ayer se apila
De su cántico al son, lágrima ardiente,
A su turbia pupila:
¡Ya de su llanto se agotó la fuente!
Contemplad sus despojos,
¡Oh! corazon... su frente sin colores:
Secos, sin luz al admirar sus ojos
¡Bien tienes que llorar, por bien que llores!
¡Lágrimas tristes, que anegais los mios
Corred, corred á rios...
Y de su tumba fecundad las flores.

18 *Enero* 1844.
EULOGIO FLORENTINO SANZ.

(1) Espronceda.

A los que lamentaron mi supuesta muerte.

LA MUERTA AGRADECIDA.

—

El corazon, amigos, palpitante
Como otras veces en mi pecho siento;
Mas al oir vuestro piadoso acento
Sobre las nubes me soñé un instante.
Juzgué mas claro el sol, menos distante,
Ví espíritus celestes en el viento
Y en la estrella que mas resplandecia
Ví confusa la imágen de María.

Los colores, la luz, aire, el ruido,
Todo mas bello que en la tierra era,
Y aquel mundo con gloria verdadera
Le brindaba á mi espíritu embebido.
Pero con ser del alma tan querido
El cielo que de muertos nos espera,
Esa dicha, medrosa rechazando,
De mi ilusion me desperté temblando.

Dios quiere que aun el dia no llegado
A mi vida en su plazo, todavía,
Resignacion le falte al alma mia
Para dejar mi triste, suelo amado.
Amo á los corazones que me han dado,
Pena, placer, tristezas, alegría;
Amo al árbol, al rio, á la pradera
Y amo á mi dulce lira compañera.

Vendrá colmado de dolor, acaso,
El porvenir que á mi existencia aguarda

Y de la muerte en su carrera tarda,
Tal vel acuse el perezoso paso.
Mas nunca Dios el sufrimiento escaso
Nos dá, cuando el descanso nos retarda,
Y mi término corto ó prolongado
Siempre estará por él bien señalado.

Mas, en tanto que treguas á mi vida
Le place conceder al poderoso,
Escuchad de una muerta agradecida
El acento que exhala cariñoso;
Sabed que de una voz dulce y sentida
A mí llegando el eco generoso,
Vuestra memoria de amistad bendita
Deja en mi corazon con llanto escrita.

Badajoz, 1844.

A SANTA TERESA (1).

Dulce Teresa, vírgen adorada
Que estás entre los ángeles del cielo,
La que ceñistes el sagrado velo
De las castas esposas del Señor:
Tú pasaste tus horas como el justo
En santa paz y religiosa calma,
Volando al cielo con gloriosa palma,
Arebatada en alas del fervor.

Yo tu divina
Bélica gloria
A tu memoria
Quiero cantar:
Dulce Teresa
De Dios querida,
La bendecida
En sacro altar

Tu desdeñastes la engañosa pompa
El falso brillo que al mortal rodea,
Que el hombre débil en su mente crea
Para halagar su loca vanidad;
Y amaste la virtud y á un Dios amaste
Devolviéndole un alma de pureza
Por que admiraste ¡oh Vírgen! su grandeza
Y escuchastes la voz de la verdad.

Dulce Teresa
De Dios querida,
La bendecida
En sacro altar:
Yo tu divina
Bélica gloria
A tu memoria
Quiero cantar.

Tú cantaste la gloria aquí en la tierra
Y eras del mundo celestial encanto,
Ahora vés en el trono sacrosanto
Cercado de querubes tu laud:
Teresa de Jesus, alma bendita,
Oye piadosa desde el rico asiento
Este sencillo y fervoroso acento
Que consagro á tu fúlgida virtud.

Yo tu divina
Bélica gloria
A tu memoria
Quiero cantar:
Dulce Teresa
De Dios querida,
La bendecida
En sacro altar.

Badajoz, 1844.

A la Comision de monumentos históricos y artísticos de Badajoz (1).

A vosotros que dais á lo pasado
Un culto apasionado
Arrancando, señores, del olvido
Las gloriosas hazañas
Del pueblo en sus campañas,
Batiendo á los franceses atrevido.

A vosotros que un bello monumento
Con generoso intento
Alzais sobre los campos de la Albuera,
Para que no olvidada
Tan famosa jornada
Quede en la edad remota venidera.

A vosotros sus tímidos acentos
Hoy por breves momentos
A dirigir se atreve mi poesía;
Oidme atentamente,
Que en mi entusiasmo ardiente
La disculpa hallareis de mi osadía.

¡Oh sí! que al pronunciar el alto nombre
Del mas ilustre hombre
Que ha visto el sol, mi corazon se inflama,
Y juzgo que abrasado
Su pueblo idolatrado
Tambien se siente por la propia llama.

Os hablo de Cortés en alabanza,
Aunque el númen no alcanza
Al remontarse al cerco de su luna:
Pues llena de sonrojos
Con el llanto en los ojos
He visto al pueblo donde fué su cuna.

Y ¡oh vergüenza! vergüenza! allí olvidada
Y á su primer morada
Asilo de las pobres golondrinas,
Sin un solo letrero
Este otoño primero
Vá á desplomarse en míseras ruinas,

Y ¿qué nos quedará de tanta gloria
Si esa débil memoria
Furioso el aquilon nos arrebata?
Qué de tantos honores
Como nos dió, señores,
En cambio le dará su tierra ingrata?

---

(1) Para cantar las monjas carmelitas de Badajoz.

(1) Cuando dirigí la siguiente poesía á la Comision existian aun las paredes de la casa de Hernan Cortés: tres años han pasado, y he vuelto á Medellin y las he visto derribadas y el solar sembrado de *forrage*.

¿No tendrá entre sus mármoles Castilla
Una piedra sencilla
Donde su ilustre nombre coloquemos?
Con nuestras propias manos
Guerreros y artesanos
Y... hasta las damas á grabarlo iremos.

Mas trabajo, mas pena, mas fatiga,
En la tierra enemiga
Pasó el gran capitan por darle solo
A su patria grandeza
Por hacer que en riqueza
Fuera el reino mayor de polo á polo.

Por él fue nuestra patria rica y fuerte
Por él con tanta suerte
El soberbio cristal del Océano
Surgieron cien navíos,
Transportando cargios
Del inmenso tesoro americano.

Ved hoy esas magníficas ciudades
Que fueron soledades
Tristes ayer alzarse florecientes,
Fundadas por su mano,
Llevando el nombre Hispano
En su poder, en esplendor crecientes.

El hizo interminable nuestra tierra
Con la perpétua guerra,
Asolacion del pueblo Mejicano,
Y por él solamente
Flota entre aquella gente
La santa insignia del pendon cristiano.

Y ¿se dirá que ingratos y egoistas
Sus valientes conquistas
Nosotros españoles desdeñamos?
Que un puñado de cobre
Por una piedra pobre
Con voluntad siquiera no le damos?

En tanto que su nombre no ensalcemos
Y en Medellin alcemos
Un monumento á los brillantes soles
De su gloriosa guerra,
Las gentes de esta tierra
No somos ni estremeños ni españoles!!

Medellin, 1846.

Carolina Coronado acompaña en su despedida á las golondrinas, á las grullas y á los patos.

A NEIRA.

GOLONDRINAS, GRULLAS Y PATOS.

—

Ya Neira, despedí á la *golondrina*
Que en el techo campestre haciendo el nido
Mansa, inocente mi compaña ha sido
En la estacion risueña que termina;
La *grulla* en cambio ya vino dañina
El fruto á destrozar recien nacido
Que en este yermo á fuerza de sudores
Lograron cultivar los labradores.

El *pato* en enturbiar las claras fuentes
De este valle purísimo obcecado
Revuelve con el fondo encenagado
Los graciosos espejos trasparentes;
¡Lástima que desdeñe las corrientes
De un brillo tan hermoso y azulado,
Donde lucir pudiera entre la espuma,
Por hundir en el fango el alba pluma!

¿Quién nos diera encontrar siempre á la bella
Que en nuestros techos amorosa anida
Y en su cantar sencillo entretenida
Nos divierte feliz de sol á estrella?
¿Quién nos diera encontrarla siempre á ella
Que á nadie ofende, cuya dulce vida
Consagrada á los suyos, sobre el heno,
Ni daña al labrador ni anda entre cieno.

¿Hay en mi tierra hermosos olivares
Formados como tropas, en hileras?
Pues á dañar su flor á sus praderas
Vienen bandos de *grullas* á millares.
¿Hay arroyos que van entre juncares
Retratando el verdor de estas laderas?
Pues acuden los *patos* á bandadas,
¿Aves estas no son civilizadas?

¿Qué mas da que en mi lira sean cantados
Hombres ó *grullas*, si en diversos nombres
Disfrazadas las *grullas* van de hombres
Y los hombres de *grullas* disfrazados?
¿Por qué han de ser los *patos* desdeñados
Si los hombres tal vez con sus renombres
Viviendo en bacanales, como en cieno,
No fueron ni mas puros ni mas buenos?

¿Qué mas dá pues que yo cante los hechos
Con mi endeble laud, mi voz de niña
De las aves que pueblan la campiña
Y las aves que habitan bajo techos?
Con iguales instintos y derechos
Todas viven del daño y la rapiña;
Soldados-*grullas* talan los sembrados
Y las ciudades ¡ay! *grullas*-soldados.

Galanes *patos* de la fuente empañan
El manantial que beben los pastores,
Patos galanes, *patos* impostores
En las virtudes la calumnia ensañan;
Hombres-*patos*, en fin, sus alas bañan
En fétidos pantanos corruptores;
Patos-hombres sepultan en orgías
Su bella juventud, sus bellos dias.

¿Por qué al mísero *pato* guerra tanta,
Por qué á la infeliz *grulla* tanta guerra,
Si hay séres mas indignos en la tierra
Y el hombre docto los celebra y canta?
Cada piedra, cada ave, cada planta,
Una vida, una historia, un mundo encierra
Y muchos en el mundo, bien lo sabes,
Valen menos que piedras, plantas, aves.

Pues no siempre he de hallar por mi camino
Golondrinas, que pocas han quedado,
Mejor canto á las *grullas*, que al malvado,
A los *patos* mejor que al libertino:
Esos nombres de *Atila*, *Gerges*, *Nino*

Siempre al númen benigno han espantado
Y siempre aborrecí como á enemigos
Los *Paris*, los *Nerones*, los *Rodrigos*.

Una *grulla* el gran *Gerges* vale en suma,
Pero el rico *Neron* no vale un pato
Que fuera á dar el pájaro barato
Aun dando por *Neron* no mas la pluma:
¿Pues por qué si la historia nos abruma
Con uno y otro nombre tan ingrato
No ha de cantar, sin que te cause risa,
A la *grulla* y al *pato* la poetisa?

Lo mismo da las aves que los hombres,
Lo mismo el campo da que las ciudades,
Pues componen entrambas vecindades,
Los mismos séres con distintos nombres;
Grullas hay en el mundo con nombres,
Patos bajo soberbias potestades,
Y en ciudades lo mismo que entre encinas
Sobre *grullas* y *patos golondrinas*.

Badajoz, 1846.

RESPUESTA A UN POETA.

—

Cuando exhala de esa suerte
Vuestra lira *dormitando*
Un eco tan dulce y blando
¿A qué quereis que despierte?
Dejadlo siempre soñando.

Ni vos debeis lamentar
Que esten sus cuerdas *rompidas*,
Pues que las sabeis pulsar
Tan bien, que por vos heridas
Aun *rotas* quieren sonar.

Ni digais que los *azares*
Apagan vuestros destellos,
Cantad con vuestros *pesares*,
Porque los tristes cantares
Son los cantares mas bellos.

Mas no querais vuestro *acento*
Rendir, cantor, á mis *piés*,
Elévese al firmamento
Que su camino es el viento
Y el cielo su trono es.

Elvas, 1846.

CANCION.

—

Mis ojos, Laura, vertieron
Mil veces lloro á raudales,
Mas nunca lágrimas fueron
A estas lágrimas iguales.
El tierno y bello cantor
Que en dulcísima querella
Trova las penas de amor..,
—¿Canta por tí ó por Estrella?
—¡Por ella solo, por ella!
Nunca tan grande afliccion,
Tan grande pena he sentido,
Tengo, Laura, el corazon
Mitad por mitad partido!
Aquella luz penetrante
Que de sus ojos destella
Y aquel hablar palpitante...
—¿Eran tal vez por Estrella?
—¡Por ella solo, por ella!
Negras sombras, Laura mia,
Siempre adonde miro veo,
Y como estoy en el dia
Y ciega ó loca me creo:
Aquel ramillete hermoso
Con la rica cinta aquella
Que á entrambos dió cariñoso...
—¿Era no mas para Estrella?
—¡Para ella solo, para ella!
Ay, Laura, que si mis ojos
El sueño logra cerrar
Se acrecientan mis enojos
Con lo que acierto á soñar;
Aquella música bella
Que á nuestras rejas sonaba
¿No sabes por quién la daba?
—¿Era tambien por Estrella?
—¡Por ella solo, por ella!

Elvas, 1846.

Sobre la construccion de nuevas plazas de toros en España.

¡Bravo!.... generacion, rauda caminas
A modelar tus hombres con las fieras;
¡Bien tus nobles misiones adivinas,
Te escapas de las cátedras latinas
Y en las plazas de toros te atrincheras!

Nuevos campos de lid á los toreros
Levanta ¡ó patria! agota los tesoros
¿Pueblo de sabios son los estranjeros?
Pues aquí somos pueblo de vaqueros...
Necios ¿qué vale mas, leyes ó toros?

¿La libertad qué importa mientras brama
El acosado toro en la llanura
Y la arena socava y desparrama
Y sufre el aguijon... sufre la llama,
De la infeliz España imágen pura?

Y cuando ronco ya lanza profundos
Del traspasado pecho los bramidos
Y hombres caen y alazanes moribundos
¡Cómo es ver á los mozos rubicundos
Romper en gozosísimos silbidos!

Y á las damas, las *dulces*, las *mimadas*,
Corazones de leche delicados,
Cebarse en contemplar ensangrentadas
Las carnes del buen toro acribilladas,
Los pechos del caballo desgarrados.

Mas escuchad; á defender la lucha
De hombres y toros se levanta osado
El petulante hidalgo que me escucha
«Yo vengo--esclama--aquí con gloria mucha
Porque esto es *Español*» ¡Bien, ha gritado!

¡O *Nacional* ardor! cien aureolas
De rubias astas en la docta frente
Coloquen del mancebo, que halla solas
En los *chulos* las *glorias Españolas*,
En los *toros* su fuerza *prepotente*.

Para aquellas ¡oh pueblo! *almas de toro*
El valor y el saber son estranjeros,
No aprenden en el Cid que vate al moro,
No abren de nuestros libros el tesoro
Y de *España* osan ser con ser *toreros*.

Pues tambien en las bellas de la España
Tanto el *patrio cariño* se acrisola
Que ven con entusiasmo á la alimaña;
Con ellas la bondad es planta *estraña*,
Tan solo la crueldad es *Española*.

¡Quién me diera tu númen, Jovellanos,
Para tronar y despedir centellas
Contra aquellos padrones castellanos
Que se elevan mas altos, mas ufanos
En vez de perecer bajo tus huellas.

¡Varon ilustre, si tu mente pura
De los rayos del sol aquí desciende,
Mira al pueblo Español en esa altura,
Cómo rápido avanza en la cultura,
Cómo en la escuela de la ciencia aprende.

Pan y *toros* tenemos--prorumpiste--
Pero tu siglo fué siglo de oro,
El nuestro, Jovellanos, es mas triste,
Tú, al menos, con el *toro* pan tuviste,
A nosotros nos dan sin *pan* el *toro*!

EPITAFIO A UN NIÑO.

—

Duerme Niño el sueño blando
En esta cuna escondida,
Aunque tu madre llorando
Por tu existencia llamando
Quiera volverte á la vida.

Porque en la noche sombría
De nuestra vida ilusoria
No has de encontrar, alma mia,
La luz del eterno dia
Que has encontrado en la gloria.

Badajoz, 1844.

A la mujer mas fea de España.

—

Venid, señora, á escuchar
La unánime votacion
Que España acaba de dar:
Venid; que os va á coronar
FEA por aclamacion.

Mónstruos mil se presentaron;
Mas con voz solemne y clara
Los tribunales fallaron,
Que otra cara no encontraron
Semejante á vuestra cara.

Cual vuestra cara no hay dos:
Hay de feas copia estraña,
Muchas feas, ¡vive Dios!
Pero sin disputa vos
Sois *la mas fea de España*.

Os dieron la primacía:
Señora, ¡cuánto me alegro!
Mas, ¡cielos! ¿quién la osadía
De mostrar, cual vos, tendria
Ojo azul en campo negro?

¿Quién, no siendo, cual vos, loca
Mostrara á la humanidad
Boca igual á vuestra boca,
Aunque tuviese muy poca
Vergonzosa vanidad?

La fealdad tiene pudor;
Y yo en el caso presente
(Os lo digo sin rencor)
Por modestia, por rubor,
Me escondiera de la gente.

¡Ay! ¡cuánto haceis padecer,
Mostrando vuestra cabeza
Al que procura creer
En la belleza del ser,
En su bondad y pureza!

Sois una horrible creacion;
Porque aun hay cosa mas rara
En esa organizacion:
Que teneis el corazon
Mucho peor que la cara.

Todos vuestros pensamientos
Son torpes y maldicientes:
Aborreceis los talentos,
Las virtudes eminentes,
Y los nobles sentimientos.

No hay honra libre de vos,
Aunque bendita se acoja
Al manto del mismo Dios;
Porque en medio de los dos
Vuestra calumnia se arroja.

. . . .
. . . .
. . . .

¡Ay! por qué si de la huesa,
Mala anciana, á un paso estás,
No dejas la humana presa?
¿Por qué en la fama ilesa
Te irritas y ensañas mas?

Déjame con mi poesía
Pasar la vida inocente,
Si no quieres que algun dia
Tu horrorosa biografía
A las criaturas presente.

Aunque no sé si te diga
Que es mi mas gloriosa hazaña
El que me odie y persiga
Como mortal enemiga,
La mujer mas fea de España.

Cádiz, 1847.

Improvisada en el Liceo de Madrid,

—

Del íntimo del alma agradecida
Una voz exhalar solo quisiera,
Una voz tan profunda y tan sentida,
Que cual yó me conmuevo, os conmoviera;
Pero á bondad tan dulce sorprendida,
Yo no pu[illegible]o cantar por mas que quiera;
Y temblando y confusa en este instante
No encuentro ni una voz, ni un consonante.

Madrid, 1848.

Oracion á la Virgen que cantan los niños en una escuela.

Hazme buena, Madre mia,
Dame paciencia y virtud,
Porque tu Santa María
Has de ser la mejor guia
Que tenga mi juventud.

Del corazon inocente
Protege tú los amores,
Y antes que empañen mi frente,
Que me cieguen de repente
Tus divinos resplandores.

Consuélame, Madre mia,
Cuando á tus plantas me veas,
Porque yo no dejo un dia
De decir «Santa María»
Bendita en el cielo seas!»

Badajoz, 1848.

Para los alumnos del Colegio de San Fernando en la comunion.

El bueno, el justo, el santo,
Nos da dulce convite,
Alcemos nuestro canto
De eterna gratitud:
Por este pan suave
Que nuestro labio toca
Y abrasa nuestra boca
En llamas de virtud.

Cantemos de rodillas,
Cantemos con uncion
Las altas maravillas
De la comunion.

Perfumes de mil flores
No tienen la ambrosía
Que, tú, de los amores,
Pimpollo virginal:
Tu aroma que trasciende
Por todos los sentidos
Las venas nos enciende
En fuego celestial.

Cantemos de rodillas,
Cantemos con uncion
Las altas maravillas
De la comunion.

Los frutos escogidos
De huertos regalados
Parecen desabridos
Despues de tu manjar:
Porque es tu pan divino
El mas grato sustento
Que encuentra el peregrino
Tras largo caminar.

Cantemos de rodillas,
Cantemos con uncion
Las altas maravillas
De la comunion.

Bendito sea tu nombre
Por todas las criaturas,
De nuestras lenguas puras
El himno llegue á tí;
Que á ti Señor amamos,
En tí, Señor, creemos,
Y solo viviremos
Para adorarte así.

Cantemos de rodillas,
Cantemos con uncion
Las altas maravillas
De la comunion.

Chiclana, 1849.

Himno al nacimiento de la Princesa de Asturias, cantado por la seccion lírica del Liceo de Badajoz.

«Viva, viva, la tierna heredera
»Que ha nacido á la reina Isabel,
»La hermosura hemos visto que impera
»De las Reinas es hoy el dosel.»

Españoles, con grande alegría
Saludad á la hermosa Princesa,
Y de hinojos haced la promesa
De velar por su cuna Real;
Que en honor de Española hidalguía
La debeis ese noble homenaje;
Porque es dama de escelso linaje,
Porque es hija de augusta beldad.

«Viva, viva, la tierna heredera
»Que ha nacido á la Reina Isabel,
»La hermosura hemos visto que impera,
»De las Reinas es hoy el dosel.»

Con Tu nombre dulcísimo el alma
De contento y placer se estasía,
Que es el nombre feliz de María
Esperanza de gloria inmortal.

Con Tu nombre la pena se calma,
Con Tu nombre se logra el consuelo,
Que es tu nombre bendito en el cielo
Y proteje en la tierra al mortal.

«Viva, viva, la tierna heredera
»Que ha nacido á la Reina Isabel,
»La hermosura hemos visto que impera,
»De las Reinas es hoy el dosel.»

Con guirnaldas de hermosos laureles
Coronada, Real sucesora,
Tú del siglo futuro la aurora
Bajo el solio tranquilo verás.

Y tus pueblos dichosos y fieles
Grabarán en el bronce tu historia,
Y de Reinas serás, tú, la gloria,
Y de España el orgullo serás.

«Viva, viva, la tierna heredera
»Que ha nacido á la Reina Isabel,
»La hermosura hemos visto que impera,
«De las Reinas es hoy el dosel.»

Badajoz, 1851.

Para un obelisco en honor de la Princesa de Asturias.

(1) Hoy princesa inocente el bravo Marte,
En holocausto á tu brillante suerte,
Como ha sido el primero en anunciarte,
Es tambien el primero en protegerte.
El cañon que resuena al aclamarte
Solo sabrá sonar por defenderte,
Que sin temer sus rayos en la tierra
Segura estás en paz, segura en guerra.

(2) De una reina adorada en el regazo
Dormita en paz, angélica María,
Mientras tu nave la gobierna y guia
Del buen piloto el incansable brazo.

Unido al trono con estrecho lazo
En su lealtad tu porvenir confia,
Que bogando por tí con rumbo cierto
Ya no descansa hasta llevarte al puerto.

Badajoz, 1851.

A S. M. LA REINA EL DIA DE SU SALIDA.

—

LA REINA QUE DOS VECES HA NACIDO.

Madrid aguarda tu triunfal salida
Para cubrir de flores tu carrera
Como si el pueblo por la vez primera
Celebrara en España tu venida;
La fiesta á que gozoso te convida,
Cual si de nuevo á coronarte fuera,
Tiene un placer que hoy halla repetido
La Reina que dos veces ha nacido.

Cárlos quinto inmortal cuando ceñia
A sus sienes la fúlgida corona
Del pueblo que adoraba á su persona
Oyó el supremo canto de alegría;
Mas para Tí, Isabel, es doble dia
El de esta aclamacion que el Pueblo entona.
Porque tú, cuando el seno te han herido,
Para España dos veces has nacido.

Tú apareces al Pueblo castellano
Con tu Niña tan dulce y tan hermosa,
Como la luna de color de rosa
Que ilumina las noches del verano;
Y dejas luego de alumbrar el llano,
Quedamos en tiniebla pavorosa,
Pero ya con reflejo mas lucido
Luna nueva en el Cielo has renacido.

Ya la Vírgen te aguarda en los altares,
Y á la Niña cubriendo con su manto
Desde el Cielo confirma el nombre santo
Que el Serafin celebra en sus cantares;
¡Vive, Madre feliz libre de azares,
Que al triunfar de la muerte, por encanto,
Doble vida del Cielo ha merecido
La Reina que dos veces ha nacido!

NO HAY REINA QUERIDA TANTO COMO TÚ.

—

Flor del Mediodia, hermosa y lozana
Semilla temprana, gérmen de virtud,
Madre venturosa, alma bendecida,
No hay Reina querida tanto como Tú.

De Reinos hermosas el trono fecundo
Ostenta en el mundo gloria y juventud,
Mas nunca en la historia la Reina elegida
Ha sido querida tanto como Tú.

Cien Reinos nacieron de régias matronas,
De aquellas coronas deslumbra la luz,
Pero de tu seno la niña nacida
Solo fué querida tanto como Tú.

SONETO (1).

¿Mi vida Carolina escribir quieres?
Deja por Dios tan peregrina idea
Que podrás solo hacer que el mundo vea
En vez de lo que soy, lo que tú eres.
Digno de tí será lo que escribieres,
A tu alma harás brillar en tu tarea,
Más nunca harás que el juicio exacto sea
De como yo he cumplido mis deberes.
Mi vida por tí escrita, amiga mia,
Un poema completo solo fuera
Hijo del corazon y fantasía,
Donde con gran vergüenza yo me viera
Cual debiera haber sido ó ser debia
Y no cual soy ó he sido en mi carrera.

Seoane.

Respuesta al Excmo. Sr. D. Mateo Seoane.

—

Pálida, insomne, lánguida, doliente,
Sombra tan solo de criatura humana,
Ya consumida por la fiebre ardiente
Viene de las orillas del Guadiana.

La copa de cristal donde bebia
El agua, que á mi sed siempre era poca,
Al acercar mi enardecida boca
Una vez y otra en sangre se teñia.

Mortificado por tenaz punzada
Y de violento palpitar rendido
Era del corazon cada latido
Un dolor en mi fibra lastimada.

(1) Por el ministerio de la Guerra.
(2) Por el ministerio de la Gobernacion.

(1) He debido á la bondad de mi sabio amigo el señor Seoane este soneto y me honro insertándolo en mi libro.

Fatigaba la luz mi vista errante,
Ahogaba el aire mi oprimido pecho
Y aunque jamás abandonaba el lecho
Dormir no me era dado un solo instante.

Las lentas horas de la noche triste
Las pasaba gimiendo y delirando
Y por la muerte sin cesar clamando
Unico bien al que doliente existe.

Y ya la muerte al fin compadecida
Sus negras alas hácia á mí tendiendo
Iba á llevarme al ámbito tremendo,
Término silencioso de la vida.

Pero una mano fuerte y salvadora
Con enérgico afan asió la mia;
Una mirada fija, escrutadora
A iluminarme vino en la agonía.

Era la luz brillante de la ciencia,
Implacable enemiga de la muerte
Que vivifica el corazon inerte,
Que anima con sus rayos la existencia.

Erais vos, érais vos, sabio maestro
De la doliente humanidad amigo;
Yo debo la existencia al saber vuestro
Y os amo y os respeto y os bendigo.

Y otros séres tambien dulce memoria
De esa ciencia benéfica guardando
Al pobre ingenio mio estan rogando
Que agradecida escriba vuestra historia.

Vuestra vida, señor, escribir *quiero*
Aunque modesto rechaceis su *idea*,
No porque el mundo mi talento *vea*
Que nada dél para mi gloria espero.

Vuestra vida, señor, á escribir voy
Pues si la escribo porque viva estoy,
Y en ella espresaré lo que habeis *sido*
A Dios y á vuestra ciencia lo he debido.

Madrid, 1852.

